

*Nuel Salas*

*La Musa  
tras el Cristal*

UNA COMEDIA CARICATURESCA

A MEDIO CABALLO

ENTRE EL S.XXI Y EL MEDIEVO



## Las maletas de la discordia.

Tras sus ojos verdes de esmeralda palpitaba oculta la nobleza de su corazón; una nobleza injustamente eclipsada por las manías, rarezas y excentricidades de las que hacía gala, pues ante todo él era un artista y su deber era comportarse como tal. Su nombre era Pepín Cañas, y había heredado su talento de José Cañas, novelista de obra póstuma fallecido en trágicas circunstancias. Con el fin de honrar la memoria de su difunto padre, Pepín se había propuesto continuar su legado y para ello había establecido un sacrificado plan de trabajo, dentro de lo que en el mundo del arte puede entenderse como *sacrificado*.

Aquella mañana, aun a pesar de ser una fecha señalada, se entregó como de costumbre a su trabajo. Salió de su casa ya con el casco de la moto puesto, un casco rojo, grande, que dejaba descubierta su cara pero que protegía su valioso intelecto pensante, y se introdujo en el ascensor. Fue al salir a la calle cuando el sol matutino se le derramó sobre sus ojos marchitos. A duras penas consiguió entreabrir sus legañosos párpados lo suficiente como para intuir su sombra sobre el suelo; se mostraba pequeña y vertical, y confirmó sus sospechas acercándose a la cara su pequeño reloj digital de estilo retro. Las 12:00, le informó entre la radiación luminosa que empapaba la ciudad. Todo artista sabe que las musas no trabajan por las mañanas, y a Pepín sólo le había hecho falta madrugar una vez en su vida para comprenderlo, pero ya había llegado el mediodía, y con él oficialmente la tarde, y debía poner en marcha su sacrificado plan de trabajo. Comprobó que su casco estaba bien sujeto y arrancó su Vespa para dirigirse hacia lo que era su oficina, dentro de lo que en el mundo del arte puede significar la palabra *oficina*.

Su Vespa, de color marfil y con el número 23 pintado en uno de sus laterales, no era una moto cualquiera. Desde luego que no. Quizá fuera a simple vista algo antigua, pero en realidad era una auténtica pieza de coleccionista de principios de los ochenta que su difunto padre había comprado de segunda mano a una estrella italiana de cine. Era toda una joya que le imprimía parte de su carácter.

Durante el trayecto disfrutó de aquella famosa ciudad llena de luces y de rascacielos junto al mar mientras el cálido viento veraniego le acariciaba la

cara, descubierta bajo el manto protector de su gran casco rojo. Pensó en lo afortunado que se sentía. ¿En cuántos trabajos le permitirían a uno vestir como realmente quería? En cualquier otro sitio le habrían obligado a quitarse sus gastados vaqueros de estilo retro para llevar pantalones de pinzas y le habrían obligado a quitarse sus deportivas de puntera blanca para ponerse zapatos de funeral. Y no digamos de la camiseta que llevaba: ¿le habrían dejado ir a trabajar con El Equipo A sobre su pecho?

Al llegar a su destino aparcó la moto junto a un grupo de jóvenes trabajadores, quizá comerciales por lo impecable de su indumentaria triste y gris que lucían como si fuese un triunfo social, pero que Pepín advirtió como un fracaso. Con una mirada altanera se paseó junto a su lado con el cuello estirado. Los jóvenes no pudieron evitar fijarse en Pepín, que con su grandísimo casco sobre la azotea se mostraba tan extraño como una seta roja, quizá venenosa, que crecía en el asfalto de la ciudad. Y Pepín, que se sintió observado, estiró todavía más el cuello y se hinchó de orgullo mientras caminaba hasta lo que era, más o menos, su oficina.

En el interior del local se encontraba lejos del peligro que suponía la calle para su cabeza. Allí no le caería ningún ladrillo que algún obrero no cualificado pudiese dejar caer desde un séptimo piso por descuido; allí no le atropellaría ningún conductor suicida que le dejase tirado en mitad de la carretera con la cabeza abierta y su inteligencia derramándose sobre el asfalto. No. Allí se encontraba seguro, así que se quitó la protección y, dejando al descubierto una cabeza reluciente como su casco, se dirigió hacia su mesa de trabajo.

Sacó su ordenador portátil y se preparó, pero todavía le faltaba un detalle importante, así que levantó su mano de escribir, extendió uno de sus artísticos dedos, y buscó con la mirada para llamar a lo más parecido que tenía a una secretaria.

—¡Antonio! —gritó cuando su vista lo encontró entre la máquina tragaperras y la pizarra que anunciaba con tiza que el pulpo era plato del día.

El camarero vio al novelista, con la cabeza encendida bajo el chorro de luz de la lámpara. Seguía manteniendo el brazo en alto, pero su dedo extendido cambió de rumbo y apuntó a la mesa, justo al lado de su portátil, y no hicieron falta más palabras para que Antonio dejara lo que estaba haciendo y le llevase una buena jarra de cerveza fría y espumosa al que sin lugar a dudas era su cliente favorito.

La dejó sobre la mesa y no le dijo ni mu. La Estrella Polar, el bar de



Antonio, era perfecto para su concentración, no como en su casa, donde últimamente estaba el ambiente enrarecido. En la Estrella Polar nadie le hablaba cuando tenía el portátil abierto —un simple «hola» podría desconcentrarle y echar por tierra el trabajo de toda una mañana—. El ruido de fondo tampoco le molestaba, al contrario, le ayudaba a disimular cualquier sonido más elevado que pudiese venir de la calle, como el llanto desconsiderado de un bebé hambriento o el injustificado claxon de un automóvil en un atasco. Además, la atmósfera cargada de humo y el olor a fritanga le anulaba el hambre. ¿Podría haber algo tan molesto como un rugido de tripas en mitad del proceso creativo?

En el bar se daban las condiciones óptimas para la escritura, pero faltaba otro detalle que le ayudaba a concentrarse: la suavidad y el candor de su mullidito casco. Se lo puso grande y rojo como era, reluciente, y el mundo empezó a desaparecer más allá de su mesa. Se había abstraído de todo lo que le rodeaba para concentrarse en la escritura. Para él ya no existía Antonio atendiendo a los clientes; la tragaperras y la máquina de café dejaron de hacer ruido porque, básicamente, dejaron de existir, y el bar, en su densa totalidad, también dejó de existir. Era como si se hubiese metido en una burbuja que lo aislaba del resto del mundo exterior.

Por suerte, la jarra de cerveza estaba dentro de su burbuja de abstracción, así que la cogió y dio cuenta de ella en un solo trago. Era un ritual necesario. Abrió la boca y en la intimidad solitaria de su burbuja expulsó con la fuerza de un guerrero aquellos gases que le apartaban del estado óptimo. El eructo, afinado en *do* con *surround* incluido, traspasó ampliamente las barreras de su burbuja de abstracción y llegó hasta el resto de clientes del local que miraban con asombro lo que parecía una seta roja a punto de escribir una novela.

Pepín se puso manos a la obra y en un momento de inspiración descargó toda la magia del novelista sobre el teclado. Para un escritor es mejor escribir un buen libro que mil libros mediocres; incluso es mejor escribir un solo capítulo o un solo párrafo de calidad que mil libros mediocres. Y Pepín, consciente de que la cantidad no era lo que buscaba, no paraba hasta que conseguía la calidad.

Tras pulsar el retorno de carro, leyó el párrafo que acababa de escribir.

«No... —pensó un poco decepcionado—. Esto no está a mi altura.»

Se rascó la nariz, y siguió pensando:

«Hombre, tampoco es tan malo.»

Entornó los ojos e inclinó su cabeza hacia la izquierda buscando una perspectiva más inclinada que le pudiera dar otra visión del texto.

«Bueno, no está nada mal.»

De repente se abrió una pequeña ventana que le dejó ver más allá de su burbuja de abstracción y allí estaba Antonio. Levantó el brazo, señaló la jarra de cerveza vacía y el camarero se la cambió por otra llena. Se la metió de un trago, entornó los ojos, inclinó la cabeza esta vez hacia la derecha y con la nueva perspectiva inclinada volvió a releer su párrafo.

«¿Que no está nada mal? ¡Está requetebién!»

Con la satisfacción del trabajo bien hecho —no olvidemos que es mejor un buen párrafo que mil libros mediocres—, cerró el portátil y se le aparecieron las paredes de la Estrella Polar, con Antonio, con el murmullo de sus clientes, con el tintineo de la tragaperras y con el olor a fritanga y a tabaco.

Pepín valoró la mañana. Últimamente no le era tan agradable volver a casa, pero había escrito un buen párrafo y merecía la comida que Madre le habría preparado así como su tradicional siesta. Además, seguro que en aquella señalada fecha, la de su treinta cumpleaños, Madre le estaría esperando con alguna sorpresa. Dejó unas monedas y se dirigió a la calle dejando atrás el ambiente cargado de bar. Al cruzar la puerta respiró el aire de Benidorm, aquella ciudad de rascacielos junto al mar, y miró al cielo; sus ojos se marchitaron de nuevo y maldijo al pesado de Lorenzo que como siempre azotaba la ciudad sin compasión.

—¡No, no y no! —exclamó Ramón totalmente indignado—. No puedes ser tan débil ante tu hijo.

Sagrario, la madre de Pepín, volvía a tener con su novio la misma discusión en torno a las dichosas maletas.

—Ya es hora de que tu hijo aprenda a volar por sí mismo —continuaba Ramón su discurso—. Lo tienes sobreprotegido, y así no va a llegar a ser nadie en la vida.

—Pero... ¿es necesario?

—Mírame a mí. ¿Qué ves? —Sagrario echó un vistazo de arriba abajo a su novio y se dispuso a hablar, pero Ramón la interrumpió—: Yo te voy a decir qué es lo que ves. Delante de ti tienes a un hombre que no se amilana ante la disciplina; que no teme al trabajo duro, día sí y día también; que se

esfuerzo, desde que se levanta hasta que se acuesta. Y todo esto da sus frutos. Mírame. Cuando tenía trece años mi padre me pegó una patada en el culo y me echó de casa. ¿Crees que me vine abajo? No. Dormí en la calle. Fui limpiabotas hasta que conseguí comprarme un traje que utilicé para conseguir mi primer empleo de repartidor de periódicos. En aquellos tiempos conseguir un empleo no era tan sencillo como ahora. Ahorré cada peseta y cada real hasta que me pude montar una pequeña tienda de golosinas, donde trabajaba de día y dormía de noche, y cuando ésta dio dinero lo invertí...

Sagrario se lo sabía todo de memoria, aunque no terminaba de comprender cómo su padre podía haberlo echado de casa. En su discurso, la tienda de golosinas sufría una ampliación para vender prensa. Posteriormente la ampliaba para vender helados. La vendía y montaba una ferretería. Luego una tienda de muebles, y así seguía... montando varias tiendas más.

—Y ahora todo el mundo me respeta —continuaba Ramón como tenía programado—. ¿No te das cuenta de que cuando la gente me mira dice: «Mira, ahí va el bueno de Ramón», y sienten envidia de mí? La gente ve a un hombre hecho y derecho, que se ha forjado a sí mismo. Puede que la perfección no exista, pero estoy seguro de que se puede rozar, y si tengo que pagar el precio de levantarme todos los días a las seis de la mañana y trabajar hasta las once de la noche, lo pago. Y esto es lo que le hace falta a Pepín: disciplina, esfuerzo, sacrificio y trabajo duro, y si lo proteges entre tus faldas nunca va a aprender a volar.

—Escúchame... —interrumpió Sagrario con toda la dulzura del mundo—, tienes que tener en cuenta que Pepín se esfuerza en lo suyo. Quiere escribir una novela, ser escritor como su difunto padre...

Mientras Sagrario hablaba, Ramón percibió en uno de los espejos que tenía el bigote ligeramente ladeado y se acercó a mirarse. «Sigue, sigue... que te escucho», dijo mientras redistribuía los pelos para que su bigote quedara milimétricamente perfecto. Comprobó que la raya del pelo estuviese perfectamente alineada, y su camisa perfectamente lisa y con los sobacos totalmente secos.

—...está haciendo lo posible por abrirse camino en este mundo —continuaba Sagrario— y yo intento ayudarlo. Por eso le he pagado sus estudios universitarios, para que...

—¡Universitarios! —interrumpió Ramón despectivamente, sobresaltado ante tal palabra y haciendo un esfuerzo para no soltar por su boca que eran el cáncer de esta sociedad.

—¡Ramón! A veces pienso que lo que quieres es que Pepín se aleje de nosotros para no tenerlo cerca.

Sagrario agachó la cabeza y miró con pena las polémicas maletas.

—No, mi pichurri —intentó calmarla, cambiando a un tono más amable—. Tienes que tener en cuenta que si hacemos esto es por su bien. Necesita aprender a volar, a cazar, y para eso debes de dejar de darle la comidita en la boca. ¡Que ya ha cumplido treinta años!

—¿De verdad, eso es lo que debemos hacer? —preguntó Sagrario entre lágrimas.

—Claro que sí, mi pichurri. Cuando mi padre me tiró de casa, de un día para otro, me hice un hombre. Créeme que me hice un hombre, yo sé lo que me digo. Y a Pepín no lo vamos a tirar de casa, porque vamos a estar los dos vigilándolo sin que él se de cuenta. Sólo quiero que aprenda a vivir por sí mismo.

—Gracias, mi Ramón —dijo acercándose a sus brazos.

—Pero no lo olvides, tienes que ser fuerte ante su mirada de pena y no ceder, porque lo que vamos a hacer es por su bien.

Sagrario miró de nuevo las maletas, con tristeza.

—No sé si podré...

A Pepín no le pilló por sorpresa cuando volvió a casa, abrió la puerta y vio sus dos maletas marrones llenas de pegatinas en el suelo del recibidor; aquello se había estado mascando últimamente en el ambiente. No era la primera vez que sucedía y Pepín ya sabía cómo controlar aquella amenaza que estaba empezando a hacerse repetitiva. Cogió sus maletas y las sopesó. Parecía que tenían todas sus pertenencias. Las dejó en el suelo y avanzó por el pasillo.

—Madreee... —gritó buscándola—. ¿No vas a felicitar a tu querido hijo el día de su cumpleaños?

Madre no contestó. Normalmente acompañaba las maletas con los brazos extendidos y una mirada acuosa que Pepín desmontaba con facilidad extrema. Luego ella acababa dándole un beso y un achuchón que Pepín siempre repudiaba en gestos, por el tema de que ya era mayor para esas cosas, pero que en el fondo deseaba. Sin embargo, aquel día Madre no estaba ahí y ya estaba empezando a echar de menos tales muestras de efusividad. Siguió andando con la duda en el cuerpo hasta el final del pasillo y vislumbró una figura distorsionada a través del cristal de panel de abeja de la puerta.

—Madreee... —le dijo a la figura del cristal—. ¿No vas a dar un abrazo y un besito a tu querido hijo el día de su cumpleaños?

La figura ni se inmutó. ¿Era posible que Madre se estuviese volviendo dura con el paso del tiempo? Se empezaba así, negando el beso a un hijo el día de su cumpleaños, y se terminaba a saber Dios cómo, olvidándose de taparle con una mantita cuando se quedaba dormido en el sofá durante su merecida siesta, olvidándose de prepararle sus sabrosas cenas, o peor aún, sugiriendo que tenía que empezar a buscar un trabajo físico. Un escalofrío recorrió su cuerpo. Cuando se repuso, se preparó para sacar su artillería pesada. Se quitó el casco rojo, cual caballero que se quita su yelmo para arrodillarse ante su reina, y cabizbajo y dejando en evidencia su brillante cabeza, dejó que sus antiguos recuerdos de familia le invadieran.

—Madre... —dijo apenado, con la voz temblorosa y con un amago de lágrima en sus ojos verdes de esmeralda—. ¿No echáis de menos a Padre en un día tan señalado como es este? Necesito un abrazo, Madre...

Abrió la puerta con decisión, con los brazos preparados para recibir su afecto, y la emotividad de la escena se rompió como la melodía rayada de un disco de vinilo. Allí estaba Ramón, el cabeza cuadrada, el nazi impassible, el dueño y señor del esfuerzo, del sacrificio, del trabajo duro y de la disciplina. Impoluto como siempre vestía de riguroso Lacoste, la marca pija del cocodrilo: siempre llevaba camisas, polos y pantalones Lacoste, ya que eso era símbolo de bonanza económica y de pertenecer a cierta clase social acomodada. Sus zapatos también eran de la marca; incluso sus alzas, que lo elevaban poco más allá del metro cincuenta con el estilo y la elegancia de la firma. Pepín ignoraba si también existían tan prestigiosos calzoncillos, pero si alguien había confeccionado ropa interior con un cocodrilo acechando la entrepierna, seguro que Ramón la llevaba.

Allí estaba Ramón, mirando fijamente, con semblante serio y con ojos de disfrutar de la situación. Su bigote escondía una mueca de satisfacción contenida. Arropado por sus secuaces cocodrilos, por su autoritarismo y por su mala leche, aquel canijo imponía como si fuese un gigante a punto de destrozar al caballero.

—Tu madre no está —emitió con un sonido gutural—. Coge tus maletas y aprende a buscarte la vida.

Pepín se había desprovisto de su yelmo y se mostraba en inferioridad de condiciones, pero había sido el factor sorpresa lo que lo había dejado sin posibilidad de réplica. Uno a cero, ganaba Ramón.



—Pero... ¿dónde voy a dormir esta noche? Necesito cierto tiempo para buscarme algo... —dijo Pepín inseguro en un intento de darle la vuelta a la situación.

—Aquí tienes un número de teléfono —le tendió una pequeña tira de papel cortada a mano donde ponía: se busca compañer@ de piso, teléfono 654 126 8... Preguntar por Silvana.

Dos a cero, seguía ganando Ramón.

Pepín llevaba tiempo conviviendo con él y había subestimado a su adversario, pero el resultado no era definitivo; al fin y al cabo él era un escritor y su potencial estaba en su intelecto, así que se repuso de los dos duros golpes que había recibido y se estrujó los sesos para dar con una buena frase que le parara los pies y le dejara a la altura de sus alzas. Pepín pensó hasta que encontró algo con lo que devolvérsela y sonrió vengativo. Miró fijamente al que iba a ser su presa y justo cuando se disponía a contraatacar con el ingenio de su lengua, percibió una mirada y un gesto que conocía. Mientras la mano de Ramón ascendía para acariciarse su frondosa cabellera, su mirada rencorosa se posaba sobre la yerma cabeza de Pepín. Pepín agachó la cabeza y con el tres a cero tiró la toalla. Ocultó sus vergüenzas con su casco y sin abrochárselo dio media vuelta. Avanzó vencido hasta aquellas maletas de la discordia y, cargando con el peso de su falta de pelo, desapareció de la que había sido su casa.

Una vez en la calle, miró a su alrededor y se sintió asustado. Benidorm, el Manhattan español, la ciudad de los rascacielos, lo hacían pequeño e indefenso, lo miraban diminuto en su impotencia, y la calle, abarrotada de gente, lo sumió en la extraña confusión que produce el sentimiento de soledad cuando aparece en mitad de un gentío, así que clamó al cielo para que lo ayudara.

—Por favor, Dios, haz que se haga justicia. Una vez me quitaste a Padre, y ahora, me quitas mi casa y los favores de Madre. Ayúdame a recuperarlos y a poner al cabeza cuadrada de Ramón en su sitio. Dame una señal, oh, Señor.

En ese momento un joven que repartía propaganda por la calle le dio un panfleto:

## **Profesora Azul**

### **La Gran Ilustre Vidente Médium**

La poderosa maga con más experiencia en todos los campos de la alta magia viene de un

entrenamiento conocedor del budú en el desierto africano. Poseedora del espíritu mágico más rápido que existe, ha resuelto miles de casos imposibles en todo el mundo.

No espere más y deje de seguir sufriendo. Pídale ayuda. Ella resuelve todo tipo de problemas por difíciles que sean.

Resultado al 100% en 72 horas o reembolso garantizado.

Ella confía en su trabajo, confíe usted en ella.

También acepta trabajo por correspondencia en caso de no poder desplazarse al lugar.

Recibe todos los días de 24:00 a 04:00 horas. Benidorm. 629 666 6...

Pepín sonrió con el papel en sus manos, lo apretó contra su pecho y dio gracias al cielo. La profesora Azul solucionaría todos sus problemas. ¡Y en menos de setenta y dos horas!

## La cerveza consagrada

Pepín entró en el bar con las dos maletas llenas de pegatinas en sus manos; con aquel fabuloso casco parecía un aventurero que viajaba con todo su equipaje en un globo aerostático rojo y brillante por el cielo del bar. Tenía el ceño fruncido, aunque algo apaciguado porque, tras hablar con la tal Silvana, había quedado con ella a final de tarde para ver si alquilaba la habitación y por alguna razón incomprensible aquella muchacha le había dejado un buen sabor de boca a través del teléfono; quién sabe qué podía ocurrir aquella noche. Se dirigió a su mesa de trabajo y dejó las maletas en el suelo.

Allí desplegó su portátil y esperó pacientemente a que apareciese su agente literario; tenía que pedirle algo importante. Se llamaba Serafín y era todo un hombre de carrera: había estudiado Marketing y Publicidad en la universidad. Por azares del destino había acabado de funcionario de Hacienda que ejercía de agente literario en su tiempo libre, aunque él se empeñaba en afirmar que era un agente literario que ejercía de funcionario en su tiempo libre; especialmente cuando se encontraba cerca de Pepín o de su madre .

Pepín no tuvo que esperar mucho para verlo, el exquisito paladar de Serafín lo llevaba siempre hasta la comida que Antonio servía en la Estrella Polar. Al entrar, cargando con su rechoncho cuerpo de barrilete, no le pasó desapercibido aquel portento rojo y brillante sobresaliendo sobre el resto de cabezas. Avanzó totalmente extrañado hasta su gallina de los huevos de oro.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Serafín ocultando su perplejidad tras aquellos generosos mofletes de perro pachón.

—Verás, querría pedirte algo...

—Ya, pero... ¿qué haces aquí? Si ésta es la hora de tu siesta.

Pepín desvió sus ojos llenos de resignación, evitando la respuesta. En su lugar le invitó a leer el párrafo que había escrito antes de que le echaran de casa.

—Hoy he escrito un párrafo de apertura que quita el hipo. Lee, lee.

Serafín, que se encontraba de pie al costado del artista, entornó los ojos y empezó a leerlo. Hizo una primera lectura rápida. No se enteró de mucho, pues el párrafo constaba de una única frase de casi doscientas palabras, con varias proposiciones de relativo, unos pocos complementos indirectos y unos

cuantos condicionales. Sacó de su bolsillo un pañuelo y empezó a secarse el sudor de su pálida cara de botijo poroso mientras releía el párrafo para ver si se enteraba de algo. Se tomó su tiempo hasta que sus tobillos empezaron a tambalearse. Miró a Pepín embutido en su gran casco rojo para concluir:

—Un gran párrafo, sin duda —dijo agotado.

Pepín lo miró fijamente con un gesto impasible mientras Serafín guardaba aquel pañuelo saturado de sudor en el bolsillo de su chaqueta. Violentado ante la mirada inquisitiva del novelista, el agente volvió a emitir su juicio:

—Un grandísimo párrafo, sin duda, majestuoso, magnífico, digno de un talento sin parangón en el mundo entero.

Pepín esbozó una sonrisa relajada y se aprovechó de aquellos piropos:

—Querría pedirte algo importante. Parece que los astros se han aliado contra mi persona para desestabilizarme y que no escriba. ¿Podrías adelantarme algo de dinero para encontrar la paz y la concentración que necesita mi talento?

Serafín se indignó, pero Pepín siguió insistiendo:

—A cambio te doy este majestuoso y magnífico párrafo como anticipo.

—Termina el libro y luego hablamos —atinó a decir Serafín con cierto malestar.

—No es un libro. Es sólo un párrafo de apertura, para practicar. Todavía no he empezado a escribir *mi* libro.

—¿Y a qué estás esperando?

Serafín se desesperaba. A pesar de su sueldo de funcionario, algunos de sus vicios estaban empezando a originarle deudas. Es por esto que había depositado sus esperanzas en Pepín para sacar una buena tajada económica y quería sacarla antes de que un mal prestamista quisiera resarcir sus deudas.

—Espero a que llegue el momento —contestaba Pepín con calma—. Si fueras un artista como yo entenderías que el arte no surge cuando uno quiere. Son las musas quienes deciden cuándo nos tocan con su varita mágica.

—Yo de ti no esperaría a las musas. Haz caso a tu agente y empieza el libro *ya*.

Serafín se dio media vuelta indignado y traqueteando su magnífico culo a ritmo de enfado se subió de un salto en una banqueta de la barra, dispuesto a olvidar aquella conversación.

Pepín podría haberse desesperado ante la negativa de un anticipo económico, pero todo invitaba al optimismo, pues estaba esperando la llamada

de la profesora Azul, la Gran Ilustre Vidente Médium que resolvería sus problemas. Sin embargo, las últimas palabras de Serafin le habían calado. Quizá, sólo quizá, los últimos acontecimientos le estaban invitando a ponerse manos a la obra. Quizá hubiese llegado el momento de intentarlo. Agitó su mente y posó su vista sobre la pantalla del portátil, los ojos entornados. Su burbuja de abstracción se cerró con fuerza sobre él, aislándolo de aquel mundo injusto que le retiraba los favores de Madre y lo empujaba a una vida de techo incierto para introducirlo en un mágico y bello mundo donde cualquier fantasía se hacía realidad sin más que desearla: el mundo de la escritura. Iba a escribir *su* novela.

Afortunadamente su burbuja de abstracción siempre era muy considerada con su cerveza y nunca la excluía. La bebió de un trago y la eructó en la intimidad de su burbuja. Alcanzado su estado óptimo, dejó que sus yemas se desplazaran con dulzura sobre las letras del teclado, acariciando con cariño todo el abecedario, y se dispuso a escribir el más fabuloso de los párrafos que jamás hayan presidido la apertura de un libro, el de *su* libro.

Sus dedos se estrellaron en el vacío.

Tanto tiempo caminando por ese mundo creativo, abarrotado de millones de caminos que esperan a ser recorridos, y Pepín no tenía ni idea de por dónde empezar. La sangre se le heló en el cerebro y los sudores se le escaparon ardiendo en llamas. Pero era un artista con recursos para vencer aquel bloqueo tan común entre afamados escritores, así que abrió una pequeña ventana en su abstracción y pidió otra cerveza que llegó en un santiamén.

—¡Oh, mi Musa! —clamó ceremonioso de rodillas—. Escucha a este pobre escritor que necesita de tu ayuda.

Tomó la jarra en sus manos, la levantó y la consagró con la solemnidad del sacerdote que diviniza el pan y el vino.

—Acepta este obsequio como prueba de mi buena voluntad, así que haz el favor, oh mi Musa, de penetrar en éste, mi cuerpo, para que puedas apreciar a través de mi garganta esta burbujeante ofrenda que te obsequio en señal de gratitud. Y una vez dentro, haz el favor de iluminar mis pensamientos y mis actos con la inspiración que tu Dios te ha otorgado.

La cerveza debió de ser del agrado de la musa, porque tan pronto como tocó su garganta, llegó una maravillosa idea: la novela iba a relatar su vida. Tenía que escribir sobre su persona.

Se levantó sobresaltado y se dirigió al cuarto de baño, donde se encerró. Entornó los ojos y se miró al espejo. A simple vista, lo más llamativo era su

casco rojo, pero él tenía que llegar más allá y dejó que su visión artística se posara sobre sus verdes ojos de esmeralda; los traspasó sin dificultad. Allí, en el interior de su persona, latía la nobleza de su gran corazón; una nobleza oculta, eclipsada por su faceta de artista, pero digna de ser retratada y mostrada al mundo. Corrió hacia su portátil y escribió:

Me llamo José Cañas y soy caballero andante.

¿No habría sido acaso algo pretencioso? Volvió corriendo al cuarto de baño a mirarse de nuevo. Entornó los ojos y volvió a mirar en su interior. Se rascó la nariz y ladeó la cabeza a izquierda. Con la nueva perspectiva intuyó que aquella frase no era del todo representativa de su persona. Inclino la cabeza, esta vez a derecha, y con la otra perspectiva inclinada confirmó que no podía escribir algo así. Corrió a cambiarlo:

Mi nombre es José Cañas y soy noble caballero; de noble linaje, noble corazón y noble espíritu.

Desde mi nacimiento he defendido los valores de la valentía, la lealtad y la cortesía a lomos de mi fiel corcel, de nombre...

¿Qué nombre podría ponerle a su caballo? Buscó en su cerebro y no halló nada hasta que su vista traspasó el cristal del bar y se posó sobre su moto aparcada en la acera, su fabulosa Vespa de color marfil con el número 23 en uno de sus costados.

... a lomos de mi fiel corcel, de nombre Vespertino, un magnífico pura sangre italiano de color marfil.

Quizá se sorprendan vuestras mercedes ante la naturaleza de este manuscrito. ¿Qué hace escribiendo una novela en prosa un caballero andante, de los que parten el corazón a los dragones con su espada, y a las damas con sus verdes ojos de esmeralda? Permítanme que se lo explique relatando la aventura más difícil de mi intensa vida.

Recuerdo como si fuese hoy mismo aquel fatídico día en que todo dio comienzo; el día en que Ramón, el consejero real de la reina SAGRARIO nuestra señora, me tendió una emboscada cuando regresaba a castillo tras una dura y sacrificada misión. Recuerdo que me levanté al alba, con los primeros rayos del sol que amenazaban el rocío del campo. Me dirigí hacia una charca helada para lavarme la cara y aproveché su espejo de agua para comprobar que no



había perdido la chispa de mi verde mirada de esmeralda, ni el gallardo porte y la majestuosidad de mi frondoso tupé...

Pepín dudó. ¿Existían los tupés en la Edad Media? Le dio vueltas a su cocorota enfundada de rojo y recordó que siempre que había visto alguna película del medievo aparecía la gente con el pelo zarrapastroso. ¿El tupé no atentaba contra el rigor histórico?

¡Daba igual! Error histórico o no, ésa era su historia y él quería lucir un frondoso tupé.

Como les iba diciendo, me había levantado al alba. Todo buen caballero debe estar predispuesto al esfuerzo y al sacrificio desde primera hora de la mañana. Sin embargo, mi fabuloso corcel Vespertino no lo veía así. Recuerdo que aquel día, como tantos otros, estiré de sus riendas para despertarlo a tan intempestiva hora. Giró la cara y el oro fundido del sol se le derramó sobre sus marchitos ojos, negándome su despertar.

Como comprenderán vuestras mercedes, somos un equipo inseparable, por lo que respeté su manía y me eché una cabezada a su lado hasta que el sol llegó al punto álgido del mediodía. Vespertino era un caballo que hacía honor a su nombre, pues llegada la tarde despertaba para convertirse en un fabuloso pura sangre italiano de color marfil inusualmente especial. Suave y sedosa era su piel, y su crin descansaba libre sobre un esbelto cuello que erguía —especialmente al trotar ante las damas— en una pose de elegancia indudable. Era un caballo único, que creaba belleza en cada uno de sus gestos y de sus movimientos, y como creador de arte que era no quedaba exento de sus manías, sus rarezas y sus excentricidades, que las tenía pero que formaban parte de su encanto; se hacía de querer tal cual era. La más visible de ellas era una curiosa mancha de nacimiento en el pelaje de uno de sus costados, con una geometría un tanto caprichosa, pues trazaba la siguiente forma:

### XXIII

Vespertino y yo éramos famosamente conocidos tanto fuera como dentro de nuestro reino por mi maravilloso tupé, que era mi estandarte peludo, y por aquella caprichosa marca. Todo el mundo nos adoraba e idolatraba, y precisamente por esto nos pilló tan desprevenidos aquella maldita emboscada que nos tendió Ramón, el consejero real de la reina Sagrario, y que nos metió de lleno en esta aventura.

El recuerdo de cómo Ramón lo había echado de casa destempló al noble escritor. Pidió otra cerveza y mientras ésta llegaba Pepín pudo comprobar que dos chicas que tomaban el té en la mesa de al lado, la una morena y la otra pelirroja —bien pertrechada de delantera la morena y llena de graciosas pecas la pelirroja—, se habían quedado absortas mirando al escritor, preguntándose por qué llevaba un casco en el interior del bar. Pepín se sintió el centro de sus miradas y sonrió; no había perdido aquello que hacía que las mujeres se fijasen en él. «Buenas tardes, señoritas», dijo el escritor con elegancia, retirándose el casco como un dandi que saluda con su sombrero de fieltro. Ellas le brindaron una sonrisa incómoda. «A vuestras mercedes, señoritas, para lo que ustedes gusten...», les dijo de nuevo. Ellas apartaron fugazmente la mirada, pero poco después volvieron a mirar involuntariamente en un acto reflejo difícil de evitar. Pepín ya tenía su casco puesto y su cerveza en las manos; la levantó a modo de brindis y les guiñó un ojo. De buena gana se habría levantado el escritor para regalarles alguna galantería, pero no quería desaprovechar el empuje que le habían dado las musas. Siguió su relato:

Por fin estábamos llegando a nuestro reino tras una dura misión. El castillo se alzaba impío en el horizonte con todo su esplendor fortificado. A medida que nos acercábamos, sus murallas se elevaban más y más, amenazando con romper el azul del cielo, y las grandes rocas con las que habían sido construidas se mostraban como tensos músculos consagrados a la defensa de sus habitantes. Incluso el sol temblaba ante su presencia.

—Tengo unas ganas de llegar y tomarme una buena cerveza... —me dijo el caballo en voz baja justo antes de llegar.

Ya dije que Vespertino era un caballo inusualmente especial. Por algún motivo que yo suponía divino, tenía la capacidad de hablar como las personas, y de discurrir como el que más. Para colmo, tenía la manía de beber cerveza cada vez que volvía de una misión, a modo de recompensa por el trabajo bien hecho. Yo, personalmente, rechazaba aquel líquido chabacano y vulgar, y aunque toleraba su capricho, no podía evitar recriminárselo de vez en cuando.

—Ya sabéis que, en mi opinión, la cebada es el pienso de las caballerías —le dije.

Vespertino me dirigió una mirada de reproche por mis palabras y siguió adentrándose hacia el castillo. Habíamos cruzado la empalizada y nos dirigíamos hacia la entrada por la pasarela que cruzaba el foso. Levanté una

mano y solemne solicité que se bajara el puente levadizo. La intuición animal de Vespertino le indicó que algo raro estaba pasando. Miró con recelo por doquier hasta que fijó la vista en lo alto de una de las torres.

—¿No os parece raro que la reina Sagrario no esté dándonos la bienvenida como es costumbre? —me dijo mientras avanzábamos por el puente, en un susurro para que nadie más percibiera el secreto de su locución.

Aquello me extrañó y la busqué con mi potente mirada de esmeralda. Un funesto presentimiento me erizó los pelos de mi fabuloso tupé cuando vi que, desde lo alto de una torre, Ramón nos miraba con una sonrisa ladina y maliciosa, que se tornaba más maliciosa y ladina a cada momento. Aquel consejero real tenía una apariencia que me hacía desconfiar, pues sólo vestía con pieles de cocodrilo; incluso la capucha de su capa estaba confeccionada con la cabeza de un cocodrilo, con la mandíbula superior a modo de visera y con toda su dentadura para darle un aspecto más feroz. Sobre su mano portaba un báculo con una cabeza de cocodrilo tallada en mármol verde. Lo levantó y lo dejó caer en un gesto con el que dio la orden que cambiaría nuestros destinos.

Fue entonces cuando cuatro caballeros reales con sed de sangre, cuatro máquinas entrenadas para matar, se abalanzaron sobre mí, dos por delante y otras dos por detrás.

Pepín releyó el último párrafo y le pareció que algo fallaba. El lance estaba desequilibrado, así que rectificó:

Fue entonces cuando seis caballeros reales con sed de sangre se abalanzaron sobre mí, tres por delante y otros tres por detrás. Para colmo la muralla se había llenado de arqueros preparando una lluvia de flechas dispuestas a mojarme en sangre.

Analiqué la situación con la rapidez del rayo: me encontraba sobre la pasarela que cruzaba el foso. Por la retaguardia se encontraban tres caballeros, acero en mano y dispuestos a entregar su vida con tal de conseguir la mía. Por la vanguardia tenía otros tres contrincantes con las mismas destrezas mortales a flor de piel, y a mis flancos no había opción, pues el puente daba al foso lleno de cocodrilos.

Ya había tomado una decisión: volver por la retaguardia hacia la empalizada de entrada. No pintaba bien el asunto, para seros sinceros, pero confiaba en mis destrezas con el acero y me vi capaz. Sin embargo, el pobre

de Vespertino no lo vio así de factible y, presa del pánico por una vez en su vida, dio un brinco y se sumergió conmigo en aquellas aguas del foso sin tener en cuenta los cocodrilos que las habitaban, y sin tener en cuenta que yo... no sé nadar.

Pero no se asusten vuestras mercedes y adviertan que si mi pluma está escribiendo estas líneas es porque finalmente conseguimos escapar con vida. Hago esta aclaración por si vos sois una bella lectora cuyo corazón pueda sufrir ante tanta tensión. En tal caso estaré encantado de acobijaros bajo el manto protector de mis fornidos brazos, donde vuestro corazón permanecerá a salvo. Buscadme por el reino y si no conseguís dar conmigo, buscad al caballero Pepín por el reino de Benidorm —me consta que suele frecuentar una taberna llamada la Estrella Polar—, que él también os albergará en sus brazos con la misma entrega.

Y volviendo a la historia, me encontraba yo en mitad de un chapuzón a lomos de mi fabuloso corcel. Contar esto no es fácil para mí, pues muchas personas creen que soy un hombre perfecto, y no es así: no sé nadar, y menos con una armadura rígida y pesada como la piedra. Sólo me quedaba confiar en la capacidad de flotación de mi fiel corcel.

—Pesa mucho vuestra merced, mi señor —me dijo Vespertino—, apenas puedo mantenerme a flote. Este es nuestro fin. Quiero que sepa...

El agua se le colaba por la boca y sus palabras se deshacían como pompas que mueren en el aire. Pero no todo estaba perdido: a lo lejos divisé una pequeña puerta en uno de los flancos del foso. ¡Por la poterna de la muralla!, le dije señalándola.

Vespertino flotaba a duras penas y yo tomé la decisión de desprenderme de mi pesada armadura para facilitarle el trabajo. Solté mi peto de acero y el fondo de aquellas turbias aguas lo succionaron con apetito voraz. El vello del brazo se me erizó tanto como mi tupé, pues por un momento percibí que la muerte me saludaba desde el fondo de aquel líquido turbio. Seguí desprendiéndome del resto de mi armadura, sin dejar de mirar con amargura cómo se la tragaba el foso, hasta que Vespertino pudo flotar cargando con mi cuerpo, que por entonces estaba prácticamente desnudo. Sin embargo, se confirmaron mis peores temores: uno de los esbirros del consejero Ramón entró en acción.

Con un latigazo un cocodrilo emergió mostrándome la mandíbula más poblada de incisivos que en mi vida he podido apreciar. Le miré a los ojos

una fracción de segundo y sus entrañas recibieron el frío de mi acero. Cayó. Yo no deseaba que el agua me acariciara ni la planta de los pies, y me hallaba de pie sobre el lomo de Vespertino, por lo que me había visto obligado a utilizar mi espada como un arma arrojada que quedó clavada sobre aquel cuerpo feo y asqueroso —lo que me recordó que tenía que ajustar cuentas con Ramón, pero no pude recrearme mucho en este pensamiento ya que otros de sus esbirros andaban al acecho—. Además de desnudo, me había quedado desarmado. Sin embargo, Vespertino consiguió llegar hasta la poterna antes de que nos atacase otro cocodrilo. Aquella puerta tenía un mecanismo infernal de acero con cerrojo incluido que la protegía de intrusos.

Sin embargo, yo soy caballero andante y estoy acostumbrado a lidiar con multitud de cinturones de castidad —ya saben vuestras mercedes: una princesa rescatada de un dragón a la que consolar por aquí, una bella doncella liberada de una panda de rufianes por allá...—; en menos de lo que pestañea un trovador tenía el cerrojo abierto.

Cruzamos la portezuela y volvimos a tierra firme para mi tranquilidad. Vespertino inició un galope tendido. Aunque no los veíamos, sabíamos con certeza que nos estarían persiguiendo aquellos caballeros, por lo que debíamos darnos prisa en nuestra huida. Para colmo de males yo me encontraba totalmente indefenso, sin mi espada y desnudo sin armadura, por lo que alenté a Vespertino. ¡Mas deprisa!, le dije a su oído, ya que mi corazón no podía castigar a mi fiel amigo a golpe de espuela. Vespertino aceleró el paso hasta que, sumido yo en mis pensamientos, intentando imaginar por qué la reina Sagrario nos había expulsado de nuestra casa, el caballo relajó el paso ante mi sorpresa.

—Pero... ¿qué hacéis, insensato? ¿No veis que nos persiguen de muerte?

—Mirad a vuestra izquierda..., mirad... —me dijo el caballo entre susurros, haciéndome un gesto con la cabeza para que me girara.

Allí habían dos bellas muchachas que limpiaban las ropas junto a un río, una morena y otra pelirroja. La morena, pertrechada de abundante delantera, y la pelirroja, decorada de graciosas pecas, levantaron la vista y sonrieron al verme prácticamente desnudo a lomos del caballo.

—Buenas tardes, damiselas —les dije con gesto gentil, a lo que me respondieron con una complaciente sonrisa.

Hice una breve indicación con las riendas y Vespertino inició un paso de

exhibición, simétrico en perfección, mientras yo me erguía sobre su lomo. Las dos mujeres abrieron los ojos encandiladas ante la belleza de mis verdes ojos de esmeralda y de mi noble corazón —así como de mi fabuloso tupé—. Vespertino dio media vuelta e inició el trote mientras yo me inclinaba para pasar nuevamente delante de ellas. Me giré y con la diestra les lancé un beso al aire. Estuve tentado por un momento de bajar del caballo, pero el buen sentido me distrajo de hacerlo y le indiqué a mi fiel compañero que debíamos continuar nuestra huida. Vespertino volvió a girar e inició el galope para pasar por delante de ellas por última vez mientras me sacaban un pañuelo y lo ondeaban al viento a modo de despedida.

—¿Por qué no habéis dicho nada más a aquellas mozas? —preguntó Vespertino mientras golpeaba fuertemente el suelo en su galopada—. Lo estaban deseando, ¿o es que no os habéis fijado en que sus deseosas miradas se derretían sobre vuestro cuerpo desnudo?

—No tenemos tiempo para galanteos —contesté tajante—. Os recuerdo que huimos porque nos persiguen.

—Haber subido alguna moza sobre mi lomo y la cortejabais durante la huida

—Ya os he dicho que no tenemos tiempo para galanteos. Además, ha sido tan fugaz el encuentro que ni siquiera me he podido decidir por ninguna de las dos.

—Pues haber elegido las dos... —dijo el caballo que en su mundo de semental era normal aparearse con yeguas de dos en dos.

Pepín volvió al mundo real consciente de que debía iniciar una aproximación con aquellas dos mozas que le habían dedicado aquella deseosa mirada. Las buscó en el bar, pero ya no había ni rastro de ellas. El tiempo había pasado fugaz mientras escribía, pero no importaba, pues se hacía inminente la noche y con ella la cita con la tal Silvana. A Pepín le llegaban muy buenas vibraciones.



## Terciopelo rojo

Anochecía y el encuentro con Silvana llegaba a su hora. Pepín salió del bar y a lomos de su corcel mecánico se dirigió al mirador de Benidorm, lugar de encuentro. Aquel saliente de roca que rompía la playa en dos hacia el cielo era uno de sus lugares favoritos. El anochecer invitaba a la penumbra a coquetear con las farolas junto al mar de acuarela en tonos morados y rosas. Al oeste descansaba en paz la playa de Poniente, tranquila, vigilada por el Bali, un monstruo de cemento de casi cincuenta alturas que se mostraba como un gigante de piedra, guardián del cielo y la tierra; a su lado el resto de rascacielos parecían chabolas. Al este hervía llena de vida y luces la playa de Levante, efervescente centro del ocio y del vicio nocturno. Sus aguas atesoraban los reflejos de un cielo que empezaba a teñirse de rojo. No cabía duda que el mirador era un lugar privilegiado, y eso no escapaba ni a los turistas, que explotaban allí sus cámaras de fotos, ni a los artistas, atrapados por su embrujo encantador. Aquello estaba especialmente plagado de caricaturistas y de músicos trabajando por unas monedas.

Pepín aparcó la moto junto a un argentino que tocaba el acordeón a ritmo de Che Tango. Allí se encontraba como Pedro por su casa rodeado de tanto artista. Buscó con la mirada a uno que le llamaba especialmente la atención. Lo llamaba *el hombre misterioso*, pero no lo encontró aquel día y aquello sí que le extrañó. Se dirigió a la puerta de la iglesia, que es donde había quedado con Silvana, sin dejar de pensar en aquellas dos chicas que le habían dedicado una deseosa sonrisa. Había sido un estúpido con ellas. Por culpa de no haberse decidido por ninguna de ellas, o por las dos, había desaprovechado la ocasión. Qué belleza la de la morena, pensó, y qué graciosa la cara pecosa de la pelirroja ¡Qué dura es la vida, llena de decisiones! Si sólo me hubiese sonreído una de las dos no habría dudado en el asunto, pensó de nuevo... Y entre pensamiento y pensamiento, entre la morena y la pelirroja, a punto estaba de quitarse su casco rojo cuando giró la vista y se le apareció un ángel teñido de rubio con un gran escote lleno de grandes tetas y de miradas.

El tiempo y el cerebro de Pepín se paralizaron como por arte de magia mientras aquel ser divino contoneaba sus caderas y se le acercaba con aquellas tetas que se veían simpáticas a simple vista. Un aura de luz divina se

concentró sobre su figura femenina, haciéndola brillar como si el sol estuviese a su servicio día y noche, mientras se dirigía con paso decidido hacia Pepín. ¡Viene hacia mí, pensó, qué atrevida! La morena y la pelirroja abandonaron la mente del escritor que ya sólo tenía pensamientos para aquella tentación rubia. De repente, fue como si una banda de ángeles hubiesen bajado del cielo para entonar su música celestial a ritmo de Che Tango y Pepín creyó que un mensaje divino le pedía que la tomase firmemente por la cintura para bailarle entrelazando las piernas —y las entrepiernas—. Pero se mantuvo y dejó que ella, que iba totalmente decidida, tomase las riendas del asunto.

—Osea —dijo con acento de pija insatisfecha—, tú eres Pepín. Soy Silvana, vente conmigo.

Ella iba a enseñarle el piso, pero ese «vente conmigo» sonaba a algo más que a una simple transacción de alquiler. Acababa de quitarse el cierre del casco y estaba a punto de desfundárselo, pero quiso dar la mejor de sus imágenes y se lo volvió a poner. Pepín nunca había sentido nada parecido en su interior, algo animal lo gobernaba por dentro y no quería estropear con sus inseguridades aquella oportunidad que el destino le ofrecía.

—Soy Pepín, para serviros —dijo con una pequeña genuflexión que mostraba respeto y adoración.

Silvana lo miró extrañada de arriba abajo y en décimas de segundo supo todo lo que quería saber de él.

—El piso está en este portal. Justo encima del mirador, junto a la antigua biblioteca.

Pepín echaba de menos la antigua biblioteca que habían derribado, había sido como su segunda casa durante mucho tiempo y le agradó el lugar. Además, estaba en pleno mirador, su lugar favorito. Si a ello añadimos que su compañera de piso era aquel bombón rubio, de caderas y pechos hipnóticos, la cosa no podía pintar mejor. Por fin el destino le había barajado buenas cartas.

—El piso es muy viejo —continuó ella—. Es caro para lo que tiene, los muebles están que se rompen solos y por la noche hay mucho ruido. Es difícil no odiar el Che Tango después de un par de semanas durmiendo pegado a la ventana. Yo te recomiendo que busques otra cosa. Además, la dueña del piso vive en la puerta de enfrente y es una pesada, siempre husmeando a través de la mirilla a ver qué hago o qué dejo de hacer. De todas formas vamos a subir y te lo enseño, pero te recomiendo que busques otra cosa.

Pepín dudó, ¿cómo podía insinuarle que el piso no valía la pena, pero se lo llevaba arriba? Esta hembra quería tema, fijo.

Silvana abrió un portón de madera antiguo, de los de picaporte rústico de mano, y se internó por aquel pasillo haciéndole una ruta turística por el piso.

—¿Te importaría quitarte el casco? Me da yuyu verte con él puesto dentro de un piso. Seguro que trae mala suerte.

Pepín se llevó los dedos al cierre pero se lo pensó dos veces:

—Lo siento, pero se ha atascado el cierre y no puedo quitármelo.

Silvana, que miraba con malos ojos a aquella persona disfrazada de Chupachups de fresa, continuó el tour. «Mira, esto es la cocina. ¿Ves que fogones más antiguos?», le dijo. Pero Pepín, que la seguía de cerca, no estaba para fogones y no podía apartar la vista de aquellos ritmos singulares que acompañaban sus caderas, adornadas con un llamativo cinturón de Dior lleno de brillantitos. «El microondas no funciona bien», dijo señalándolo, pero el escritor sólo podía recrearse ante aquellas manos suaves y en aquel brazo delicado lleno de pulseras de Dolce & Gabbana, de Christian Dior y de Tous. Y en sus pechos, que, para ser francos, no podía dejar de mirarlos aunque lo hiciera con disimulo.

De repente, la cerradura de la puerta empezó a crujir y apareció una mujer vieja, de las que el paso del tiempo deja amojamada, vestida con un trapo viejo de los de andar por casa y el pelo blanco y desgarrado.

—¡Eustaquia!, usted no tiene derecho a entrar aquí —le dijo a la dueña del inmueble.

—Y tú no tienes derecho a espantar a los posibles inquilinos. Ya se me ha acabado la paciencia. A saber qué les dices que nadie alquila la habitación. Esto se ha acabado, a partir de ahora voy a enseñar yo el piso.

Silvana y la dueña del piso habían llegado a un acuerdo monetario. Le alquilaba aquel piso viejo de dos habitaciones por quinientos euros, pero como todavía no tenía compañero de piso le respetaba el alquiler por la mitad de dinero hasta que encontrara otra persona, y Silvana intentaba espantar a cualquier candidato para vivir sola por la mitad del precio. Pero a Eustaquia se le había acabado la paciencia.

—El piso está muy bien. Y muy barato. ¿Dónde vas a encontrar algo a este precio en pleno centro de Benidorm? —le dijo la vieja a Pepín mientras lo asía por el brazo—. Ven que te lo voy a enseñar de nuevo.

—No hace falta, ya he visto todo lo que tenía que ver. Me quedo con la habitación.

—Por adelantado, me tienes que dar dos meses de fianza y el alquiler de

este mes.

A Pepín se le solidificó la saliva en plena tráquea cuando su mente calculó los costes, pero la Providencia había decidido que compartiría piso con aquella diosa de la belleza. Sacó su cartera y empezó a contar billetes. Mientras tanto Silvana se acercó a la anciana y conocedora de sus temores de revieja desconfiada le dijo entre susurros:

—¿Tú lo has mirado bien? Igual es un etarra...

La vieja lo ojeó con interés, prestando atención en sus zapatillas de puntera blanca, en sus vaqueros desgastados llenos de rotos y en su camiseta del Equipo A. Luego miró sus maletas llenas de pegatinas y su maravilloso casco rojo.

—¿Un etarra?

—Además —continuó Silvana—, llevar casco bajo el techo es un presagio de mala suerte.

La vieja se santiguó con devoción, dos veces por si acaso, se acercó a Pepín para cogerle el dinero que tenía en aquel momento en sus manos y, desconfiando de cada uno de sus gestos, salió corriendo hacia la puerta mientras le susurraba a Silvana:

—Dile que no se acerque a mi puerta.

Tras la transacción, Pepín recibió de manos de Silvana una antigua llave dorada que más que una llave de entrada a un piso parecía la llave de un armario o un cofre antiguo. A cambio, y a pesar de que todavía no había pagado todo lo que se le exigía, había perdido un buen fajo de billetes de su cartera que empezaba a estar más despoblada que su cabeza. Con claros síntomas de enfado, Silvana abrió la puerta, miró a Pepín una fracción de segundo y desapareció con un portazo sin despedirse. Pepín se quedó solo. Observó el pasillo y descubrió un suelo de mármol viejo y picado; unas paredes con tiras de papel rayado de color verde y crema que se habían despegado en algunos puntos; una lámpara de cristal llena de polvo que presidía el techo de lo que parecía haber sido un piso bello en un pasado lejano. Belleza barroca destruida por el paso del tiempo, pensó Pepín al ver el panorama.

Llegó al salón y descubrió un sofá orejero, de los de antaño, de los que han sido fabricados con muelles que en su vejez se vuelven cascarrabias y se estiran para pinchar a sus ocupantes. Dejó las maletas en el suelo y se sentó en

una silla del rococó. Ésta crujió y exhaló, en claro síntoma de desagrado, una nube de polvo blanco. Pepín osciló en un equilibrio dudoso y se levantó para no tentar la suerte. Dio unos pasos sobre el suelo ajedrezado y recapacitó. Por algún motivo no se había dado cuenta de cuán viejo estaba todo cuando Silvana le habían enseñado el piso. Se dirigió al balcón y disfrutó de la vista de la ciudad en un enclave tan privilegiado. El cielo se había teñido totalmente de rojo y a sus pies cientos de personas disfrutaban de una de las zonas más bonitas de Benidorm y del mundo entero. Disfrutó de aquella escena de la época moderna, respiró aire profundamente, intentando retenerlo en su interior, y volvió a las ruinas barrocas del interior de la casa.

Se dirigió a su habitación. En la penumbra, el polvo flotaba en el aire, agujereando en débiles haces de luz unas cortinas que habían librado infinidad de batallas. Las apartó y se hizo la luz. Miró con detenimiento. La mesa era una tabla de madera sobre dos caballetes inestables. Puso ahí encima su portátil sin saber si se descalabraría. La pared tenía una estantería vieja que había sido movida de sitio en varias ocasiones, pues así lo evidenciaban las marcas de taladro que quedaban a la vista. Dejó las maletas en el suelo y se quitó su flamante casco rojo, dejando su cabeza libre al aire. ¿Pero qué haces, inconsciente?, se dijo a sí mismo. Se puso el casco de inmediato y se asomó al pasillo. Llamó a Silvana y ésta no contestó. Se asomó al balcón de nuevo y la buscó con la mirada. Tampoco estaba por allí. Respiró tranquilo y se dirigió al portátil para escribir:

A medida que pasaba el tiempo nuestros perseguidores nos iban ganando terreno. De vez en cuando, cuando la geografía lo permitía, teníamos visibilidad directa con ellos, y aunque se nos mostraban como lejanos puntos diminutos, se hacía más patente que debíamos encontrar una vía de escape.

—He escuchado algo, mi señor —me dijo el corcel parando en seco.

Efectivamente, a lo lejos se escuchaba un canto lejano. Era una voz preciosa, masculina pero preciosa. Parecía pertenecer a un trovero que cantaba en la lengua de oc. Nos acercamos en sigilo, para inspeccionarlo sin que advirtiera nuestra presencia, y fue entonces cuando vimos nuestro salvoconducto.

El trovador se estaba tomando un baño entre los reflejos del atardecer y sus pertenencias descansaban a la orilla del río, entre las que se encontraban sus ropajes, su caballo, un laúd y multitud de manuscritos con poemas y partituras, así como otros utensilios propios de la escritura que llenaban unas

alforjas. Lo que más me llamó la atención fue el caballo y la tinta de sus plumas. El caballo se parecía, salvando las distancias, a mi fiel Vespertino, pues aunque no contaba con su elegancia y majestuosidad —ni su locuacidad—, era de color marfil. Así que, ni corto ni perezoso, me acerqué sigilosamente hasta el caballo, lo tranquilicé e hincé mi dedo índice en la tinta para dibujar sobre su lomo la siguiente forma:

### XXIII

Vespertino relinchó enfadado:

—¿Acaso me estáis comparando con semejante ejemplar?

Le miré pícaro y seguí a mis menesteres. Tomé las prendas y me enfundé unas calzas largas de fino lino. ¿No tenían vergüenza estos artistas que se calzaban tejidos tan ajustados en los que las geometrías de la entrepierna no pasaban desapercibidas? No estaba el asunto para mostrarme exquisito en el gusto, así que me acoplé una túnica, de amplias mangas acampanadas, larga y de gran caída, perfecta para disimular mis fabulosa musculatura caballeresca, y tomé las alforjas para tapar con ellas la marca de Vespertino.

—Ni se os ocurra —amenazó con enfado—. Prefiero morir antes que ocultar mi marca —me dijo.

—Hacedlo por mí. También está en juego mi vida.

—¿No os dais cuenta que no sirve de nada tapar mi marca si vuestro tupé os delata?

—Tranquilizaos. A partir de ahora llevaré esto sobre mi cabeza.

Con mirada canalla saqué de las alforjas un gorro de terciopelo rojo, de color brillante, que sin duda era una novedad traída de oriente y me lo puse ocultando mi tupé, mi enseña peluda. Afortunadamente era generoso en tela, pues la finalidad de este era caer bombacho hacia uno de los lados, y gracias a esto pude tapar la totalidad de mi tupé que elevaba el gorro dotándolo de un gran volumen de brillante terciopelo rojo.

Azoté al caballo con la falsa marca para que huyera dejando un reguero de pisadas falsas que nos desharía de nuestros perseguidores. Fue de esta forma como conseguimos escapar de la emboscada y movernos libremente por el reino, pues la búsqueda se centraba en un noble caballero de gran corazón que portaba un fabuloso tupé. Y yo, aunque noble de espíritu y corazón en mi interior, sólo dejaba a la vista a un simple trovador, un simple artista que portaba un enorme gorro de brillante terciopelo rojo; un gorro que jamás



debería quitarme.

Pepín releyó satisfecho; realmente había sabido expresar su preocupación en ocultar con aquel casco rojo su secreto. Afortunadamente su habitación también daba al mirador y se asomó para entregarse a la observación del paisaje. Absorto en sus pensamientos —un buen escritor nunca descansa, sino que siempre mantiene buenos diálogos consigo mismo—, vio aparecer al que él llamaba *el hombre misterioso*. Con un libro bajo el brazo se sentó en uno de los bancos que quedaban iluminados por las farolas y comenzó a leer mientras realizaba pequeñas anotaciones en una libretita roja con un bolígrafo Bic. Pepín siempre especulaba. ¿No sería un escritor famoso? Siempre leía, por la mañana, por la tarde y por la noche. ¿Acaso había ganado con sus libros el suficiente dinero como para no tener que trabajar? Y siempre tomando notas, como un auténtico escritor, como Pepín que siempre tenía a mano un lápiz y una libretita. Sin embargo, su semblante intrigaba a Pepín. Su pelo cano lucía engominado al estilo conde y siempre llevaba el mismo traje, un traje recargado que parecía un uniforme aristocrático o algo parecido. Sólo le faltaba la pipa y un monóculo. ¿No sería un aristócrata con tiempo y gusto por la escritura en vez de un artista? ¿Y por qué siempre leía en la calle y no en su casa de conde, o en su bohardilla de artista? Artista o conde, o lo que fuese, Pepín tenía claro que aquel hombre guardaba un misterio.

Cansado de tanto pensar consigo mismo, Pepín dejó la ventana para dejarse caer suavemente sobre la cama y descansar un poco. Una serie de crujidos de madera resquebrajada inundaron la habitación mientras la cama se desplomaba exhalando una gran nube de carcoma. El culo de Pepín aterrizó amortiguado por el colchón mientras los trozos de madera sonaban por el suelo. Empezábamos bien, pero había pagado un alquiler y eso le daba ciertos derechos, así que salió de la habitación apartando con los pies los trozos de madera que se le interponían por el camino y se dirigió a la puerta de enfrente. La golpeó con el picaporte de mano de acero. Al momento un ojo se asomó por el otro lado de la mirilla de catalejo. El ojo, pequeño en la distancia infinita, lo escrutó de arriba abajo.

—Un momento —dijo Eustaquia desde el otro lado de la puerta.

La vieja casera se dirigió hacia la cocina y tomó en sus manos un cuchillo jamonero. Lo había visto en las películas e hizo igual: se lo metió en la manga con la empuñadura cerca de la mano por si aquel etarra era además un violador. Que hubiese un etarra en Benidorm no era muy complicado, pues

en la ciudad vivía mucha gente del norte; tanta que los vascos habían rebautizado una de las calles más importantes como la calle del Coño porque cuando paseaban se encontraban entre ellos y exclamaban con su peculiar acento: «¡Coño!, qué haces tú por aquí...». Sin embargo, que fuera un violador era distinto, pero en estos tiempos los jóvenes estaban locos y cualquier cosa podía ser posible. Abrió la puerta con el pestillo puesto y preguntó.

—¿Qué tal va todo? Espero que la pija no te esté dando problemas.

—¿Te refieres a Silvana? Ah, no, ningún problema. Parece simpática.

—Es una pija malcriada y además una golfa. A saber qué hace en mi piso... Si ya me lo imagino yo...

Eso le interesaba a Pepín, así que aguzó el oído para no perder detalle.

—Ah, sí... ¿y qué se imagina?

—Se ha enamorado de un artista, me lo ha dicho —continuó mientras el escritor se iba emocionando—. Y está descarriada. Seguro que si mirase por un agujerito... mira, mejor no saber qué hace. Antes de irse me ha estado contado sobre ese artista que ha conocido, ella está loquita por él, pero es que lo acaba de conocer, ¿qué te parece? —Pepín sonrió todavía más, por lo visto había sido amor a primera vista—. Si es que las mujeres de hoy en día no son como éramos nosotras, las de antes. Mi marido me cogió por primera vez la mano cuando ya llevábamos meses saliendo y yo se la estuve rechazando una y otra vez hasta el segundo año de noviazgo, y sin embargo, esa golfilla parece que lo da todo a la primera de cambio, ¿o es que no la ves?

Interesante..., pensó Pepín. Ahora necesitaba más que nunca la cama.

—He venido para decirte que me he sentado con delicadeza sobre la cama y esta se ha desplomado. Yo no puedo dormir con el colchón sobre el suelo, que por cierto está lleno de carcoma y trozos de madera.

La vieja se enfadó.

—Vienes y el primer día ya me estás rompiendo el mobiliario. Pues que sepas que la vas a tener que pagar. Ya puedes ir preparando la cartera. Ya puedes...

Pepín se enfadó y arrugó las cejas. La vieja, que analizaba cada gesto del etarra, temió por su vida y en un momento de nerviosismo tembló y el cuchillo cayó al suelo en el interior de la vivienda. Y viéndose desprovista de arma de defensa y por tanto desprotegida, Eustaquia cerró la puerta con energía para salvaguardar su vida.

Sorprendido ante el portazo que sufrieron sus narices, Pepín bajó a buscar una tienda que abriese de noche para comprar unas cervezas, pues tenía

que seguir escribiendo su novela y era necesario obsequiar a las musas con una ofrenda burbujeante. Y unos condones, porque... ¿quién sabe cómo podía presentarse la noche?

## La llamada de Azul

En Benidorm no había que buscar mucho para poder comprar alcohol en plena noche; o condones. Pepín compró al amparo de la oscuridad varios botellines de cerveza, entre otras cosas, y se dispuso a volver a su nueva casa para seguir escribiendo cerca de los encantos de Silvana. Ya de camino empezó a poner la mente en blanco. Era una especie de ejercicio de concentración que le ayudaba a evadirse del mundo real para entrar en el mundo imaginario de la escritura. Dejó de pensar en todo lo que le sucedía y se concentró buscando el nirvana. En su estado ausente se movía como un capuchino en plena procesión religiosa, con sus pasos anunciados por el tintineo de los botellines de cerveza que llevaba en la bolsa.

La casera amojamada, que se encontraba en reposo viendo la televisión en el interior de su casa, era vieja pero no había perdido ciertos sentidos que le eran muy útiles para sus menesteres, y husmeó en mitad de la noche. Afinó el oído y escuchó el traqueteo al que estaban sometidos los botellines de cristal. Corrió a mirar por la mirilla. Al otro lado se encontraba Pepín, caminando como un zombi. Seguro que se ha drogado, pensó. Y además, muchos botellines de cristal en aquella bolsa, pero no había nada de comida. Seguro que eran para construir cócteles molotov. Cada vez tenía más claro que era un etarra. Y ese casco... ¿por qué llevaba siempre ese casco puesto? ¿Sería una protección para manipular goma-2?

Pepín, que vio un cambio de luz a través del agujerito de la mirilla, se acercó y saludó con la mano, pero no recibió respuesta. Habría jurado que lo observaba una pupila. Acercó su ojo, pero todo se veía lejano a través de aquel cristal de catalejo. Al otro lado la indefensa viejita seguía vigilando y el tubo telescópico de la mirilla le amplió la imagen de un casco rojo que a medida que se acercaba crecía y crecía como una bomba a punto de estallar.

El corazón de Eustaquia dio un vuelco y cuando por fin pudo reunir el valor suficiente para llamar a la policía, Pepín, el muy etarra, dio media vuelta y se introdujo en su vivienda.

Con el teléfono en la mano y el número prácticamente marcado, Eustaquia recapacitó. Sólo tenía que apretar un botón, pero no era tan fácil. ¿No sería mejor esperar a que le pagara el mes de fianza que le debía y luego

ya lo delataría?

Pepín se dirigió a su habitación, desplegó el portátil, se bebió su cerveza y luego la que le daba en ofrenda a su musa. Preparó otra cerveza para no tener que levantarse mientras escribía y dejó un condón junto al portátil, por si Silvana irrumpía con ganas en mitad de la noche. Lo pensó mejor y dejó otro. Más vale que sobren que no que falten, se dijo. Y se puso manos a la obra:

Vagué a lomos de Vespertino, enfundado en mi disfraz de trovador, en busca de un lugar donde morar sin sospechas. Lo que no pude imaginar aquella tarde, mientras el sol nos azotaba con su poderío estival, es que iba a conocer a una mujer fuera de lugar y llena de misterios y contradicciones que se convertiría en personaje fundamental en mis aventuras, pues en toda gesta de caballero que se precie debe aparecer el corazón de una bella dama en edad de merecer, y el de Silvana latía fuerte en esta historia.

Anduvimos perdidos toda la tarde por unos parajes que a duras penas soportaban un cielo de brasas y cenizas que amenazaba con desplomarse y quemarlo todo. Por desgracia, aquel gorro de terciopelo rojo que ocultaba mi tupé de noble caballero no me ayudaba a calmar mis calores; al contrario, su tejido caluroso hizo que una gota de sudor abandonara mi frente y cayera sobre Vespertino.

—Daría lo que fuese por una buena cerveza, fría y espumosa —aseguró el corcel.

De buena gana le habría contestado, pero mi boca estaba seca y pegajosa. Saqué una cantimplora y eché un trago de agua que me supo a gloria.

—Sólo pido una cerveza, sólo una... —decía Vespertino casi en un delirio— Tengo una sed...

Estiré mi musculado brazo y le ofrecí la cantimplora. Me bufó indignado.

—El agua, para las ranas —dijo el caballo—. ¿Es que acaso me veis cara de rana? Yo pido una cerveza...

Guardé la cantimplora y seguimos nuestro camino.

Aquel sol que fundía el denso cielo de plomo fue descendiendo poco a poco. Con su huida, el calor nos dio cierto respiro y empezó a oscurecer. Cualquier caballero que se precie prefiere la luz del día para desenvolverse

en sus menesteres, evitando así quedar expuestos a los peligros de la oscuridad. Sin embargo, Vespertino y yo preferíamos la noche. La causa era la Estrella Polar. El pobre Vespertino quedó desde muy joven huérfano de padre y estaba convencido de que el espíritu de su progenitor lo vigilaba desde aquel astro lejano.

—Mira, por fin se insinúa la Estrella Polar con el ocaso —me dijo su boca con una mezcolanza de alegría y tristeza.

Yo podía comprender su pena, pues la Providencia y el destino también me arrebataron a mi progenitor cuando apenas había tomado posesión de conciencia. En ocasiones yo también miraba aquella estrella pensando que Padre seguía mis gestas con entusiasmo y, aunque cada vez me costaba más recordar su rostro, lo imaginaba con una sonrisa sabedora de que yo iba a cumplir su legado con la misma valentía y honor de las que él hizo gala en este mundo. Acaricié con cariño el lomo de Vespertino y seguimos nuestros destinos.

Ya casi habíamos perdido la fe en encontrar cobijo donde pasar desapercibidos cuando mi fabulosa vista de esmeralda divisó a lo lejos unos terrenos pantanosos, y en ellos un diminuto punto.

Nos acercamos para descubrir, en mitad de aquella extensión lejana y pantanosa, una construcción —si es que puede llamarse así la chapuza que vimos—. Un letrero tallado en madera indicaba que nos encontrábamos ante la Morada del Olvido. Ese letrero era lo único que parecía sólido de aquel hospedaje, pues el resto no era sino una calamitosa barraca hecha de adobe y un tejado de cañas de dos vertientes poco inclinadas. Tan mal estaba construida que los adobes tenían poco barro y las paredes habían perdido paja, quedando agujeros por los que seguro que se podría ver el interior de las estancias.

—¿Quién sois? —dijo una voz femenina y muy sensual.

Busqué con mi mirada a la dueña de aquellas melodías divinas. Provenían de una dulce damisela en edad de merecer que portaba la colada en un barreño. Al posar su mirada sobre mi ilustre figura a lomos de tan fabuloso corcel, ella se maravilló tanto que le cayó lo que tenía entre manos, echando por tierra el trabajo de limpieza de toda una tarde. Por supuesto, yo bajé de Vespertino y le ayudé a recoger aquellas ropas que se habían teñido de barro y, en la cercanía de mi mirada, pude ver que le temblaba el pulso. Miré a Vespertino y sin palabra alguna me lo dijo todo: ¿Ya has roto otro corazón?,



me reprochaba su mirada.

—Mi nombre es José y soy noble caball... noble trovador.

La damisela todavía no había encontrado el habla y seguía en su estado de enajenación pasional. Era como si mis verdes ojos de esmeralda la hubieran hechizado. Sus mofletes enrojecieron y, tímida, bajó la vista al suelo. Finalmente me susurró su nombre.

—Me llamo Silvana, para servirlos.

—¿Podríamos hospedarnos mi fabuloso corcel y yo? Llevamos un largo camino a cuestras y necesitamos un lugar donde morar.

Sonrió. Parecía complacida ante la noticia y nos hizo un gesto para que la siguiéramos, y así hicimos. Mientras ella avanzaba no pude parar de pensar sobre ciertas contradicciones que la muchacha mostraba. Vestía un atuendo digno de una princesa: un brial caía suave sobre su cuerpo, acariciando una figura encorsetada que realzaba un busto adornado con hilo de oro —y que yo no pude evitar mirar, ya que tan digno metal brillaba y me llamaba la atención—. Una toca entretejida en seda fina protegía su cabellera dorada. Mientras sus caderas andaban, los diamantes que iluminaban su cinturón le seguían el ritmo en una danza hechicera, y sus zapatos eran del mejor de los cueros. A ojo de buen cubero calculé que aquel ropaje debía costar más de lo que un buen herrero es capaz de ganar en toda una vida. Y, sin embargo, allí estaba ella, en una construcción de cañas y barro, realizando la colada en un barreño, sin criadas que la ayudasen. El asunto era, cuanto menos, muy extraño.

—Cruzad esta puerta —me dijo una vez llegamos al destino— y hablad con Eustaquia. Ella es la casera.

Dejé a Vespertino al cuidado de la moza y me entregué a la oscuridad cruzando aquel umbral hacia lo desconocido. Dentro se encontraba descansando en una mecedora una viejita más flaca que un palo, con los pellejos amojamados, de pelo cenizo y con unos ropajes más antiguos que su persona. Abrió con rapidez los ojos y se levantó con la jovialidad de un niño para rodearme y mirar con detalle toda mi persona.

—¿Por qué habéis venido aquí? —inquiría su desgastada voz sin disimulo—. Aquí sólo vienen dos clases de personas: las que huyen de la justicia y buscan un escondrijo seguro, o las que no tienen dinero para costearse algo mejor y acaban bajo mi techo. ¿Con cuál de ellas os identificáis?

Aquello me dio que pensar en la dulce Silvana, pero la vieja siguió tanteándome con insistencia.

—Debe saber vuestra merced que yo nunca deajo entrar a los prófugos ni a los proscritos, no los quiero aquí —aseguró tajante—. ¿Cuál es vuestro caso?, ¿por qué andáis por estos parajes?

—No tengo mucho dinero —le aseguré, ya que había rebuscado en las alforjas de trovador y la bolsa del dinero estaba vacía— y busco un alojamiento barato. ¿Me lo podéis proporcionar?

La vieja me volvió a inspeccionar de arriba abajo.

—¿Cómo me decís que no tenéis dinero y portáis un corcel de batalla digno de un rey?

Estaba claro que más sabe el diablo por viejo que por diablo, y no iba a ser fácil engañar a aquella mujer.

—Es una herencia. Es la única posesión de valor que tengo.

—¿Y ese gorro rojo de tan prestigioso material? Debe de costar varias monedas de oro.

—Es necesario para mi oficio.

—Vaya, vaya... —la viejita sonrió.

Con sus tretas de perro viejo me había hecho confesar que tenía un oficio y que por lo tanto debía recibir una paga. Seguro que tenía la bolsa llena y podía pagar un buen alquiler por una habitación. Empezó a imaginarse el tintineo de unas cuantas monedas de oro entre sus manos y la alegría le invadió.

—¿Y cuál es vuestro oficio?, si se puede saber...

—Soy un artista —afirmé—. Un trovador.

La sonrisa que empezaba a acariciar su viejo rostro se esfumó de golpe. Su gozo en un pozo.

—Haber empezado por ahí —afirmó, presuponiendo que todo artista vivía en la más absoluta de la pobreza.

La vieja dio un par de vueltas sobre mí, observándome, oliéndome y buscando algo más allá de lo que se podía ver a simple vista. Sus ojos me analizaron por delante y por detrás, por arriba y por abajo. Estiró con su diminuta mano mis ropajes, comprobando la resistencia de las telas. Acarició la piel de mis zapatos y torció la suela mientras yo esperaba con asombro un veredicto. Sus ojos ascendieron lentamente por mis piernas, pasando por mi

torso, para terminar lanzándome un tipo de mirada que, aunque me era familiar porque la había recibido en multitud de ocasiones, no supe determinar en qué categoría se ubicaba.

—No os preocupéis si no tenéis dinero. Ya encontraremos otra forma de que me abonéis las costas del hospedaje —dijo entre malévolas sonrisas—. Ahora iros y que Silvana os enseñe vuestros aposentos.

Salí de la habitación para buscar a la dulce muchacha cuando escuché una voz vieja y rota desde el otro lado de la puerta: «Pero no olvidéis que algún día tendréis que abonar las costas del hospedaje». Estaba claro que...

El teléfono móvil sonó en mita de la noche y Pepín abandonó su estado creativo con un sobresalto. Contestó enfadado a la intempestiva llamada.

—¿Diga?

—La profesora Azul te está esperando —dijo al otro lado de la línea una voz de ultratumba.

—¿Cuándo puedo ir a verla?

—¿Cómo que cuándo? Ahora mismo debes venir aquí.

—¿Ahora, en mitad de la noche? Estaba a punto de ir a la cama...

—¡Tienes que venir ahora! —contestó la voz enfadada—. ¿O es que te crees que los espíritus van a esperar a que te despiertes mañana? Te espero en los edificios Playmon de la plaza de toros en media hora. Pregunta por Azul.

Colgó y un escalofrío recorrió el cuerpo de Pepín. Si la Providencia no le hubiera dado aquella propaganda cuando pedía ayuda a Dios, no se habría acercado por allí, pues todo el mundo conoce la leyenda urbana que está asociada con el edificio.

Lentamente y resoplando, se quitó el relojito digital y lo dejó sobre la mesa. Se lamentó de no haber solicitado los servicios de Azul por correspondencia como ponía en el panfleto, pero ya era demasiado tarde. Sacó la cartera del bolsillo y cogió un par de billetes de cincuenta euros y su DNI —por si tenían que identificar su cuerpo— y los escondió dentro de los calzoncillos. La cartera con las tarjetas de crédito las dejó sobre la mesa, al lado del reloj. Se lo pensó por un momento, se santiguó, aun a pesar de que no era creyente, y finalmente se entregó a su destino.

## El arma dorada

Cuando Pepín cerró el antiguo portón de la casa, dispuesto a enfrentarse en plena noche a la leyenda negra del edificio Playmon, se sintió observado. Se giró y buscó con la mirada por las sombras del pasillo, pero no había nadie. No se escuchaba ni un alma. Dio un paso y paró. Definitivamente se sentía observado. Miró hacia el diminuto punto de cristal que había en la puerta de Eustaquia y de repente el reflejo de un ojo desapareció. Golfo, más que golfo, creyó oír tras la puerta. Pero no estaba el asunto para tonterías y afrontó el destino con la decisión y el arrojo del caballero andante, así que salió a la calle y se dirigió hacia su corcel metálico.

—No te preocupes, todo va a salir bien —le dijo a su Vespa mientras acariciaba con suavidad su lomo marcado con el número 23.

Arrancó, se santiguó y se aceleró para adentrarse por el pequeño puente de la plaza como quien penetra en la boca del lobo.

Pepín conocía dos de las facetas de Benidorm: la de la luz diurna y la de las luces nocturnas. Durante el día el pesado de Lorenzo no daba tregua e iluminaba una playa repleta de turistas, y durante la noche miles y miles de luces de todos los colores inundaban sus calles de fiesta. Pero sabía que existía una tercera faceta, una faceta que la ciudad al completo evitaba divulgar: la de la oscuridad y el crimen, y él estaba tentando la suerte para conocerla.

Llegó con su Vespa a la plaza de toros, la aparcó debajo de una farola y se quedó pensativo, mirando las escaleras que subían la ladera sobre la que se encontraban los Playmon, el edificio maldito. Eran lo suficientemente largas y poco iluminadas como para que sucediese allí cualquier cosa de esas que saldrían en un boletín de sucesos si no fuese porque hablábamos de Benidorm. Podrían atracarle en mitad de la noche y nadie diría nada; incluso podrían golpearlo o arrojarlo escaleras abajo y nadie diría nada ni llamaría a una ambulancia. Bien es cierto que no era necesario subir aquellas escaleras, ya que podía dar un rodeo y llegar en moto hasta el edificio, pero si la dejaba aparcada bajo la negrura de aquel edificio endiablado, a su vuelta encontraría como mucho un candado abierto y la nota de un ladrón jactándose de haber robado una maravilla italiana como su Vespa.

Decidido, se encomendó a Dios, a la reina Sagrario nuestra señora, a las musas y a la buena Providencia, y se dispuso a subir aquellos sombríos escalones que lo desafiaban en la impunidad de la noche. Empezó con un primer paso. Seguía íntegro, así que dio un segundo paso y un tercero. Siguió avanzando sin complicaciones hasta que llegó a la mitad del camino. Entonces cayó en la cuenta: nunca se había visto su trasero, como siempre había estado ahí detrás... ¿Cómo sería?, ¿duro o más bien suave?, ¿plano o más pomposo? En cualquier caso seguro que era un caramelito para los violadores que andaban por aquel paraje, así que hizo fuerza para cerrar su esfínter a modo de válvula de seguridad y se apresuró en su ascenso.

La profesora Azul, la Gran Ilustre Vidente Médiúm, jamás pudo olvidar el día en que descubrió sus poderes; un día agridulce que le cambió la vida. Para comprender la naturaleza de sus fuerzas ocultas y secretas es necesario conocer todo su pasado.

Azul —no es este su verdadero nombre, pero poco importa—, había sido una niña de una familia de clase baja y muy sacrificada. Vivían en Villajoyosa, un antiguo pueblo de pescadores a la sombra de los rascacielos de Benidorm. Su padre, pescador, y su madre, zurcidora de medias, habían tenido una vida austera en exceso, intentando ahorrar hasta el último real para poder dar una educación a su hija. La pobre estudiaba y estudiaba a la luz de una vela de aceite para contentar a sus padres, no gastaba ni una moneda con los amigos, y se esforzaba todo lo que podía. Mientras los demás niños iban al cine, comían chucherías y compraban juguetes, ella sólo miraba para ahorrar el gasto a sus padres. Llegó a la mayoría de edad y fue a estudiar psicología a la universidad. Aquellos años los pasó debajo de un flexo entre libros y libros, entre sobresalientes y matrículas de honor. Tanto se esforzó, que ni siquiera tuvo tiempo para la amistad o el amor.

Al terminar la carrera intentó buscar trabajo, pero por lo visto pegabas una patada a una piedra y te salían cuatro psicólogos. Y como ella no tenía contactos ni enchufes tuvo que tirar de los ahorros de toda una vida de pescador para montarse una consulta privada.

Los comienzos no fueron fáciles, como en cualquier empresa, pero tenía la esperanza de que fueran sólo eso: comienzos. Poco a poco se dio cuenta de que era muy buena analizando los problemas de la gente, pero como cada vez había menos gente en su consulta, poco podía hacer. Además, las cuentas con

el banco no salían y la hipoteca de la consulta pendía de un hilo.

La angustia estaba empezando a dominarla hasta que un buen día llegó una carta, la que le abrió, espiritualmente hablando, los ojos y le otorgó sus poderes sobrenaturales. La carta no contenía términos mágicos, ni había sido firmada con sangre por un hechicero. Era una carta normal y corriente con el membrete del banco, y era clara y tajante: si no pagaba, se procedería al embargo del piso.

Esa misma mañana descubrió sus poderes y escribió un folleto publicitario: Profesora Azul, la Gran Ilustre Vidente Médium..., y sus problemas económicos desaparecieron. Por fin había encontrado su trabajo de psicóloga, disfrazado con rituales fantasmales, pero, al fin y al cabo, un trabajo de psicóloga. Y además de bien pagado era fácil, pues todo el mundo iba allí por uno de estos tres motivos: por salud, por amor o por dinero. Tenía un método que nunca fallaba.

Que iban viejecitos..., les sacaba la carta de una guadaña. «La muerte acecha...», les decía. Y les sacaba el dinero asegurándoles un ritual con el que robarían a la muerte un poco más de vida. Que iban personas jóvenes..., era por amor o por dinero. En la gran mayoría de los casos se veía a simple vista su problema. Una cara triste tenía problemas de amor, mientras que una cara asustada revelaba problemas de dinero, sobre todo si entraba preguntando cuánto le iba a costar el servicio. A veces, sólo a veces, la adivina dudaba; entonces la respuesta estaba en los pequeños detalles. Por ejemplo, una manicura descuidada, unos zapatos desgastados o un reloj de imitación eran símbolos inequívocos de problemas de dinero. El truco consistía en prestar atención a los detalles. Sin embargo, con Pepín no pudo aplicar su método. Allí, de pie en la penumbra de la consulta, con el casco Rojo coronando su cabeza, con su camiseta del Equipo A y haciendo ostentación de un relojito digital de los años ochenta...

La profesora Azul dudó ante el más extraño de los especímenes de cuantos habían acudido a su visita. Debía decidirse entre un problema de amor y un problema de dinero, y buscó en los detalles. Inconcluyentes, pensó. El tipo no era normal y la estaba mareando. Tomó una de las velas y la acercó a su cliente para observarlo mejor con sus ojos fantasmagóricos. ¿Por qué llevará un casco aquí dentro? ¿Y por qué viste con un estilo de los años ochenta? Un misterio que no hizo más que volver a marearla. Movié un pie para girar una rueda oculta bajo la mesa y una bola de cristal se iluminó ligeramente. Ahora había matado la penumbra pero seguía sin aclararse el

asunto. Finalmente decidió dejar de lado los detalles y simplificó:

—No me digas por qué has venido aquí —dijo mientras alzaba la mano en un gesto para impedir que Pepín le contase sus problemas—. Tú tienes problemas de amor y de dinero.

—¿Yo...? ¡Qué va!

—Los espíritus no engañan. ¿Por qué estás aquí entonces?

—La divina Providencia me lo indicó, poniendo en mis manos tu nombre a través de un folleto publicitario.

—¿Y me vas a decir que no tienes problemas de dinero?

—Estoy escribiendo una novela que me va a dar mucho dinero.

—¿Qué clase de novela? —interrumpió la profesora de lo sobrenatural.

—Una autobiografía novelada —aseguró Pepín—. Dentro de poco me va a hacer ganar mucho dinero. Te lo aseguro. Cuento con un buen agente literario que ha depositado su confianza en mí y no hace más que alabar mi obra. Cuando la acabe... éxito seguro.

—¿Y de amor? ¿Qué me dices de amor?

—Bien, no puedo quejarme. Vivimos en Benidorm, tierra de las oportunidades, y aunque éstas no me faltan he conocido una chica que me gusta, sexualmente hablando, claro, porque estoy entregado a mi novela y no tengo tiempo más que para un rollete.

Azul lo volvió a mirar de arriba abajo y dudó con la mirada.

—Es que el tema de ser un artista... —dijo el escritor con soberbia—, eso atrae mucho a las mujeres. Es como si lo olieran.

—Entonces, ¿me vas a decir que no tienes ningún problema?

—Hombre... —dudó Pepín—, sí que tengo uno: que mi madre me ha echado de casa.

—Y bien que ha hecho —le dijo mientras sacaba una gran aguja y la quemaba a la luz de unas velas que iluminaban una mirada sádica—. Toma, pínchate la yema de un dedo que voy a realizar el ritual de la sangre.

La bruja sacó un plato dorado con un líquido viscoso. Pepín estaba aterrorizado. ¿Quería que se pinchara en un dedo de escribir? Eso podía dejarlo de baja laboral por lo menos una semana.

—En un dedo no... —aclaró apartando la mano para que no se la cogiese.

—¡He dicho en un dedo! —contestó enfadada la vidente que se levantaba y le cogía la mano mientras éste se resistía—. ¿O es que quieres que los espíritus se enfaden y la paguen contigo?

Pepín cedió ante el miedo a lo incomprensible, puso su mano sobre el plato y extendió el dedo meñique derecho, que era el que menos teclas pulsaba cuando escribía. Azul había aprendido que si la gente sufría pagaba más a gusto el dinero de la consulta y creía más en los resultados. Curioso, pero cierto.

—Y ahora —dijo de nuevo mientras le pegaba un pinchazo con toda su mala leche— vierte tu sangre.

Pepín obedeció entre dolor y miedo y dejó que un par de gotas de su sangre se entremezclara con aquel líquido creando una forma caprichosa. Azul le exigió enfadada más sangre, le pinchó con la cólera de los espíritus y la consultó. Tras pensárselo le dio el veredicto:

—Vas a tener problemas de amor y de dinero. Y tu única protección va a ser un material noble: el oro. Para empezar deberías comprarte ropa interior dorada.

—¿Ropa interior de oro? Yo no tengo dinero para eso.

—¿No decías que no tenía problemas de dinero? Además, he dicho ropa interior dorada, como la que se pone la gente en Nochevieja —estaba empezando a perder la paciencia—. Unos se la ponen roja y otros dorada. Por unos pocos euros la encontrarás en cualquier sex-shop.

—Y que sepas que yo no tengo problemas de amor... ¿cómo te lo tengo que decir?

—A ver... ¿le has regalado alguna vez algo a esa chica?

—No —contestó tajantemente.

—Pues ya va siendo hora. Y no le regales una baratija. Cómprale algo caro.

Azul lo volvió a mirar otra vez de nuevo y vio una mancha de cerveza sobre su camiseta. Olió en el aire y pudo percibir el aroma de sus sobacos. Concluyó:

—¿Tú sabes lo que es una lavadora?

—Claro —contestó Pepín ante tan fácil pregunta.

—¿Y la has usado alguna vez?

—No —admitió sin vergüenza alguna.

—Pues ya va siendo hora de que pongas alguna con toda tu ropa.

Pepín estaba extrañado ante tales peticiones.

—Y no discutas la Providencia y haz lo que te digo. Son trescientos.

—¿Perdón? —preguntó Pepín que no había entendido la última parte.

—Trescientos euros. La consulta...



Joder la Providencia cómo se las gastaba ¡Trescientos euros! Ahora sí que iba a ser cierto lo que había profetizado la profesora: problemas de dinero. Y no los llevaba encima, pues sólo había cogido cien creyendo que todavía le sobraría para comprar una pizza.

—Cierra los ojos —le dijo Pepín.

Azul se extrañó. Que cerrara los ojos, en su consulta... Pepín insistió y Azul, temerosa de que saliese corriendo, se negó. «Es un momento», insistió de nuevo Pepín.

Finalmente los cerró pero entreabriendo un ojo lo suficiente para ver qué es lo que estaba pasando.

Pepín se desabrochó el cinturón, bajó la cremallera de sus pantalones, metió la mano en sus calzoncillos y sacó de dentro dos billetes de cincuenta euros. Volvió a dejar todo en su sitio.

—Ya puedes abrir los ojos —le dijo mientras le tendía los dos billetes frente a su cara—. No tengo aquí todo el dinero, pensaba que la Providencia no era tan avariciosa, pero toma esto de momento.

Azul no quería tocar nada que hubiese salido de ahí y le señaló la mesa.

—Como no me pagues lo que me debes echaré sobre ti una maldición, ¿entendido? —amenazó moviendo sus dedos que estaban a punto de disparar rayos sobrenaturales.

Pepín afirmó asustado y cruzó el umbral de la puerta para largarse, pero dudó y volvió a asomarse.

—Azul... —le dijo con cara de perrito abandonado— dentro de los trescientos euros... ¿podría ir incluida otra petición? —la vidente afirmó y Pepín se lo pensó, y finalmente se quitó el casco mostrándole su cabeza despoblada—. ¿Podrías ayudarme con esto?

—Mi querido amigo... eso tiene un precio especial... ya hablaremos cuando me pagues lo que me debes, ya hablaremos...

Pepín bajó corriendo del edificio, se aceleró hacia abajo por aquella escalera del demonio y llegó en un santiamén a la calle iluminada donde respiró tranquilo y comprobó con agrado que le aguardaba su Vespa. No se la habían robado, y por el camino tampoco lo habían atracado, ni le habían pegado una paliza. Y ningún violador había mancillado el honor de su immaculado orificio trasero.

Eufórico y a salvo, arrancó su corcel. Era una prioridad comprar no uno, sino varios tangas dorados.

En un principio yo había sido escéptico, pero cuando abrí la puerta comprendí de repente que los poderes de la bruja Azul eran ciertos; había tantos espíritus concentrados en aquella choza de sombras que casi hasta podía verlos en la oscuridad. Fue entonces cuando me arrepentí de la regañina que le había echado a Vespertino por no haber tenido valor de encaramarse por aquella oscura escalera.

Eché un vistazo a la sala con mi noble mirada de esmeralda. Parecía sustentarse sobre el vacío en un suelo imposible de niebla. Aun así, avancé hasta el mismísimo centro sin imaginar lo arriesgado que era visitar a la vidente Azul sin una bolsa bien llena de monedas.

A medida que avanzaba, una luz azul, metálica, debilitada, se encendió dentro de una bola de vidrio. Me acerqué a ella y, curioso, extendí el brazo para tocarla cuando una ráfaga de luz infinita quemó mis pupilas y casi pierdo el conocimiento.

—Deberíais ser más precavido con lo desconocido —dijo una voz gutural que se abría paso entre los atareados espíritus.

Cuando mis ojos se recuperaron del dolor, pude ver la figura de una mujer menuda, de piel de diablo, cabellos extraños y ojos de serpiente esculpidos en hielo. Los demonios deseaban hablar conmigo y aquella vidente, o bruja amiga del diablo, inició el ritual mascullando una serie de palabras en una lengua maldita. Luego sacó un machete de hoja oxidada con una empuñadura de intestino de cabra bañada en sangre.

—Tomad, debéis realizaros un corte en vuestro antebrazo derecho.

—No es posible —no estaba dispuesto a dejar menguada la letalidad del brazo con el que hago uso de espada—. Soy un simple trovador y no cuento con los arrosos necesarios para estas cosas. Además, no quiero menguar la destreza del brazo con el que toco el laúd.

—¿El laúd, impostor? ¿Con quién creéis que estáis tratando? ¿Sabéis qué significaba la luz tan poderosa que habéis causado sobre la bola? Es la proximidad del corazón noble. Vos no sois un simple trovador. Tenéis el corazón de un noble caballero. Vuestra apariencia no me engaña porque yo lo veo todo...

Extendió los dedos en un impulso y mi gorro salió volando por arte de magia, mostrando mi tupé.

—Sois José, caballero de noble tupé —me dijo con una sonrisa ladina en la boca—. Y ahora, ejecutad mis órdenes o conoceréis mi enojo.

No me quedaba otra, así que agarré con la siniestra la empuñadura bañada en sangre de cabra y me encomendé a Dios, aunque sólo me escucharon los espíritus. Apreté fuerte, venciendo el dolor, y un chorro de mi sangre salió disparada empapando la bola de cristal. Ésta proyectó reflejos teñidos de rojo sobre las paredes. «Interesante, interesante...», declaraba la bruja mientras consultaba las formas. Cerró los ojos y posó sus manos sobre aquella esfera para empaparse de mi sangre. Sin ni siquiera abrir la boca, una voz rota salió de su ser:

*Escapaste al báculo de cocodrilo,  
mas no a la mancilla de su trampa.  
Buscad vuestra verdadera esencia,  
y honradla con un arma dorada.*

La vidente cayó rendida sobre la mesa y me repitió a duras penas, y esta vez con su voz, que debía honrar mi verdadera esencia con un arma dorada.

—Pero... —dudé por un segundo—, ¿cómo puedo conseguir un arma de oro si no tengo dinero?

Azul recobró las fuerzas y se irguió de golpe entre el seseo de cientos de serpientes que me amenazaban desde su cabeza. Lo que antes se me habían antojados unos cabellos extraños no eran sino reptiles sibilantes que pedían mi castigo a cambio de las monedas que no llenaban mi bolsa.

De repente, la dueña de lo oculto se lo pensó mejor y se calmó. Emitió un silbo y sus vástagos reptantes también se calmaron sobre su cabeza.

—Voy a hacer una excepción con vos, y aunque no os voy a exigir el pago de momento, algún día os exigiré que me abonéis las costas de los consejos.

Ya estábamos otra vez. Que si abonar las costas por aquí... que si abonar las costas por acá... Estaba empezando a sentir un odio visceral hacia aquel vil metal que parecía mover el mundo. ¿Es que nadie era capaz de realizar un acto de forma generosa y sin cobrar nada a cambio, tal y como yo me entrego a mis gestas?

—No os preocupéis, que os pagaré como es debido cuando recupere los favores de mi amada reina Sagrario, nuestra señora. Pero ahora, os voy a

pedir que me ayudéis y que seáis vos quienes me proporcionéis una espada de oro y una protección que luzca brillante a juego.

—¿Y para qué queréis eso? —me preguntó extrañada.

—¿No me habéis dicho que honre mi esencia con un arma dorada?

La vidente compartió una carcajada estridente con los espíritus y yo me enojé. ¿Por qué motivo no se tomaba en serio sus propias profecías?

—Una espada de oro, ¿qué os parece amigos míos? —les preguntó a sus amigos etéreos—. Y una protección a juegos... Un caballero curioso, desde luego. Si ese capricho es lo que queréis os ayudaré, pero tendréis que pagarlo... Acompañadme.

Bajamos las negras escaleras que había subido en la oscuridad y en mitad del camino Azul extendió un dedo del que brotó una luz. Los escalones estaban llenos de esqueletos, muchos de ellos atrapados entre armaduras de acero.

—No todos los caballeros han tenido tus arrojios para encaramarse con éxito sobre estas escaleras diabólicas. Muchos de ellos cayeron presa del miedo y, temerosos de dar un mal paso, perecieron quietos. Escoged las piezas que deseéis.

Tomé una buena espada no demasiado grande y una cota de malla ideal para ocultarla bajo mis ropajes de trovador.

—Con esta arma dorada honraré mi esencia.

La hechicera me miró y rió.

—Las esencias mutan y cambian... —me dijo.

Yo le repliqué, pero Azul ya sólo tenía ojos para la espada y la cota de malla. Arrugó el rostro y maldijo en una lengua extraña. Las palabras mágicas brotaron de su boca como espíritus en pena que escapaban de sus entrañas. Sus pupilas de hielo se posaron en el infinito de la oscuridad y sus pelos de serpiente se erizaron. De repente cayó lacia como un muñeco de trapo y la luz que había originado se fue debilitando hasta la extinción.

Sin embargo, el dorado de la cota de malla y de la espada brillaba, iluminando el entorno. A mi lado se encontraba tendida sobre el suelo la adivina. Le di un par de golpes con el pie para ver si seguía con vida y escuché el silbo amenazante de las serpientes de su cabeza. Supuse que se recuperaría, así que me olvidé de ella. Me quité los ropajes de trovador y me puse aquella cota de malla dorada. Su brillo dorado tenía un tacto suave sobre mi piel y aunque no pude verme, sabía que aquella tela de oro no sólo me

protegía, sino que resaltaba cada curva de mi musculado tronco y elevaba mi belleza hasta el Olimpo.

Casi en contra de mi voluntad oculté aquel tesoro bajo mi túnica de trovador, así como la espada, y comencé a bajar la escalera sombría.

Perdí ligeramente la noción del tiempo entre sus escalones hechizados, que a veces creo que me desorientaban. Sin embargo, mi potente mirada de esmeralda me mostró el camino entre los ecos de unos espíritus que me decían: «no olvidéis que debéis abonar las costas de la vidente».

Superada la letalidad de aquella escalera me reencontré con Vespertino. No imaginan vuestras mercedes lo contento que se puso al verme.

—¡Qué alegría! —me dijo al verme—. Ya estaba sufriendo por vuestra vida.

—Yo también he sufrido por vuestra alma —le dije temiendo que alguna cuadrilla de golfines pudiese robarlo.

—Vuestros temores eran infundados. Aquí me encontraba seguro al amparo de la luz de la Estrella Polar —me dijo mirando al cielo.

Le acaricié tiernamente y le puse al tanto.

—Debemos honrar mi esencia con esta arma dorada cuanto antes —le dije mostrándole la espada que ocultaba bajo mis ropajes.

—¿Cuanto antes? ¿No podríamos posponerlo un poco?

—¿Cómo? —pregunté al corcel.

—Siempre andamos sobre el mortífero filo que es el camino del caballero. Siempre atentos porque un simple traspies, un mal movimiento entre mil certeros, y nuestra vida sesgada al otro mundo. ¿No creéis que merecemos por fin un pequeño descanso? Además, creo que deberíais tener en cuenta ciertos placeres.

Yo presentía adónde quería llegar al caballo, así que le dejé que siguiera hablando.

—Sé que Silvana ha calado hondo en vuestra alma. Relajémonos durante una temporada en la Morada del Olvido, olvidad a Ramón y a su emboscada, y aprovechad para conquistar a Silvana.

—No tenemos tiempo para cortejos ni galanteos —le dije tajante.

—Tampoco os hará falta mucho tiempo para que caiga rendida en vuestros brazos. Yo creo que os adora.

—Apenas me conoce...

—El amor a primera vista no atiende a ese tipo de razones. Ella os ama, lo vi con claridad meridiana en su mirada.

—¿Estáis seguro?

—Segurísimo, mi amo. Cortejadla y caerá rauda en vuestras manos.

—Bueno, ahora que lo decís, la dulce dama me mira de una forma muy singular.

—Lo veis...

Me abandoné por un momento a la imaginación, saboreando las mieles de la dulce Silvana cuando pensé como un auténtico caballero.

—No puedo —dije tornándome serio—. Ya sabéis que ante todo me debo a mi oficio.

—Pues quizá debáis de cambiar de oficio —puntualizó el caballo.

—¡Eso nunca!

Eustaquia había estado esperando al inspector jefe de la policía mientras se lamentaba de cuánto había cambiado el mundo tras la muerte del generalísimo. En su época, la época del glorioso caudillo, habrían bastado cinco minutos para hablar con un alto mando de la Guardia Civil y que éste decidiese apresar al peligroso etarra. Sin embargo, en esos tiempos locos que corrían, la supuesta fuerza de la ley y del orden le había adjudicado un policía en prácticas, ¡un niño recién salido de la academia que no tendría más de veintipocos años! Eustaquia no podía evitar lamentarse. Cuando el generalísimo vivía, la ley y el orden la imponían hombres de pelo en pecho, hechos y derechos, con un bigote que infundía respeto y con mano de hierro. Ay, si Franco levantara la cabeza..., pensaba la viejita. Afortunadamente contaba con tretas de perro viejo para hablar con un alto cargo. Por eso se había puesto a chillar delante de la gente, proclamando entre lágrimas que la Policía estaba violando los derechos de una pobre viejecita.

No hicieron falta muchas lágrimas para que el inspector jefe le dedicase algo de su valioso tiempo.

—¿Podría decirme por qué tiene usted que hablar precisamente conmigo? —le dijo el inspector, molesto— ¿No podría haberlo hablado con el agente de guardia? Ando muy ocupado, ¿sabe?

Eustaquia inspeccionó aquel inspector jefe para comprobar, con agrado, que lucía un bigote que le recordaba a la antigua Guardia Civil. Le habló

confiada.

—Tengo una información muy valiosa y no puedo confiarla a cualquier persona, y mucho menos en un agente en prácticas. Está en juego mi vida. Además, los dos sabemos que un policía en prácticas ni siquiera es un policía.

El inspector se enfadó ante tan ofensivo comentario hacia uno de sus compañeros. Eustaquia, sin embargo, interpretó la reacción de forma positiva, pues aquel gesto de enfado que le torció el bigote le recordó a la antigua fuerza de la ley y el orden. Comprendió que podía confiar en aquel agente.

—Quiero delatar a un terrorista. Tienen que apresarlo inmediatamente.

El inspector jefe la miraba atentamente, en silencio.

—Soy su vecina. Comprenderá cuánto me arriesgo por venir a contarles esto, ¿verdad?

—¿Cómo sabe que es un terrorista?

—Le estoy haciendo un seguimiento a través de la mirilla. Se pasa el día comprando provisiones para hacer cócteles molotov. Llega a altas horas de la madrugada, medio drogado, y para colmo espía el interior de mi casa a través de la mirilla. Yo creo que se huele que le he descubierto. Por eso deben darse ustedes prisa.

—¿Provisiones para hacer cócteles molotov?

—Botellines de cerveza. No se puede usted ni imaginar cuántos compra. Ninguna persona podría beber tanta cerveza.

—¿También le ha visto comprando gasolina?

—No, pero tiene una moto. ¿Qué mejor sitio para almacenar gasolina? El muy canalla lo tiene todo planeado.

El inspector jefe no daba crédito a sus palabras.

—¿Está segura de que no se equivoca?

—¿Equivocarme? Imposible. Si usted lo mirara a los ojos comprendería que es un etarra.

—¿Y no tiene alguna prueba más sólida?

—¿No le parecen suficientes pruebas lo que le estoy contando? Además, es mi inquilino y me dijo que había roto la cama. Seguro que fue con algún tipo de explosivo. Y para colmo, todavía me debe la fianza del alquiler.

El inspector decidió que ya había perdido demasiado tiempo.

—Lo siento, pero por lo que usted nos cuenta no podemos hacer nada.

—¿Cómo? ¿Que no pueden hacer nada? Ay... si el generalísimo levantara la cabeza y viese cómo está el mundo...

—Lo que sí que podemos hacer es poner una denuncia por impago de

alquiler. Traiga su documentación y una copia del contrato. Porque... tendrá usted contrato de alquiler, ¿no?

¡Pues claro que no!, pensó Eustaquia. Si firmase un contrato tendría que pagar a hacienda, y eso sí que no. La viejita se levantó indignada.

—Ya veo que ustedes no se toman en serio su profesión. Espero que no les pese mi muerte sobre sus conciencias.

—Tranquila, señora. Ya verá cómo no la mata nadie.

—Si no me mata el etarra no será por ustedes, desde luego que no.

Eustaquia abandonó defraudada la oficina. A su edad ya no estaba para ir tomándose la justicia por su mano. Sin embargo, algo tendría que hacer.



## La cámara indiscreta

Pepín había pasado la noche en un viejo e incómodo colchón sobre el suelo, pero se despertó contento y optimista. Ni siquiera la visión del suelo, lleno de carcoma y trozos de madera rota que antaño habían formado el armazón de la cama, consiguió menguarle el ánimo, pues la noche anterior había demostrado la valentía de un gran caballero enfrentándose a la leyenda negra de los Playmon. Pepín estaba orgulloso de sí mismo y se lamentó de que Silvana no le hubiese despertado llevándole una cerveza a la cama a modo de recompensa.

Se levantó y arrimó el hocico al sobaco para comprobar que había llegado el momento de quitarse la camiseta del Equipo A. Abrió una de sus maletas e inspeccionó su repertorio: Epi y Blas, MacGyver, Hombres G, Mazinger Z, La abeja Maya... Finalmente optó por una que fuese a juego con la actitud que tenía que mostrar ante Silvana. Se puso una camiseta del coche fantástico con Michael Knight de pie, marcando entrepierna con sus ajustados pantalones acampanados y mirando con tono desafiante, controlando la situación.

Comprobó que lucía su enorme casco rojo antes de salir de la habitación y miró el reloj. Había dormido demasiado y se le había hecho demasiado tarde para ir a la Estrella Polar, pero no importaba, tenía la nevera llena del burbujeante manjar de la cebada. Salió de su habitación.

Por lo visto el piso estaba desierto y aprovechó para escribir en la mesa del salón, donde se envolvió en su burbuja de abstracción. Se tomó su cerveza como ritual de apertura y luego la de su musa. Los millones de ideas que flotaban entre el líquido burbujeante de su cabeza se encadenaron y, con toda la materia prima en su mente, lanzó sus dedos contra el teclado para empezar a escribir su obra de arte. ¡Coño!, exclamó cuando su meñique, el mismo que había sufrido el corte de la profesora Azul, rozó la eñe. El dolor del pinchazo lo había frenado en seco. Corrió al cuarto de baño, se puso una tirita y volvió al ordenador portátil. Pero todas sus ideas encadenadas se habían desmoronado por el camino; yacían inertes en el suelo de su burbuja de abstracción y por sí solas ya no servían para nada. Enfadado, maldijo el corte de su dedo. Lo mejor, pensó, será que coma algo y lo vuelva a intentar después

de una siesta.

Para aquel matrimonio, ir a comprar un frigorífico al centro comercial supondría que la mujer se enfadara y se enrabetara, mientras el marido simulaba no enterarse de nada. Silvana realizó un gesto a la pareja, invitándoles a seguirla, y dispuso sus pasos hacia la sección de cocinas, contoneando sus caderas a ritmo de mambo ante los ojos de los dos clientes. Sabía que la mujer estaría tirándose de los pelos, pero se desabrochó otro botón de la blusa y se giró. El detalle no pasó inadvertido a ambos.

—Esta nevera es la mejor que tenemos —aseguró acariciando suavemente con su mano, como quien acaricia a su amante, el mango de la puerta.

El marido miró su escote, fugaz y disimuladamente; no quería que su mujer lo viera pecando con la mirada. La mujer también miró el canalillo, roja como una olla a presión a punto de explotar ante aquella dependienta pelandrusca. Silvana ni siquiera la miró, centró su atención en el hombre maduro, que estaba de buen ver a sus ojos, y lo oteó con descaro de arriba abajo. Finalmente miró su mano, con el anillo de casado. Las llamas de su infierno se avivaron en el interior de sus muslos y ascendieron cosquilleando; era el morbo de los hombres casados. Le cogió la mano sin pensar en las consecuencias.

Síganme —estiró de él para guiarlo por los pasillos—, les voy a enseñar una oferta.

El hombre la siguió hipnotizado y la mujer explotó finalmente. Si hubiera sido una adolescente habría saltado sobre la pija descarada para arañarle la cara y arrancarle los pelos de cuajo, pero ya era toda una señora de casi cuarenta años y se dio media vuelta para irse del establecimiento con los puños apretados y el ceño fruncido. El marido, que no asimilaba lo que pasaba, o no quería asimilarlo, dudó por un instante en manos de aquella dependienta que lo retenía con dulzura.

Silvana jugueteó con su dedo sobre el anillo, sensual, y al tocar el metal, suave por un lado, rugoso por el otro, el cosquilleo de aquel fuego volvió a azotarla.

El hombre retiró su mano casi contra su voluntad, siguió a su mujer entre preguntas de: «¿Pero qué te pasa?», y abandonó la tienda sin dejar de mirar a Silvana.

La dependienta miró a su alrededor y su fuego se apagó como con un cubo de agua fría. Estaba condenada a trabajar entre neveras, lavadoras, televisiones y ordenadores en aquella triste tienda... Siguió esperando algún cliente mientras se entregaba mentalmente a una fantasía que le rondaba últimamente por la cabeza. En ella, Silvana se deshacía de aquel inquilino molesto con el que le había tocado compartir piso. Disfrutaba recreándose con el momento en que saldría escaldado del piso. La parte negativa del plan es que todavía no lo había concretado lo suficiente como para llevarlo a cabo; tendría que estrujarse todavía más la cabeza.

Alicaída, oteó el entorno y la frialdad de las neveras y lavadoras le apoderó de nuevo hasta que decidió abrir un cajón e introducir su mano con disimulo. Las cámaras de seguridad, que parecían despistadas en su rutinaria ronda, se sobresaltaron de repente para enfocar con descaro a aquella muchacha que hacía movimientos raros con sus manos sobre un cajón, muy cerca de la caja recaudadora. Silvana, sin percatarse de que era la protagonista de todos los monitores de seguridad, se llevó algo al bolsillo, miró a izquierda y derecha para comprobar que su jefe no estaba por allí, y se dirigió al cuarto de baño. Las cámaras la siguieron desde todos los ángulos hasta que la dependienta cerró la puerta para preservar su intimidad. Por mucho que enfocaran y enfocaran, sus objetivos no podían traspasar aquel trozo de madera que aparecía en todos los monitores.

Finalmente se abrió la puerta y Silvana volvió a su puesto con una ligera sonrisa. Se entregó de nuevo a su rutina hasta que notó una respiración honda, rota, amenazante, que se posaba tras ella, chocando contra su nuca. Era Pelayo, su jefe, que había aparecido de la nada y estaba muy enfadado ante los juegos de mano cerca de la caja.

—¿¡Qué hacías en el baño!?! —gruñó.

Pelayo estaba dispuesto a lanzar su mandíbula sobre aquella nuca desprotegida si no escuchaba una respuesta satisfactoria.

—Es que estoy en uno de esos días que tenemos las mujeres —contestó con una sonrisa tímida e incómoda.

Pelayo gruñó con rabia, reprochó y chilló a Silvana, y luego se alejó hacia su oficina, a seguir haciendo cuentas. Las cámaras deladoras volvieron desvergonzadas a su monótona ronda de vigilancia y dejaron que Silvana siguiese en su puesto de trabajo en un día vacío y aburrido en el que los clientes entraban con cuentagotas.

Tras una larga espera entró un jovencito interesado en un ordenador. Se

dirigió a Silvana para que lo atendiera y ésta lo miró de arriba abajo. Era alto y tenía buena planta, aparentando ser todo un hombre, pero nada de esto le llamó la atención. Sin embargo, cuando vio aquel bigotillo de pelusilla incipiente, el fuego picante de su interior la azotó de nuevo; era el morbo de los jovencitos. Lo habría agarrado con fuerza de la camiseta y lo habría metido en algún sitio para arrancársela de cuajo, pero hizo un gran esfuerzo y se contuvo hasta que finalmente el chaval, un cachorrillo inexperto, abandonó la tienda con un ligero temor hacia la mirada de la dependienta.

Aquel día ya no entró ningún cliente más y cuando llegó la hora de cerrar, Silvana se dedicó a fregar el suelo inmersa en el desasosiego que le producía su triste vida en aquella tienda. Un desasosiego que desaparecía cada vez que pensaba en Leonardo, su novio, que se había hecho cantante de la noche a la mañana y estaba empezando a tener éxito. Si seguía así, subiendo en el mundo musical, pronto se convertiría en su salvador, su príncipe azul que la sacaría en brazos de aquella vida de miserias y esclavitudes.

Silvana echó el cerrojo y leyó de nuevo el último sms que había recibido en su móvil. «Te quiero mucho», le había puesto Leonardo. Con una sonrisa en la boca Silvana miró la hora y echó a correr para no perder el último autobús que salía del centro comercial. Entonces vio al chavalín que la estaba esperando a la salida del trabajo, luchando contra él mismo para vencer su timidez y decirle algo a aquella felina que lo había mirado en la tienda en estado de celo. Ella siguió corriendo y cruzó ante sus narices sin hacerle caso. Dobló el pasillo y se encontró de cara con el hombre casado. Casi se chocan ante el agrado de éste. Él se había duchado, cambiado, perfumado y repeinado, y llevaba un ramo de rosas. El anillo de casado se lo había quitado. Ella le pegó un manotazo al ramo y lo tiró al suelo. «Aparta», le dijo sin perder más tiempo que un fugaz pensamiento: ¿Quién se había creído que era aquel hombre casado que venía a cortejarla a espaldas de su mujer cuando ella tenía a su Leonardo, su caballero andante, su príncipe azul que la iba a salvar de su triste vida entre frigoríficos y lavadoras?

Apuró el paso en su carrera de obstáculos y justo cuando salió a la calle vio partir, a pocos metros de ella, el último autobús. A regañadientes, maldiciendo el hecho de que tendría que rascarse el bolsillo, llamó al tele taxi. Lo único bueno de aquella situación era que durante la espera tendría tiempo para ir madurando su fantasía. Quería deshacerse del inquilino para así volver a vivir sola, y además, quería hacerlo a lo grande. Pero... ¿cómo?

Tan ensimismada estaba Silvana en sus pensamientos que no se dio

cuenta de que Pelayo, su jefe, la vigilaba oculto tras una persiana de rejilla, con mucho interés y cara de pocos amigos.

Pepín se despertó de la siesta y se asomó a la ventana. Debía haber dormido bastante, porque el cielo liberaba sus últimos soplos de luz y los primeros reflejos de la luna iban y venían con las olas del mar. Se entregó a la escena lamentando no tener una buena cerveza a mano para disfrutar de su belleza. La calle estaba repleta de personas conviviendo con la penumbra en aquel lugar encantado. A lo lejos sonaba el che tango a ritmo de acordeón, a lo lejos. Las campanas de la vieja iglesia, que vigilaban desde su tejado azul, repicaron por última vez y terminaron el conjuro que daba la bienvenida a la noche hechicera.

Y allí, justo con la última campanada, Pepín pudo divisar al hombre misterioso leyendo bajo una farola, ajeno al resto del mundo con su pose aristocrática y realizando anotaciones en su libretita roja. Pepín quedó sorprendido. Fuese escritor, o fuese lo que fuese, estaba claro que aquel hombre tenía una gran disciplina.

Avergonzado ante su debilidad, Pepín decidió que tenía que entregarse al duro trabajo de escritor con el mismo arrojo que aquel hombre misterioso y se sentó frente a su portátil para escribir:

Aquella tarde, mi fiel corcel Vespertino se había empeñado en dormir una siesta. Yo le había requerido porque deseaba averiguar por qué la reina SAGRARIO, nuestra señora, nos había expulsado del reino; sin embargo, Vespertino adujo que con todo el ajetreo estaba muy cansado y necesitaba echarse un rato. A regañadientes cedí a su petición y le dejé en paz, y como somos un equipo inseparable de dos, yo decidí ir a mi cama y hacer lo propio.

Al entrar en mi estancia me fijé en aquella chapuza calamitosa. La luz se filtraba por los agujeros de un techo de cañas mal colocadas que no servirían de nada si las lluvias nos visitaran. La puerta amenazaba con desplomarse si alguien estornudaba sobre ella. Al fondo había una mesa en equilibrio incierto formada por unos caballetes de madera y una tabla, y sobre ella había una vela de cera. Sólo la cama se veía sólida. La inspeccioné para comprobar que sobre aquel armazón de madera descansaba un buen colchón de plumas. Parecía cómodo, así que deposité sobre la cama los libros que había en las alforjas que habíamos tomado prestadas de aquel trovador y luego me tumbé

sobre ella para leer. Había numerosos libros, pero uno de ellos me llamó especialmente la atención; era un tratado de poesía.

Entregado en la lectura sobre mi cama, fui descubriendo un nuevo mundo de sentimientos que fue interrumpido cuando unos ligeros golpes sonaron en la puerta de la habitación. Esos ligeros golpes se convirtieron en crujidos que provocaron que se desplomara la chapuza de la puerta, provocando una nube de polvo.

Tras la nube de polvo apareció Silvana, aquel ángel armonioso de piel suave y pelo dorado que iluminaba mi habitación con su presencia. Entró, decidida ella, y tras pedirme perdón por haber roto la puerta, se sentó en la cama, justo a mi lado.

—Os he traído un tentempié —me dijo muy contenta por haberme arrancado una sonrisa con aquel gesto.

Me había preparado una rebanada de pan de azúcar con mantequilla que había sacado de la alacena de la cocina y una jarra de cerveza que, por supuesto, yo no tomé.

—¿Os gusta lo que os he preparado, mi querido compañero?

Se había referido a mí con la palabra *querido*. Estaba claro que era una indirecta para que me echara sobre sus brazos, y voto a Dios que estuve a punto de hacerlo si no fuera por una sensación que mi sexto sentido de caballero no dejó escapar. Me levanté en alerta, pedí silencio a la damisela con un gesto de mano y avancé silencioso sobre el polvo del suelo. Sabía que alguien nos observaba.

Escudriñé entre los numerosos agujeros que quedaban entre la paja mal aglomerada de aquellas paredes de adobe hasta que finalmente vi un ojo indiscreto que nos observaba. Pestañeó y desapareció por arte de magia. De repente, mi instinto me indicó que seguía vigilado, desde otro agujero, y esta vez sin sigilo me giré para encontrarlo frente a frente. Unas voces se burlaron de mí desde el otro lado de la pared. Miré aquel ojo sin escrúpulos y pude ver aquella misteriosa mirada que había visto momentos antes y que, aunque me era familiar, no sabía a ciencia cierta a qué clase de mirada pertenecía.

—No os preocupéis —aseguró Silvana—, es la dueña de la posada. Siempre está ojo avizor controlando a sus huéspedes.

—¿Y nuestra intimidad? —le pregunté yo.

Las carcajadas se hicieron más fuertes y se burlaron de mi pregunta. Silvana confirmó mis temores.

—La intimidad no está incluida entre estas cuatro paredes.

En aquel momento comprendí que ya nunca podría quitarme aquel gorro de terciopelo rojo: el riesgo de que alguien descubriera mi tupé era demasiado elevado incluso en mi propia estancia.

—Sí, la dama tiene razón —dijo la vieja voz que acompañaba al ojo—, no me habéis abonado las costas del refugio y no podéis exigir ni siquiera intimidad.

En eso tenía razón y grité para asegurarle que abonaría las costas.

—Por supuesto que me abonaréis las costas, a su debido tiempo —contestó de nuevo la voz mientras volvía a reír más maléfica que nunca—. Por supuesto que me abonaréis las costas.

Silvana rodeó con sus delicados brazos mi recio brazo de nogal y me invitó a tranquilizarme. He de puntualizar, si vuestras mercedes lo permiten, que estaba claro como el agua del arroyo que más que tomar mi musculado brazo para tranquilizarme, se encontraba ella acariciándolo y disfrutando de su musculatura esculpida mientras yo comía con la otra mano.

—¿No os gusta la cerveza? —preguntó Silvana totalmente extrañada, viendo que no había tocado la jarra—. Creía que le gustaba a todo el mundo, y especialmente a los trovadores, que se inspiran bajo los efectos de su efervescencia.

—Yo no soy un trovador cualquiera, mi querida dama. Aborrezco el líquido de la cebada y lo considero vulgar y chabacano.

Silvana pareció tornarse triste, pues había atesorado aquella cerveza durante tiempo por si alguna vez contaba con una visita como la mía.

—Sin embargo, a Vespertino, mi noble corcel, le encanta. Voy a ofrecérsela.

—¿Desperdiciar la cerveza con un caballo?

Me indignó que tratara a Vespertino como a un simple animal. Sin embargo, me mordí la lengua porque aquella muchacha no conocía de sus habilidades especiales.

—La cerveza forma parte de su alimentación, y ya ves que fabuloso corcel que es.

Silvana asintió y dejó que me acercara a la cuadra para ofrecerle la bebida de la cebada. El establo se hallaba en el exterior de la posada. Apenas había paja en el suelo y tuve pena por Vespertino, que tenía que pasar la noche sobre aquellos terrenos pantanosos. Y además ahora iba a despertarle de su

siesta, y él odiaba los despertares.

Le di unas palmaditas en el lomo. Despierta..., le susurré levemente al oído.

Ni caso.

—Venga, despierta —dije aumentando el tono de voz mientras le daba unas palmadas con un poco más de fuerza para que advirtiera mi presencia.

Tiré de los arreos, pero Vespertino seguía sin dar más señales de vida que su respiración lenta y profunda que se encontraba atrapada en el sueño. Le dejé la jarra de cerveza en el suelo, bastante cerca de su cabeza.

—Venga... que Silvana te ha preparado una cerveza para que tu despertar no sea traumático.

Vespertino movió el cuello sin abrir un ojo, al instinto de su olfato, y sin alterar su sueño posó la boca sobre la jarra. Succionó como un bebé que mama de teta, sin uso de conciencia, y cuando terminó volvió a su posición original.

—Pero... serás... —dije indignado—. ¡Despierta!

Ni caso.

Lo zarandeeé con fuerza y por fin movió ligeramente la cabeza y entornó los ojos. Me dirigió una mirada de rencor que me hizo saber que todavía no había llegado el momento de despertar, así que me tuve que volver a mi estancia sin poder contarle lo atenta que había sido Silvana conmigo, sin poder contarle que estaba claro como el agua del arroyo que la dulce dama suspiraba por mi alma.

Cuando llegó el taxi Silvana sonrió; ya había esbozado una especie de plan para deshacerse del nuevo inquilino y a lo mejor hasta disfrutaba ejecutándolo. Entró en el taxi y se dispuso a seguir madurando su maquiavélico plan durante el trayecto, sin sospechar que ella era la protagonista en la sala de seguridad de la tienda.

Los dieciséis monitores mostraban a Silvana introduciendo la mano en un cajón desde distintos ángulos. Las imágenes avanzaban a cámara lenta y retrocedían a cámara rápida una y otra vez, intentando averiguar qué había cogido de aquel cajón para luego introducirse en el baño. Pero por más que la inspeccionaran, por más que se acercara la imagen a sus manos, el resultado era negativo.



La idea de que aquella dependienta le estaba tomando el pelo cayó sobre Pelayo, que golpeó con fuerza la mesa y cambió la cinta para remontarse atrás en el tiempo. Tras rebobinar y avanzar, tras cambiar de ángulo y de cámara, logró encontrar lo que buscaba. Silvana aparecía cansada y malhumorada, ojerosa y desgarbada. La tienda estaba llena y, a pesar de que Pelayo le había ordenado que no dejase la caja cuando hubiese cola, la pija de Silvana sacaba una compresa y se dirigía al baño. Y aquello había pasado, para ser exactos, ocho días antes. Estaba claro que Silvana había mentido al afirmar que estaba en *uno de esos días*, así que cogió el teléfono y llamó malhumorado.

—Televigilancia S.A. ¿En qué puedo ayudarle?

—Ponme con tu jefe, chaval —gruñó Pelayo.

—Lo siento, pero no atiende llamadas telefónicas. ¿Puedo ayudarle yo?

—No me vengas con tonterías. Dile que soy Pelayo.

Tras unos segundos de desconcierto apareció la voz del jefe.

—¿Pasa algo, Pelayo?

—Sí, pasa algo grave.

—Llamo a la policía y vamos enseguida para allí.

—Tranquilo, no es eso... es... ¿cómo te lo diría yo? Necesito que me hagas un pequeño favor. Necesito un pequeño reajuste de mis cámaras, un ligero cambio de perspectiva...

—Explícate mejor porque no te entiendo.

—¿Estáis grabando esta conversación? —preguntó Pelayo.

—Ahora no —contestó tras escucharse un clic metálico—. Dime.

—Verás, necesito una perspectiva algo más íntima de una de mis tiendas.

Están sucediendo cosas a mis espaldas.

—No termino de entenderte.

—Hay una pequeña habitación que escapa al ojo de mis cámaras...

—Todos estos rodeos... ¿no serán para pedirme que ponga una cámara en el baño?

—¿Se puede?

—¡Toma, pues claro! Lo único que te pido es que sólo lo sepamos tú y yo.

## Una broma deliciosamente pervertida

En apenas un par de noches, Pepín ya se había acostumbrado a dormir en aquel viejo colchón sobre el suelo, y en ello estaba cuando el golpeteo insistente de la puerta de entrada lo despertó de su maravilloso letargo. Miró el reloj en la penumbra de la habitación: las 11:35, todavía era demasiado pronto para despertarse, así que cerró los ojos y siguió durmiendo. El golpeteo siguió insistiendo hasta que a Pepín no le quedó más remedio que levantarse del colchón. Coronado por su magnífico casco rojo fue apartando de su camino, mediante patadas, los trozos de madera que habían formado anteriormente el armazón de su cama. Uno de los trozos salió despedido con más fuerza y golpeó la puerta haciendo ruido; los golpes del exterior cesaron de golpe.

¿Quién se encontraba al otro lado de la puerta? Un misterio, pero estaba claro que estaba aguzando el oído para ver si oía otro golpe en el interior de la casa.

Reptando sigilosamente, Pepín se acercó a la mirilla y asomó el ojo por el tubo de cristal para ver un moño canoso amplificado en primer plano. Era la casera centenaria que estaba pegando su oído a la puerta, para ver si oía algo en su interior.

Pepín sabía lo que quería: que le abonara el mes de fianza que le debía, y temió hacer un movimiento en falso. Apoyarse ligeramente en la puerta habría supuesto algún crujido delatador. Afortunadamente contaba con sus deportivas de puntera blanca que eran bastantes silenciosas. Empezó a moverse hacia atrás, muy lentamente por si el suelo ajedrezado del rococó intentaba delatarlo a su dueña. De repente aquella vieja hizo un movimiento vivaz e introdujo su pupila por la mirilla. Aquel catalejo de cristal permitió que la mirada indiscreta de la vieja penetrara en la casa.

—Te he visto el ojo por la mirilla —dijo la vieja desde el exterior, irreverente, sin respeto por la intimidad ajena—. Abre, tú y yo tenemos que arreglar cuentas.

Pepín continuó alejándose lentamente hacia atrás, de puntillas y sin hacer ruido, mientras una voz amenazante se colaba por la rendija de la puerta: «Tienes que abonarme el mes de fianza que me debes».

Pepín se acababa de levantar y quería aprovechar ese estado de paz y

bienestar para su escritura. Haciendo oídos sordos, preparó todos los bártulos en la mesa del salón y salió al balcón para inspirarse del ambiente del mirador, botellín de cerveza en mano. El incansable de Lorenzo se alzaba impío sobre el cielo como una gran bola de fuego que azotaba la veraniega ciudad con sus rayos inflamables, y Pepín empezó a notar los estragos de aquel casco rojo que parecía construido con brasas; unas gotas de sudor recorrieron su frente. Podría habérselo quitado, pero prefirió refrescarse con un buen trago de cerveza, bien fría, que degustó con los ojos cerrados. Inspiró para sus adentros, tranquilamente, hasta que abrió los ojos y casi se le cae la cerveza del susto: la casera nonagenaria bufaba desde el balcón de su casa, que lindaba con el suyo.

—Tenemos que arreglar cuentas —masculló ella con enfado, agitando el puño apretado.

Pepín tembló, pero recordó su esencia de noble caballero José, la del valiente guerrero, y no se amilanó.

—Soy tu inquilino y tengo mis derechos. Cuando me arregles la cama te pagaré ese mes de fianza.

La vieja huyó hacia el interior de su casa con el rabo entre las piernas, en silencio. Pepín, contento de empezar a desenvolverse como pez en el agua en este mundo de supervivencia sin Madre, se dispuso a escribir. Se tomó otra cerveza, así como la de su musa. Oh, Musa, le dijo en voz alta y rezando, penetra en mí para degustar esta ofrenda burbujeante e ilumíname con tu arte.

Tecleó la primera palabra y reflexionó. Había librado un duro combate con una reliquia momificada que le exigía un pago, y lo había resuelto con maestría extrema, y eso había que celebrarlo, así que cerró el portátil y se permitió el lujo, por una vez, de tomarse el día de descanso. Metió el ordenador en su maleta y se sentó frente el televisor; se lo había ganado.

Disfrutó entre bostezo y bostezo, rascándose la barriguita y quitándose los pelos que se le arremolinaban en el ombligo. Se estiró desperezándose y buscó la postura más cómoda sobre el sofá que ya estaba calentito. La encontró y decidió no moverse. Había sido previsor y se había dejado un botellín a mano; dio buena cuenta de él. Las horas fueron pasando deliciosamente aburridas.

Sin embargo, un verdadero artista nunca descansa, y Pepín siempre tenía a mano una pequeña libretita y un bolígrafo para apuntar aquellas ideas que le llegaban fugaces a su mente de artista.

No llegó ninguna, parecía que su musa también le había permitido aquel

descanso bien ganado, y siguió en su deleite personal.

Sacó su teléfono móvil y se permitió otro capricho: rollito de primavera, pan de gamba, cerdo agridulce y arroz tres delicias, todo esto a domicilio. Le hubiese gustado que Silvana se lo hubiera dado todo a la boca, como una fiel amante, pero tuvo que hacer el esfuerzo de incorporarse. Aun así el día estaba siendo prácticamente perfecto.

Cambió de canal y la televisión le hizo otro de sus regalos, su película favorita. ¿Podía acaso ir mejor el día?

Guido, un joven judío, se había desplazado a Italia unos años antes de la II Guerra Mundial para trabajar en el restaurante de su tío. ¡Cuánto le recordaba el joven Guido a Padre!, más bien flaco, de facciones angulosas y una gran frente de pensador. Y allí enamoraba a Dora, la prometida de un fascista, que lo deja todo para vivir su amor por el joven judío. La joven era bellísima, como lo habría sido Madre en sus tiempos mozos. Siempre tenía en su rostro una pincelada de tristeza, como en los ojos de Madre, pero formaba parte de su belleza. Fruto de su amor nacía un niño, Giosué, bueno, ingenuo y obediente, como lo había sido Pepín.

No pudo evitar que sus ojos verdes de esmeralda, aunque alegres porque se le avivaba el recuerdo de Padre, se tornaran débiles y acuosos. Aquella familia rebosaba felicidad, como la suya en tiempos pasados, y Guido montaba una librería donde trabajaba y cuidaba a su hijo Giosué. Ése había sido el sueño de Padre: montar un librería y que el pequeño Pepín vendiese un libro entre sus fraternales caricias, jugando a ser mayor, queriendo parecerse a su padre.

Sus acuosos ojos de esmeralda se tambalearon. La felicidad era para Pepín un estado transitorio, un espejismo que podía desaparecer de pronto cuando creyeses que lo iba a alcanzar; y eso también pasaba en la película. Con la llegada de la II Guerra Mundial, la sombra del despotismo nazi atrapó a la familia de lleno, condenándolos en un campo de concentración nazi. Pepín sabía muy bien cómo eran estos lugares, llenos de desprecio, odio y crueldad disfrazada con uniforme gris y un fusil en la mano. Él nunca había pisado ningún campo de concentración, pero desde aquel fatídico suceso que le dejó sin Padre, su corazón se había convertido en una cárcel de alambre de espino, despótica, que bombeaba las cenizas grises de sus recuerdos.

Pepín era pequeño la última vez que vio a Padre y cada vez que veía *La Vida es Bella*, de Roberto Benigni, la cara de Guido le ayudaba a mantener vivos sus recuerdos. Cada vez que hablaba con Padre por las noches, mirando

el cielo estrellado a través de su ventana, sus recuerdos se valían de la cara de Guido para encontrarse más cerca de Padre.

Ajeno a lo que le rodeaba, envuelto en el clímax de la película, Pepín percibió que Silvana abría la puerta y se asomaba al salón. «Hola», le dijo el escritor con sus ojos verdes de esmeralda encharcados en lágrimas. Pero Pepín no encontró respuesta. En su lugar Silvana sonrió de una manera extraña y cerró la puerta para irse por donde había venido. Pepín se quedó extrañado ante el silencio y posterior huida de su compañera. Apagó la tele, se secó las lágrimas y reflexionó sobre Silvana. Si lo pensaba bien, ya llevaba unos días en aquel piso y todavía no había gastado ni un preservativo; todos sus encuentros con aquella muchacha se habían reducido a un par de holas y poco más. ¿Es que acaso Silvana lo estaba evitando?

Sumido en la confusión Pepín decidió que tenía que hablar con un buen consejero que le ayudase, y sabía dónde encontrarlo. Se asomó al balcón y encontró a su Vespa esperándole abajo, con su color marfil tan reluciente como de costumbre, con el número 23 que le imprimía carácter y con su sillín siempre a punto para las posaderas de su dueño. La observó atentamente y luego se dirigió a su portátil para escribir:

Vespertino y yo vagábamos por los Marjales del Olvido pensando en cómo íbamos a afrontar nuestros destinos. El horizonte se dilataba por el voraz calor que se extendía y para colmo soplaba un aliento de dragón que me hacía pensar que andábamos por el mismísimo infierno. Hasta el paso de Vespertino flaqueaba ante los efectos del calor.

—Cerveza... —me dijo el caballo resoplando y con el cuello lacio—. Qué bien me vendría una buena jarra de cerveza para combatir mis calores.

—Agua... —supliqué al cielo antes de que se derritiera sobre nosotros, ya que se nos había agotado la cantimplora.

Para colmo, aquel suplicio de terciopelo rojo que llevaba estaba empapado de sudor y mi fabuloso tupé me pedía a gritos una bocanada de aire fresco. Empecé a quitarme el gorro y fue entonces cuando Vespertino me increpó:

—¿Qué hacéis, insensato? ¿No veis que vuestro tupé nos delata?

—Creo que lo mejor será que nos quitemos nuestro disfraz y volvamos a castillo para averiguar por qué nos han expulsado del reino. Creo que Ramón, el consejero real, es quien está detrás de todo esto. Ese maldito amigo de los cocodrilos nos la debe de haber jugado. Cuando lo coja... le voy a...

Mi musculado puño se había emocionado y apretaba con fuerza. Incluso mi cara se había vuelto de pocos amigos. Sin embargo, Vespertino me tranquilizó.

—¿Para qué tanta prisa? Lo mejor será esperar a que se calmen los ánimos por el castillo antes de volver. Además, creo que deberíais aprovechar esta oportunidad que os ofrece la vida.

—¿A qué oportunidad os referís?

Vespertino paró lentamente sobre una zona terrosa y me pidió que me apeara. Se puso a golpear el terreno para cavar un hueco con sus patas mientras contestaba a mi pregunta.

—Estáis compartiendo techo con una bella dama. Olvidad por unos días la venganza y entregaos a los placeres del amor. Os merecéis un descanso; aprovechadlo, cortejad a Silvana y disfrutad de este regalo que la vida os ofrece.

Yo agaché la cabeza, abatido.

—He de confesaros algo, fiel amigo. Al principio creía que Silvana suspiraba por mis huesos, pero están pasando los días y ahora creo que ella me está evitando. Quizá me precipité al creer que la dama me deseaba.

Vespertino bramó preso de cólera y, olvidándose por un momento del hueco que estaba cavando, me dirigió unas palabras.

—Pues claro que os desea. Ninguna mujer ha quedado indiferente ante vuestros verdes ojos de esmeralda. Si os evita es porque vuestra mirada la turba, pero estoy seguro de que en su intimidad no para de pensar en vos. Parece mentira que dudéis de vuestras posibilidades. Si ya tenéis prácticamente todo el cortejo hecho.

Vespertino se calmó tras su reproche y volvió a cavar con sus patas. El hueco empezaba a tomar forma.

—¿Estáis seguro de que he recorrido gran parte del camino hasta su corazón?

—Vuestra duda ofende. Os falta un único y último paso para ganaros su dulce corazón. Hacedme caso, que yo entiendo de mujeres... —aseguró el caballo.

Aquella afirmación provocó una sonrisa en mi corazón.

—¿Y cuál es ese último paso que debo dar?

A mí me interesaba mucho la opinión de Vespertino, pero él ya había

terminado de cavar aquel hoyo en el suelo y le molestaba mi presencia.

—Por favor, mi amo... ya me conocéis.

—Venga, me doy la vuelta y no miro. Así podemos continuar con nuestra conversación. Venga, que necesito saber cuál es ese último paso.

Vespertino bufó enfadado.

—Ya sabéis que no puedo si hay alguien cerca.

—Si no voy a mirar... —le aseguré con sinceridad.

Vespertino volvió a bufar y comprendí que no había manera de cambiar sus costumbres. Era extremadamente pudoroso y no podía hacer de vientre si había alguien cerca, así que me alejé, adentrándome por unos matorrales secos, para dejarle la intimidad que me requería.

—Y no volváis presto, que estoy deshidratado y esto va para largo —me avisó el caballo.

Vespertino había conseguido, como en muchas ocasiones, llevarme por el buen camino cuando yo me hundía en el barranco. ¿Cómo había osado mi mente pensar que Silvana no estaba loca por mis huesos? Habría sido el calor sofocante que derretía la confianza en mí mismo, pues aquel gorro de terciopelo rojo era un abrasador suplicio bajo aquel sol caluroso.

Ensimismado en mis pensamientos, disfrutando de saber que me encontraba a un solo paso del corazón de Silvana, escuché una melodía silbada que me indicaba que Vespertino ya había terminado. Cuando llegué, él se encontraba pegando los últimos golpecitos sobre el terreno para terminar de enterrar sus heces.

—Entonces, fiel amigo, ¿cuál es ese último paso que debo dar?

—Debéis encontrar algo en común con Silvana —dijo en su infinita sabiduría sobre el tema—. Con eso os la habréis ganado por completo y ella caerá rendida entre vuestros brazos.

—Ganármela por completo... —pensé recreándome por la totalidad de su cuerpo que en ocasiones ella mostraba desnudo a mi imaginación—. ¡Voto a tal que encontraré algo en común con ella!

Silvana por fin había encontrado su maquiavélico plan, y lo mejor de todo es que se iba a reír de lo lindo. Excitada ante su ingenio sacó un lápiz y un papel y, alimentada por su sed de venganza y por las ganas de expulsar aquel

inquilino molesto, empezó a escribir una carta. Las letras fluyeron por sí solas y la broma fue tomando forma como por arte de magia. Aquel escrito tenía toques de ironía cargada de sorna un tanto punzante.

Silvana releyó aquella obra de arte satírica que había brotado de su ingenio más profundo. Sopesó su efecto y dedujo que aquello todavía podía mejorarse. Necesitaba algo más fuerte, y lo encontró al pensar en la cama que Pepín había roto al sentarse sobre ella. Siguió escribiendo entre risas contenidas y la ironía se convirtió en sátira ácida y penetrante. Lo de la cama será la guinda del pastel, pensó. Aquella broma iba a ser deliciosamente perversa.

Releyó de nuevo la carta y concluyó que era perfecta para sus propósitos. Sacó de su bolso el carmín, se pintó los labios y selló con un sonrosado beso aquella carta endiablada. Después puso el nombre de Pepín en el sobre para concluir los preparatorios. Salió de su habitación y se asomó al salón para verle la cara antes de ejecutar su plan. Pepín se encontraba en el sofá, con el casco puesto y llorando a moco tendido mientras veía *La Vida es Bella*, pero ni siquiera le dio pena. «Hola», le había dicho él con los ojos encharcados en lágrimas. Silvana ni siquiera le contestó. Le dedicó una mirada de fuego y una sonrisa malévolamente y salió de casa para dirigirse al buzón de la finca. A pesar de que la carta iba dirigida a Pepín, la introdujo en el buzón de Eustaquia; ahí estaba la clave de la broma.



## El inmenso poder de la poesía

El escritor pulsó el último retorno de carro y la burbuja de abstracción se desvaneció como humo en el aire, dejando atrás aquel maravilloso mundo creativo para volver al mundo real, el de la Estrella Polar, el bar de Antonio. Echó un vistazo y pudo comprobar con alegría que allí se encontraba Serafín, su agente literario que hacía de funcionario en su tiempo libre —o viceversa—. ¿Quién mejor que él para dar un veredicto sobre todo lo que había escrito?

Serafín se encontraba en la barra, con el culo rebosándole sobre la banqueta, mientras tomaba su segunda merienda que es la que calmaba el apetito antes de la primera cena. Gustaba para esas horas de una degustación completa de tapas que ordenaba gustativamente. Como buen catador empezaba por los sabores salados y terminaba por los dulces en una sucesión creciente de intensidad. Por ejemplo, un queso azul intenso nunca debía preceder a un queso suave de leche de vaca. Por esto ordenaba meticulosamente las tapas para recorrer un camino gustativo que empezaba por las salsas suaves y terminaba por su preferida, la joya de la corona: la tapa de dátil y beicon frito con una almendrita.

Pepín, extremadamente entusiasmado con todo lo que había escrito se dirigió hacia su amigo.

—Serafín —le dijo ilusionado—, por fin he empezado mi novela. Lee todo lo que he escrito.

Pero Serafín ni se inmutó y Pepín volvió a insistir: «Serafín...», le dijo de nuevo. Pero seguía a lo suyo: daba ligeros mordisquitos a los aperitivos mientras entornaba los ojos y la vista se le perdía en el infinito. Mmmm...

De repente las tripas del entregado escritor rugieron para recordarle que no había desayunado, ni tampoco comido. Tan sólo se había alimentado de cerveza en ayunas. Desde luego, aquello no habría pasado si Madre no lo hubiese abandonado, pero las circunstancias eran las circunstancias... Las tripas de Pepín volvieron a rugir. ¿Acaso aquel ruido gástrico era síntoma de que su estómago se estaban comiendo a sí mismo? Por si acaso debía alimentarse con algo sólido y la fortuna le había sonreído, pues todavía le quedaba a su agente una tapa de dátil con beicon frito. Estiró la mano y grrrr...

Serafin gruñó como un cancerbero furioso, de ojos rojos, que mostraba amenazante su dentadura bien lubricada con saliva para que sus colmillos desgarrasen sin problema su brazo. Fue una milésima de segundo, pero suficiente como para que Pepín, que veía en peligro la integridad de su mano de escribir, la retirara gimiendo como un perro herido. Una vez a salvo el dátil y el beicon frito de manos ajenas, Serafin volvió a su estado tranquilo y afable, tomó con delicadeza la última tapa y la degustó de nuevo con los ojos y la mente ausentes. Cuando sus papilas gustativas terminaron el proceso, volvió en sí:

—Hombre, Pepín —dijo afectuoso—. ¿Cómo tú por aquí a estas horas?

—Eso no importa ahora. Tengo que decirte algo: tienes que leer mi novela. Léela.

Serafin bajó de un salto de su banqueta y dirigió su rítmico culo hacia el portátil, con pasitos cortos. Para su sorpresa había escrito bastante más de un párrafo. «Mi nombre es José de Cañas y soy noble caballero; de noble linaje, noble corazón y noble espíritu», así empezaba el libro. Miró al autor, lo escrutó de arriba abajo en silencio y volvió al análisis literario. Sacó una libretita y un lápiz y le pidió a Antonio otra ronda de tapas. Entre página y página tomó algún que otro aperitivo mientras sus manos aceitosas escribían notas en la libretita y manejaban el teclado para moverse entre sus páginas. Pepín estudiaba atentamente su rostro mientras leía, buscando algún gesto de agrado, de admiración, de rechazo... pero cualquier rastro de humanidad quedaba oculto tras sus rebosantes mofletes. Y cuando por fin leyó todo lo que había escrito, se levantó con la misma cara de póquer y abrió la boca.

—¿Cuál es el título?

—Todavía no lo tengo.

—¿Y la sinopsis?

—Tampoco.

—¿Qué te tengo dicho? —dijo desesperado el agente.

Como los libros no eran el punto fuerte de Serafin, éste había desarrollado una curiosa teoría basada en sus estudios de Marketing y Publicidad. Según ésta el éxito de un libro dependía de: en primer lugar el nombre del autor, pero Pepín Cañas todavía no era famoso y su nombre no vendía por sí sólo; en segundo lugar del título, que tenía que ser muy comercial; en tercer lugar de la portada y la sinopsis, y en último y cuarto lugar del contenido del libro. Pepín no estaba de acuerdo, pues creía que lo importante era el contenido, pero Serafin lo hacía callar:

—Por muy bueno que sea el libro —le decía—, si el título y la portada no llaman al lector en una estantería nadie le va a dar una oportunidad. Además, ¿quién es el agente literario, tú o yo? Busca un buen título —insistía Serafín—. No serviría de nada el libro sin un buen título. Hazme caso que sé de lo que hablo.

Serafín se despidió y se alejó lentamente con su peculiar traqueteo de locomotora a combustión. Pepín decidió que tenía que buscar un buen título, pero no iba a ser una tarea sencilla, pues ni siquiera sabía cómo iba a terminar el libro, así que decidió que tendría que emplearse a fondo.

—Ponme media docena de botellines fresquitos en una bolsa —le dijo a Antonio—, que me voy a casa a lidiar con una dura tarea literaria.

Pepín salió del bar, puso la bolsa de botellines entre sus piernas y cruzó la avenida Almendros con su Vespa, se abrió camino contracorriente por la Calle del Coño, que siempre estaba tan llena de gente que parecía peatonal, y enfiló hacia la iglesia para llegar a la puerta del piso. Entró en el portal seguido por el tintineo de los botellines de cerveza.

La vieja casera se encontraba en esos momentos haciendo cuentas. Lo mejor, pensaba, sería comprarle una cama, la más barata, cobrar el mes de fianza que quedaba pendiente y luego neutralizar al etarra. Al fin y al cabo, cuando hiciese desaparecer a aquella amenaza, tendría que buscar otro inquilino y necesitaría igualmente la cama.

Ensimismada en sus pensamientos volvió a escuchar en la lejanía el tintineo que produce una bolsa de cócteles molotov y corrió a escudriñar por la mirilla. El etarra subía más cargado que nunca, por lo visto preparaban algún atentado gordo aprovechando que la ciudad estaba en pleno auge estival. Lo miró de arriba abajo, buscando alguna pista que lo delatase, y las piernas empezaron a flaquearle: el revolucionario independentista la había descubierto.

Pepín ya no temía aquel ojo indiscreto que se movía en todas las direcciones dentro de aquel agujero de cristal y se dirigió hacia la puerta. Miró de tú a tú a aquella pupila azul y llamó sin miramiento.

La casera tembló por completo y su delicado corazón se agitó incontroladamente para indicarle que a su edad ya no podía correr estas situaciones de riesgo. Afortunadamente tenía su cuchillo de cocina cerca —se lo había pegado con cinta aislante en su antebrazo y siempre le acompañaba escondido en su manga, incluso cuando dormía en su cama—. Abrió la puerta.

—¿Ya me ha comprado la cama? —preguntó Pepín con arrojo—. Quiero

decirle que también necesitaré sábanas nuevas, que las que tengo están muy viejas, con agujeros y todo —dijo a ver si había suerte y así evitaba tener que lavarlas.

—Sí, sí... claro —contestó nerviosa—. Justamente estaba pensando en la cama. Ahora mismo llamo y encargo una nueva.

El corazón de la casera se tranquilizó pasado el momento de máxima tensión y se envalentonó para averiguar si realmente era un terrorista.

—Y tú, Pepín, ¿en qué trabajas? Si es que se puede saber...

—Soy escritor —contestó muy contento, como cada vez que hacía saber a alguien que era un artista.

La vieja desconfiaba. Esa era una buena coartada para un asesino al que sus compinches financiaban mientras él se dedicaba por completo a trazar sus malévolos planes.

—¿Y qué has escrito? ¿Tienes algún libro publicado?

—Todavía no, pero en breve voy a publicar una gran obra.

Por un momento la vieja creyó escuchar «voy a publicar una gran bomba». Su viejo corazón empezó a dar vuelcos.

—¿Y no podrías enseñarme alguna creación tuya?

—Sí, te voy a recitar un poema que he escrito yo.

Pepín hizo carraspear su voz y entonó una serie de notas musicales en sucesión ascendente para calentar su voz. Iba a recitarle *Amor en Vespa*, un poema muy personal que incluso llegó a musicalizar con un acompañamiento a guitarra. La vieja arrugó el entrecejo a la espera.

Pepín ya tenía la voz bien modulada y a punto estaba de empezar a cantar la primera estrofa cuando recordó aquel fatídico día. Sentado en una banqueta, guitarra en mano, coronado por su magnífico casco rojo, había cantado y acompañado con su música aquella obra maestra. Enfrente suya se encontraba un agente musical famoso en la zona, escrutando con la mirada, dispuesto a emitir un veredicto. En lugar de ello, el mánager se burló de Pepín, sin compasión, y luego le dijo:

—Chaval, tú no vales para esto. Lo tuyo no es la música.

El mánager cogió la cinta de casete y la tiró a la basura ante los ojos llorosos de Pepín.

—Esta canción es horrible. Hazme un favor y hazte un favor a ti mismo: olvida que has compuesto esta canción, olvida que algún día existió.

Dentro del casco, las orejas de Pepín estaban agachadas como las de un perrillo que ha recibido una reprimenda. Estaba claro que lo mejor sería no

recitar jamás uno de sus poemas, no estaban a la altura; ni siquiera para recitárselos a Eustaquia. Pero le había prometido un poema, por lo que decidió buscar en su memoria alguno que cumpliera los estándares de calidad. Pensó en la vieja y le vino a la mente su pupila indagando por aquella mirilla. Recitó:

*Tu pupila es azul y cuando ríes  
su claridad süave me recuerda  
el trémulo fulgor de la mañana  
que en el mar se refleja.*

*Tu pupila es azul y cuando lloras  
las transparentes lágrimas en ella  
se me figuran gotas de rocío  
sobre una vïoleta.*

*Tu pupila es azul y si en su fondo  
como un punto de luz radia una idea,  
me parece en el cielo de la tarde  
una perdida estrella.*

¿A quién quería engañar?, se preguntó la vieja, ése era un poema de Gustavo Adolfo Bécquer. Estaba claro que estaba mintiendo el muy etarra.

Con una sonrisa de circunstancia, rígida, empezó a aplaudir en el rellano de la escalera para no demostrar que lo había descubierto. Debía sacar el cuchillo y blandírselo allí mismo en su hígado, para salvar su vida, pero... ¿cómo? Con los aplausos había puesto sus manos a la vista del etarra.

—¿Quiere que le recite otro? —Pepín no estaba acostumbrado a recibir aplausos y eso le había gustado.

La vieja temió de decirle que no; quizá el etarra podría darse cuenta de que ella sospechaba de sus malas intenciones, por lo que era más prudente seguirle el juego.

—Qué buen poeta eres —le afirmó con su sonrisa incómoda—. Sí, otro, por favor.

Pepín recitó:

*¿Qué es poesía?, dices mientras clavas  
en mi pupila tu pupila azul.*

*¿Qué es poesía! ¿Y tú me lo preguntas?  
Poesía... eres tú.*

La vieja volvió a aplaudir rezando en su interior para que él no se diera cuenta que había descubierto que era un farsante con terribles planes plagados de cócteles molotov. Sonrió más forzada si cabe.

—Le voy a recitar otra, que veo que le gusta —le dijo Pepín que estaba empezando a experimentar lo placentero que era recibir aplausos.

—No, tampoco te quiero molestar en exceso, seguro que tienes cosas que hacer.

—No, tranquila, no tengo nada que hacer.

Pepín recitó a Machado, a Neruda, a Quevedo y a Alberti hasta que se le secó la voz y se despidió para abrir una de sus maravillosas cervezas en la tranquilidad de su piso de alquiler.

La vieja cerró su puerta y respiró a salvo, al menos de momento.

Todavía no se había repuesto del susto la vieja casera cuando abrió su buzón y vio que había una carta que iba dirigida a Pepín. Sólo indicaba su nombre, ni siquiera indicaba sus apellidos, ni la dirección, ni llevaba sello. Alguno de sus compinches la debía haber depositado personalmente y se había equivocado de buzón.

La levantó dirigiéndola hacia la ventana y pudo ver al trasluz que la letra era manuscrita. Seguro que eran instrucciones para sus atentados. Hizo un esfuerzo con la vista y pudo descubrir una mancha de carmín con forma de labios. Seguro que su mensaje está cifrado en forma de carta de amor, pensó.

¿Qué debía hacer con ella?, ¿entregarla a la policía, o ir a su casa y dársela personalmente? Desgraciadamente había quedado claro que no podía confiar en la policía de ahora, panda de holgazanes que sólo actuaban cuando era estrictamente necesario. Antaño, la Guardia Civil no tenía métodos de descifrado, pero tampoco les hacía falta; dos buenas somantas y el etarra habría descifrado él solito la carta. Pero los buenos tiempos ya habían pasado para Eustaquia, así que no le quedaba otra que dársela en mano. Lo único bueno es que aprovecharía la ocasión para pedirle que, ya que había encargado la cama nueva, le pagara el mes de fianza que le debía. Tenía que ser valiente para defender lo que le correspondía.

Tímidamente llamó a la puerta y Pepín abrió antes de lo previsto, rápida

y violentamente. La vieja empezó a sudar y estiró con un dedo el cuello de su blusa que le estaba empezando a ajustar. Lo miró a los ojos y comprendió que era un asesino violento. Las palabras no le salieron presa del miedo.

—¿Quiere algo? —le preguntó Pepín expectante—. ¿Quiere que le recite algún poema más?

La lengua se le había atascado a Eustaquia. Sus ojos vieron por un momento la muerte que la saludaba. Estiró la mano y le dio la carta para darse media vuelta, salir corriendo y poner a salvo su vida.

Pepín, extrañado ante su comportamiento, abrió el sobre y leyó la carta.

—¡Dios mío! —exclamó su interior que se revolvía ante el amasijo de pensamientos—. ¡Ahora lo entiendo todo!

En su estado de shock no sabía qué hacer, pero tenía claro que aquella carta era todo un torrente de inspiración. Pensó en cómo debía evolucionar la historia para plasmar lo sucedido y decidió que lo mejor era rescatar a aquellos dos personajes femeninos: la morena pertrechada en abundante delantera y la pelirroja de graciosas pecas. Se puso manos a la obra y escribió:

Voy a relatarles un capítulo de mi vida que me trajo no pocos problemas con Eustaquia, la vieja casera que no hacía más que requerirme que le abonara las costas del hospedaje.

Una noche, Vespertino y yo descansábamos plácidamente sobre un montón de paja que había en la cuadra de la Morada del Olvido, mirando al cielo y conversando. El aire cálido acariciaba nuestros rostros apenas iluminados por la luna llena mientras un ave rapaz la sobrevolaba en aparente tranquilidad. Vespertino tenía su atención puesta sobre la Estrella Polar, como era costumbre.

—¿Creéis que nuestros Padres seguirán orgullosos de nosotros allí arriba? —me preguntó el corcel.

—Por supuesto que sí, ¿es que acaso lo dudáis?

—A veces pienso que hemos hecho algo malo y por eso nos han expulsado del reino. ¿No habremos molestado a la reina Sagrario de alguna forma, sin darnos cuenta?

—No, mi querido corcel. Hemos sufrido una traición, estoy seguro. Todas mis sospechas apuntan a Ramón. Deberíamos volver al castillo e investigar. Tenemos que deslizarnos por allí sigilosamente y averiguar todo lo que podamos.

Miré la Estrella Polar e imaginé a Padre, vigilándome a mí también tal y como hacía el padre de Vespertino.

—No tengáis tanta prisa —dijo tranquilamente el caballo—. ¿Habéis cortejado ya a Silvana tal y como os dije?

—No sé, pero el otro día me ocurrió una cosa con Silvana, y me gustaría comentárosla para ver qué os parece —le dije a mi corcel—. Estaba yo en mi habitación, en la tranquilidad de la noche, con la ventana abierta y mirando al cielo, a la Estrella Polar, cuando decidí ir a a la cocina para beber algo. Abandoné mi estancia y por el pasillo me crucé con Silvana. Tendríais que haber visto su voluptuoso cuerpo, insinuándose de curvas potentes a través del lino que llevaba. No hubieron palabras en aquel fugaz cruce, tan solo una mirada; pero qué mirada... Si sus ojos hubiesen hablado me habrían dedicado un intenso poema.

Vespertino bufó de excitación.

—Sois mi héroe —afirmó el caballo a su amo—. ¿Y cómo acabó?, ¿hicisteis honor a vuestra fama de mujeriego y os lanzasteis a por ella?

—Siento defraudaros, mi compañero, pero no.

Vespertino volvió a bufar, pera esta vez de enfado.

—Os falta decisión para finiquitar vuestros asuntos del corazón. ¿Es que no veis que no podéis ir por ahí rompiendo corazones sin luego repararlos con vuestras artes amatorias? Hacéis que las mujeres sufran por vuestra culpa. Todavía recuerdo a aquellas dos muchachas que limpiaban la ropa a orillas del río, una pelirroja y otra morena. ¿Os acordáis de ellas?

—He de reconocer que, después de haber visto a Silvana, las recuerdo vagamente.

—A veces pienso que no sois digno del don de la caballería que Dios os ha dado —contestó enfadado el corcel entre bufidos—. Seguro que ellas no han dormido desde el día que vos les lanzasteis aquellos besos certeros al aire que acabaron destrozando su corazón. Creedme, mi señor, que yo se mucho de mujeres, y ellas no os han olvidado tan fácilmente como vos habéis hecho con ellas.

—¿Y qué puedo hacer yo para que no sufran? —pregunté sintiéndome culpable.

—Subid —me dijo el corcel mostrándome su lomo.

Totalmente desconcertado —yo no era tan consciente de mi capacidad extrema de ir rompiendo corazones— subí a lomos de mi corcel y nos



dirigimos, en mitad de la noche, hacia la aldea donde habíamos visto a las dos muchachas.

Por el camino estuve reflexionando sobre las palabras del corcel y empecé a sentirme sucio por dentro ante tal desconsideración por los sentimientos de aquellas dos mujeres. Decidí entonces que debía enmendar mis errores y reparar, a base de besos, aquellos dos corazones que palpitaban por mis huesos.

Llegamos a la aldea que estaba en aparente calma en mitad de la noche. El humo de las chimeneas ascendía lentamente y algunas pieles que hacían de cortinas sobre las ventanas se agitaban ligeramente a la brisa, dándonos la bienvenida. El resto estaba totalmente quieto, dormido.

—¿Y ahora qué hago? —le pregunté a Vespertino.

—Vos sabréis. Vais disfrazado de trovador y habréis de comportarte como tal.

Yo le miré inquisitivamente, pues no me había dado información lo suficientemente detallada como para que supiese cómo comportarme. Le pedí que por favor me ayudara.

—Yo qué sé —me dijo Vespertino—, tocadles el laúd como un auténtico trovador.

Tocarles el laúd, pensé yo terriblemente ante mi ignorancia. Una vez leí un libro sobre cómo tocar el ûd, el instrumento del que deriva el laúd, y lo primero que se debía hacer era proceder con la afinación del mismo utilizando las clavijas del final del mástil.

Rasgué una de las cuerdas y manipulé las clavijas. El sonido que provoqué se dilató estrepitosamente rompiendo el silencio de la noche. Un conjunto de aves que dormían plácidamente sobre las ramas de un árbol se sobresaltaron y salieron volando como si los persiguiese el mismísimo diablo. Sus graznidos de terror sonaban mejor que mi melodía. Aun así lo intenté de nuevo. Lancé otra nota dilatada el aire y esta vez un gato que dormía plácidamente se plantó de un salto y se espeluznó de miedo. Sus zarpas se sobresaltaron y el gato miró temeroso en busca de algún espíritu maligno en mitad de la noche. Al no notar ninguna presencia del más allá se quedó confuso por un momento y finalmente decidió huir con rapidez felina.

—Esta segunda nota ha sonado mejor —me afirmó Vespertino—. Vais mejorando.

Intenté una tercera nota y, aunque inicialmente se dilató, logré

estabilizarla. Sonaba mejor que las anteriores, sin embargo, no debía ser todavía del agrado de mi público, porque la aldea al completo se había levantado sobresaltada y se asomaban a las ventanas de sus chozas con actitud guerrera.

—¡Como vuelvas a realizar un ruido más te mato! —dijo un hombre corpulento con un rastrillo de grandes púas en sus manos.

Detrás de él pude ver a la chica pelirroja, la decorada de graciosas pecas, que abría sus ojos y me miraba directamente a mis verdes ojos de esmeralda. De repente recordó mi sonrisa y mi mirada, así como la nobleza del corcel que me acompañaba, y sonrió llevándose las manos al corazón, como dando gracias a Dios por aquella visita intempestiva. Corrió hacia mí y se subió conmigo a lomos de Vespertino.

—Llebadme con vos —me dijo.

La morena, que vio como su amiga pelirroja había tomado posición de privilegio sobre mi corcel, corrió hacia nosotros contoneando sus abundantes carnes, y se sentó detrás de ella.

Vespertino partió de inmediato porque el hombre del rastrillo se acercaba hacia nosotros con ganas de pelea. Para colmo, otra mujer, vieja y marchita, también corría hacia nosotros, y yo no deseaba saber si también requería una reparación de su maltrecho corazón.

Me encontraba reparando el corazón de aquellas dos muchachas sobre el maravilloso colchón de plumas que tenía en mis aposentos de la Morada del Olvido. El armazón de madera de la cama era lo único sólido de aquella construcción, por lo que pude ejecutar mi famoso doble salto del tigre desde el tejado. El truco consistía en trepar hasta el techo —que tenía grandes agujeros por los que dejarse caer— y desde su altura pegar un salto con los brazos extendidos en un principio y luego girar setecientos veinte grados sobre mí mismo, en el aire, para caer haciendo diana. Sencillo pero muy efectivo.

Estaba cogiéndole el gustillo a esto de curar corazones cuando el ojo indiscreto que siempre me espiaba apareció en escena. Su pupila era azul y fisgaba ágil y vivaz cada uno de mis movimientos. Yo, que me encontraba centrado reparando aquellos dos corazones, no me advertí de su presencia y seguí a lo mío. Imagínense vuestras mercedes qué se le pasaría a la persona

que había detrás de aquella pupila fisgona al ver que yo, que estaba acostumbrado a moverme con naturalidad con el sobrepeso de la armadura, era capaz de moverme con un ritmo sobrehumano liberado del peso de ésta. Y tan sobrehumanos fueron mis movimientos, que en una de éstas mi pelvis golpeó con tal fuerza que toda la estructura de la cama se desmoronó en crujidos de madera rota y el colchón de plumas explotó en una maravillosa lluvia de plumas blancas.

Por la cara de las dos muchachas, que parecían flotar entre los ángeles alados del cielo que les regalaban sus plumas, supe que ya tenían arreglado su corazón, así que me dirigí a la alacena de la cocina a reponer fuerzas.

Allí estaba con una sonrisa amenazante la vieja casera, que me tenía preparado un tazón con una bebida. Yo me sobresalté, pues no llevaba más ropaje que mi gorra de trovador de terciopelo rojo —que no me quería quitar ni en mis momentos más íntimos— y una simple tela rodeando mi cintura sin más sujeción que una de mis manos.

—Estáis muy sudado —me dijo ésta.

Yo asentí, pues era verdad que en el calor de la noche era normal sudar entre numerosos movimientos.

—Y tenéis varias plumas pegadas al cuerpo —puntualizó la casera—. No serán de mi colchón, ¿verdad?

Yo no sabía qué decir. Le había roto su cama y su colchón, y eso que todavía no le había abonado las costas del alquiler. La cara se me puso roja de vergüenza y asentí confirmando sus sospechas.

—Pues vais a tener que abonar sus costas junto con las del hospedaje.

—Ya os dije yo —le recordé—, que de momento no contaba con dinero, que era un simple trovador sin monedas. Y vos os mostrasteis de acuerdo en que me quedara.

—¿Es que acaso creéis que soy una miserable usurera que sólo piensa en el dinero? —me preguntó enfadada—. Si así fuese no estaríais en mi morada. Pero eso no significa que no debáis reparar los desperfectos. ¿Estáis de acuerdo o no?

Yo asentí con la cabeza. La mujer me tendió el tazón y lo tomé entre las manos. Al olor se me antojó agua con miel mezclada.

—Bebed, que necesitaréis la miel para reponer vuestras fuerzas. Y cuando terminéis, pasad por mi estancia y hablaremos sobre cómo abonar las costas de vuestros desperfectos.

Yo le afirmé que pasaría en cuanto me bebiese el aguamiel y ella esbozó una sonrisa que hizo que mis entrañas temblaran.

—Bebed, bebed —me dijo justa antes de irse—. Que tenéis que reponer fuerzas.

Me quedé pensativo y analicé la situación. Yo, que estaba allí sin pagar nada a cambio y encima le había destrozado aquella cama que era lo único que había de valor en mi estancia. Bebí el brebaje que entraba dulce y delicioso y me dirigí a su estancia para concretar los términos y plazos del pago.

Abrí la puerta, entré y me quedé petrificado. La vieja casera estaba desnuda sobre su cama, a cuatro patas, con sus carnes amojamadas colgando, mientras me decía con una voz gutural que salía del interior de sus entrañas:

—Ha llegado la hora de que me abonéis las costas del hospedaje —reía como si hubiese llegado el momento que esperaba durante toda su vida—. He visto cómo habéis destrozado vuestra cama a golpe de pelvis, y quiero que hagáis lo propio con ésta.

En ese momento lo comprendí todo. Por eso no paraban de vigilarme sus ojos, porque me deseaba. Comprendí que aquella mirada que me era familiar, pero que no llegaba a adivinar a qué naturaleza pertenecía, era la mirada de la lujuria, la misma que otras mujeres me habían dedicado.

Petrificado ante aquella imagen momificada que por lo visto también requería una reparación de su viejo corazón, decidí que ya había realizado bastantes arreglos por ese día y me di media vuelta para salir por donde había venido. Pero la vieja casera, que era astuta como el viejo diablo, estiró de un hilo que tenía amarrado a un travesaño que actuó a modo de mecanismo cayendo y cerrando la puerta.

—Habréis de abonarme las costas —me repitió avanzando como una pantera en celo.

Viéndome desprevenido, la vieja pegó un salto felino hacia mí que esquivé de milagro, y presa del pánico analicé la estancia. Sólo había una escapatoria, así que enfilé hacia la ventana y de un salto la cruce para aterrizar fuera, ante la mirada atónita de Vespertino que se encontraba relajado en el exterior. Continué corriendo como quien corre perseguido por el diablo.

—Todavía tenéis que abonarme las costas —sonó una voz vieja y rota en la lejanía.

Pepín dejó de escribir y pensó en la trascendencia de aquella carta que la vieja casera le había dado en mano. Agradecía de algún modo el potente chorro de inspiración que llevaba implícita, pero a qué precio. Volvió a tomar la carta entre sus manos y la releyó sin sospechar que la mano de Silvana estaba detrás de aquellas letras, creyendo que aquel torrente de sentimientos había surgido de Eustaquia.

*Estimado Pepín,*

*Mi corazón me obliga a escribirte esta carta que seguro que hará avanzar esta relación de inquilino–casera que tú y yo tenemos. Me hubiera gustado decirte todo lo que siento a la cara, pero mi sentido de la vergüenza me lo ha impedido aún a pesar de que lo he intentado una y otra vez. Te lo juro. Es por esto que me he visto obligado a escribir estas líneas, porque de esta forma me es menos difícil desvelar los más íntimos sentimientos que alberga hacia ti mi viejo y pobre corazón.*

*Desde el primer momento que te vi, con ese solemne casco que corona tu cabeza de pensador, como la corona de un rey, supe que eras alguien especial y desde entonces no he podido parar de pensar en ti. Es cierto, día y noche, despierta y dormida, siempre estás en mis pensamientos, causándome un alboroto tan singular como placentero cada vez que te veo. Todo empezó como una mirada fugaz a través de la mirilla que me produjo un ligero cosquilleo, y cuando quise darme cuenta estaba todo el día y toda la noche pegada a aquel telescopio de cristal de mi puerta para ver si podía robarle a la vida el placer de ver un gesto tuyo, una mirada, una sonrisa.*

*Y cuando abro la puerta y hablo contigo, el cielo se me aparece, abriéndome sus puertas de par en par, y los ángeles juegan conmigo. Tus palabras, tus susurros, me acarician mis oídos y sólo puedo pensar en tu abrumadora inteligencia. Qué decirte la tumultuosa reacción que sufrieron mis sentimientos cuando me enteré de que eras un escritor, todo un artista. Sólo pude desear que fueras mío y tomarte en medio del pasillo. Pero me contuve, por mi maldita vergüenza.*

*Yo, aunque no lo parezca, soy un poco viejita. El hecho de tener la jovialidad y el físico de una joven moza no ha impedido que, con el paso del tiempo, me haya vuelto insensible en ciertas partes de mi cuerpo que antaño me proporcionaron un placer exquisito. Sin embargo, cuando ya tenía perdida la esperanza de que un hombre me pudiera hacer gozar como en mis*

*años mozos, llegaste tú con tu casco repleto de inteligencia. Y me abriste la puerta de la esperanza. Aun así creía que ese placer estaba destinado únicamente al terreno intelectual, pero cuando me llamaste a tu casa y me enseñaste cómo habías destrozado aquel robusto armazón de madera que formaba tu cama, comprendí que sólo tú, con ese fabuloso martillo pilón que debes albergar entre las piernas, ese taladro demoledor venido del cielo, podrías luchar contra la insensibilidad que el tiempo ha otorgado a mi entrepierna.*

*Imagino cómo debes sentirte al leer esta carta, así que no digas nada cuando me veas. Simplemente lánzate, tómame con descaro y hazme tuya con gozo, porque si no lo haces tú, lo haré yo.*

*Atentamente,*

*Eustaquia, la casera de tu corazón.*

*Posdata: Te dejo pegado un beso de carmín en esta carta para que te lo pongas allí donde más te guste.*

Pepín sintió un frío escalofrío y reflexionó. Recordó cómo ella siempre lo vigilaba a través de la mirilla, la muy pervertida, que por lo visto se recreaba con su maravilloso físico. Recordó cómo le enseñó, fruto de la inconsciente ignorancia, la cama desecha de su habitación. Y recordó cómo le había recitado la poesía de Bécquer.

Súbitamente empezó a sentirse culpable. Él sólo pretendía romper el corazón a Silvana, pero por lo visto los iba rompiendo por doquier con ese preciado don que Dios le había dado y cuya potencia a veces no sabía controlar: el inmenso poder de la poesía.

El inspector jefe de la policía andaba últimamente bastante estresado con el tema de la crisis. Las denuncias y los delitos se habían multiplicado por dos y se estaban acumulando. Él ya no daba abasto, y el apoyo que recibía por parte de aquel agente en prácticas tampoco era suficiente. Envueltos los dos en su espiral de estrés y papeleos sonó el teléfono.

—Hombre... —dijo aliviado el inspector— ¿Qué tal marchan nuestros preparativos?

Al otro lado de la línea se encontraba un concejal muy amigo suyo.

—Ya está todo organizado. Acabo de cerrar las reservas. Vamos a pasar

un fin de semana fantástico cazando en Almedina.

El bigote del inspector jefe hizo un amago de sonrisa, necesitaba evadirse de aquel papeleo infernal.

—Por cierto —dijo el concejal—, no te llamaba para esto. Quería comentarte un asunto de trabajo.

El bigote perdió su mueca relajada.

—Ha llegado a mis oídos —continuaba el concejal como quien no quiere la cosa— que hace poco fue una señora a denunciar a un etarra. ¿Qué pasó?

El inspector se puso tenso.

—Yo atendí personalmente a aquella señora. Está loca. Imagina que un inquilino suyo es un etarra.

—¿Le tomaste declaración escrita?

—No. Ya te he dicho que está loca.

—A ver si va a resultar ser un etarra de verdad y nos la vamos a jugar.

—Te aseguro, te doy mi palabra, de que no es ningún etarra.

—De todas formas, no estaría de más que abrieses una investigación.

—No tengo agentes para esas chorradas. Mira, si te digo que no es un etarra, confía en mi palabra: no es un etarra. ¿Es que acaso no te fías de mí?

—Si yo sí que me fío de ti. Lo que pasa, y espero que me comprendas, es que mi suegra es compañera suya de clases de bolillos, y ya es bastante difícil aguantarla a ella en casa cuando está de buenas como para hacerlo ahora, que no para de recriminarme que no hago nada con respecto a lo de su amiga. Así que hazme el favor... Si yo sólo quiero tenerla tranquilita en casa.

El inspector jefe sabía que aquel «hazme el favor» era más bien una obligación. Asintió y colgó todavía más estresado.

—¿Y qué hago yo ahora con el tema éste, si no tengo a ningún agente disponible? —le preguntó al cielo a ver si Dios proveía.

—¿Por qué no lo rediriges al CNI? —dijo el agente en prácticas que le ayudaba.

El bigote del inspector jefe sonrió por un momento y luego cayó tristemente abatido.

—¿Al CNI? Si esos son unos incompetentes que no saben hacer la o con un canuto.

—Tú y yo sabemos que esa vieja desvaría. No hay ningún etarra. Envíales el caso y que se entretengan mientras tanto. De cara al concejal tú le has dado la máxima prioridad al caso y vas a quedar como si le hubieras

hecho un gran favor.

—Agente —le dijo poniéndole amistosamente una mano sobre su hombro—, vas a llegar muy lejos en este cuerpo. Coge el teléfono y ves llamando al CNI.



## Chupachups de fresa con lazo dorado

Pelayo estaba compungido por el pequeño accidente que, a golpe de lavadora, le había dejado el pie hinchado y magullado a Roberto Carlos, uno de sus trabajadores; y lo que más le dolía era la forma en que se había tratado el asunto. A veces pensaba que la culpa de todo la tenía el país.

Encerrado en su oficina, Pelayo se entregaba a la actividad contable cada vez que estaba de mal humor; calcular ganancias siempre le animaba. Y en ello estaba cuando las cámaras de seguridad le advirtieron de que la pija de Silvana se estaba pintando las uñas. Eso le agrió el carácter y se puso a sudar de rabia, pues no había cosa que le enfadara más que algún empleado inepto desobedeciendo sus órdenes. Dejó la contabilidad y comprobó a través de los diversos monitores que no había nadie en la tienda.

—¡Silvana! —gruñó a través de la megafonía. Los monitores la mostraron sobresaltándose—. ¿Cuántas veces he de decirte que vengas con las uñas pintadas de casa?

La chica guardó el pintaúñas mientras se escuchaba a Pelayo maldiciendo por la megafonía. Un «maldita pija malcriada» se le escapó antes de apagar el sonido ante la sorpresa de Silvana.

Pelayo se sentó en su sillón de jefazo y puso la tele. Hablaban del drama de la inmigración, un tema que le preocupaba. Otro cayuco había llegado a las costas españolas. Habían muerto por el camino casi una docena de africanos, pero, por el contrario, habían llegado a salvo más de cincuenta inmigrantes que podrían cumplir sus sueños.

Pelayo pensó en lo desesperados que debían de estar aquellas personas para arriesgar su vida de aquella manera, sin ni siquiera saber nadar. Para ellos, llegar a España y encontrar un trabajo era todo un triunfo, aún durmiendo en la calle.

Pelayo miró a la pija de Silvana por el monitor. Era cierto que vendía mucho, especialmente a los hombres, pero era una quejica que no sabía más que pedir, y para colmo de males estaba contaminando a Roberto Carlos. Aún recordaba la primera vez que a Roberto Carlos le cayó una lavadora en el pie. Ese día y el siguiente estuvo sentado en caja, cobrando a la gente con el pie en alto. Sin embargo, esta vez se había ido al médico, y para colmo se había

cogido la baja, ¡como si no pudiera cobrar en caja con un dedo roto! Pelayo pensó que el país estaba zozobrando con sus leyes disonantes que defendían la desidia y la vagancia.

Volvió a mirar el televisor, a aquellos inmigrantes que se acobijaban debajo de mantas de la Cruz Roja. Esos, pensó, habrían venido a trabajar con el dedo roto, por el salario mínimo y tratando a Pelayo como su Dios salvador. Sin embargo, Silvana no hacía mucho más que mirarse el esmalte de las uñas. Y Roberto Carlos estaba aprendiendo de ella. Empezó a sentir que sus trabajadores le estaban estafando. Seguro que Roberto Carlos debía estar en su casa escuchando música tranquilamente y quizá riéndose de él por haberle ganado una batalla legal con su baja. Quizá lo mejor fuera mandarlo a su país; seguro que allí tenía mucho trabajo grabando telenovelas.

Pelayo se dispuso a seguir calculando ganancias para ver si aliviaba su sufrimiento pensando que, afortunadamente en este país, sólo hacía falta un poco de creatividad legal para saltarse las estúpidas normas. Sin embargo, uno de sus ojos siempre miraba la monitorización de reojo; por eso no se le escapó que Silvana se sobresaltaba y volvía a meter la mano en aquel cajón cercano a la caja, con disimulo. Pelayo dejó cuanto tenía entre manos y ordenó a sus leales cámaras que monitorizaran a la pija.

Silvana miró de izquierda a derecha, comprobó que no había nadie y se dirigió hacia el cuarto de baño para encerrarse. Todas las cámaras siguieron sus pasos hasta que cerró la puerta. Pelayo sonrió. «Veamos si hoy también estás en uno de esos días», pensó mientras oprimía el botón secreto para que una de las cámaras enfocara la escena desde detrás de la taza del váter. Un monitor mostró a Silvana sacándose del bolsillo lo que había ocultado: era su teléfono móvil. «¿Para esto le pago?, ¿para que juegue con su móvil?», gruñó Pelayo. Oprimió otro botón, cambió de vista y aplicó un zoom con el que poder leer el sms de Silvana:

«Mensaje de Leonardo: Pasado mañana presentaré el disco en Benidorm, en el centro comercial. Cantaré un par de canciones con guitarra. Espero que puedas escaparte del trabajo para venir a verme. Te quiero, tu príncipe azul.»

Silvana sonrió y Pelayo se malhumoró todavía más ante la idea de que quisiese faltar en un día de máxima afluencia y con Roberto Carlos de baja. Sin embargo, la pija no parecía demasiado preocupada, pues llamaba a su amado y se ponía a charlar tranquilamente con él. Un buen rato.

Definitivamente sus empleados le estaban tomando el pelo. Y lo peor de

todo es que si amonestaba a Silvana por hablar en el baño, entonces le echarían la culpa a él por la cámara. ¡El mundo estaba al revés!

Pelayo respiró lenta y profundamente, intentando calmarse y continuó calculando ganancias hasta que Silvana salió del baño y se dirigió a la oficina. Llamó y cuando su jefe abrió la puerta, puso su voz más cándida:

—Pelayo, tengo que pedirte algo —le dijo como si nunca hubiese roto un plato.

El carácter se le agrió de nuevo a Pelayo.

—Quería pedirte —prosiguió Silvana— el día libre para pasado mañana.

—Imposible —dijo tajante el empresario—. Roberto Carlos está de baja por el dedo roto y es un día fuerte.

Lo que Silvana le pedía era muy importante para ella, así que cambió de táctica.

—Está bien. Tengo algo muy importante para pasado mañana, no puedo faltar, así que si no quieres hacerme el favor me cojo un día de asuntos propios.

—Ya te he dicho que es imposible —insistió feroz y amenazante.

—Pues yo te digo que me corresponden por ley dos días de asuntos propios al año, así que me cojo uno de ellos pasado mañana.

Pelayo sabía que la ley, esa maldita ley que defendía a vagos y maleantes, estaba de parte de Silvana.

Pepín andaba muy, pero que muy molesto. Ya habían pasado muchas más de las setenta y dos horas en las que la vidente Azul garantizaba al cien por cien los resultados y tenía la sensación de sus problemas no se habían solucionado. Estaba tentado a pedirle el reembolso garantizado de su dinero cuando cayó en la cuenta de que quizá la culpa fuera suya, pues no había hecho todo lo que ella requería. Todavía le faltaba poner una lavadora con toda su ropa y comprarle un buen regalo a Silvana.

El regalo sería un duro golpe a su economía, pero poner una lavadora... ¡una tarea tan desdorosa no era digna de un escritor con su talento! Por eso andaba muy, pero que muy molesto. Para colmo, le había pedido ayuda a Silvana con la lavadora y ésta se había reído de él.

Colérico, cogió sus maletas y arrastró sus pies a disgusto hasta la pequeña galería contigua a la cocina. Miró con desprecio aquel aparato con

tambor centrífugo capaz de desprestigiarlo. Abrió su maleta y sacó unos calzoncillos de la bolsa de ropa sucia, sujetándolos alejadamente con tenaza de dos dedos. No se imaginaba a un gran escritor, como por ejemplo a Carlos Ruiz Zafón, a Arturo Pérez-Reverte o a Antonio Gala, dejando de escribir para lavarse los calzoncillos. Aquella tarea mundana era un ultraje para una persona de su categoría artística. Sin embargo, miró los calzoncillos sucios y recordó un controvertido artículo de Pérez-Reverte: *País de Mierda*, se titulaba, y pensó que bueno, que quizá el bueno de Arturo también hubiese tenido que lavar algún que otro calzoncillo, así que se puso manos a la obra y los metió dentro del tambor de la lavadora. Luego hizo lo propio con el resto de la ropa sucia.

La vidente le había dicho textualmente: «Pues ya va siendo hora de que pongas alguna con toda tu ropa», refiriéndose a la lavadora. La Providencia había sido muy caprichosa diciéndole *toda* la ropa, pero había que cumplir sus deseos y metió hasta la ropa limpia. Todavía faltaba algo: la ropa que llevaba puesta, así que se quitó los pantalones y los metió también. Se miró el tanga dorado que relucía con la luz que entraba por la ventana. Un poco justo para su gusto, aunque había que reconocer que le sentaba especialmente bien, haciéndole parecer de la realeza. Se lo dejó puesto. ¿Y las zapatillas de puntera blanca?, eran de tela, ¿también tendría que lavarlas? También para adentro. Luego intentó quitarse la camiseta, pero el hueco del cuello era demasiado estrecho para su fabuloso casco.

Miró a un lado y a otro. Chilló preguntando por Silvana pero nadie contestó, por lo que pudo quitarse sin vergüenza el casco para dejar su cabeza al aire. Se quitó la camiseta, la metió en el tambor de la lavadora y rápidamente se volvió a enfundar aquel gran casco rojo. Respiró aliviado de que su secreto siguiese a salvo.

Miró la lavadora y se sintió estafado. ¿Dónde estaba el botón de *on*? ¿Dónde se había visto un aparato sin un botón de encendido? Seguro que Eustaquia les había endosado una lavadora incompleta con tal de ahorrarse unos euros. Por un momento sintió deseos de ir a recriminarle aquel aparato defectuoso, de decirle que no le abonaría la fianza que le debía hasta que le pusiera una cama nueva y una lavadora con un botón de encendido, pero recordó aquella carta en la que Eustaquia le revelaba el deseo sexual que sufría y comprendió que no podía presentarse delante de ella y menos en esas condiciones; con el tanga dorado tan ajustado y el casco rojo como única indumentaria sería tan tentador como un gran Chupachups de fresa con un lazo

dorado en la puerta de un colegio.

Defraudado, inspeccionó de nuevo la lavadora. Definitivamente no tenía botón de encendido. Mareado, recordó que en un cajón debajo de aquella tele del rocó —que no tenía sintonía automática pero que al menos contaba con botón de encendido— había documentación varia. Allí estaban las instrucciones de la lavadora y las inspeccionó. Más de cien páginas para poner una lavadora.

Había un croquis del aparato y apreció, sorprendido, que tampoco tenía el maldito botón. ¡Realmente increíble en este siglo! Se dirigió directamente al apartado de uso de lavadora. Empezó a leer: «Uso de lavadora. Usar solamente con detergentes de alto rendimiento. Usar detergente común puede derivar en errores de la lavadora».

Miró el paquete de detergente que había sobre el suelo. ¿Sería de alto rendimiento? No tenía pinta, desde luego. ¿Y cómo sería un error de lavadora? Esto empezaba mal.

Un símbolo de fuego le llamó la atención. «Advertencia. Peligro de incendio. No introduzca en la lavadora artículos que estén humedecidos con gasolina, aceites o cualquier líquido inflamable.» Una de sus camisetas tenía una medalla de un huevo frito con aceite. Siguió leyendo: «No seguir estas instrucciones puede ocasionar explosion o incendio». ¡Dios mío!, exclamó en su foro interno, habían puesto *explosion*, palabra aguda terminada en -n, sin acento en la o.

Pepín siguió hasta que centró su atención en otra frase: «Agregue el blanqueador no decolorante (en polvo o líquido) en este depósito, si fuere necesario. Cerciónese de combinar el blanqueador en polvo no decolorante con el detergente en polvo, o de combinar el blanqueador líquido no decolorante con el detergente líquido.» ¡Increíble!, habían utilizado un futuro simple en vez de un pretérito imperfecto en «si fuere necesario». ¡Lo correcto habría sido decir: «si fuera necesario»!

Siguió leyendo y siguió encontrando faltas de todo tipo: de ortografía, gramaticales y semánticas. Aquel manual era todo un ultraje a su profesión de escritor. ¡Y encima no había ni una simple metáfora para adornar el texto! Abrió el cubo de basura y lo tiró con fuerza, totalmente indignado.

Sacó su móvil y llamó por primera vez desde que lo habían echado de casa a su madre. Esperó los tonos.

—Pepín, hijo mío —dijo Sagrario con una voz que demostraba una gran sonrisa al otro lado de la línea—, ya era hora de que me llamas para

contarme cómo te va la vida.

—Ahora no tengo tiempo, Madre —la cortó tajante con su enfado.

Pepín ansiaba una abrazo de Madre, unos besitos y una caricias, pero se sentía molesto por la faena que le había jugado dejándolo a solas con el despreciable de Ramón, que había conseguido tirarlo de casa.

—Tengo algo importante entre manos —continuó Pepín— y necesito tu ayuda.

Sagrario se preguntó intrigada qué era aquello tan importante.

—Estoy intentando poner una lavadora y tengo prisa —dijo Pepín restando importancia a tan desdolorosa tarea, mientras al otro lado de la línea Sagrario se esforzaba en contener sus risas— porque hoy tengo una cita con Pablo Tusset, gran escritor de este siglo.

Sagrario tardó en contestar. Echaba mucho de menos a su hijo, pero el saber que estaba enfrentándose por una vez en su vida a una tarea doméstica, no pudo sino reír en silencio. Pepín conocía tan bien a Madre que sabía lo que estaba pensando.

—¿Es que crees que una tarea así es digna de un escritor de mi calibre? —le recriminó para que ella se sintiera culpable de lo que le estaba haciendo pasar.

Madre apaciguó sus ánimos entre sonrisas y con unas breves instrucciones le dijo cómo poner la lavadora. Por lo visto, el truco residía en una rueda numerada que en última instancia había que sacar hacia afuera para que se pusiera en marcha. ¿Dónde se había visto eso en vez de un botón de encendido? Giró la rueda hasta el programa de lavado número cuatro y estiró para afuera. La lavadora empezó a llenarse de agua como por arte de magia.

—A ver cuando vienes a casa a vernos y nos cuentas cómo te va todo... —le dijo Sagrario—. ¿O es que te has olvidado de nosotros?

—Iré pronto, Madre, pero ahora no puedo que tengo una cita literaria muy importante y he de prepararme. Adiós.

Pepín colgó algo molesto por las risas y se dispuso a esperar mientras pensaba sobre cómo debía seguir su novela.

Cuando miró el reloj, la lavadora ya llevaba más de diez minutos dando vueltas. O acababa pronto o llegaría tarde a su cita. Se entregó de nuevo a sus pensamientos hasta que volvió a mirar pasado el cuarto de hora. ¿Eran necesarias tantas vueltas para lavar la ropa? Recordó aquellas dos mozas de su novela, la morena y la pelirroja que lavaban las ropas en el río. Había imaginado un proceso más sencillo y le extrañó que la lavadora tardase tanto.

—Madre... —la volvió a llamar de nuevo por el móvil— Esto está tardando demasiado. ¿Seguro que me has dicho bien los pasos?

Sagrario se partía de risa ante la confusión de Pepín.

—Pepín, lavar la ropa tarda lo suyo. Además, tu lavadora es secadora, así que tardará un poco más. Puedes esperar sentado que va para largo.

Menos mal que era verano, sino se iba a congelar esperando con su tanga dorado, que si bien era fabuloso, también era escaso en tela. Cogió su ordenador portátil, lo apoyó sobre la lavadora y se puso a escribir:

Me encontraba a lomos de Vespertino con una sábana y mi gorro de terciopelo rojo como única indumentaria. Como recordarán vuestras mercedes, tuve que escapar de Eustaquia saltando a través de la ventana, únicamente con lo puesto, y ahora me veía obligado a volver a la Morada del Olvido para recuperar mis pertenencias. Yo cargaba con el tedio de pensar en el riesgo que supondría cruzarme con Eustaquia. Sin embargo Vespertino no parecía tan preocupado.

—¿Sabéis de qué me estoy acordando, mi señor? —preguntó el corcel con una sonrisita contenida que cada vez le costaba más disimular.

Chité molesto para que callara, sabía dónde quería llegar. Vespertino seguía a paso lento bajo aquel sol abrasador que golpeaba nuestros cuerpos cuando vio un tronco caído en mitad del camino. Inició un galope hasta él sin que yo se lo ordenase y pegando un potente brinco lo saltó, volando con facilidad pasmosa, como si fuera un corcel alado. Al aterrizar emitió una ligera sonrisa que yo me tomé a mal.

—¿Qué os ha parecido este salto, mi señor?

Por supuesto, no contesté.

—Lamentablemente no ha tenido la potencia del vuestro —dijo animosamente, evocando el brinco que yo había pegado a través de la ventana para escapar de la trampa sexual que la vieja casera me había organizado—. ¿Podrías darme algún consejo para mejorar mis saltos?

Vespertino reía entre relinchos mientras que yo me enojaba por la falta de modales que demostraba hacia mi noble persona.

—Eso es lo que pasa —proseguía mi corcel— por ir rompiendo corazones por doquier.

—¿Y qué queréis que yo le haga?

—Que os moderéis con ese don que Dios os ha dado: el poder de la

seducción.

Yo estaba molesto. Estaba más claro que el agua de un lago en una mañana de invierno que Cupido se había encaprichado conmigo y me seguía a todas partes lanzando flechas amorosas a cuantas mujeres se me acercaban. Pero el maldito niño disparaba sin diferenciar entre una buena moza en edad de merecer como Silvana y una vieja momia como Eustaquia.

—No es culpa mía si Cupido dispara con los ojos vendados —agregué molesto.

—No diluyáis las culpas —contestó Vespertino—. El único culpable sois vos y vuestra fabulosa musculatura, así como vuestras armoniosas facciones y vuestros verdes ojos de esmeralda que tantos sentimientos de amor han inspirado a las mujeres.

En eso tenía razón el corcel, pero no quería seguir con esa conversación porque sabía por dónde me iba a salir, así que me dispuse a cortarle en seco. Sin embargo, él se me adelantó:

—Ahora deberíais repararle el corazón a Eustaquia para que no sufra por vos.

Él rió y yo me enfadé; y ya no le dirigí la palabra por un buen espacio de tiempo mientras íbamos acercándonos a nuestro destino.

La lavadora se había puesto a centrifugar y el soporte de su ordenador portátil empezó a vibrar. La integridad de su ordenador peligraba. Lo guardó y se quedó pensativo. Tenía que buscarle un sentido a esto, pero... ¿por qué debía llevar ropa interior dorada?, ¿por qué le había dicho la vidente Azul que pusiera una lavadora?, ¿cuál sería la finalidad? Todo tenía un fin, pero ¿cual? Debía reflexionar y encontrarlo para plasmarla en el libro.

A Silvana no le gustaban las tareas domésticas; odiaba planchar, limpiar, fregar o cocinar. Sin embargo, su sueldo no le permitía desayunar de bar, ni comer de restaurante, ni contratar una asistente, así que tenía que lidiar con lo que tenía.

Medio dormida se dirigió a la cocina para prepararse un cappuccino de sobre. Vertió agua en un vaso de plástico y se puso los guantes de la cocina; le daba asco tocar aquel microondas grasiento con sus dedos. Le hubiera gustado tenerlo limpio, pero también le daba asco limpiarlo. Sacó el vaso, se retiró los



guantes y se dirigió al salón para terminar de prepararse el desayuno. Allí se encontró a Pepín con sus maletas llenas de ropa para preguntarle si podía ayudarlo a poner una lavadora. Se rió de él tanto como el sueño le permitió y se fue

Comprobó con sus ojos mañaneros, doloridos e hinchados, que su manicura ya no estaba perfecta; aquello es lo que pasaba cuando una intentaba prepararse el desayuno por sí misma. Su ánimo se habría derrumbado si no fuera porque tenía los días contados en aquella pocilga inhumana: su príncipe azul, su Leonardo, la iba a rescatar de aquel mundo de penurias económicas y la llevaría junto con él a lo más alto. Realmente había sido una suerte empezar a salir con aquel chico que de la noche a la mañana había pasado de ser un desconocido a grabar un disco y colocarlo en el mercado.

Recordó a Richard Gere en *Oficial y Caballero* e imaginó que Leonardo entraba en aquel viejo piso del rococó, altivo él, con un impoluto traje blanco, y la sacaba en brazos de aquella vida de fracasados. Era lo único que mantenía su esperanza a flote.

Ensimismada en sus pensamientos escuchó el timbre. Aquel era el gran día, el día del debut del cantante en su ciudad natal, y las fans de Leonardo habían acudido a buscar a Silvana, novia del artista y presidenta de su club de fans.

—Un momento —les dijo por el telefonillo.

Como ahora era la presidenta de un gran club de fans, tendría que hacerse de rogar, así que volvió a lo suyo. Degustó su cappuccino con unas magdalenas del súper, lenta y tranquilamente. Después se aplicó una mascarilla de pepino y esperó unos minutos relajada, intentando no pensar en nada. Se hizo la manicura y se planchó el pelo. Se maquilló y se vistió. Se puso su cinturón de marca, sus pendientes de diseño y un colgante de firma italiana. Se perfumó y por fin decidió que ya había hecho esperar lo suficiente a las fans de su novio. Se asomó al balcón y las llamó para que subieran.

Ligeramente emocionada, les dio dos besos a medida que entraban y tomó las riendas. Silvana había planeado ir al centro comercial con pancartas de apoyo al artista, con alguna frase ingeniosa que demostrara que el club de fans siempre sería fiel al artista, pero no quería llegar demasiado pronto, pues ella tenía cierta categoría y debía hacerse de rogar. Con dotes de presidenta indicó el camino a las fans y las llevó hasta la galería para buscar material para las pancartas. Silvana abrió la puerta y las chicas se encontraron con Pepín leyendo la etiqueta de un bote de detergente líquido. Estaba

prácticamente desnudo, coronado con su gran casco rojo y enfundado en su ceñido tanga dorado que brillaba llamando la atención a la vista. Parecía un gran Chupachups de fresa con un lazo dorado. Pepín levantó la cabeza y ante el asombro se le cayó el bote de detergente líquido que tenía entre las manos. El líquido blanco se derramó por el suelo y avanzó envolviendo los pies de Silvana, que estaba petrificada con los ojos abiertos como platos, mientras que el resto de chicas empezaban a caminar hacia atrás, con aprensión hacia aquel líquido viscoso que intentaban no pisar.

## Un ángel venido del cielo

¿Qué había hecho mal Pepín? La lavadora le había devuelto la ropa limpia para su cita con el célebre Pablo Tusset, no cabía duda, pero totalmente arrugada. Defraudado, no pudo sino preguntarse quién le estaba echando mal de ojo. ¿No estaría detrás de todas estas calamidades Ramón? Seguro que estaba retorciendo un muñeco vudú y le estaba arrugando el vestido, por eso le había salido la ropa así.

Sospechando, siguió con lo que tenía previsto. Ya no tenía tiempo —ni ganas— de planchar si quería llegar a tiempo a su cita literaria, por lo que se vistió con ropa arrugada para ir al centro comercial. Por el camino tendría que comprar alguna camiseta nueva si quería estar presentable para la ocasión, pero antes tenía que pasar una dura prueba. Se fue a la cocina y cogió la botella de aceite. Volvió temeroso a la puerta de la entrada y tomó el pomo entre sus manos. Un tembleque le sacudió el cuerpo y sus piernas flaquearon, encogiéndose. La culpa de todo la tenía la poesía. ¿Quién le habría mandado recitarle a la vieja Eustaquia unos breves versos cargados con el inmenso poder de la poesía? Se asomó tímidamente por la mirilla. Todo estaba en aparente calma, pero podía pasar cualquier cosa con aquella vieja que se pasaba el día suspirando por el artista con un ojo en la mirilla. Recordó la carta y volvió a temblar. Echó unas gotas de aceite sobre las bisagras. Giró lenta y suavemente el pomo de la puerta evitando hacer ruido y abrió un poco la puerta. Asomó su casco rojo por la abertura. Todo parecía estar en calma, menos el corazón del artista que latía desbocado. Fue abriendo más y más la puerta hasta que pudo salir de cuerpo entero, y luego fue cerrándola lenta y silenciosamente sin saber que la cerradura había jurado lealtad a su vieja dueña. Clic, sonó justo cuando se cerró.

Aquel pequeño sonido era suficiente como para alertar a la vieja, así que Pepín salió corriendo, precipitándose hacia la salida mientras a su espalda sonaba la puerta de Eustaquia abriéndose y una voz que le decía: «Pepín... ven aquí que ya he encargado tu cama nueva».

Mientras corría le vino la imagen mental de la vieja casera a cuatro patas sobre el colchón en la Morada del Olvido, requiriendo que le abonara las costas en especies. Su espíritu se revolvió ante la visión de sus colgajos de

carne amojamada y la adrenalina lo catapultó hacia su moto para circular lo más lejos posible de aquella viuda en actitud copuladora.

Una vez a salvo recuperó la calma y planificó el día. Lo primero que debía hacer era comprar una camiseta en condiciones para su cita con el famoso escritor. Compró en un chino una de Espinete, el erizo rosa amigo de los niños. También se había propuesto hacer caso a la vidente Azul y comprarle un regalo a Silvana. «Y no le regales una baratija. Cómprale algo caro», le había dicho. Se metió en una tienda de marca y le preguntó a la dependienta. «Con esto quedarás muy bien», le dijo enseñándole un colgante con un oso de plata. Casi se desmayó cuando vio el precio, pero la Providencia se lo exigía.

Con la cuenta corriente herida de muerte se acercó al centro comercial. Allí estaría el afamado escritor firmando ejemplares de *Lo mejor que le puede pasar a un cruasán*. Aparcó su fabulosa Vespa y nada más entrar se topó con una marabunta de chicas. Sus ojos no pudieron dar crédito a lo que veían.

Cuando Leonardo, el cantante y músico, salió de aquella sala VIP se encontró con una sorpresa muy agradable. Cientos y cientos, y más cientos de fans arrancaron a chillar como si el fin del mundo estuviese a punto de llegar. Los guardias de seguridad a duras penas podían contener una avalancha imprevisible de quinceañeras que colapsaban el centro comercial con su disco en la mano. Histéricas, no tenían problemas en empujar, pisotear o tirar del pelo con tal de poder avanzar para intentar tocar a aquel chico que debía ser la mano derecha de Dios. Algunas chicas intentaron saltar las vallas.

Antes de salir en la televisión, Leonardo había sido una persona normal y corriente, pero ahora ya no lo tenía tan claro. Lanzó un beso al aire, a modo de agradecimiento, y una bomba de histeria explotó resonando entre las paredes. «Me estaba mirando a mí», decía entre lágrimas una chavalita de apenas catorce años.

Leonardo sacó su guitarra y con un dedo chitó. Se hizo un silencio absoluto y la gente se paralizó como por arte de magia. El cantante rasgó una de las cuerdas y miles de ojos expectantes centraron su atención. «Estás más bueno que la Nocilla», dijo una voz descarriada en la lejanía. El cantante sonrió ante el piropo y su autora se desmayó. Se dirigió al micrófono y cantó su canción estrella.

Su voz se deslizó entre su público y sintió una sensación especial, única, que nunca había sentido. ¿Era él el causante de tantas emociones? ¿Era su voz tan mágica como para causar tanto sentimiento? Quizá no era su voz, sino él, que era alguien especial, casi divino.

A su lado se encontraba Migueles, su mánager, desconcertado y abrumado ante el gran éxito que estaba consiguiendo su nueva apuesta. Oteó el escenario y pudo ver multitud de adolescentes con las hormonas disparadas. Aquella imagen le recordó sus días de gloria, cuando era un jugador de baloncesto famoso y las mujeres se peleaban por estar con él; aunque todo eso había terminado con su lesión de rodilla. Su mirada se perdió en los recuerdos de su pasado y al volver a la realidad sus colmillos se afilaron, por si acaso pillaba cacho. Le dirigió una mirada sucia al cantante y éste la comprendió enseguida.

Leonardo terminó la canción y la marabunta excitada intentó atravesar las barreras. No lo consiguieron, pero en su interior Leonardo deseó que lo hubieran alcanzado y que se lo hubieran comido entre todas. Sonrió y le devolvió otra mirada sucia a su apoderado.

Silvana nunca había imaginado aquella cantidad de gente. Creía que llegaría a última hora y se abriría paso entre una pequeña cola para llegar hasta su amado. Sin embargo, cuando llegó al centro comercial éste estaba colapsado. Las niñas hacían cola hasta en su exterior y no la dejaban pasar. Intentó avanzar autoproclamándose como presidenta del club de fans, pero tuvo que abusar de golpes y empujones, peleando y enfrentándose a niñas.

A duras penas consiguió llegar hasta la barandilla del primer piso. Todavía le faltaba mucho camino, pero pudo divisar a lo lejos a Leonardo. Una sonrisa diabólica le había atrapado el rostro y miraba a las chicas fuera de sí, como quien tiene al alcance de su mano el mundo y se lo quiere comer entero.

Ante la incredulidad de Silvana, el cantante le dirigió una mirada lúbrica a su mánager y le señaló a tres de las chicas que estaban en primera fila. Migueles gestionó con mano experta el tema: las hizo pasar a la zona VIP, se las presentó al artista y las llevó al camerino del cantante después de que Leonardo le dijera algo al oído a una de ellas con un mordisquito incluido en la oreja.

La pancarta de apoyo que llevaba Silvana en sus manos cayó al suelo junto con sus sueños, y con una lágrima abandonó cabizbaja el centro comercial.

Cuando Pepín llegó, sus ojos no pudieron dar crédito a lo que veían. Una multitud de chicas estaban histéricas ante la presencia de Pablo Tusset, el escritor. Chillaban, se tiraban de los pelos y se golpeaban con tal de ver a su ídolo. Pepín recordó la única vez que había recibido aplausos por su arte. Se los había dedicado Eustaquia y le habían sabido a gloria, así que imaginó a aquella multitud juvenil aplaudiéndole, silbándole y piropeándole cuando se hiciera famoso con su libro. Así debe ser el cielo, pensó.

Sacó su cámara de fotos réflex y le echó valentía al asunto. «Prensa especializada», decía apartando a las chicas para que le dejaran pasar y saltarse toda la cola. Avanzó con cierta dificultad, pero logró acercarse hasta el artista para encontrar una gran sorpresa: no estaban esperando al escritor, sino a un menda con una guitarra española en sus manos.

Desconcertado, Pepín salió de la marabunta para buscar al escritor. Preguntó a un par de personas, pero no sabían nada. Finalmente el seguridad le indicó que se dirigiere hasta la librería. Allí dentro, Pablo Tusset se encontraba sentado tras una mesa, sin nadie haciendo cola.

Pepín se quedó extrañado. ¿Dónde estaban las mujeres suspirando por sus huesos como hacían con el cantante?

Sacó el ejemplar de su libro y se lo tendió. Éste lo miró extrañado. ¿Qué hacía aquel individuo con un gran casco rojo dentro del edificio? Sin embargo tenía un ejemplar de su libro entre las manos. Se lo dedicó con una sonrisa y mucho gusto.

—Yo también soy escritor —afirmó Pepín.

—Suerte —le contestó Pablo—, la necesitarás.

¿Para qué iba a necesitar suerte teniendo talento?, se preguntó Pepín.

Había planificado aquel encuentro con tan ilustre escritor, creador de una gran obra maestra reconocida tanto por el público como por la crítica literaria, y había dado instrucciones a Antonio para que le preparase su bebida favorita.

—¿Qué te parece —le propuso esperanzado— si te vienes al bar de mi amigo Antonio y te invito a un Vichoff?

Pablo lo miró extrañado.

—Sí, ya sabes —insistió Pepín—: vodka helado aromatizado en el mezclador con unas gotas de limón, con una parte de agua de Vichy bien fría y con una ramita de menta.

Pablo lo siguió mirando extrañado y finalmente comprendió.

—Mi querido amigo —dijo entre risas—, creo que me has confundido con el personaje de mi novela. Esa es su bebida favorita, pero a mí no me gusta.

—Lo siento —se disculpó Pepín extrañado—, es que yo estoy escribiendo una autobiografía novelada, y mi personaje es un retrato de la esencia de mi persona. Quizá he pensado que tú habrías hecho lo mismo.

Pablo negó con la cabeza.

—¿Y si nos tomamos una cerveza —propuso de nuevo— o un güiscacho?

Pablo despertó de su letargo y miró de izquierda a derecha. En todo el día él había sido el único en ir a la firma de libros, y no parecía que fuese a ir mucha gente más.

—A un güisqui no me voy a negar —dijo mientras se levantaba sonriente.

Abrió un cajón y sacó un caniche de porcelana azul reparado con pegaplus y dejaron atrás la librería. Descendieron hasta el parking y Pablo llevó a Pepín hasta un Lotus color asfalto metalizado, una verdadera bestia con aspecto felino agazapado. El techo le llegaba poco más arriba de su ombligo y Pepín pensó que aquel cubil minúsculo era incapaz de albergar su magnánima figura. Pablo no entró en el coche, sino que se lo calzó; fue como ponerse un condón. Pepín se sentó a su lado maravillado.

—Por lo que veo la escritura da mucho dinero.

Pablo rió efusivamente ante el desconcierto de Pepín.

—¡Qué va! Este coche es de mi hermano, es abogado.

¿Es que acaso estaba insinuando algo con aquellas risas? Pepín no comprendía del todo.

El coche olía ligeramente a cuero y a ambientador a base de esencias secas. Pablo le dio al contacto, aceleró suavemente y la bestia rugió con una fiereza que se fue apagando en un sonido de tos seca. Intentó arrancar de nuevo, pero el motor de la bestia parecía malherido.

—Vamos, te llevaré en mi fiel corcel —le dijo señalando la Vespa con el número 23 que se encontraba a unos metros.

Pablo subió de paquete y el corcel metálico acusó los efectos de su peso en las suspensiones. Aun así la Vespa tiró como una campeona y se dirigieron hacia el centro de Benidorm.

Por el camino Pepín divisó una figura familiar que caminaba sola y

abatida por un descampado, era Silvana. Con aquella cara triste a punto de la llorera no podía dejarla tirada, así que le pidió un sobreesfuerzo al corcel motorizado y éste tiró de los tres hasta la Estrella Polar. La maquinaria debía estar sufriendo ante tanto peso, pero Pepín disfrutaba de lo lindo con Silvana a su regazo.

Ya en la Estrella Polar, pidieron unos botellines de cerveza y unos güisquis a Antonio. Los dos escritores hablaban efusivamente sobre la creación literaria mientras que Silvana callaba y bebía güisqui absorta en el reflejo que proyectaba sobre la bebida. La figura que veía oscilaba bajo el movimiento del líquido, mostrando una imagen desfigurada. «Otro güisqui», le dijo a Antonio para ver si así mataba sus tormentos.

—Quizá sea mejor que lleves a casa a tu amiga —le dijo Pablo a Pepín.

Los dos escritores estaban disfrutando de la tertulia literaria, pero Silvana requería ayuda a gritos, así que Pepín se despidió de tan grato artista para llevarla a casa.

—Que tengas suerte con tu libro —le dijo Pablo.

—No te preocupes, cuento con mi talento —contestó Pepín, que recibió una mueca de resignación por parte del artista.

Afortunadamente Eustaquia no debía de estar en casa, porque cuando Pepín abrió la puerta, la vieja no hizo acto de presencia. Silvana vio de nuevo aquella casa del rococó que no había sobrevivido a los efectos del tiempo y el mundo se le cayó encima. Se echó a llorar desconsolada. Ésa era la vida que le esperaba, ya no había príncipe azul capaz de rescatarla. Sin embargo, Pepín no estaba enterado de nada de lo ocurrido y estaba totalmente desconcertado.

Silvana se echó sobre sus brazos, esperando recibir consuelo, y éste se quedó rígido. La llevó al viejo sofá remendado, el mismo que le gustaba clavar sus muelles, y le llevó un vaso de agua. Realmente estaba apenada, pero Pepín tenía algo que sabía que la animaría. Sacó de su bolsillo una caja muy elegante y se la tendió. Dentro le esperaba un colgante con un oso de plata que consiguió arrancarle una ligera sonrisa. Silvana se lo puso entre sollozos y le volvió a dar un abrazo muy intenso a aquel chico que le brindaba su apoyo. En otra ocasión, a Pepín le habría gustado rodear con sus brazos aquel cuerpo angelical tallado en mármol, voluptuoso en esencia. Sin embargo, aquella situación no correspondía con su estilo. Se levantó y se interesó por sus sentimientos.

—¿Qué es lo que te ha pasado?

—Veras... —contestó entre sollozos—. Yo tenía un novio, Leonardo,



quizá te suene porque es un cantante que últimamente está sonando mucho. Pero hoy he visto algo y ya nunca podré quererlo.

Blanco y en botella, leche. Ahora Pepín lo comprendía todo y decidió dejarla sola, en parte porque ella lo necesitaba, y en parte porque necesitaba seguir escribiendo su novela:

Ya teníamos a la vista la Morada del Olvido y yo ya me estaba encomendando a Dios para que me ayudase en mi incursión de sigilo. Vespertino, ante el inminente peligro, dejó de bromear.

—Cuidado si estáis pensando en entrar así vestido —advirtió el corcel viéndome con el gorro rojo y con la sábana anudada a la cintura como única vestimenta.

—No me queda otra. Tendré que jugármela para llegar hasta el armario y recuperar mi ropa.

—Andad con sigilo y mucho cuidado. Como os vea así la vieja casera...

—No os preocupéis, que entraré con máxima precaución.

Bajé de su lomo y me adentré cautelosamente para asomarme por una de las ventanas. No había ni rastro de la vieja casera, pero, al fondo, en la penumbra que regalaban los últimos fuegos de la chimenea, se encontraba Silvana, balanceándose ligeramente sobre una mecedora y elaborando algo con sus manos mientras tarareaba una canción con alegría.

Para llegar hasta el armario tendría que deslizarme sigilosamente por su espalda, y así lo hice, pues mis destrezas en el mundo de la discreción eran extraordinarias. Comencé a reptar cual serpiente, en silencio, y a medio camino me asaltó una duda. ¿Qué estaría elaborando Silvana tan alegre y emocionada?

Me acerqué lentamente y me incorporé para asomarme. Estaba tejiendo un corazón con hilo sobre una piel de oveja tensada. En su interior estaba su nombre y el de Leonardo.

Mis dientes casi rechinan ante el asombro. ¡Así que la bella dama tenía otro pretendiente! Enfadado por una parte, tranquilo por otra —pues sabía que fuera quien fuera ese Leonardo, no era rival para mi caballerosa persona—, seguí avanzando hasta adentrarme en mi habitación. Afortunadamente se encontraban mis pertenencias sobre la cama. Empecé poniéndome la cota de malla dorada que la bruja Azul me había dado sin tener en cuenta las consecuencias.

En la habitación de al lado, Silvana percibió un cambio. Era como si la penumbra se estuviese inundando de una extraña luz dorada. Silvana, extrañada, se levantó para seguir aquel foco de luz mágico que la llevó hasta mis aposentos para descubrirme mientras yo me vestía. Y allí me encontró, con mi gorro de terciopelo rojo y una ligera cota de malla dorada que me hacía brillar como brillan los ángeles alados del cielo. Los ojos de Silvana se abrieron de par en par y yo me incorporé mostrándome tal cual, con mis musculados apéndices abriéndose paso entre los reflejos luminosos que llenaba de oro la estancia. De repente Silvana se echó a llorar.

Yo me acerqué apenado porque sospechaba que el motivo de sus llantos podía ser causa mía y le tomé la mano. Aquel contacto físico podía ser considerado como una ofensa, pues yo me encontraba prácticamente desnudo.

—¿Qué os pasa? —le pregunté afligido—. ¿Por qué lloráis?

Silvana no contestó. En su lugar salió corriendo de la estancia y se dirigió hacia la chimenea. Tomó el corazón que estaba tejiendo sobre la piel de oveja y lo miró por última vez. Luego me lo explicó todo:

—Lloro porque tenía un amor correspondido, el caballero Leonardo, pero ahora que os he visto aparecer como un ángel iluminado en oro venido del mismísimo cielo...

Silvana tiró el corazón al fuego de la chimenea para que se quemara. Lloró de nuevo.

—Ahora que os he visto —continuó de nuevo—, ya nunca podré amar a Leonardo.

## El secreto de Silvana

Si deseaba estar cerca de la dulce Silvana, tendría que arriesgarme a toparme con la vieja y amojamada Eustaquia, que deseaba cobrarse los costes del hospedaje con mis fabulosas destrezas amorosas. Yo ignoraba de qué sería capaz si me negaba a reparar su viejo corazón, y por eso solía vagar junto con Vespertino a cierta distancia de seguridad de la Morada del Olvido.

—Si hubierais visto —le dije a mi corcel, que se encontraba junto a mi lado mientras yo le cepillaba sus crines con aceite de roca— la cara que puso Silvana cuando me vio irrumpir en la habitación... Fue todo un poema.

—Si fue un poema, seguro que fue de amor —afirmó mi fiel corcel.

—Es posible. Yo me encontraba prácticamente desnudo, sólo contaba con la cota de malla que me hacía brillar de oro.

—¿Cómo que *es posible*? ¿Es que acaso lo dudáis? —preguntó ofendido Vespertino—. Estoy *seguro* de que fue un poema de amor, y de deseo.

—Si vos os empeñáis... no me queda más remedio que otorgaros la razón.

—¿Y descubrió vuestro tupé?

—No, lo tenía oculto bajo la gorra de terciopelo rojo.

—Menos mal, si lo llega a vislumbrar allí mismo...

Vespertino tenía razón. Si me hubiera llegado a ver con mi fabuloso tupé libre al viento, ¡quién sabe cuál hubiese sido la reacción de la dama!

—¿Por qué no vamos a la Morada del Olvido —propuso Vespertino— y rescatas a Silvana en brazos y la llevas a un sitio digno de su presencia? Ya os ha declarado que no puede amar a Leonardo después de haberos visto prácticamente desnudo.

—Sí, mi querido corcel y amigo, pero no me ha declarado que me ama a mí.

—Parece mentira —afirmó molesto el corcel mientras se le agriaba el carácter—. Si no os conociera pensaría que no comprendéis a las mujeres. Ella nunca os va a decir que os ama. Ella espera que seáis vos quien dé el paso definitivo, y para animaros os ha dedicado una pista. ¿Es que no está

suficientemente claro que al decirnos que ya no ama a Leonardo, lo que quiere es que vos la cortejéis?

Realmente las palabras de Vespertino tenían sentido. Silvana había declarado que su corazón estaba yermo para que yo me decidiese a ocuparlo. ¡Qué estúpido había sido al no darme cuenta!

—Espumosa y en jarra, cerveza —me dijo Vespertino haciendo alusión a lo obvio que se presentaba el tema—. ¿Sabéis qué deberíais hacer?

Yo empezaba a comprender por dónde iban sus intenciones.

—Deberíais declararos con total franqueza —me aconsejó.

—No es el momento —aseguré tajante.

Vespertino giró su majestuoso cuello y relinchó enfadado.

—¿Por qué?

—Todavía hay algo en Silvana que me resulta oscuro. ¿Es que no habéis pensado qué hace una damisela como ella en un lugar apartado de la mano de Dios como la Morada del Olvido? Seguro que alberga algún secreto. No es normal que lleve joyas con las que podría comprar un castillo entero y vivir como una reina y, sin embargo, malviva entre aquellas paredes y al amparo de la vieja casera.

—Siempre estáis poniendo excusas para no declararos. Entregaos al amor y disfrutar de sus placeres.

—Lo siento, fiel corcel, pero así soy yo. No me declararé hasta que esté seguro de quién es esa bella moza.

Vespertino agachó las orejas y se abandonó al descanso mientras yo le cepillaba sus crines, dando por perdida la posibilidad de convencerme, pero no sin antes tener las últimas palabras.

—Deberíais disfrutar más del amor, mi señor.

Terminé los cuidados de mi maravilloso corcel —y consejero amoroso— y guardé el aceite de roca, pues cada vez me quedaba menos y el dichoso aceite no era barato porque había que importarlo allende el Mediterráneo —donde lo llamaban *olĕum de petra*, o *petroleum*—. A mí me hubiese gustado que a Vespertino le hubiese bastado con un simple baño de agua, o algún aceite más barato para sus cuidados, pero era un capricho que tenía y que no perdonaba. Sin embargo no quería ponerme nervioso pensando en los dineros, así que intenté relajarme mirando las nubes pasar.

Logré abandonarme a mis pensamientos. Realmente deseaba cortejar a

Silvana, pero para ello tendríamos que volver a la Morada del Olvido, con el consiguiente riesgo de encontrarme con Eustaquia. Cuando conseguía dormir, a veces sus carnes amojamadas penetraban en mi cabeza causándome un desvelo insano. Otras veces soñaba penetrando en una cueva oscura, llena de telarañas que apenas podía apartar con mi espada. Vespertino no estaba a mi lado y la gesta se me hacía más dura sin mi fiel amigo. Yo avanzaba a tientas, desorientado entre un hedor insano, mientras unos terribles sonidos sedosos se me iban acercando. Era un nido de arañas peludas, grandes como puños, que subían por mi cuerpo mientras yo lanzaba estocadas inútiles. Finalmente aquellos bichos me envolvían. Según mis sueños aquello sería lo más parecido a caer en los brazos de Eustaquia.

Un escalofrío invadió todo mi cuerpo y comprendí que volver a la Morada del Olvido no iba a ser tan fácil como creía.

—¿Estáis bien, mi señor? —me preguntó el corcel.

Yo tenía el pulso vago e incierto y no sabía si iba a sufrir un desmayo ante aquellas imágenes que bullían en mi potente imaginación.

—¿Estáis bien? Tenéis el rostro blanco como la leche.

Yo asentí y respiré hondo, y cuando Vespertino advirtió que me recuperaba, decidió desvelarme uno de sus pensamientos.

—Aunque no os he dicho nada, tengo un pensamiento que me acompaña últimamente.

Me quedé extrañado, pues el corcel siempre lo compartía todo, hasta sus más íntimos sentimientos.

—Últimamente está aflorado un pensamiento en mi conciencia. Lo he consultado con la Estrella Polar y mi padre está de acuerdo. Estoy pensando en dejar este oficio tan peligroso como es el de la caballería andante.

Me indigné profundamente.

—¿Es que no os dais cuenta de que somos un equipo inseparable? Hemos jurado poner nuestra espada al servicio del orden que fija la virtud y el honor. Y no puedo cumplir mi promesa si me abandonáis.

—Y no os abandonaré. Simplemente esperaré a que vos decidáis dejar este camino que seguimos sobre el peligroso filo de la muerte. Estoy seguro de que cuando conquistéis a Silvana también desearéis dejar este peligroso camino.

—Para que no hayan malentendidos —continué indignado—, os aviso de que ninguna mujer, ni siquiera Silvana, me hará cambiar. No tengo

intenciones de cesar en mi empeño de llevar el bien por este mundo.

—No incurráis en engaño, pues yo nunca he dicho ni diré que ya no deseo llevar el bien por doquier, pero estoy seguro de que deben existir otros oficios menos peligrosos para servir al prójimo sin el peligro continuo al que nos enfrentamos.

—En tal caso no os preocupéis, porque si algún día encuentro ese oficio, os prometo que abandonaremos la caballería andante y sus peligros —le afirmé creyendo que no existía otra forma de servir al prójimo que la caballería.

Cuando Silvana introdujo su vieja llave, la cerradura oxidada produjo un crujido sonoro para alertar a Eustaquia. Una pupila azul empezó a escudriñar desde la lejanía del catalejo de cristal que había por mirilla de la puerta carcomida de enfrente. Silvana, ignorante de que la vieja se estaba escondiendo su cuchillo jamonero en el antebrazo, entró en el salón para descubrir a Pepín enfundado en su gran casco rojo y dándole con vigorosidad y frenesí a las teclas de su portátil. Sobre la mesa había tres botellines de cerveza vacíos.

—Hola —le dijo al escritor.

Éste ni se inmutó. Estaba dentro de su burbuja de abstracción, viviendo una historia medieval plagada de fantasía y la plasmaba con palabras, frases y párrafos para que otras personas pudieran vivirla.

—Hola —insistió de nuevo.

Pepín estaba fuera de sí, no respondía, sino que golpeaba más rápidamente las teclas y con más intensidad, como si lo que estuviese escribiendo fuera mucho más importante que cualquier otra cosa.

El timbre del piso sonó.

—¿Vas tú o voy yo? —preguntó Silvana.

La pregunta cayó en saco roto. Pepín seguía en su frenesí como poseído por una musa; o por un demonio.

Silvana adoptó una actitud conformista y se dispuso a abrir la puerta. Era Eustaquia.

—¿Está Pepín? —preguntó metiendo la cabeza por debajo del sobaco de la pija y oteando el panorama con viveza.

—Sí, ahí está —dijo señalando la mesa del salón, que se veía

perfectamente desde la entrada.

Para su sorpresa, Pepín había desaparecido como por arte de magia. Se había volatilizado.

—Estaba ahí hace un momento —confirmó con incertidumbre la pija, pestañeando incrédula y empezando a sembrar dudas que llenaban de desconfianza a la vieja casera—. No lo entiendo.

El portátil seguía abierto y enchufado, pero no había ni rastro del escritor ni de su casco rojo.

Eustaquia pegó un empujón con su cuerpo y se introdujo en el piso.

—Está aquí, estoy segura —dijo husmeando el ambiente como un perro sabueso.

Silvana se preguntó dónde se habría metido, mientras la vieja escudriñaba todo el piso sin éxito.

Eustaquia se dirigió al balcón y, a medida que ésta avanzaba, Silvana pudo ver cómo Pepín bordeaba a gatas el viejo sofá de la casa. Éste se la quedó mirando como ojos de pena, suplicándole silencio con un dedo frente a sus labios, como un perrito abandonado que no quiere que le atrapen los de la perrera. Silvana lo comprendió todo: la broma de la carta había funcionado a las mil maravillas.

—Si lo ves —dijo Eustaquia—, dile que pronto vendrán a traerle la cama nueva, así que ya puede ir abonándose las costas que me debe.

—Debería venir usted y comprobar con él que la cama está en perfectas condiciones —dijo Silvana, metiendo el dedo en la llaga.

—Quizá lo haga, porque si no, no me va a pagar lo que me debe.

Pepín tragó saliva en un proceso que le dejó escocida la faringe.

Silvana tomó del brazo a la vieja —afortunadamente del que no llevaba el cuchillo jamonero— y la paseó por la casa mientras le hablaba. Pepín no tuvo más remedio que dar vueltas sobre el sofá como un miembro de un grupo militar de comando en actitud de sigilo.

—Pues no se preocupe, que en cuanto vea a Pepín le comento todo lo que me ha dicho.

—Gracias —le dijo la vieja que pensaba: «Gracias, golfa, en ti todavía se puede confiar algo; no como en ese etarra».

Pepín salió aliviado de su escondite cuando escuchó el crujido de la puerta cerrándose. Respiró lenta y profundamente ante la mirada de Silvana. Ésta se miró el colgante de marca que le relucía entre sus tetas. Se lo había regalado el bueno de Pepín, y además, la había apoyado en sus momentos más

difíciles, cuando descubrió la traición que había sufrido por parte de su amado cantante. Empezó a sentirse culpable; debía tratar mejor a aquel chico que estaba empezando a ser su amigo.

—Pepín, ¿puedo confiar en ti?

Asintió sin saber muy bien por dónde iba a salirle.

—¿Seguro? Si te revelo un secreto... ¿te lo guardarás y no se lo contarás a nadie?

Parecía importante para Silvana, así que Pepín asintió esta vez todavía más convencido.

—¿Qué día es hoy? —preguntó ella.

—Miércoles.

La pija miró su reluciente relojazo de marca, dudando, y finalmente dijo:

—Todavía estamos a tiempo. Acompáñame.

Silvana le cogió una mano y estiró con fuerza para llevarlo hasta la moto. Pepín sólo le había cogido la mano a una chica después de haberla invitado a un par de sesiones de cine con palomitas incluidas, después de haber intercambiado con ella multitud de coloquios artísticos y después de haberle hablado de Padre y de Madre, pero la pija se estaba saltando todo el protocolo. Definitivamente era una atrevida, una rebelde total, por no decir lo que le decía la vieja.

—Un momento —solicitó Pepín.

Volvió corriendo a su habitación y cogió los preservativos para meterlos en su cartera.

El viaje fue satisfactorio, con los brazos de Silvana rodeándole su cintura durante el camino. Incluso podía notar con claridad absoluta las formas de aquel colgante de oso sobre su espalda. Una furgoneta del Tele Kebab se saltó un stop y Pepín tuvo que dar un frenazo de urgencia. Los airbags de Silvana se clavaron gozosos en su espalda. Desafortunadamente, todo lo bueno se acaba. Llegaron al misterioso destino, el mercadillo de la avenida Juan Fuster Zaragoza, y Silvana retiró sus atributos de su extasiada espalda.

Estaba abarrotado de gente que caminaba bajo un sol abrasador con poca ropa y mucho sudor, moviéndose entre tenderetes. Pepín asomó su casco con curiosidad hacia un grupo de personas. Un trilero con pantalón de pinzas, una camiseta de tirantes blanca y cargado de oros había montado el puesto con una caja de cartón. Sobre ella había una pelotita roja, muy pequeña, y tres mitades de patata sin pelar con un agujero debajo para esconder la pelotita. El trilero la escondió debajo de una patata y las movió.



—¿*Ónde etá* la pelotita? —preguntaba al público—. Doble o *ná* por *averiguá ónde etá* la pelotita.

—Apuesto *sinqüenta* —decía uno que parecía el primo hermano del trilero con un billete de cincuenta euros en la mano.

Volvió a mover las tres patatas con rapidez. Tras el trámite desconcertante el cliente eligió una.

—Has *ganao*, compadre —le contestaba el trilero devolviéndole dos billetes de cincuenta.

El trilero oteó entre el gentío expectante en busca de un palomo incauto. Lo encontró bajo un gran casco rojo, y movió su caja de cartón para situarla justo enfrente de Pepín.

—Venga, que tú tienes cara de campeón —le dijo uno de los observadores que también parecían primo hermano del trilero.

Un silbido sonó en la lejanía y el trilero se metió la bolita y las patatas en el bolsillo, plegó la caja que le servía de mesita para tirarla debajo de un coche y se largó junto con veinte primos hermanos más que aparecieron de todos lados. Aquella era la consecuencia de que un coche de policía se acercara al lugar.

Pepín se quedó pensativo, quizá entrenarse en el método del trile fuera una salvación para su economía. Ensimismado, fue requerido por Silvana, que lo agarró del brazo y estiró fuertemente.

—Lo he encontrado, sígueme —le dijo.

Decidida lo volvió a coger de la mano y se abrió entre el gentío. Apartó a una mujer obesa, probablemente inglesa jubilada, que comía un helado bajo un gorro de paja. No llevaba más indumentaria que un bikini ajustado. «A quien no le guste que no mire», era uno de los lemas de Benidorm, y como Pepín ya lo conocía, procuró no fijarse en los detalles de aquel sudoroso cuerpo.

La gente se movía despacio y la pareja tuvo que abrirse paso con agilidad para traspasar barreras de jubilados rojos y sudorosos y de cuerpos untados de leche solar... Todos iban despacio menos Silvana y Pepín, y un carrito motorizado de esos que llevan los inválidos o los guiris vagos que no desean malgastar sus fuerzas andando bajo el sol abrasador.

Entre los tenderetes de fruta y de zapatos, Pepín encontró uno regentado por moros que captó por completo su atención. Allí había visto algo que le había encandilado, pero Silvana enseguida le pegó un empujón y se lo llevó. Finalmente llegaron a su destino: un puesto regentado por un hombre de color,

probablemente sudafricano. Estaba recogiendo y ya tenía el tenderete vacío, pero al llegar Silvana la saludó como si la conociese y le preguntó qué quería. Ante la sorpresa de Pepín, Silvana se miró el escote frente aquel dependiente y éste miró sin vergüenza alguna. A Pepín también le hubiera gustado mirar con descaro aquellas dos grandes maravillas humanas y se enfadó. El dependiente sacó una libretita y empezó a dibujar lo que veía, con más descaro si cabe, como si fuese un retratista de calle que pintaba un desnudo en plena vía pública. Pero cuando Pepín vio lo que estaba dibujando sintió alivio, no eran sus pechos.

—Venir, miércoles, que viene —contestó chapurreando un español incierto y lejano.

—De esto, ni una palabra —la pija amenazó a Pepín con un dedo—. Ya podemos volver a casa.

Llegaron hasta la moto, que se encontraba aparcada al lado de aquella furgoneta del Tele Kebab que casi los atropella. La arrancó y se quedó pensativo sobre su lomo mecánico, con el alma inquieta.

—Un momento, voy a comprar una cosa —le dijo para volver a meterse entre el gentío y volver al puesto regentado por moros.

Silvana se preguntó qué habría visto y espero. Finalmente Pepín apareció con una sonrisa en la boca y un telescopio en la mano.

—¿Para qué quieres eso? —le preguntó totalmente intrigada.

—Eso es asunto mío —contestó Pepín incapaz de desvelar aquel misterio.

De repente Silvana imaginó a un apuesto hombre que miraba lascivamente a través de aquel telescopio a una mujer desnuda e indefensa en la penumbra de su intimidad. Imaginó que aquella mujer espiada era ella y el fuego picante del morbo la azotó de nuevo. Observó a Pepín y pensó que quizá lo había juzgado mal, que quizá no fuera el bobalicón incauto que en un principio había imaginado.

Me encontraba al amparo de la oscuridad nocturna, vigilando a Silvana a una distancia lo suficientemente prudencial de la Morada del Olvido como para no ser descubierto por Eustaquia.

—¿Estáis espiando a Silvana? —me preguntó Vespertino.

—No la espío, simplemente la vigilo.

Agucé mi vista de esmeralda a través de la noche y pude ver, a lo lejos, que la dama descorría una cortina de lino que había insinuado una figura que ahora se me mostraba al contraluz de las velas. Mientras tanto, Vespertino miraba hacia la Estrella Polar; «Padre, me gustaría contaros algo...», le decía. Yo seguí vigilando, más atento que nunca y deseé tener algún artefacto capaz de acercar la vista hasta aquella ventana, pero se me antojaba imposible de no ser con algún artilugio mágico como la bola de vidrio que tenía la bruja Azul. ¿Pasaría algo si iba hasta su choza de sombras y se la tomaba prestada? El fin era noble, pues ansiaba descubrir si Silvana era digna de ser la futura madre de mis hijos. Mientras tanto, Vespertino seguía con su voz de melancolía.

—Padre —dijo con la mirada en la infinita lejanía de aquel astro que albergaba el alma de un corcel—, cómo me hubiese gustado que estuvieses aquí para compartir los momentos felices que estoy a punto de vivir. He encontrado una profesión con la que traer el bien a este mundo sin caminar por el peligroso filo de la muerte que es la caballería andante.

Yo aparté la vista de aquella ventana para recriminar al corcel.

—No podéis abandonarme, ¿qué sería de mí sin vuestra ayuda? Somos un equipo inseparable de dos.

—¡Shht! ¿Acaso no os respeto vuestra intimidad cuando vos habláis con la Estrella Polar? —me dijo Vespertino dirigiéndome una dura mirada. Luego miró hacia el astro lejano y volvió a tranquilizar su rostro para hablar con su padre—: Como os iba diciendo, Padre, mi deseo es dejar el trabajo de la caballería andante... aunque esperaré a que el caballero José me lo permita.

Vespertino me miró de reojo sin que yo lo advirtiera para ver qué tal me tomaba la nueva; por supuesto, yo estaba enfadado, aunque mi carácter lo había suavizado la imagen de Silvana que me había atrapado. La muchacha se estaba acercando hacia el armario y se disponía a cambiarse de ropa ante mi sorpresa. En aquel momento comprendí que mi vista estaba a punto de acariciar el cielo. Silvana se llevó las manos a la parte baja del vestido y empezó a deslizarlo hacia arriba para mostrar a la vida terrenal cómo debe ser el paraíso. Abrí todavía más mis ojos para no perderme detalle mientras Vespertino seguía hablando al astro.

—Ya he iniciado las gestiones, y en breve van a hacerme una prueba para ingresar en mi nuevo oficio de semental.

Me giré indignado mientras Vespertino encogía el rostro esperando el

chapuzón de recriminaciones.

—¿Así que ése es el nuevo oficio del que hablabais? ¿Y qué voy a hacer yo sin vos? —le dije furioso al instante.

—Buscad también otro oficio con el que traer el bien a este mundo —me dijo en actitud de guardia.

De buena gana le habría contestado, pero recordé el regalo que Silvana iba a dar a mis pupilas. Retomé la vigilancia de aquella ventana y pude ver cómo Silvana acababa de ponerse una túnica con capucha que la tapaba de cuerpo entero. Mi gozo en un pozo.

—Ya me habéis estropeado la vigilancia —le reproché a Vespertino.

Dejé al caballo con sus monólogos para dar una vuelta a ver si apaciguaba mi enfado, cuando de repente vi que Silvana salía al exterior por la puerta trasera, se ponía la capucha para ocultar su rostro entre las sombras, y miraba de un lado para otro, recelosa. Creyendo que nadie la observaba, se quitó las joyas que portaba y las tiró al suelo. Luego se introdujo por los marjales a ritmo acelerado; ocultaba algo.

Me acerqué hasta las joyas. Había varios brazaletes y diamantes de oro con incrustaciones de piedras preciosas que debían valer mucho más de lo que un artesano puede ganar en varias vidas. Las cogí todas y me las guardé en el bolsillo. Miré a Vespertino, que hablaba a su padre entre bostezos, con los ojos rojos de sueño, y decidí que debería seguir yo solo a Silvana para averiguar qué tramaba.

Ella se movía con una gracia y una agilidad dignas de una gacela. Yo, por supuesto, la seguía sin dificultad alguna, ágil y veloz como una pantera. Silvana se paró en seco, como si sintiese una presencia, y volvió a mirar en todas direcciones desde el interior de su capucha, ¿es que acaso me estaba delatado mi potente mirada de esmeralda brillando en la oscuridad? Afortunadamente no la vio y siguió a lo suyo, recorriendo un camino que la dirigía hacia una oscuridad que yo bien había conocido. Sin embargo, hizo un par de altos por el camino: primero paró en un trigal y cogió varias espigas de trigo para guardarlas en sus bolsillos, y luego paró en la cantera para coger varios trozos de minerales diversos. Sin embargo, tuve en la cantera la oportunidad de presenciar un episodio que me dejó gratamente sorprendido y que me abrió el corazón a su belleza.

Resulta que aquella noche se encontraban dos hombres vigilando el yacimiento de minerales. El más gordote de ellos degustaba unos pescados

ensartados que habían cocinado al fuego de una hoguera. El otro, un joven alto y flaco, bebía de una jarra con la felicidad de espíritu que sólo el buen vino o la vulgar cerveza pueden ofrecer. Hacía calor y los restos de la hoguera no hacían sino avivar esa sensación, así que vestían ligeros de ropas y estaban empapados en su propio sudor. Ambos reían efusivamente ante las historias del gordo.

Silvana dio unos pasos y se les apareció de la nada enfundada en su capa, oculta con su capucha. El flaco se puso pálido como si un espíritu maligno se hubiese acercado para finiquitarlos de esta vida, mientras que el gordo sonrió animosamente ante su presencia y la saludó: «Dios esté con vos». Acto seguido le dio una colleja al flaco y le dijo que no se preocupara, que no era un espíritu.

Silvana se quitó la capucha, mostrando su bello rostro, y dio las gracias para dirigirse hacia el interior de la cantera.

El flaco, que todavía no reaccionaba, se dejó llevar ante la belleza de la muchacha y con su espíritu empapado en el brebaje de la cebada, abrió la boca visiblemente emocionado.

—Estáis, si se me permite decíroslo, más buena que la cerveza, que el vino y que el pan.

Silvana paró en seco, dio media vuelta para volver lentamente hacia la pareja y se plantó delante de aquel joven que la había piropeado.

Mi corazón latía desbocado, expectante hacia lo que podía suceder. Me había enamorado con demasiada facilidad de una mujer a la que realmente desconocía. Al fin y al cabo, ella se había adentrado solitaria en mitad de la noche y había buscado deliberadamente a aquellos hombres. ¿Habría provocado aquel piropo con algún guiño o algún gesto de consentimiento? ¿Sería una fresca capaz de caer ante las artimañas verbales de aquel jovenzuelo?

El joven retrocedió y perdió el equilibrio del bofetón que Silvana le había propinado por su impropio verbal. Yacía sentado de culo y con una mano en la mejilla.

—¿Te has creído que soy una fresca? —le escupió a la cara indignada.

El gordo rió y el joven se retiró cabizbajo, como un perro con el rabo entre las piernas. Yo me alegré profundamente. Silvana estaba demostrando ser toda una dama de una pureza digna de mi amor. Tras este episodio, la dulce dama de immaculado tesoro continuó su camino hasta un oscuro lugar

que me erizó el vello de mi pecho: la choza de sombras de la bruja Azul.

Silvana paró sus pasos en seco a los pies de aquella escalera envuelta en la oscuridad. Ni en sus sueños habría tenido el valor para adentrarse por aquellos escalones envueltos en la oscuridad, sin embargo, pegó dos palmadas y el camino se iluminó por arte de magia para que Silvana pudiera subirlas sin complicaciones. La figura de la muchacha se deslizó entre los cadáveres que yacían sobre el suelo, apartándolos en ocasiones con alguna patada, hasta que terminó de cruzar la sombría trampa mortal que había sido para otras personas.

Yo la seguí raudo para cruzarlas antes de que se apagarán las luces.

—Azul... —dijo la voz de Silvana, buscando en el infinito—. Estoy aquí.

Yo me escondí tras un mueble de madera, haciéndome un hueco entre la multitud de espíritus que deambulaban apretujados por aquella estancia imposible a la vista. Sólo podía confiar en que ellos estuviesen tan ocupados en sus tareas de ultratumba como para que no informaran a la bruja de mi presencia.

—Muéstrame lo que tienes —dijo Azul a medida que aparecía como por arte de magia.

Silvana sacó las espigas y los minerales y los puso sobre la mesa. Los dos los cogieron y empezaron a elaborar formas con ellos. Con las espigas crearon aros de diversos tamaños, y con los minerales los adornaron.

—Ya sabes —afirmó Azul con un tono muy amistoso— que este hechizo se romperá con la próxima luna llena o si entran en contacto con agua.

Silvana asintió con la cabeza y Azul dirigió sus manos sobre la mesa. Lanzó una llamarada de hielo que cubrió aquello que habían elaborado, y cuando por fin pude ver lo que había sobre la mesa, mis ojos no pudieron dar crédito. Las espigas se habían convertido en oro y los minerales en piedras preciosas. Silvana, con un sonrisa en la boca, se puso varios brazaletes, una diadema y un colgante, todos de oro con incrustaciones de piedras preciosas. Todas las joyas que llevaban eran falsas.

De repente, me di cuenta de que Azul conversaba entre susurros con los espíritus. Su pelo de serpientes se erizó lleno de cólera y las miradas de los reptiles se dirigieron hacia mi escondite.

—Te han seguido —aseguró la bruja.

Con otro gesto de mano hizo desaparecer el armazón de madera tras el

que me ocultaba y Silvana me descubrió allí, espiando de cuclillas. El pelo de Azul serpenteó por mí en una actitud muy ofensiva.

—Qué casualidad —afirmó la bruja—. Vos me debéis las costas de los consejos y de la espada y la cota de malla que convertí en oro, y aparecéis aquí. ¿Es que acaso habéis venido a abonármelas?

Silvana me miraba roja de vergüenza, sabedora de que yo había descubierto la falsedad de sus joyas. Se echó a llorar. Sin embargo, la bruja insistía con las costas.

—Contestad, ¿me habéis traído algo para abonar las costas?

Recordé que en mis bolsillos me había guardado las joyas de Silvana. Las cogí y se las ofrecí extendiendo la mano.

—Así que pensabais pagarme con joyas falsas.

Miré la mano y, ante mi sorpresa, las joyas que había cogido del suelo, las que antes eran de oro con incrustaciones preciosas, se habían convertido en espigas de trigo con trozos de minerales. Mis mofletes se tiñeron de vergüenza.

Por fin había llegado el miércoles siguiente. El proceso, según le había explicado Silvana, era sencillo: primero irían a la tienda donde Pepín había comprado el colgante con el oso y recuperarían los cuatrocientos euros que había costado el regalo.

No hubo problema, Pepín todavía tenía el tique de compra.

—De esto, ni una palabra a nadie —insistió la pija, varias veces.

Después cogerían la moto y se dirigirían a la avenida Juan Fuster Zaragoza y hablarían con aquel sudafricano.

Nada más aparcar Pepín ya pudo divisar cómo los trileros hacían su agosto. De nuevo, tenían abierta una caja de cartón a modo de mesa improvisada y encima habían desplegado las tres patatas con las que tapaban la bolita roja. Otra vez se encontraba apostando el mismo hombre que había visto la semana anterior, el que parecía primo hermano del trilero. Los dos eran de tez morena y estaban cargados de cadenas y pulseras de oro. Ambos vestían un pantalón de pinzas y una camiseta de tirantes blanca, la típica camiseta del imperio.

—*M'has ganao*, compadre —le contestaba exactamente igual a la anterior vez el trilero, devolviéndole dos billetes. Estaba claro que aquel era

el gancho.

Poco a poco, Pepín iba adivinando cuales eran los trucos de aquellos jugadores. Desde que Madre —o mejor dicho, Ramón— le había largado de casa, no hacía más que buscar oportunidades de negocio para sacar a flote su economía. Quién sabe, quizá fuese una buena vía de ganar dinero la del trile, pues Pepín ante todo tenía inteligencia. O montar un Tele Kebab, porque últimamente no paraba de ver furgonetas del negocio por todos sitios; por lo visto debían de estar forrándose.

Absorto en sus pensamientos, sintió un estirón en su brazo. Silvana había vuelto a por él para apartarlo de la tentación. Cogiéndole de la mano —qué atrevida esta Silvana que iniciaba el contacto físico cuando le venía en gana— lo estiró para dirigirlo entre la marabunta de gente sudorosa que se agolpaba bajo aquel sol abrasador de las dos del mediodía. El casco rojo de Pepín se abría paso con rapidez, brillando cada vez que abandonaba las escasas sombras, en contraste con los toscos gorros de paja que deambulaban a ritmo de caracol.

Finalmente llegaron al tenderete en cuestión. Allí su dependiente, aquel sudafricano de tez oscura que había dibujado con exactitud el colgante que descansaba acobijado en el escote de Silvana, saludó con una sonrisa cegadoramente blanca.

—Aquí tener —chapurreó mientras sacaba de una bolsa un colgante exactamente igual al original.

Silvana le dio cuarenta euros y los trescientos sesenta restantes se los devolvió a Pepín. Ella se puso el colgante de imitación y Pepín acarició aquellos billetes entre sus manos. Ella estaba exultante y él besó los billetes dando gracias a Dios. Se miraron y se dieron un abrazo.

Salieron del mercadillo para llegar hasta la moto. Pepín preguntó, sin maldad alguna, algo incómodo:

—¿Todo lo que tienes es de imitación?

Silvana pareció indignada, pero, al fin y al cabo, ya le había desvelado su secreto y contestó con otra pregunta.

—¿Tú que crees?

Por lo visto a Silvana le parecía bastante evidente el tema.

—No sé... —contestó Pepín en su tierna ignorancia.

—¿Tú te crees que yo estaría malviviendo en el piso de Eustaquia si tuviese dinero suficiente para gastarme en joyas verdaderas?

Visto así, parecía evidente.



Pepín mostró una mirada cristalina que reflejaba pena. Silvana era la viva imagen del *quiero y no puedo*. Era como si un mito se le hubiese caído.

—No me mires así —dijo Silvana ligeramente enfadada—. ¿Es que acaso te crees que el resto de gente lleva las marcas originales? Mira, ese bolso es falso —aseguró señalando a una mujer—. Y esas gafas, y ese cinturón. Y todo lo que tienen mis amigas también es falso. Hay que estar muy mal de la cabeza para gastarte mil euros en un bolso, ¿no es cierto?

Pepín asintió y arrancó la moto, rumbo a casa. Por el camino se cruzaron con otra furgoneta del Tele Kebab. Pepín pensó que el negocio movía millones. ¿Sería factible montar uno?

Llegó a casa y en la intimidad de su habitación dejó los billetes sobre la mesa. Los contó lenta y pausadamente, una y otra vez, con una sonrisa. Se asomó a la ventana y dio gracias a Dios por aquel soplo de aire fresco. Sin quererlo dirigió la mirada a uno de los bancos del mirador y pudo comprobar que por fin había llegado lo que estaba esperando.

Raudo y veloz, sacó del armario el telescopio que había comprado y se dispuso a montarlo. Armó el trípode con las manos temblorosas y sobre él dispuso el aparato para atornillarlo. Lo dirigió hacia el lugar adecuado y se inclinó. Sonrió y acercó el ojo para mirar por aquel agujerito.

## Tele Mexicano

De camino de regreso a la Morada del Olvido, Silvana accedió a contarme entre lágrimas la dolorosa historia de su vida.

Cuando ella nació, su padre era un hombre próspero y adinerado que vivía en uno de los condados más prósperos y adinerados del reino. Su fortuna le permitió construirse un castillo y vivir como un señor, aunque no ejerciese como tal, y allí nació Silvana.

Al cuidado de su padre, Silvana creció mimada en exceso, siempre colmada de atenciones y de detalles. La acostumbró a tener servidumbre pendiente de todos y cada uno de sus caprichos, a vestir las mejores ropas, con las mejores joyas y a comer los manjares más exquisitos.

No se supo muy bien si fue por darle lo mejor a su hija o por la tremenda ambición del padre, o por ambas, pero el caso es que éste quiso dar el siguiente paso alcanzando la alta nobleza. Para ello mentalizó a Silvana, desde bien pequeña, de que debía encontrar un marido con un buen título nobiliario, como un conde o un duque. «Pórtate como una dama distinguida y yo te prometo que te casaré para que vivas rodeada de los lujos más increíbles que hayas podido imaginar», le decía.

Silvana era tan sólo una niña que adoraba a su padre, y creía a pies juntillas que esa vida llegaría algún día de la mano de un noble joven, apuesto y capaz de enamorarla.

Sin embargo, los caprichos del destino a veces son imprevisibles. Durante una temporada llena de temporales, granizadas e intensas riadas, la economía general se debilitó. Había poca materia prima y se elaboraba poco, y casi nadie tenía dinero para comprar. Fueron malos tiempos para la familia, ya que para colmo de males el padre de Silvana tuvo la mala fortuna de enfermar.

Débil ante su enfermedad, intentó que Silvana tirara de las riendas del negocio, pero en aquel momento era una adolescente malcriada con cuentos de princesas en la cabeza. Finalmente tuvo que ser el padre quien sacara a flote su negocio, luchando contra su enfermedad. Y cuando por fin empezó a ver la luz tras mucho esfuerzo para recobrar lo que antaño había poseído, llegó un

nuevo señor feudal que aumentó los impuestos hasta límites insospechados, hasta que quedaron en la ruina y perdieron hasta el castillo. Tras la catástrofe, el futuro de la familia estaba en Silvana; debía casarse con un hombre bien posicionado.

Los primeros días intentó buscar marido en la ciudad con desespero, exhibiendo con descaro sus modales refinados de buena dama y sus buenos trajes y vestidos, pero era muy conocida en el condado y todos sabían que había perdido su fortuna. El padre la animó a que emprendiera un viaje y probara suerte en otros condados.

Silvana siempre había tenido servidumbre y nunca se había enfrentado a las tareas domésticas. A los pocos días sus vestidos elegantes parecían trapos de cocina. Para colmo las últimas monedas de plata se estaban extinguiendo de su bolsa a velocidad acelerada en alojamiento y alimentos caros, pues nunca se había alimentado de comida de pobres y no iba a empezar en aquel momento. Cada vez miraba con más pánico la bolsa de monedas de plata, temiendo que se quedara vacía, pues aquello habría supuesto el peor de sus temores: tener que malvivir en el bosque, el lugar de los proscritos.

Aquellos desterrados aparecían en los cuentos que su padre le contaba cuando era una niña pequeña para encauzarla por el buen camino. «Si te portas mal, los proscritos vendrán y te comerán», le decía. Ella ignoraba cómo sería un proscrito. ¿Sería un ser verde, con nariz roja, ojos saltones y una sonrisa diabólica? ¿De qué se alimentarían además de niñas que se portaban mal?

Un sudor frío le recorrió el cuerpo el día que agotó su última moneda de plata. A su frente se encontraba el bosque, lleno de animales con los que alimentarse, de frutos silvestres al alcance de cualquier mano, con alguna covacha en la que protegerse. Pero pensó en los proscritos y huyó corriendo en sentido contrario, como alma que lleva el diablo, para llegar a un paraje yermo en el que muy pocos se hubieran atrevido a adentrarse: los Marjales del Olvido.

La historia de Silvana me hizo reflexionar. Vespertino deseaba cada vez con más insistencia dejar la caballería andante para entregarse a su nuevo oficio de semental, pero... ¿qué podía hacer yo sin él? La vida de Silvana me había mostrado un mundo lleno de señores usureros, de injusticias, de pobres indefensos; en definitiva, un mundo que necesitaba de nobles caballeros.

Yo estaba seguro de que el mundo era un ser vivo, inteligente, que

evolucionaría en un futuro —quien sabe si en un par de siglos, o tres—, para que las injusticias desapareciesen y todo el mundo viviese en armonía, sin usureros, sin clases sociales, sin guerras... Pero hasta que esto ocurriese, yo no podía sino luchar para traer el bien a este mundo y no conocía otra forma de hacerlo que la caballería andante... y para ello necesitaba la inestimable ayuda de mi fiel corcel. Por eso estaba tan ansioso por contarle la historia a Vespertino, para ver si le convencía de que siguiese a mi lado. Sin embargo, al llegar a la Morada del Olvido, Vespertino no estaba allí esperándome como de costumbre y temí lo peor. ¿Le habría pasado algo?, ¿habría tenido algún percance al haber pasado la noche alejado de mi vigilancia?

La respuesta a estas preguntas llegó junto con la venida del corcel. Desde lo lejos le vi llegar a un trote arrítmico, vago, cansado. Sus patas no tenían la vigorosidad a las que estaban acostumbradas y su cuello descansaba flácido, como si hubiese corrido un largo camino a galope tendido, sin bebida, ni comida, ni descanso. En contraste, su cara era de satisfacción; cansada, con los ojos debilitados pero satisfechos.

—¿Dónde habéis estado? He estado preocupado —le pregunté algo enfadado por el sufrimiento que me había hecho padecer.

—¿Dónde habéis pasado la noche vos? Este mediodía me he levantado y no estabais.

—He estado siguiendo a Silvana y realizando algunas averiguaciones sobre su vida. He descubierto la gran pureza de su espíritu y de su tesoro, que con toda seguridad no ha sido mancillado todavía. Ahora estoy seguro de que es la mujer de mi vida.

El corcel estaba extenuado y a duras penas podía respirar, y menos hablar.

—Me alegro —dijo con la voz entrecortada—. Yo he estado realizando algunas gestiones para ingresar en mi nuevo oficio.

—¿Y qué tal ha ido? —pregunté con un evidente resquemor que se manifestaba abiertamente en mi rostro.

—Maravillosamente bien. Tengo el establo revolucionado. Canela, una yegua de color dulce anaranjado, de ojos verdes como aceitunas y de crines trenzadas, no paraba de mirarme y de lanzarme besos al aire; Estrella, otra yegua, negra con un lucero blanco en su frente que relucía como un astro en mitad de la noche, me sonreía y me guiñaba uno de sus ojos, y Marfil, de color puro e inmaculado, y de cola lisa y sedosa, relinchaba palabras de amor cuyos

destinatarios eran mis oídos.

—No podéis abandonarme —le grité furiosos al pobre corcel, que no merecía la dureza de mis palabras.

Mi furia era debida, entre otras cosas, a que yo no sabía hacer otra cosa que no fuese luchar, y no podía encontrar otro oficio como había hecho Vespertino. A veces, en los momentos de debilidad en los que pensaba en Silvana, mi corazón deseaba encontrar algo menos arriesgado. Pero mi mente no encontraba ese oficio tranquilo y lo estaba pagando con mi caballo.

—Al menos hasta que recuperemos la honra que nos han mancillado —agregué para darle un soplo de esperanza—. Luego, podréis ser libre para decidir en qué emplearos.

—Por supuesto —aseguró Vespertino mientras una sonrisa le salpicaba en la boca.

El hombre misterioso estaba sentado en un banco del mirador, con un libro abierto en su regazo mientras realizaba anotaciones en su libretita roja con un bolígrafo Bic.

Pepín lo miraba desde su balcón con una mezcla de intriga y de admiración. Aquel hombre tan peculiar, que bien podría ser un afamado escritor o un ilustre conde, guardaba un misterio, y Pepín tenía claro que la clave podía estar en su libretita roja.

Desafortunadamente, llevaba varios días trabajando en una posición que no le daba visibilidad directa a sus anotaciones, pero por fin había cambiado de banco y esta vez tenía a tiro de telescopio todos sus misterios.

Mientras armaba el trípode, no podía evitar, tembloroso, especular sobre aquellas anotaciones. Quizá fuesen anotaciones de los antepasados de su aristocrática familia para trazar un árbol genealógico; o quizá fuesen profundas reflexiones literarias como las que él hacía cuando leía un libro o veía una película en la tele.

Pensó en esta segunda posibilidad y se sintió pequeño a su lado. Lo que para otros era un placer, como ver una película, para Pepín era un gran esfuerzo mental. Mientras otros relajaban su mente, él diseccionaba, analizaba y apuntaba cosas importantes para su trabajo de escritor, como aspectos de la trama, de los personajes, de la forma, del ritmo de la historia... Aquello era un trabajo mentalmente agotador, y con una hora o dos diaria ya podía dar por

bien aprovechado el día. Y si aquel hombre misterioso resultaba ser un escritor y lo hacía día sí y día también, a todas horas, aquello era un esfuerzo titánico.

Pepín apuntó a la libretita con el telescopio y miró por el agujerito, dispuesto a resolver todas sus dudas.

Una imagen distorsionada y borrosa de algo apareció ante su ojo. Reguló las ruedas del telescopio, buscando un perfecto uso de los espejos para enfocar la imagen. Pero por más que girara y girara, aquello no enfocaba.

Tomó el telescopio entre sus manos y lo movió junto a su oído. El sonido de los cristales chocando libremente en el interior del tubo le anunció que nunca vería nada con aquel aparato.

Pepín se quedó mirando en su impotencia al hombre misterioso, maldiciendo aquel telescopio que no le serviría para desvelar el secreto y jurando que sería la última vez que compraría en un mercadillo, cuando sus tripas rugieron; querían decirle algo.

Pepín sabía que su estómago era muy sabio, así que prestó atención hasta que captó el mensaje. Allí, debajo del balcón, en mitad de la plaza peatonal, había aparcada una furgoneta del Tele Kebab. La furgoneta era vieja, estaba oxidada y además le faltaba un tapacubos, pero aun así Pepín se asomó.

—¡Ey, tú! —gritó desde el balcón al conductor de la furgoneta.

El conductor miró asustado a Pepín y arrancó nervioso. Aceleró para introducirse por debajo del pequeño túnel que había en la plaza y, una vez hubo desaparecido de su vista, paró la furgoneta. Cogió una pegatina grande con la bandera mexicana y la pegó en el exterior de la furgoneta, tapando el logotipo del Tele Kebab; ahora era una furgoneta del Tele Mexicano. Luego abrió la puerta trasera y avisó al otro agente, que era el que se encargaba de controlar la multitud de cachivaches tecnológicos de espía.

—Avisa a central —le dijo con el miedo en la mirada.

—Pichón mensajero a nido central. Pichón mensajero a nido central —dijo a través de la línea cifrada del CNI.

—Aquí nido central —contestó una voz a través de los aparatos.

—El presunto etarra sospecha. Sugiero pasar a la fase B del plan Cóctel Molotov. Repito: fase B del plan Cóctel Molotov.

## El deseo de ser jardinero

Atascado, trabado, atrancado, incluso agarrotado y oprimido. Así se sentía Pepín sentado en la mesa del salón, frente a su ordenador portátil. Ya había ofrecido a su musa cuatro cervezas, pero aquella tarde, por lo visto, se la había tomado de descanso y lo había abandonado. Había pensado en ofrecerle una quinta ofrenda, pero su organismo estaba a punto de explotar. Silvana, que descansaba tumbada sobre el sofá, lo miró extrañada; parecía atascado, embarrancado, atrancado, incluso embozado y estreñado.

Pepín realizó un esfuerzo más intenso si cabe para dar rienda suelta a su creatividad, pero su concentración le estaba fallando desde sus cimientos: la burbuja de abstracción se estaba debilitando. A través de sus fisuras se filtraban algunas notas de acordeón del Che Tango, que repetía una y otra vez las mismas melodías desde la calle con tal de conseguir unas monedas de propina. Siempre eran las mismas canciones y las notas rebotaban como ecos repetidos que no hacían sino atormentar una cabeza aturdida.

—¿Te pasa algo? —le preguntó Silvana desde el exterior de su burbuja de abstracción.

Aquellas palabras terminaron de debilitarla y sus paredes se tambalearon y finalmente cayeron, provocando una humareda negra.

—Estoy bloqueado —aseguró el artista, que se encontraba de nuevo en el mundo real.

Se asomó al balcón y abrió las ventanas. Quizá un soplo de aire fresco le devolviese su inspiración. Sin embargo, lo único que recibió fue un vendaval de notas de acordeón. Miró a lo lejos: una mujer le echaba una propina al músico. Sintió la tentación de echarle unas monedas, o unas piedras. Buscó con la mirada su inspiración. Quizá estuviese en aquel mar bello, repleto de colores que se reflejaban desde el cielo. Pero no, aquella tarde el cielo estaba triste y el mar revuelto. Para colmo hacía un viento feo y una vieja furgoneta oxidada con un letrero del Tele Mexicano estaba aparcada en mitad de aquella plaza peatonal. Pepín estaba pesimista. No podía sino pensar en que otras personas no paraban de ganar dinero con la tele comida mientras él cada vez estaba más cerca de la miseria.

—Déjame leer tu novela —solicitó Silvana a las espaldas del artista.

—Déjame tranquilo, que tengo que escribir —contestó molesto.

—Venga... —suplicó Silvana—. Déjame leerlo.

—He dicho que no —contestó tajante—. No me hables, que tengo que escribir.

Silvana no se dio tan fácilmente por vencida. Se dirigió a la cocina, abrió el frigorífico con el pie —para no tocar aquel aparato grasiento con la mano— y sacó tres botellines de cerveza que abrió con cierto asco hacia el abrebotellas que estaba oxidado.

—Te he traído esto para que te inspires —le dijo a la persona que habitaba bajo aquel casco rojo.

¡Cómo había cambiado el asunto desde que lo vio con su fabuloso tanga dorado! El cuerpo de Pepín ya no aceptaba más cerveza, pero no quiso hacerle un feo a la muchacha que parecía ilusionada. Le sonrió y le indicó que dejase el brebaje de la cebada al lado del portátil, con delicadeza, pues la mesa era bastante inestable. Le dijo que, por favor, que no le hablara, que estaba concentrándose. Silvana esperó en silencio, pues ya no tenía que hacer nada más para conseguir lo que deseaba.

Pepín no tardó mucho en dar cuenta de las tres cervezas. Su vejiga, llena de líquidos, requería un desalojo instantáneo. El escritor la llevó entre sus piernas hasta el retrete para proceder a la evacuación. Apuntó con su aparato y se relajó en el proceso manteniendo una calma absoluta, ya que no sospechaba que Silvana estaba acechando su portátil.

Con expresión relajada y satisfecha, Pepín volvió al trabajo. Por el camino se cruzó a Silvana que se movía por el pasillo con los ojos traviosos y con sonrisa de diablo. Ésta tenía en su memoria USB lo que quería. Se metió en la habitación, atrancó la puerta y se dispuso a leer.

Mi nombre es José Cañas y soy noble caballero; de noble linaje, noble corazón y noble espíritu.

Cuando Pepín le dijo que estaba escribiendo una autobiografía, Silvana no había imaginado que sería la historia de un caballero andante. Siguió leyendo.

He defendido los valores de la valentía, la lealtad y la cortesía a lomos de mi fiel corcel, de nombre Vespertino, un magnífico pura sangre italiano de color marfil [...] con una curiosa mancha de nacimiento en el pelaje de uno de sus costados, con una geometría un tanto caprichosa, pues trazaba la siguiente



forma: XXIII

Silvana se asomó al balcón y vio su moto, de color marfil con el número 23 en uno de sus costados.

«Tengo unas ganas de llegar y tomarme una buena cerveza...», me dijo el caballo en voz baja justo antes de llegar. Ya dije que Vespertino era un caballo inusualmente especial. Por algún motivo que yo suponía divino, tenía la capacidad de hablar como las personas.

Ahora que lo pensaba, Silvana había visto a Pepín hablando con su moto mientras le acariciaba uno de los costados. Siguió leyendo.

Con mirada canalla saqué de las alforjas un gorro de terciopelo rojo, de color brillante, que sin duda era una novedad traída de oriente y me lo puse ocultando mi tupé, mi enseña peluda.

Silvana cayó en la cuenta de que todavía no había visto a Pepín sin el casco. ¿Tendría un tupé en su interior?

Intrigada ante el misterio que ocultaba en su cabeza, siguió con su lectura.

Lo que no pude imaginar aquella tarde [...] es que iba a conocer a una mujer fuera de lugar y llena de misterios y contradicciones que se convertiría en personaje fundamental en mis aventuras, pues en toda gesta de caballero que se precie debe aparecer el corazón de una bella dama en edad de merecer, y el de Silvana latía fuerte en esta historia.

Silvana quedó extrañada ante su presencia en la historia. Ahora estaba todavía más interesada.

Vestía un atuendo digno de una princesa: un brial caía suave sobre su cuerpo, acariciando una figura encorsetada que realzaba un busto adornado con hilo de oro [...] Una toca entretejida en seda fina protegía su cabellera dorada. Mientras sus caderas andaban, los diamantes que iluminaban su cinturón le seguían el ritmo en una danza hechicera.

Silvana abrió los ojos, llenos de sorpresa. Siguió leyendo hasta que encontró un pasaje bastante esclarecedor:

Por las noches, cuando Vespertino se iba a descansar a las cuadras y yo me quedaba solo en mis aposentos, aprovechaba para leer todos los manuscritos de trovador que tenía en mi poder. Los que más me gustaban eran aquellos que versaban sobre la matemática aplicada al arte. Hablaban de versos, de estrofas, de rimas, del cómputo silábico... algo que era matemático. Pero también versaba de sentimientos, de corazones agitados, de amor...

Yo no podía sacar de mis pensamientos a Silvana cuando leía aquellos novedosos versos recién traídos de Francia. Incluso, una de las noches, mi corazón me obligó a tomar la pluma entre mis manos, acariciármela por mi rostro angelical y disfrutar de aquel tacto sensual como si fuese Silvana quien me acariciara con sus manos. Moje dulcemente su punta en tinta y la entregué a mi alma para que ella dispusiera las palabras. Escribí el siguiente poema:

*Para Silvana, la belleza máxima de la naturaleza:*

*Cuando me perdí en vuestra mirada por vez primera,  
cuando vuestro rostro me sonrió con labios de fresa,  
fue entonces cuando descubrí de este mundo su belleza.  
El campo, el río, el sol, todos brillan cuando estáis cerca.*

*Y yo... deseo ser jardinero y cuidar para vos la naturaleza,  
ser jardinero y plantar un bosque para su alteza,  
ser jardinero y regar un bello campo de violetas,  
jardinero para regar con intensidad, con mi lengua,  
la dulce flor de vuestra entrepierna.*

Los ojos de Silvana se abrieron súbitamente, como platos. Releyó el final del poema: «*para regar con intensidad, con mi lengua, la dulce flor de vuestra entrepierna*». El cuerpo entero se le tambaleó por no sé qué sentimiento incomprensible.

## El CNI

Aquella mañana amaneció con tres furgonetas del Tele Mexicano aparcadas en mitad de la plaza peatonal. La ciudad estaba desperezándose, pero sus habitantes todavía dormían plácidamente, en descanso; hecho que fue aprovechado por un agente del Centro Nacional de Inteligencia para abrir las puertas traseras de su furgoneta y salir en el más absoluto de los sigilos.

Llevaba un disfraz de obrero con mono y casco de obra que era indispensable para sus propósitos. Había estudiado con anterioridad la escena y había llegado a la conclusión de que el único punto con buena visibilidad estaba sobre la iglesia. Con una caja de herramientas en su mano y con sus zapatos de goma silenciosa se deslizó cautamente hasta que se arrimó a las paredes blancas del templo. Miró a un lado y a otro. Podía escuchar con claridad el sonido de las gaviotas que habitaban en el mirador, lo que significaba que todo estaba en calma. Aspiró el aire fresco de la mañana y degustó el olor a salitre que despedía el mar como si fuese lo último que iba a oler en su vida. Cuando el agente se encomendaba a una misión, esos pequeños detalles podían ser toda una fiesta para sus sentidos. Volvió a mirar a un lado, a otro y arriba, comprobando los balcones de las casas colindantes. Todo estaba despejado, así que se engancho el maletín a la espalda y se encaramó como una lagartija por las paredes de la iglesia.

Ascendió rápidamente hasta llegar al campanario del templo y se tumbó aprovechando un nido como camuflaje. Comprobó que la visibilidad era directa. Abrió la caja de herramientas y suavemente, sin hacer ruido, fue montando el rifle de francotirador. Al cuerpo del arma le acopló el cañón, la culata, el silenciador y finalmente la mirilla telescópica.

Apuntó a la habitación de Pepín, cerró un ojo y deslizó el otro por la mirilla aprovechando que la persiana estaba medio bajada. El presunto etarra dormía serenamente con el casco en su cabeza.

—Ojo de Águila llamando a Papá Palomo —dijo por el microauricular que llevaba en su oído.

—Aquí Papá Palomo.

—Tengo visibilidad directa. El Calimero Motorizado se encuentra durmiendo en la cama. Podéis salir. Corto y cierro.

Otra de las furgonetas se abrió de par en par y bajaron varios hombres capitaneados por el agente López, de nombre clave *Papá Palomo*.

Dentro del edificio los esperaba Eustaquia. No había podido dormir en toda la noche. Estaba muy cansada y tenía la vejiga cargada de tanta infusión de tila que había tomado para tranquilizarse. El pomo de la puerta sonó con suavidad y la vieja se dirigió a la mirilla para inspeccionar el panorama.

Un hombre repeinado, vestido con traje negro, relucientes zapatos negros y gafas oscuras esperaba rígido como una estatua, acompañado por varios hombres más. Había llegado la hora de la verdad y las piernas de Eustaquia empezaron a temblar. Abrió la puerta para que entraran todos.

—Soy el agente López —aseguró aquel hombre serio que tenía cara de inglés estreñado—. Este es mi equipo de operaciones.

El equipo tomó posiciones dentro de la casa y fue instalando multitud de cachivaches tecnológicos que escapaban al entendimiento de la vieja. Ella los miró sin entender para qué servían aquellos aparatos, pero parecían muy profesionales.

—Ya conoce el plan. Tiene que introducirse en la casa del sospechoso —le dijo el agente López— y destapar al supuesto etarra.

El agente hablaba monótonamente, como si el discurso lo hubiese practicado infinidad de veces, como si él no se jugase nada. Pero Eustaquia era consciente de que era su vida la que estaba al filo del precipicio.

—Necesito ir al baño —afirmó la vieja rápidamente.

Cerró la puerta de golpe y pensó en lo que estaba a punto de hacer. ¿Por qué no podían hacerlo ellos solitos sin poner en juego la vida de una pobre anciana? Asustada se arremangó la blusa en la intimidad del excusado y comprobó que el cuchillo jamonero estaba bien situado en su antebrazo. Lo volvió a tapar con la manga y salió de nuevo.

—¿Está ya más tranquila? —le preguntó el agente con su semblante tranquilo y rígido. Dio un par de pasos de movimientos robotizados y continuó—: Usted no corre peligro. Unos agentes de paisano le acompañarán disfrazados de transportistas. Usted sólo tiene llamar a la puerta y decirle al sospechoso que ya le ha comprado la cama nueva que le pedía.

—Usted lo ve todo muy fácil —le recriminó la vieja—. Usted estará todo el rato aquí, en mi casa, pero soy yo quien va a estar cara a cara con ese terrorista incendiario. ¿Y si me lanza un cóctel molotov?

—Tranquila, señora. Nuestros agentes tienen órdenes de disparar ante cualquier amenaza.

Eustaquia no terminaba de fiarse y puso una de sus manos sobre el antebrazo, comprobando que el cuchillo seguía en su sitio.

—Ahora le vamos a poner el micro.

Un agente se desplazó con un pequeño micrófono inalámbrico y se lo colocó a Eustaquia en la parte interior del cuello de la camisa.

—Repita conmigo: un, dos, tres, probando...

—UN, DOS, TRES, PROBANDO... —chilló la viejita inclinando la cabeza hacia el micro.

El agente que estaba a la escucha recibió un intenso sonido que perforó su oído.

—Hable con suavidad y naturalidad —le dijo enfadado.

—Repasemos el plan —propuso el agente López—. Usted entrará con los transportistas con la excusa de que le ha comprado la nueva cama al sospechoso.

Eustaquia asintió con la cabeza.

—Mientras usted cobra lo que le debe, ellos penetrarán en su habitación con el colchón. En este punto es fundamental su papel para entretener el sospechoso y que así nuestros agentes puedan registrar su habitación en busca de pruebas que le incriminen. Usted, mientras tanto, tiene que hablar con él y de paso intentar desenmascararle.

Eustaquia se imaginó frente a frente con aquel etarra incendiario y sus piernas amojamadas volvieron a temblar, haciendo vibrar sus pieles flácidas.

—¿Y cómo lo puedo hacer? —preguntó mientras le rechinaba la dentadura postiza.

—Intente buscar contradicciones. Cuando a nosotros nos llega un supuesto delincuente lo destapamos en los interrogatorios. Lo mareamos a base de preguntas y si encontramos contradicciones en sus declaraciones, eso significa que es un mentiroso, y por tanto un delincuente. Es tan sencillo como eso.

—Otra tila, necesito otra tila —aseguró la casera.

El agente López se llevó el dedo al micro de su oreja para recibir un mensaje del francotirador. Asintió en un gesto seco y cortante, y con su habitual serenidad aseguró:

—El sospechoso se ha levantado. Aquí Papá Palomo a Pichón Transportista. Luz verde para la fase B.

Una furgoneta grande de Benicolchón apareció en escena y aparcó frente al portal de la casa. De ella bajaron dos agentes más grandes que armarios

roperos disfrazados de transportistas. Abrieron la puerta trasera, se introdujeron en su interior, quitaron el seguro de sus pistolas, las escondieron en el bolsillo de su peto azul y salieron transportando un colchón nuevo.

—Atención a todas las unidades. Comienza la fase B del plan Cóctel Molotov —confirmó uno de ellos por el micro.

Pepín empezó a despertarse sin ser consciente de la que podía caerle encima. Mareado, con los ojos chicos, empezó a tomar conciencia del mundo real. Su portátil seguía encendido, la mesa llena de botellines de cerveza vacíos, la persiana abierta y el casco sobre su cabeza. Escarbó con dificultad en su memoria; su último recuerdo era que se iba a tumbar cinco minutos en la cama para reflexionar sobre lo que había estado escribiendo durante la noche. Y se había quedado dormido. Pero por lo que podía ver a través de la ventana, él no había sido el único; sobre el tejado de la iglesia había un obrero que parecía que también se había quedado dormido apoyado sobre un nido. Esto le consoló un poco.

Se desperezó, estirándose entre bostezos, y su columna empezó a crujir para ponerse al sitio. Tantas horas sentado escribiendo y durmiendo en un viejo colchón sobre el suelo le estaban pasando factura a su fabuloso físico. Se asomó a la plaza y disfrutó del vuelo mañanero de las gaviotas, del aire fresco de la mañana, del rumor del mar...

Una furgoneta irrumpió en mitad de la plaza ante sus ojos. La miró y se alegró sobremanera: su colchón nuevo estaba llegando. Se abrieron las puertas y salieron dos transportistas con camiseta blanca y mono de trabajo azul, mitad gorilas, mitad boxeadores, tan grandes que parecían que en vez de un colchón llevaban una tablilla de natación entre sus manos. Se acercaron al portal y el timbre sonó.

Rápidamente Pepín se dispuso a asear un poco la habitación. Pegó unas patadas a los trozos de madera que había por el suelo para despejar el paso, puso toda la ropa sobre un montón más o menos ordenado y guardó los botellines vacíos donde no estuviesen a la vista. Corrió hacia la puerta y abrió para encontrarse con los transportistas.

Los miró de arriba abajo y se preguntó cómo habían podido subir por las escaleras con esas espaldas que no cabían por el pasillo. Sus cuellos parecían de toro y sus brazos... ¡madre mía sus brazos!

Tras ellos apareció Eustaquia, sudorosa, temblando, con miedo. Pepín la

miró a los ojos, el espejo del alma, y con su verde mirada de esmeralda pudo entrar en lo más profundo de su ser para averiguar los temores que la atormentaban: tenía miedo de aquellos transportistas que parecían gorilas. Pero no había que preocuparse, no haciendo nada que les pudiese molestar y dándoles una buena propina, no tenían nada que temer de aquellas apisonadoras que tenían por brazos. Pepín pensó en tranquilizarla, pero después de aquella carta en la que Eustaquia le había revelado al artista su amor... mejor no jugar con fuego.

—Hola Pepín —saludó la vieja con un ligero rechinar de su dentadura postiza—. Por fin te traen el colchón nuevo. Je, je.

Su sonrisa era postiza.

Los transportistas se ladearon y se agacharon para poder entrar por la puerta y siguieron a Pepín hasta la habitación. Pepín se quedó mirando, no estaba dispuesto a quedarse a solas en el recibidor con Eustaquia. La vieja casera estaba tan desesperada que era capaz de exigirle allí mismo el pago que le debía en carnes. Un temblor de repulsión le agitó el cuerpo al recordar en su historia medieval cómo le había esperado la casera de la Morada del Olvido sobre su cama, desnuda, a cuatro patas, con sus pellejos colgando a la vista. Aquellas visiones tan reales eran el precio que tenía que pagar por tener su potente imaginación de novelista. Casi vomita, pues era mejor la muerte que revivir aquella pesadilla de libro.

—Nos gusta trabajar en intimidad —le dijo a Pepín uno de los transportistas, invitándole con mirada de mafioso a salir de su habitación.

Pepín pensó que se había precipitado en sus conclusiones. Realmente cualquier cosa era mejor que la muerte, así que salió de la habitación y se dispuso a volver al recibidor con Eustaquia, aún a pesar de todos los riesgos sexuales e imaginativos que ello conllevaba.

La miró a la cara. Sus viejos ojos estaban tensos y las gotas de sudor le corrían por la cara. Todos sus músculos estaban agarrotados. Pepín volvió a utilizar su verde mirada de esmeralda para penetrar a través del espejo del alma y se dio cuenta de que se había equivocado. No temía a los transportistas... ¡le temía a él! Se lo había dicho bien clarito en la carta: «Imagino cómo debes sentirte al leer esta carta, así que no digas nada cuando me veas. Simplemente lánzate, tómame con descaro y hazme tuya con gozo, porque si no lo haces tú, lo haré yo». Estaba claro: como Pepín no se lanzaba, ella estaba haciendo un esfuerzo por vencer su timidez y lanzarse.

Pepín empezó a temblar.

—Hable con él y busque contradicciones, busque contradicciones —le dijo el agente López a Eustaquia a través del microauricular.

Eustaquia simuló que se acariciaba uno de los brazos para conseguir tener a mano el cuchillo jamonero que llevaba oculto en la manga. Su seguro de vida la tranquilizó y pudo romper el hielo.

—¿Qué te parece la nueva cama?, ¿te gusta? —le preguntó con una sonrisa Profident.

—A simple vista parece muy buena. Para dormir, claro está —puntualizó Pepín, evitando dejar una puerta libre para que la conversación pudiera degenerar en temas sexuales.

—Hace buen tiempo hoy, ¿verdad? Je, je —continuó la vieja.

Pepín tragó saliva.

Mientras tanto, los dos agentes disfrazados de transportistas estaban investigando en busca de pruebas. Uno de ellos sacó el luminol y roció la estancia con un chorro de luz azul. El portátil comenzó a brillar, en concreto sobre las teclas de la *ñ* y la *p*. Tenían sangre. Sacó un bastoncillo y empezó a restregarlo para obtener una muestra. Había muy poca cantidad, pero tenía que intentarlo. Luego lo metió en una bolsa de pruebas.

—Madre de Dios bendito, acércate —exclamó el otro de los agentes al abrir el armario.

Sin saber muy bien qué iba a encontrar, el agente dirigió su mirada hacia el interior del armario sombrío.

—¡Dios mío! Con esto se podría armar una buena —dijo fotografiando la montaña de botellines de cerveza vacíos que estaban escondidos.

—Demasiados cócteles molotov para una sola persona. Detrás de esto hay un comando entero, bien organizado.

Tomó un botellín de muestra y lo selló dentro de otra bolsa de pruebas.

Ajeno a la investigación se encontraba Pepín, acompañado por la vieja. A medida que pasaba el tiempo se ponía más y más nervioso. Eustaquia le había preguntado por la cama —símbolo inequívoco de cuales eran sus intenciones—, por el tiempo, después había habido silencios incómodos, y finalmente le había preguntado de nuevo por la cama. Blanco y en botella, leche. Seguro que la vieja estaba buscando la oportunidad para pedirle que le pagara lo que le debía en carnes.

—Me dijiste que eras poeta, ¿verdad?

Pepín tragó saliva. De repente recordó que anteriormente se había excedido con la casera recitándole unos breves versos cargados con el



inmenso poder de la poesía. Claro... ahora lo que estaba buscando era que le recitara otro poema de Bécquer para ir ablandando el terreno, y Pepín no estaba dispuesto.

—¿Poeta yo...? Qué tontería.

¡Una contradicción! Las piernas de la vieja empezaron a temblar fuera de control. Ni siquiera podía echar a correr, así que le echó valor.

—Repítelo otra vez, que estoy un poquito sorda. Aquí, chíllame aquí —dijo señalando el cuello de la camisa.

—QUE YO NO SOY POETA. USTED SE EQUIVOCA —le chilló Pepín para dejar las cosas bien claritas.

—¿No eres poeta? Y entonces... ¿de qué trabajas?

Pepín odiaba mentir, pero la situación lo exigía. Pensó. Lo mejor para que ella dejase de verlo como un sex-symbol intelectual era buscar algo que le desagradase. Pero... ¿qué podía decir que odiaran los viejos? Discurrió y halló la solución. Los viejos odiaban y temían la muerte.

—Soy enterrador —afirmó con una sonrisa.

Aquello eran una contradicción y toda una amenaza. El corazón de la vieja empezó a dar tumbos, a echar humo como una olla exprés a punto de explotar. Sus piernas temblaron tanto que sus bragas empezaron a caer.

—¿Me lo puedes repetir bien alto? —dijo haciendo acopio de fuerza y señalando el cuello de su camisa—. Ya te he dicho que estoy un poquito sorda.

—SOY ENTERRADOR —repitió alto y claro, contento por tener en sus labios la solución para que aquella vieja se olvidase de él.

Esta vez el corazón de Eustaquia empezó a explotar como una traca valenciana y, finalmente, se paró de golpear, dejando de latir. Su vida entera pasó de repente ante sus ojos, en una fracción de segundo. Su infancia, su adolescencia, su época de casada, la muerte de su marido, le llegada del etarra al piso... fue entonces cuando recordó que aquel malhechor incendiario todavía le debía un mes de fianza y su corazón sacó fuerzas de donde no las había para volver a latir.

—Todavía me debes el mes de fianza —dijo haciendo un importante esfuerzo.

—¿Cómo dice? Es que yo también estoy un poco sordo...

A Eustaquia no le hizo falta levantar la voz.

—O me das el dinero, o le digo a los transportistas que no quieres pagar al colchón.

Pepín sacó con rapidez la cartera y le dio lo que le debía y una buena

propina para los transportistas, por si acaso. Con sus alforjas reales en la garganta, ni siquiera le dolió desprenderse de su dinero.

Eustaquia apretó bien fuerte los billetes con su puño y salió huyendo como alma que lleva el diablo.

Eustaquia se parapetó tras la puerta de su casa, apretando con fuerza el fajo de billetes, con el corazón todavía desbocado. Estaba terriblemente asustada. Incluso su casa, el lugar donde más segura se sentía, ahora parecía un lugar desconocido con tanto agente del CNI y con tanto cachivache tecnológico por en medio.

—Lo ha hecho usted muy bien —le dijo el agente López, poniéndole la mano sobre su hombro para tranquilizarla.

Eustaquia, que en su estado de shock no sabía ni siquiera dónde estaba, percibió aquel contacto como una amenaza, se giró y se encontró aquel hombre de gestos robotizados, oculto tras sus amenazantes gafas negras. Empezó a temblar. Su corazón bombeó con fuerza, luego se debilitó. Hizo un amago de explotar y finalmente logró recuperarse. Miró a los agentes como si fuesen comadreja acechando a su presa.

—¡Ustedes me dijeron que no correría peligro! —les recriminó.

—Relativamente —puntualizó con serenidad el agente López.

Un traqueteo mecánico empezó a sonar y un pequeño aparato comenzó a imprimir un comunicado.

—Interesante —agregó López al leerlo. Tomó un micrófono—: Aquí Papá Palomo a Nido Central. La fase B del plan Cóctel Molotov ha finalizado. Enviaremos las pruebas para evaluar una fase C.

La puerta se abrió y entraron los transportistas.

—Todavía tenemos que enviarlo al laboratorio para buscar restos de sustancias inflamables —dijo uno de ellos mostrando un botellín vacío dentro de una bolsa de plástico—, pero esto pinta algo gordo. Hay muchos como estos en su habitación.

Eustaquia se imaginó aquel botellín con una mecha empapada en gasolina, amenazando con fuego su vida.

—¡Entren y detengan a ese etarra! No puedo vivir un día más a su lado —les ordenó.

—Señora —comentó el agente López con su monótona serenidad—, así no funcionan las cosas. Necesitamos pruebas sólidas antes de proceder.

—¡Sois una panda de niñatos gandules! —les dijo totalmente enfadada—. En época de nuestro glorioso caudillo ese etarra ya estaría fuera de servicio. Si el generalísimo levantara la cabeza y viera cómo está ahora el país... ¡Debería daros vergüenza!

—No los vamos a detener todavía —aseguró López.

El viejo corazón de Eustaquia se resquebrajaba por momentos ante tal afirmación.

—Es más importante seguir vigilándolo —continuó el agente con su habitual impasibilidad—. Creemos que cuenta con apoyo y queremos dismantelar toda la red. Todavía tendrá que convivir con él durante un tiempo.

—Y actúe con naturalidad, para no levantar sospechas —puntualizó otro de los agentes tras sus gafas negras.

El corazón de Eustaquia ya no pudo resistir tanta tensión. Se desvaneció y cayó al suelo. Un agente le tomó el pulso palpando la carótida con dos dedos. Negó con la cabeza.

—La estamos perdiendo.

Tendrían que prepararla para la reanimación cardiopulmonar. Un agente le levantó las piernas para que el riego sanguíneo le llegase al corazón mientras López le abría el escote para que pudiese respirar con calma. Con un dedo le sacaron la dentadura postiza. Otro agente le quitó una pulsera para que no le afectase a la circulación y se dispuso a quitarle el reloj. No podía sacárselo con el puño apretado. Le intentó aflojar la mano, la misma con la que sujetaba los billetes que Pepín le había pagado, pero estaba totalmente rígida. Hizo fuerza.

—Parece que se está recuperando —afirmó quien tomaba el pulso.

Una buena bofetada aterrizó en la cara del agente que le había abierto la mano.

—¿Es que no tenéis decencia? Mira que intentar robar a los muertos —recriminó recuperando los billetes.

Entre todos la llevaron al salón y la sentaron en su viejo sofá orejero. Le llevaron agua y la abanicaron.

—Yo no puedo convivir con ese terrorista —afirmó Eustaquia—. ¡Quiero una vida nueva!

Los agentes se miraron extrañados.

—¡No me miren así! ¡Quiero una vida nueva! Lo he visto en las películas.

El agente López miró al resto extrañado. ¿Una vida nueva?

—Usted querrá decir una identidad nueva —supuso uno de ellos.

—¡No! ¡Quiero una vida nueva! Quiero empezar de cero, ser abogada, o arquitecta, o no... mejor todavía... ¡diputada!

El agente López miró a aquella vieja a la que apenas le quedaba un ligero soplo de vida pidiendo una vida nueva. ¿Cuántos años tendría? Por lo visto los suficientes para que su debilitado corazón ya no bombease suficiente sangre al cerebro.

—Lo siento, señora, pero nosotros no podemos hacer nada al respecto.

Otro agente confirmó sus palabras asintiendo con la cabeza.

Eustaquia imaginó todo lo que tendría que pasar conviviendo con el terrorista y no pudo soportarlo. Sus facciones se encogieron horrorizadas y volvió a caer desplomada.

Aquella mañana Pepín comprendió que era imposible fallar en su empresa literaria. Hacía días que se había comprado un libretita roja, igualita que la que utilizaba el hombre misterioso para tomar sus notas mientras leía incesablemente sentado en un banco del mirador de Benidorm. La había encontrado en un chino y le había costado apenas sesenta céntimos. Además, se había comprado un bolígrafo Bic por treinta céntimos. En sus manos tenía todo un kit de afamado escritor, o quizá de prestigioso conde, y todo por menos de un euro. Contento, se había planteado trabajo duro para la mañana, pero con todo el jaleo de la cama nueva, con aquellos transportistas que parecían mafiosos y con Eustaquia intentando sonsacarle unos breves versos cargados con el inmenso poder de la poesía..., con todo aquello, no habían hecho sino desconcentrarse de su empresa. Ya podía dar por perdida una mañana de trabajo.

Se sentó en su nueva cama y pudo comprobar cómo se hundía bajo su pompis. Era demasiado blanda para su gusto, pero era mejor que dormir sobre un viejo colchón tendido sobre el suelo. Se tumbó para comprobar la firmeza en posición acostada. Cerró los ojos por unos instantes, para ver qué tal el tacto con los ojos cerrados, y su alma empezó a entregarse al más dulce de los descansos.

Sin embargo, justo antes de abandonar el mundo de los despiertos, pensó en la dedicación y entrega que solía acompañar al hombre misterioso y se levantó de golpe. Se asomó por el balcón para comprobar que aquel desconocido de pose altiva y señorial, de pelo engominado al estilo conde,

estaba sentado en uno de los bancos, trabajando con su habitual entrega.

Pepín comprendió que ése era el espíritu que necesitaba. Al final iba a ser cierto el discurso de Ramón sobre el trabajo duro, el esfuerzo, el sacrificio y la constancia. Miró la libretita roja y comprendió que no había mejor símbolo que ese para recordar que el camino del escritor estaba lleno de dedicación, así que se dispuso a entregarse a una dura jornada de trabajo matutino. Se dirigió al salón, se quitó las zapatillas y, con la libretita roja en sus manos, enchufó la televisión.

Zapeó un poco, buscando alguna película, pero a las doce y media de la mañana no pudo encontrar más que una serie, una de esas americanadas. Sería útil, pues al menos podría analizar el argumento.

El protagonista principal no era otro que Chuck Norris, peleón por excelencia del cine y rival de Bruce Lee en su día. Por lo visto había perdido temporalmente la visión y permanecía oculto en una casa de madera en una zona apartada del bosque. Alguien debía de perseguirlo porque él temía que lo encontraran antes de recuperar la vista.

Un buen día, al salir a tomar aire fresco al jardín de la casa, aparece de la nada un hombre oriental. Chuck lo toma como una amenaza e intenta combatir con él, lanzando golpes al vacío, vencido por la ceguera. Finalmente acaba cayendo torpemente al tropezar con una rama que no había visto.

—Has fracasado porque has intentado ver con tus ojos —le dice aquel maestro oriental—. Debes de aprender a ver con tu espíritu como si fuese un tercer ojo.

A partir de aquí comienza un entrenamiento en el que aquel maestro le enseña a ver todo lo que le rodea con el ojo de su alma.

Pepín se sintió estafado. ¿Cómo podía ser que tal argumento hubiese servido a los estudios de Hollywood? ¿Es que no tenían guionistas decentes? ¿Qué iba a ser lo siguiente?, ¿freírse un huevo utilizando su tercer ojo?

Pepín no había ido nada desencaminado. Chuck Norris había aprendido a andar tranquilamente por el bosque con sus ojos vendados, a esquivar las ramas que se le aparecían en su camino utilizando su sentido especial. Tras el paseo matutino una mujer le espera en la cocina, preparándole el desayuno. Ella se gira ante su presencia sin darse cuenta de que la sartén está a punto de volcar con el aceite sobre el fuego, pero el bueno de Chuck utiliza su tercer ojo para evita la catástrofe con un movimiento ágil. Ya puestos, con la sartén por el mango, Chuck termina de freír el desayuno: huevos con bacon frito.

¡Aquello era inaudito! ¿Cómo era posible que Pepín, que habría hecho

un guión mil veces mejor, no estuviese en Hollywood? Enfadado, apagó la tele. Dio unos pasos y de repente comprendió la situación. Sonrió. Si aquel guión patético había triunfado, el libro que estaba escribiendo iba a ser todo un best seller.

Empezó a pensar en todas las consecuencias que el éxito le traería. Se imaginó en el centro comercial como había sucedido con aquel cantante. Las mujeres se agolparían histéricas ante su artística persona, chillándole, rogándole por un autógrafo y exigiéndole un hijo suyo. Por supuesto, él no las defraudaría y dedicaría una y otra vez su libro, hasta que su mano dolorida de tanto firmar autógrafos no pudiera más.

Unas sirenas provenientes de la calle le sacaron de su estado de ensoñación. Se levantó para asomarse al balcón y pudo ver cómo una ambulancia sacaba una camilla y entraba al edificio. ¿Qué estaba pasando?

Al momento la camilla bajó de nuevo. Sobre ella se encontraba tendida Eustaquia. Parecía un espárrago seco con respiración asistida. Quiero una vida nueva, una vida nueva..., decía para el interior de su mascarilla de oxígeno.

La metieron en la ambulancia y sonó de nuevo la sirena para perderse, poco a poco, en la distancia. Pepín se estremeció.

## La invitación

Desde que había tirado de casa a Pepín, Ramón estaba más tranquilo que nunca, dormía mejor que nunca e incluso tenía el bigote más recio y frondoso que nunca. Tras cada jornada laboral volvía con una sonrisa en su maravilloso coche alemán, tan grande y tan lleno de luces por dentro, que más que un conductor se sentía un capitán que gobernaba el control de una nave espacial. La aparcó con meticulosidad, cuidando de no rasparla con alguna columna y se dirigió al piso veinticinco esperando encontrarlo todo exactamente como él deseaba.

Se miró en el espejo del ascensor. Comprobó que todo su atuendo de riguroso Lacoste, la marca pija del cocodrilo, seguía sin arrugas; su pelo seguía perfectamente peinado y el bigote estaba, sencillamente, maravillosamente impecable. Sólo le faltaba un detalle para demostrar que si la perfección no existía, al menos podía rozarse: se olió el sobaco. Todavía olía a esencia parisina después de un duro día de trabajo. Al final va resultar que la perfección sí que existe, pensó. Salió del ascensor y justo cuando iba a abrir la puerta husmeó el ambiente.

Olía a salchichas, a huevos fritos y a pan recién horneado. Pensó en Sagrario. Así es como debían ser las mujeres, agradecidas con el hombre que les llevaba su sueldo a casa.

Giró la llave y la cerradura cedió. Tras la puerta le esperaba un plato caliente en la mesa —exactamente como a él le gustaba— y su novia Sagrario.

—¿Qué tal ha ido hoy en el trabajo? —le preguntó solícita.

Ramón sonrió. El deber de una buena ama de casa era preguntar a su hombre, todos y cada uno de los días, cómo le había ido el día en el trabajo. Esa pregunta, formulada con interés y preocupación, era un símbolo inequívoco de la perfección de la mujer. El hombre tenía su papel en la sociedad y la mujer el suyo propio, y Sagrario lo estaba cumpliendo a la perfección.

—Como siempre, cariño —le contestaba mientras extendía los brazos.

Sagrario tomaba entonces una bata de seda y se la acercaba a la espalda para que Ramón no tuviera dificultades en ponérsela. Después le acercaba el mando de la televisión, como las buenas mujeres.

Ramón puso las noticias en su televisión plana de cuarenta y dos pulgadas y procedió a cenar. Sagrario le acompañó en el más estricto de los silencios mientras Ramón veía el telediario. Las noticias eran lo único bueno de la tele, siempre que no fueran noticias del corazón, ni de sucesos, ni de deportes, ni banalidades varias. Por un momento Ramón recapacitó en lo buena ama de casa que era Sagrario. No había dicho nada para que su hombre pudiera escuchar atentamente las noticias, como las buenas esposas. La miró fugazmente, sin perder de vista la noticia sobre la crisis de las entidades financieras, y pensó en la posibilidad de proponerle matrimonio, pues no iba a encontrar a una mujer mejor que ella.

—¿Cómo está la cena? —le preguntó Sagrario.

—Shhhh... la crisis de las entidades financieras... —le contestó Ramón molesto, señalando la televisión para que callara.

Por lo visto la crisis no estaba dejando títere con cabeza. Afortunadamente Ramón había hecho sus deberes y no tenía problemas económicos. Tanto esfuerzo, sacrificio, dedicación, entrega y trabajo duro habían dado sus frutos y no podía más que sentirse orgulloso de sí mismo. No como otros, que por vagos ahora tenían deudas o una hipoteca con la que no podían cargar.

—La cena estaba muy buena —aseguró Ramón una vez hubo terminado el telediario.

Apagó la tele, puso música clásica en la cadena musical y mientras los violines empezaban a acariciar el aire de la estancia, se dirigió al mueble bar para prepararse una buena copa de coñac. Mientras tanto, Sagrario recogía la mesa.

Se abrió con paso tranquilo entre el sonido de violines y flautas traveseras que envolvían la estancia y se dirigió, copa en mano, hasta su privilegiado balcón acristalado para disfrutar de la noche hechicera. En su piso veinticinco, mucho más alto que el resto de edificios por estar en el Rincón Alto, sobre la colina de la Sierra Helada, tenía a sus pies la ciudad entera, sumisa. En la penumbra de su estancia agitó la copa, pensativo, e inspiró lenta y profundamente; hasta se podía oler el roble de los toneles donde se había añejado aquel coñac. A lo lejos, las miles y miles de luces le recordaban que la ciudad seguía a sus pies. Un contrabajo brotó en la melodía, con dulzura, consiguiendo hacer vibrar una de las fibras sensibles que sólo la buena música clásica podía despertar en Ramón. Alzó la vista y vio la luna llena, brillante, tan cerca que se permitió el lujo de tutearla mientras ésta



derramaba su plata sobre el mar en su habitual calma nocturna. Todas sus fibras sensibles estaban a flor de piel. Dejó que el coñac penetrara en él para que aquella exquisitez añeja le invadiera los sentidos. Algo vibró en su interior con armonía. Cerró los ojos por un momento y disfrutó de sí mismo ajeno al mundo.

—Ramón —comentó Sagrario, dulcemente—. He pensado que podríamos invitar a Pepín a cenar. Hace mucho que no lo vemos.

Una bilis iracunda, que sin duda surgió al escuchar el nombre de Pepín, avanzó contra natura por su garganta, agriándole los sentidos y el alma.

Pepín estaba tumbado sobre el viejo sofá orejero, con la mente relajada en el interior de su mullido casco rojo, mirando las pelusillas que le asomaban por el ombligo. El día había perdido la luz y llegaba una noche que parecía tranquila.

Pepín cogió con dos dedos las pelusillas y las examinó de cerca. Luego las lanzó al suelo para que hicieran compañía a las bolas de pelusa que se arremolinaban por las esquinas. Se estiró en su posición tumbada y luego se relajó. Con el tiempo empezó a perder la sensibilidad en el flanco izquierdo del culo, así que se lo rascó y cambió de postura. Una mosca lo sobrevoló y finalmente se posó en la puntera blanca de una de sus zapatillas. Pepín ni se inmutó... ¿para qué malgastar esfuerzos?

La mosca lo miró con sus ojos de panel de insecto. Multitud de cascos rojos cubrían otras tantas cabezas adormecidas. Se dejó llevar por el entorno y se entregó al sueño.

Pepín cerró los ojos, ligeramente, como quien no quiere la cosa, y se le apareció el recuerdo de Madre. ¡La echaba tanto de menos! En su recuerdo, ella le hacía la cama cuando se despertaba. Parecía que la hacía tan a gusto para su hijito que a él jamás se le habría ocurrido hacerla para no privarle del gusto a Madre. También recordó las comidas que le preparaba, con mucho cariño y amor. Era llegar a casa y tener el plato calentito sobre la mesa; no como ahora, que estaba empezando a hartarse de comer lentejas en bote y de cenar kebab todos los días. Y su habitación siempre la tenía limpia cuando estaba Madre. Sin embargo, ahora... parecía un estercolero.

¡Cuánto echaba de menos a Madre!

Pensó en qué habría hecho Madre si le hubiese visto allí, tumbado en el sofá sin mover un dedo. Seguro que habría pensado que le faltaban energías y

le habría preparado un buen vaso de leche con Cola Cao.

Tanto echaba de menos a Madre y a sus muestras de amor fraternal que decidió, sin que sirviese de precedentes, levantar su culo adormecido en mitad de un descanso para prepararse un vaso de leche con Cola Cao tal y como lo hubiese hecho Madre.

Mover el primer pie fue lo más difícil. Fue como mover una grúa con una bola de acero. El segundo pie también le costó. Primero empezó a vibrar, como cogiendo fuerzas, y finalmente adquirió algo de velocidad. La mosca tuvo tiempo hasta de desperezarse antes de abandonarlo. Después Pepín se inclinó a duras penas, como un octogenario al que su familia no ayuda a reclinarsse, y finalmente levantó su cocorota con su pesado casco rojo.

Mareado, se dirigió a la cocina para comprobar que había tenido suerte: por una vez había un vaso limpio fuera de la pica. Preparó el Cola Cao y volvió al sofá.

Se lo tomó de un trago, como cuando Madre se lo llevaba. Sin embargo, no encontró satisfacción alguna. Recapacitó. ¿A quién quería engañar? Lo que realmente disfrutaba no era la leche, sino el gesto maternal de Madre. Disfrutaba de la mirada llena de amor que le dedicaba; del roce de su piel, pues el vaso era una simple excusa para que sus manos se acercaran y pudiesen darse unas caricias; disfrutaba del hecho de saber que él siempre sería su hijito del alma.

El interior de Pepín se estremeció y una lágrima surcó su mejilla. ¿Por qué había decidido Madre abandonarlo en este mundo cruel?

Nostálgico, embriagado del sentimiento del desamparo, recordó que, al menos, siempre podría contar con alguien: con Vespertino, y sabía dónde encontrarlo, así que se fue hasta la nevera.

Una vez abastecido de los elementos necesarios del escritor, y de un abrebotellas, se dirigió a su habitación para encerrarse con pestillo para que nadie le molestara.

Se tomó la primera cerveza y dejó la mente en blanco, dejando que su burbuja de abstracción le cubriera por completo. Allí dentro podría reencontrarse con su fiel Vespertino. Escribió un párrafo y lo leyó.

«No, no, no —pensó un poco decepcionado—. Esto no está a mi altura.»

Se rascó la naricilla, entornó los ojos e inclinó su cabeza hacia la izquierda buscando una perspectiva más inclinada que le pudiese dar otra visión del texto.

«Bueno, no está nada mal.»

Tomó otro botellín de cerveza y lo abrió ceremonioso.

—Oh, mi Musa. Penetra en éste, mi cuerpo, y degusta esta ofrenda burbujeante que te entrego a través de mi garganta. Y de paso, ilumíname con tu presencia.

Cambió un par de palabras del texto. Lo releyó ladeando esta vez la cabeza a derechas.

«¿Que no está nada mal? ¡Está requetebién!»

Pepín lanzó sus dedos contra el teclado y escribió otro párrafo de calidad sobresaliente.

—Sí, sí, sigue así, por favor, no pares... —le rezó a su musa, suplicándole para que no le abandonara.

De repente el móvil sonó con insistencia, con ganas de romperle en añicos su burbuja de abstracción, pero Pepín no estaba dispuesto a perder aquel momento de comunión intelectual con su musa. Cogió el móvil para apagarlo, pero llamaba Madre, y la echaba tanto de menos...

—Hola, hijo mío.

—Madre, ahora no puedo, que estoy inspirado —le dijo el escritor casi en contra de su voluntad.

—Si es así no te molesto —contestó Madre que era muy mirada con el oficio de su hijo—. Te lo digo brevemente. Mañana te vienes a cenar con Ramón y conmigo. Que escribas mucho y bien. Un beso.

Madre colgó.

Aunque no lo pareciese, aquel corte repentino no era sino otra muestra de amor. Madre era la única persona que se tomaba realmente en serio su oficio de escritor y la única que respetaba sus momentos de inspiración. Una lágrima tierna le brotó a Pepín y aprovechó ese sentimiento para su novela.

Siguió escribiendo. Un párrafo, y otro, y otro... Y todos buenísimos. «Oh, sí, qué buena eres...», le dijo emocionado a su musa que todavía seguía a su lado. Sin embargo, un buen escritor nunca tiene suficiente. «Quiero más... Dame más, Musa mía...», le suplicó mientras abría otro botellín y se lo bebía de golpe para su musa.

Escribió unos cuantos párrafos más y los leyó. Realmente eran lo mejor de lo mejor. De repente le vino a la cabeza la serie de Chuck Norris. Si aquel guión había triunfado en Hollywood, su novela iba a triunfar en el mundo entero. No pudo sino dar las gracias de nuevo a su musa.

—Gracias, gracias, gracias... Eres la mejor —le dijo mientras levantaba otro botellín de cerveza para dárselo en ofrenda.

Aquella mañana desperté descansado y con el tupé erecto —ya sabrán vuestras mercedes, si tienen un verdadero tupé, que por la mañana amanece tieso y de buena planta—. Me ajusté mi maravilloso gorro de terciopelo rojo, ocultando mi enseña peluda, y me dirigí a la cuadra para contarle a Vespertino algo importante.

El espíritu del corcel me esperaba con ánimo para enfrentarse al destino, pero su cuerpo todavía estaba esperando a que el sol llegara a su punto más álgido, así que le dejé dormir. Mientras tanto hice tiempo leyendo algunos legajos de mis alforjas hasta que llegó el mediodía para dar paso a la tarde. Entonces me dirigí al establo y saqué el aceite de piedra para extenderlo por la piel de Vespertino.

—Despierta —le dije yo—. Ni siquiera con el aceite de roca estás recuperando el ánimo.

Vespertino no podía ni hablar del sueño y murmuró algo con los ojos cerrados. Yo acerqué mi oído a su boca y le pedí que repitiera. «Cerveza...», me dijo entre babas de sueño.

—Está bien, te traeré una jarra de cerveza para desayunar.

Vespertino golpeó, casi inconscientemente, dos veces con la pata sobre el suelo. Aquello significaba que quería dos jarras.

Le ofrecí las dos cervezas que lograron despertarlo por completo. Por fin volvía a ser mi fabuloso compañero de batalla. Yo le miré con mis verdes ojos de esmeralda y me torné serio tal y como requería la situación. Durante la noche yo había tenido un sueño revelador y le hablé con franqueza:

—Anoche tuve una corazonada, prácticamente una llamada divina, que me indicó que ha llegado la hora de enfrentarnos a nuestros destinos. Por fin ha llegado la hora de recuperar los favores de la reina Sagrario nuestra señora y, sobre todo, de acabar con el despreciable Ramón, el amigo de los cocodrilos. Preparaos para el combate; ha llegado la hora de volver a castillo y darle su merecido.

## Rayos y truenos

Pepín había recibido una invitación para ir a cenar con Madre y con Ramón y quiso aprovecharla para inspirarse en su novela. ¿Cómo sería volver a casa de nuevo? Lo pensó y con una reluciente sonrisa decidió anticiparse a la realidad en su novela:

El viaje a lomos de Vespertino se me hizo breve. Antes de darme cuenta el corcel estaba reduciendo su velocidad porque nos hallábamos a los pies de las murallas de la ciudad. Aquella masa de piedras musculadas obligaban a realizar la entrada por el puente de madera, que por cierto aquel día estaba más vigilado que de costumbre.

Mi potente vista de esmeralda divisó algunos centinelas inspeccionando recelosos desde los baluartes. Iban bien pertrechados y estaban ojo avizor, en alerta. Esta vez se habían protegido con un casco ligero sobre la cota de malla que solían llevar; por lo visto esperaban jaleo. Sobre el puente, un soldado con pinta de gustarle los problemas vigilaba la entrada, paseando ansioso con una mano cerca del pomo de su acero mientras murmuraba algo, nervioso.

—Por lo visto los ánimos andan revueltos —comenté con tranquilidad a Vespertino.

El corcel paró en seco ante mis palabras sin que yo se lo ordenase, como pensándose el asunto. Yo me extrañé por un momento y como no me gustaba espolearlo, le dije: «Venga, adelante».

Vespertino inició un paso tímido, desconfiado, y yo tuve el temor de que fuésemos descubiertos. Cuando un vigilante ve pasar a miles y miles de personas, todas iguales, para entrar en una ciudad, sólo puede descubrir a alguien que tiene algo que ocultar por su miedo. Yo estaba tranquilo bajo mi gorro de terciopelo rojo, pero Vespertino me estaba fallando, y cuando vi la expresión de nerviosismo de mi compañero, temí lo peor.

—¿Dónde vais? —me dijo el centinela con tono amenazante, apuntándome a la cara con el extremo de su acero.

El centinela empezó a mirarme detenidamente, estudiando con su vista el laúd, los pergaminos de poemas y las plumas de trovador que llevaba

Vespertino en sus alforjas.

—A la ciudad. ¿Dónde si no?

Mi tono denotaba cierto vacile. Lejos de incomodarle, el centinela guardó su espada y me hizo una seña invitándome a entrar. Si en aquel momento me hubiese mostrado nervioso, o asustadizo, otro gallo habría cantado.

Vespertino volvió a iniciar el paso con un ligero tembleque de patas que me llegó arriba. Yo no podía hablarle con tanta gente a nuestro alrededor, entrando y saliendo de la ciudad, pero me habría gustado recriminarle su actitud. Nunca se había mostrado temeroso, pero últimamente, creo que desde que había decidido entregarse a su nuevo oficio de semental, algo en él había cambiado. Eso, y que siempre estaba mucho más contento.

Al avanzar por las callejuelas noté un ambiente enrarecido. La gente no sonreía, parecía más bien recelosa. No había grupos de personas charlando animosamente, ni niños jugando en mitad de la calle. Seguí avanzando entre miradas hasta que me llamó la atención un numeroso grupo de personas que charlaban en la cervecería; por lo visto estaban hablando de mí.

Me apeé de Vespertino y le dije que me esperara quieto, que en seguida volvía. Entré en la cervecería para escuchar con detalle qué es lo que se decía.

—Dicen que todo esto sucede desde que se les escapó José, el caballero de noble tupé.

—Es tan bello el caballero José... —matizó la camarera mientras se ruborizaba al escuchar mi nombre.

—¿Qué es todo eso que sucede? ¿A qué os referís? —pregunté inmiscuyéndome en la conversación.

En un principio el grupo me miró receloso de arriba abajo, desde mi gorro de terciopelo hasta la suela de mis zapatos, pero luego me habló en confianza.

—Están todos los caballeros reales alterados, al igual que la guardia. Se alteran por nada y han perdido sus modales. Tratan mal a los mendigos, son desvergonzados con las mozas y no respetan a los mayores. Incluso hacen redadas en mitad de la noche, realizando incursiones en las casas para dar caza al prófugo. Si a esto le unimos que últimamente van más sueltos con la espada...

—Pero —pregunté intrigado—. ¿Qué es lo que ha hecho el prófugo para

que quieran darle caza?

—Dicen que ha traicionado a la reina Sagrario, nuestra señora —afirmó un hombre viejo.

—¡Eso son patrañas! —proclamó un hombre joven—. Según he oído yo, el noble caballero sólo ha dedicado su vida a la defensa del inocente.

—De todas formas, sea culpable o inocente, tiene un tupé que lo delata —declaró una mujer— y un caballo con un símbolo de nacimiento con forma de XXIII. Será fácil encontrarlos como pongan un pie entre nuestras murallas.

Tragué saliva y comprobé que mi fabuloso gorro de terciopelo rojo seguía ocultando mi tupé. Mientras tanto, la gente seguía especulando.

—Como aparezca por aquí va a acabar con todas las injusticias que se están empezando a cometer en este reino. Antes de que él desapareciera no ocurrían tales tropelías por parte de la corte.

—¿Cómo va a poder luchar él sólo contra toda la corte y sus lacayos de armas? —preguntó el más viejo.

—¿Que cómo?, ¿pero tú no te has enterado que sobrevivió a una emboscada en el puente levadizo, sobre el foso, en la que tuvo que luchar contra ocho caballeros reales y contra los cocodrilos?

—Estáis mal informados —agregó otro—, luchó contra quince caballeros reales y los ganó sin despeinarse el tupé. Eso cuentan.

—Imposible —agregó el viejo.

—Os lo aseguro —dijo otro—. Yo lo vi con mis propios ojos. Y no eran quince, sino veinte caballeros reales. Acorralado, estuvo a punto de morir, pero inclinó la cabeza y empezó a lanzar rayos y truenos con su tupé y los chamuscó a todos. Aquello fue coser y cantar para nuestro héroe.

Al cabo de un rato las apuestas habían subido y alguien afirmaba que los rayos que lanzaba desde mi tupé acabaron con treinta y cinco caballeros en la emboscada. Me hice a un lado y les dejé disfrutar con su historia para volver con Vespertino.

Un rugido en las tripas del escritor hizo tambalear los cimientos de su burbuja de abstracción. Pepín salió de su estado creativo y se dirigió a la nevera. Estaba vacía. Lo único que había en la cocina era unos cuantos botes de fabada en lata. Últimamente Pepín había comido tanta fabada que su cuerpo ya no la toleraba. Salió a la calle y comprobó que su hambriento estómago había tenido suerte. Otra vez se encontraba en la plaza la vieja furgoneta del

Tele Kebab. Se dirigió hacia ella, pero al acercarse se llevó un gran chasco. Aunque era igual de vieja y oxidada y le faltaba uno de sus tapacubos como a la otra, esta furgoneta era del Tele Mexicano. Pepín odiaba la comida mejicana.

El conductor, al ver que Pepín se acercaba, arrancó el motor dispuesto a la huida, pero cuando vio que éste daba media vuelta y se dirigía a su moto, cambió de planes.

Pepín se dispuso a arrancar su Vespa. Ésta relinchó con su peculiar sonido de arranque, pero poco a poco se fue ahogando hasta que se paró. Pepín lo intentó de nuevo. El relincho se fue convirtiendo en una tos seca y apagada. A la Vespa ya no le quedaba gasolina.

—Venga, campeona, no me dejes tirado ahora —le dijo a su corcel metálico mientras le acariciaba su número 23 del lomo.

Pepín realizó un último intento. Pero la Vespa había decidido dejarlo allí tirado, con el estómago vacío. Tendría que ir andando hasta una gasolinera, pero ya lo haría mañana.

Defraudado, dio media vuelta y volvió al piso para seguir escribiendo con las tripas vacías:

Cuando salí de la cervecería busqué a Vespertino. Sin embargo, no estaba. Le había dicho que me esperara quieto, ¿no le habría pasado algo?

Busqué con la mirada por toda la cervecería, pero los únicos animales que habían eran las ratas y las cucarachas que correteaban entre las mesas como de costumbre. Miré por una de las callejuelas, estrecha entre chozas con tejado de paja. Por allí tampoco estaba. Miré por otra de las calles, ésta algo más amplia. Tampoco. ¿Dónde estaría mi corcel?

Pensativo y, ante todo, preocupado, le vi por fin en una zona apartada y me enfadé. Estaba con una yegua que por su pelaje supuse era Canela. Él, muy contento, se quitaba con la boca las alforjas que le tapaban su marca de nacimiento y le mostraba a ésta, orgulloso, la marca de XXIII.

—¡Inconsciente! —le dije apareciendo súbitamente en escena, rompiendo la magia del momento.

Con rapidez le puse de nuevo las alforjas para tapar la caprichosa marca.

—¿No sabéis que están buscando también a un corcel con vuestra marca?

Vespertino agachó las orejas con tristeza. Canela no entendía mis



palabras, pero se había destemplado ante mi presencia.

—Además... ¿cómo se os ocurre dejarme abandonado sin previo aviso? Os he dicho claramente que me esperaseis quieto.

Vespertino miró a un lado y a otro, y cuando comprobó que no había nadie que pudiera oírlo, me dijo:

—Es que estaba hablando algo importante con Canela. Me gustaría contároslo a vos...

—No me vengáis con importunos —le corté en seco.

Quizá había sido un poco duro con Vespertino, pero cada vez se estaba tomando más en serio su nueva profesión y yo cada vez lo veía más lejos de mi lado.

Con la cabeza bien alta, con el gesto enfadado, me di media vuelta y comencé a alejarme sin atender a razones. Mis pasos, de zancada militar, eran lentos pero constantes.

Vespertino me siguió con un trotecillo ligero y me dio un golpe amistoso con el hocico sobre mi espalda. Yo ni siquiera me inmuté. Vespertino miró de nuevo de izquierda a derecha y cuando comprobó que nadie lo observaba, me susurró.

—Es que Canela me estaba contando algo muy importante.

Paré en seco. Pensé en girarme y mirarle a los ojos, pero me mantuve firme y seguí caminando mientras Vespertino abandonaba a Canela para seguirme sin tregua.

Últimamente Silvana se encontraba de buen humor, y había algo de extraño en eso. Pensándolo fríamente, su ex novio Leonardo la había traicionado, y con él se había esfumado el nivel de vida que tanto ansiaba. Tendría que seguir viviendo en aquel cuchitril de la época barroca, lleno de muebles destrozados, de olor a polvo y a viejo. Y sin embargo se encontraba de muy buen humor, especialmente cuando terminaba la jornada laboral y volvía a casa. ¿Tendría Pepín algo que ver con aquello? Se había acostumbrado tanto a vivir sola, sin nadie con quien conversar, que cualquier compañía era bien recibida. Puede que sí que fuera posible que Pepín tuviera algo que ver.

Silvana introdujo la pesada llave en el portón del rococó y éste cedió, mostrándole el pasillo y, al fondo, el salón desierto.

«Qué raro —pensó— que a estas horas no esté Pepín tumbado en el sofá,

viendo la tele».

Toda la casa estaba a oscuras. Avanzó hasta el balcón y disfrutó por unos instantes de la vista que le ofrecía el balcón del Mediterráneo. A Silvana le encantaba divisar la isla a aquellas horas, disfrutando del rumor del mar nocturno, pero se sentía sola. Respiró honda y profundamente y encendió las luces y la televisión; quizá la voz de algún locutor le hiciera algo de compañía. Sacó una bolsa de comida del chino —antes muerta que manejarse con aquella cocina grasienta— y se dispuso a cenar. Por algún motivo no terminó de disfrutar de la cena.

Después se dirigió al sofá, se descalzó y zapeó un poco. Puso en el vídeo una de sus películas favoritas: *Pretty Woman*. Sin embargo, no terminaba de disfrutar la película, parecía que faltaba algo allí. Miró el sitio vacío del sofá. ¿Sería la compañía de Pepín la que añoraba? Cuando ponían una película Pepín no abría la boca y se limitaba a realizar anotaciones en su libretita de escritor sobre aspectos del argumento, o de los personajes, o vete a saber qué. Eso y enfadarse cuando Silvana le decía algo y lo desconcentraba. Pero aún así, echaba de menos su silenciosa, cuando no quejicosa, compañía.

¿Qué le estaba pasando?, ¿lo estaba añorando?

Fuese lo que fuese, decidió que en aquel momento le apetecía seguir leyendo el libro que estaba escribiendo Pepín. Quizá hubiese escrito algún capítulo donde apareciese la bella y dulce Silvana del medievo. Se levantó, apagando su *Pretty Woman*, y se dirigió a la habitación de su compañero.

Posó la mano sobre el pomo de la puerta, dispuesta a irrumpir en la estancia, y paró en seco. Se escuchaba algo en su interior. Apoyó su oído sobre la puerta.

—Sí, sí, sigue así, por favor, no pares...

Silvana se extrañó. ¿Habría llevado Pepín alguna mujer al piso? ¿Y qué le estaría haciendo para que le pidiese con ese énfasis que siguiera así?

Siguió escudriñando.

—Oh, sí, qué buena eres...

Estaba claro que Pepín estaba con alguna mujer. Por lo visto no era el bobalicón que había creído que era en un principio. Entre eso y lo del telescopio, que no había manera de sonsacarle para qué lo quería, estaba claro que el chico era un espabilado.

Volvió a sentarse sobre el sofá, frente a la televisión apagada. «Sigue así, por favor, no pares...», eso me lo han dicho a mí miles de veces, pensó.

Se levantó, fue a la mesa y recogió los platos de la mesa. Aplastó los

envases de la comida china con fuerza y los tiró a la basura. Se encaminó de nuevo hacia la habitación de Pepín.

—Quiero más... Dame más... Gracias Musa mía.

Volvió al sofá y se sentó de brazos cruzados. Encendió la tele, miró su *Pretty Woman* y la volvió apagar. Tiró con enfado el mando contra el sofá. «Gracias Musa mía». ¿Es que ella, que incluso era uno de los personajes de su historia, no era su Musa? Aquello era un ultraje. Volvió a espiar a su compañero.

—Gracias, gracias, gracias —escuchó de nuevo—... Eres la mejor.

Volvió al sofá y se sentó enfurruñada. Volvió a poner la película y se quedó quieta. Miró el sitio vacío que había dejado a su lado su compañero de piso y se enfadó más si cabe. Aquellas palabras le habían indignado profundamente; ¡la mejor era ella! Cogió un cojín del sofá y lo tiró contra la tele para levantarse y asomarse al mirador.

«Un momento —recapacité—. ¿Es posible? No... Claro que no...» Silvana se tranquilizó y se rió, suavizando la situación. «¿Cómo iba yo a tener celos?», se dijo entre risas, quitándole hierro al asunto.

## Los aposentos del despreciable Ramón

Vespertino me siguió con un trotecillo ligero y me dio un golpe amistoso con el hocico sobre mi espalda. Yo ni siquiera me inmuté. Vespertino miró de nuevo de izquierda a derecha y cuando comprobó que nadie lo observaba, me susurró.

—Es que Canela me estaba contando algo muy importante.

Paré en seco. Pensé en girarme y mirarle a los ojos, pero me mantuve firme y seguí caminando mientras Vespertino abandonaba a Canela para seguirme sin tregua.

Mis pasos se iban acelerando presos de la rabia mientras mi rostro se iba agriando más y más. Vespertino aceleró y me volvió a dar otro golpe amistoso sobre mi espalda. Volví a parar en seco, sin intención de hablar con él, a la espera de que el corcel se alejase de mí.

—Es que Canela me ha contado algo muy importante que quiero deciros, mi amo —insistió de nuevo.

Mi rostro se encogió de enojo.

—Tengo que daros la gloriosa noticia de que...

La cólera explotó en mi interior. Si habían admitido al corcel como semental, yo no estaba dispuesto a darle la oportunidad de decírmelo.

—¡Silencio! —le dije de espaldas, sin siquiera girarme para mirarlo a los ojos—. Te ordeno que no vuelvas a hablarme nunca más de tu nuevo oficio, ni de cualquier asunto que tenga que ver con Canela, ni con Estrella, ni con Marfil. ¡Se acabó!

—Pero... mi amo...

—¡He dicho que se acabó!

—Pero... ¿estáis seguro?

—¡¿Qué es lo que he dicho?! —pregunté esperando un silencio a mi espalda por respuesta.

Hoy día, mientras escribo estas líneas, no puedo sino arrepentirme de aquel enfado injustificado, más fruto del miedo a perderlo como compañero y amigo que a otra cosa, pero en aquel momento recuerdo que seguí caminando

con intensidad para alejarme del corcel.

Mi Vespertino, fiel en todo momento, continuó siguiéndome, cabizbajo. Yo, presa de la cólera, paré en seco y esta vez sí que me giré. Lo malo es que lo hice para lanzarle una mirada de furia contenida, de rabia enclaustrada que amenazaba con salir por mis ojos, que finalmente convencieron al corcel de que debía abandonarme.

Yo seguí caminando, esta vez con el vacío que dejaba la ausencia de Vespertino alejándose a mi espalda.

Por primera vez en mi vida me sentía totalmente solo. Había llorado la ausencia de Padre de pequeño, había perdido los favores de la reina Sagrario, nuestra señora, pero Vespertino siempre había estado a mi lado como mi fiel corcel y amigo, apaciguando mis penas. Pero ahora... ya no tenía a nadie.

Ensimismado en mi enfado y en mis pensamientos, choqué sin darme cuenta contra un soldado que hacía la ronda. Se desequilibró al golpetazo y acabó mordiendo el suelo empedrado. Yo conseguí mantener el equilibrio. Él, enfadado, se levantó con la boca ensangrentada, con algún que otro diente de menos y tirando la diestra hacia el pomo de su espada.

—¿Es que no veis por dónde vais? —me preguntó como un gallito, escupiendo sangre al suelo.

Por mucho menos de eso se podía perder el alma con uno de esos soldados, pero a mí, la vida me resbalaba.

—Lo mismo *te* digo, ¿es que *tú* no ves por dónde vas? —le dije envalentonado, rompiendo el protocolo de usted, algo que ya de por sí solo podía desencadenar en disputa.

El soldado desenvainó la espada y se creció al ver que yo era un simple trovador que iba desarmado. Sin embargo, cuando sus ojos encontraron mi mirada, rabiosa, capaz de tentar a la muerte, adoptó una actitud defensiva cargando el peso de su cuerpo sobre la pierna trasera. Aquel le pareció un lance extraño. Para empezar, estaba desequilibrado, y sin embargo el que tenía las de perder, que a simple vista era yo, sonreía como un diablo. El soldado pensó que yo debía poseer algún arma oscura que era la causante de mi confianza.

Pero mi única arma en aquel momento era mi cabeza, así que estrujé mis pensamientos con la velocidad del rayo y encontré algo con lo que atacarle:

—¡Bú! —le dije, lanzándole una onomatopeya.

El soldado se asustó como si hubiese visto a un fantasma. Realmente,

pensó, si una persona desarmada se enfrentaba así contra un soldado era porque contaba con inmensos poderes. ¿Quién podía ser esta persona con traje de trovador?, ¿un mago negro disfrazado?, ¿o un espíritu errante? Me miró de nuevo a los ojos, cargados de furia. Quizá fuese el mismísimo Diablo que había venido al castillo para ajustar cuentas.

En cualquier caso estaba claro que su vida estaba en peligro, así que soltó su arma y salió huyendo despavorido, como alma que lleva el diablo.

Yo, más tranquilo que nunca, tomé del suelo su espada abandonada y la escondí debajo de mi túnica de trovador; posiblemente me haría falta allá donde yo iba. Era una actitud suicida la que pretendía cometer, pero ya lo dije: la vida me resbalaba.

Mi entrenamiento caballeresco me permitió infiltrarme hasta el corazón del castillo sin problemas, aún a pesar de cargar con mi colosal enfado, que no era sino un molesto compañero en asuntos de sigilo. Avancé sin problemas hasta llegar al primero de mis problemas: un portón de roble cerrado a cal y canto, que daba entrada a las dependencias de los caballeros reales y, al fondo, a los aposentos del despreciable Ramón.

Aquel portón contaba con una cerradura forjada con el mejor de los metales. Un poco oxidada por el paso del tiempo, pero que cumplía a la perfección su labor de obstáculo. Su llave había estado durante mucho tiempo en mis manos, pero por desgracia había sido succionada junto con mi armadura por el fondo del foso la misma noche en que me tendieron la emboscada que dio origen a esta aventura.

Podría haber abierto el cerrojo con mis maravillosas destrezas adquiridas a base de desembarazarme de cinturones de castidad, pero al recordar la emboscada que me tendieron, injusta y peligrosa a la vez, mi enfado le pegó una patada al portón que quedó astillado en mil trozos. El eco del golpetazo retumbo por las paredes del pasadizo y comprendí que con toda seguridad la ronda lo habría escuchado. Tendría que darme prisa.

Avancé por el pasadizo hasta que llegué a un portón bien robusto que descansaba bajo una talla de algún mineral verdinegro con la forma de un cocodrilo. Su semblante era amenazador, con la boca bien pertrechada de afilados dientes y unos ojos dispuestos al enfrentamiento. Aquellos eran los aposentos de Ramón. Me fijé de nuevo en la talla. ¿Tendría Ramón un

cocodrilo en su alcoba como quien tiene un perro guardián, o un simple animal de compañía?

Asomé mi ojo por el orificio y mi poderosa mirada de esmeralda atravesó la cerradura. Ni rastro de cocodrilo alguno. Sin embargo, al fondo de la estancia, amparada por la luz de un ventanal de ostentosos vidrios de colores, había una mesa llena de pergaminos junto a una pluma de ave con la punta empapada en tinta.

Fijé la vista en aquellos elementos de escritura y pude comprobar que la pluma había sido arrojada sobre uno de los pergaminos, manchándolo. Para colmo, una mancha de tinta avanzaba por la mesa. Aquello no era propio del consejero Ramón, siempre haciendo ostentación de lo pulcro y ordenado que era. Pegué mi fabuloso oído a la madera y esperé en silencio, en busca de algún sonido en su interior.

Nada, en la estancia había un silencio absoluto. Sin embargo, mi instinto de caballero andante me avisaba de que allí había cocodrilo encerrado.

Volví a deslizar mi vista por el orificio de la cerradura y pude comprobar cómo se dibujaba, muy ligeramente, casi imperceptible, la sombra de un hombre que aguardaba tras la puerta con una espada en alto. Me fijé más y pude adivinar por su escasa estatura que había errado al afirmar que se trataba de un *hombre*; esa sombra pertenecía a un miserable. Era Ramón quien aguardaba al otro lado de la puerta.

Por fin tenía cerca a quien yo creía que me había tendido la emboscada, así que cogí el gorro de terciopelo rojo que ocultaba mi tupé y lo retiré dejando libre a la vista ese peludo estandarte de guerra que se erigía sobre mi frente para indicar que José, caballero de noble tupé, se encontraba con sus destrezas a flor de piel.

Acaricié mi erecto matojo de pelos, con suavidad, para comprobar que seguía apuntando bien alto, y mi valor, que ya era elevado de por sí, creció por momentos. Me enfrenté de nuevo a la puerta con mi mirada.

Cruzar un umbral cuando al otro lado acecha una espada en alto, a punto de caer con el peso de la muerte, es cuanto menos una temeridad. Sin embargo, mi enfado pegó una patada a la puerta y enajenado me dispuse a entrar, espada en mano, tupé en ristre, con el arrojo de quien no tiene nada que perder en esta vida.

Repentinamente cayó sobre mi figura el peso de la espada que empuñaba Ramón. Agité el brazo, acompañado con la fuerza de todo mi

cuerpo, y mi espada batió el aire hasta encontrar el choque con el metal que me amenazaba. Ramón ni siquiera sabía empuñar con fuerza un arma y ésta, al vigoroso choque, salió despedida de su puño para terminar chocando en un estruendo metálico contra las paredes de piedra.

Lo miré a los ojos, cara a cara. Él, desarmado con tanta rapidez que todavía no entendía lo que había pasado, me miraba como si yo fuese la Muerte, guadaña en mano. Lo cogí con mi poderoso puño por el cuello de su vestimenta y lo levanté varios palmos del suelo. Él lloriqueaba y babeaba como un niño mientras sus cortas patas arañaban el aire, buscando el suelo para arrodillarse y suplicarme por su vida. Por lo visto, los cocodrilos que llevaba bordados en sus atuendos, símbolo inequívoco de su persona, no podían ayudarle ahora como antaño hicieron los del foso.

Lo levanté otro palmo con mi fornido brazo y acerqué su cara a la mía, para inspeccionarlo de cerca. Introduje mi potente mirada de esmeralda a través de sus ojos, pero no pude ver su alma; por lo visto estaba demasiado turbia. Lo bajé lentamente y cuando Ramón tocó el suelo de nuevo se arrodilló y juntó sus manos, como quien reza.

—Por favor, no me matéis —me imploró lloriqueando a moco tendido.

—Exijo una explicación —le dije apuntándole a su cara con el filo de mi espada—. ¿Por qué recibí una emboscada al regreso de mi misión?

—Yo no sé nada, os lo juro.

—¿Por qué andan todos los caballeros reales tras mi caza y captura?

—Yo no sé nada, os lo juro por lo que queráis.

—¿Que no sabéis nada de mi orden de caza y captura? Si vos sois el consejero real debéis saberlo, sois vos quien emitís las órdenes. No mintáis, miserable bellaco.

Le pinché ligeramente la cara y uno de sus mofletes empezó a sangrar. Lloraba como una niña.

—Os juro que no sé nada —declaró nuevamente, incapaz de admitir una culpa que supondría, en el mejor de los casos, una muerte rápida.

De buena gana le habría partido en dos, pero para mí era mucho más importante recuperar los favores de la reina Madre, de modo que lo así de nuevo y lo lancé contra la mesa llena de legajos y pergaminos.

—Veamos qué hay por aquí. Seguro que estos manuscritos son más explícitos que vos.

Ramón empezó a temblar de arriba abajo.



—Por favor, no, os lo ruego —suplicó tan claramente como su incipiente tartamudeo le permitió, mientras alargaba la mano para proteger sus escritos de mi mano.

Con un gesto de espada le informé de que desistiese de su intención de proteger aquella información que se me antojaba sustanciosa. Él entendió a la perfección y renunció, dando por perdida su vida. Pero en esta azarosa vida, a veces las tornas cambian, y eso fue precisamente lo que sucedió en aquel preciso instante: la guardia llegó en masa, desbordando la estancia. Empecé a recibir mandobles por doquier y tuve que dedicarme a defenderme.

Ramón, hábil para las fugas vergonzosas, se escondió a cuatro patas bajo la mesa mientras una espada y otra y otra me golpeaban sin cesar. Yo me empleaba con estocadas defensivas y de cuando en cuando lanzaba alguna ofensa certera. Aún así la habitación seguía llenándose de guardias armados con la misma facilidad que se llena un barreño bajo un buen chorro de agua.

A mi lado pude ver cómo Ramón cogía todos los pergaminos y mamotretos y salía gateando, como el cobarde que era, entre todos los guardias que me atacaban. Mis sueños de desenmascararlo con pruebas fidedignas se estaban esfumando, pero estaba demasiado ocupado en salvar mi vida entre tanto acero caliente revoloteando por la estancia.

Sólo había una solución. Cercado al frente y por mis costados, y limitado por la mesa pegada a la ventana en mi retaguardia, no me quedó otra que dedicar uno de mis mandobles a la fabulosa vidriera que algún artista había creado. El ruido de rotura y los cristales de colores deshaciendo su escena épica me dolió en el alma, pero mi vida estaba en juego y era necesario destrozar aquella maravillosa obra de arte.

Me aupé sobre la mesa y me encaramé sobre el marco de piedras de la ventana dispuesto a pegar un salto. Tomé aire, como quien se va a tirar desde una cascada, y miré al suelo, dispuesto a saltar. Me paré en seco, allí se encontraba Vespertino a mi espera.

Yo, ensimismado en mi enfado, ignoraba que mi fiel corcel me había seguido por si en algún momento yo necesitaba de su preciada ayuda. Él estaba afligido y dolido, y necesitaba restablecer la relación caballeresca y sobre todo de amistad que nos unía.

Al verme asomar por la ventana Vespertino me miró y pude ver en su rostro que respiraba honda y profundamente al comprobar que su amo seguía vivo. Me miró, sonrió y giró ofreciéndome su grupa para facilitarme el salto.

Pero yo estaba terriblemente enfadado con él y con su nuevo oficio. No quería saber nada del corcel ni de Canela ni de Estrella ni de Marfil, así que desistí del salto y me dispuse a entrar de nuevo y batirme hasta la muerte con aquel enjambre de soldados armados.

He de reconocer que la ira que me gobernaba me enajenó mentalmente, pero también me otorgó una entrega al combate que me permitió defenderme con crudeza, a la altura de mi tupé que capitaneaba mis movimientos. Sin embargo, era cuestión de tiempo, de un mal movimiento, para que mi vida cesara allí mismo.

Vespertino ya no me tenía a vista y escuchaba angustiado desde el exterior cómo iban y venían los mandobles, sin cesar, estimando a ojo de buen cubero que yo debía de estar batiéndome al menos con veinte contrincantes. El caballo se inquietó mientras esperaba a que yo me lanzase sobre él para iniciar una huida y empezó a bramar y a golpear el suelo con insistencia, como si con ello adelantase los acontecimientos. «La culpa es mía, por abandonar a mi amo», se decía.

Mientras tanto mi espada se defendía con soltura, pero a medida que pasaba el tiempo yo me iba cansando, cosa que no les pasaba a mis contrincantes que se iban turnando en las embestidas. O saltaba sobre Vespertino o ya podía ir preparándome para que un golpe de acero me invitase al noble cielo de los caballeros.

El enfado hacia mi corcel todavía persistía, así que decidí ir empezando a rezar como primera toma de contacto con Dios mientras mi brazo seguía lanzando mandobles. La estancia iba llenándose y llenándose de soldados que empezaban a avanzar entre algunos de los cadáveres de sus compañeros. Fue entonces cuando recordé la oscura leyenda que se estaba forjando en torno a mi tupé, y decidí utilizar, en vez del frío corte de mi espada, el ingenio de mi lengua.

*Id despidiéndooos de este mundo con unos rezos,  
pues os batís en duelo contra José el fiero  
y si no morís en dos a causa de éste mi acero,  
mi tupé os chamuscará con mil rayos y truenos.*

Apunté con mi tupé a mis contrincantes y la quietud se apoderó de la estancia. Todos los soldados pararon en seco su ataque y mirándoseme quedaron. Yo olía el terror en el ambiente y no era mío.

—Dios mío —dijo uno de ellos—. Es cierta la leyenda negra del caballero José y de su tupé, capaz de lanzar rayos y truenos con los que churrasca a sus enemigos.

—Eso es mentira —agregó uno de los soldados más viejos—. No son más que patrañas. ¿Cómo van a salir rayos de una cabeza?

—¿Patrañas? —dudó otro de ellos—. Tengo un amigo que tiene un amigo que jura por Dios que lo vio con sus propios ojos. Vio cómo José se desembarazaba de más de veinte caballeros con un solo rayo de su tupé.

—Yo también tengo un amigo que lo vio. ¡Con sus propios ojos! Me dijo que ni el más ducho de los magos podría evitar un ataque de tal crueldad.

—Mentira —insistió de nuevo el más incrédulo de todos.

—Es verdad —insistió un jovenzuelo que no había abierto la boca hasta entonces—, dicen que con los rayos separó en una ocasión el curso de un río para cruzarlo sin mojarse, como Moisés con el Mar Rojo. Y ni siquiera se despeinó. El caballero José no es como nosotros, él está hecho de otra pasta.

—¡Bú! —les dije haciendo un gesto con la cabeza, apuntándoles con la punta de mi tupé, como si fuese a lanzarles el peor de los ataques.

La estancia se vació en menos de lo que pestañea un juglar. Sólo quedaba el incrédulo, que se había quedado plantando cara. Miró a izquierdas y derechas. Nadie estaba a su lado para apoyarle en el lance, así que dejó caer su espada y salió corriendo como un galgo. Me quedé totalmente solo, maravillándome ante el ingenio de mi lengua, que había ganado aquella batalla.

Me asomé por la ventana y pude comprobar que Vespertino seguía esperándome con gran impaciencia y temor, dando vueltas sobre sí mismo y respirando con preocupación. «Mi amo va a morir por mi culpa», se decía. Se paró en seco y, tras dirigirse hacia la pared, se golpeó la cabeza, una y otra vez. «Por mi culpa, por mi culpa».

Yo lo espiaba a través del ventanal y pude ver que el caballo se sobresaltaba al darse cuenta de que el sonido de las espadas había cesado. Miró hacia arriba, con cara de espanto, preguntándose si habrían acabado con mi vida.

La preocupación del corcel me conmovió, pero no lo suficiente como para saltar sobre su grupa, así que me dirigí hacia un gran candelabro de forja y empecé a darle sonoros golpes con mi espada. Una y otra vez.

Vespertino volvió a oír el choque de los metales y sonrió. Aquello

significaba que su amo seguía vivo. Aguzó el oído. Se sucedían con tal velocidad que estimó que yo me debía estar batiendo con treinta o cuarenta soldados a la vez. El corcel se puso muy nervioso. Miró a un lado y a otro. Lo que iba a hacer lo tenía prohibido, pero decidió saltarse las reglas.

—Saltad sobre mi grupa, mi amo —me chilló a pleno pulmón.

Me asomé por la ventana, moviendo mi brazo como si tuviese combatientes a mi lado.

—¿No os tengo dicho que jamás habléis en lugares públicos? —le recriminé. Volví a meterme para dar unos cuantos mandobles al candelabro de forja y me volví a asomar—. Además, antes prefiero morir que volver con un caballo que me abandona por una yegua.

Aunque mi enfado estaba sobredimensionado, Vespertino se enfadó consigo mismo y se puso más nervioso.

—No volverá a suceder, mi amo —chilló nuevamente.

No era suficiente. Seguí dando mandobles a la forja del candelabro. Vespertino se impacientó y decidió continuar chillando pese a mi prohibición.

—Os juro que no volverá a suceder, mi amo. Además, por mucho que pueda estimar a un yegua, nunca os abandonaré. Os aprecio tanto como un hijo aprecia a su padre. Perdóón.

Me quedé parado en seco. Tanto como un hijo aprecia a su padre, pensé. Aquellas palabras me habían llegado al alma. Tiré la espada, me encaramé a lo alto de la ventana y le dediqué a Vespertino una de mis sonrisas, ligeramente empañada con una tierna lágrima que amenazaba con recorrer mi mejilla. El corcel giró y me dedicó su grupa mientras yo le contestaba:

—Y yo os aprecio a vos como un padre a un hijo.

Salté para caer sobre Vespertino y acariciar su majestuoso cuello.

—Como un padre a un hijo... —le repetí de nuevo, dándole unas cálidas palmadas.

## Sansón

De nuevo a lomos de Vespertino y recuperada nuestra amistad, mi amigo y yo iniciamos juntos la huida del castillo. El poderoso galope de mi corcel retumbaba entre las paredes de las callejuelas dejando un rastro sonoro que permitiría a la guardia seguirnos, si es que todavía tenían valor de perseguir a un caballero con un tupé capaz de lanzar rayos y truenos.

Indiqué a Vespertino con un gesto que se hiciera a un lado del recorrido para ocultarnos entre dos chozas de piedra con el tejado de madera. El lugar era sombrío y perfecto para mis propósitos. Como estaban buscando a un caballero con tupé, saqué el gorro de terciopelo rojo y me lo calcé, ocultando mi enseña peluda. Con este pequeño atuendo y con las alforjas de Vespertino cargadas de pergaminos y de legajos, como un auténtico trovador, sería factible una huida desapercibida.

—Ahora debemos ir tranquilos, como si la persecución no fuera con nosotros —le indiqué al caballo.

Vespertino asintió, pero tan pronto como sus ojos se cruzaron con los míos, pude ver una mueca de arrepentimiento en su cara.

—Lo siento, mi amo. Os he desobedecido —admitió el corcel, cabizbajo.

—No os atormentéis —le dije para apaciguar sus ánimos.

—No puedo evitarlo. Siempre que he estado a punto de tropezar en este mundo lleno de peligros, vuestra noble persona me ha ayudado para no caer sobre las garras de la muerte. Y yo os pago abandonándoos. Imaginad que os hubiera vencido aquel enjambre de soldados en los aposentos de Ramón. Jamás me lo habría perdonado.

—¿Un tropiezo con unos simples soldados? Necesito contrincantes con más arrestos para que logren plantarme cara.

—Pero vos combatíais contra una multitud. Si a eso no le llamáis caminar por el filo de la muerte...

Acaricié el lomo de mi corcel dándole a entender que no tenía de qué preocuparse.

—No os atormentéis —le dije—, somos humanos y podemos errar.

Vespertino giró su esbelto cuello y me miró, con sus fuertes ojos enternecidos, como cada vez que lo trataba como a un humano.

—Hasta que no me perdonéis no podré estar a gusto conmigo mismo. Lo siento, mi amo.

—Mi querido amigo —le dije—, la amistad significa no tener que decir nunca lo siento.

Aquellas palabras parecieron bastarle a razón de la sonrisa que me dedicó.

—Además —proseguí—, si alguien debe pedir perdón, soy yo. Mi enfado ha estado descontrolado y lo he pagado con quien tengo más cerca. No merecíais mis enojos. Yo también lo siento.

Vespertino me chitó, solicitando mi silencio.

—No continuéis por ese camino. Como vos habéis dicho, la amistad significa no tener que decir nunca lo siento.

Asentí con la cabeza. Sonreímos los dos.

—Pero sí que es verdad —agregó Vespertino como quien no quiere la cosa—, que os encuentro un poco susceptible últimamente. Cuando toco algunos temas os alteráis con facilidad. ¿Os pasa algo, mi señor?

Mi corcel, además de amigo, era mi confidente.

—Sí que me pasa, sí que me pasa. Hay un tema que me preocupa últimamente y que me tiene en vilo.

Vespertino me inspeccionó de arriba abajo con su mirada.

—¿Por casualidad no se llamará vuestro problema Silvana?

Mi mirada se volvió vaga, confirmando sus sospechas.

—Ya os dije —repitió el caballo como si empezase a cansarse de relatar una y otra vez el mismo discurso— que tenéis que buscar algo en común con ella. El resto irá solo.

—Ese ya no es el problema, pues desde que me vio prácticamente desnudo, luciendo mi cota de malla de oro, creo que suspira por mi corazón. Por lo visto la bruja Azul no me ha ayudado a recuperar los favores de la reina Sagrario, pero al menos me ha puesto en bandeja el corazón de la bella dama.

—De verdad, mi amo... —me dijo el corcel empezando a estar cansado—, no sé por qué os empeñáis en dar los méritos de vuestra conquista a la bruja Azul y a su cota de malla; únicamente ha sido mérito vuestro y de

vuestra mirada verde de esmeralda, así como de vuestro noble corazón.

—¿Estáis seguro?

El caballo asintió con su majestuoso cuello.

—La bruja Azul no os ha ayudado en nada —me confirmó de nuevo—. Yo de vos me iría olvidando de abonarle las costas.

—Pero... ¿no será peligroso?

—Por supuesto que no. Hacedme caso y olvidad el tema.

Al verme libre de las costas a la bruja sonreí, pero muy ligeramente.

—Sin embargo, todavía me queda algo que me come por dentro. Éste es mi verdadero problema —dije mientras me levantaba el gorro de terciopelo rojo y mostraba mi fabuloso tupé—. Desde que conocí a Silvana me he esforzado por llevar siempre este gorro, ocultándole lo que alberga debajo. Estoy a punto de dar el paso definitivo, si es que ella no se me anticipa y se lanza antes sobre mis regios brazos. ¿No creéis que antes debería mostrarme tal cual soy?

Vespertino se quedó pensativo.

—Tenéis razón. Debéis mostraros por completo a la dulce Silvana.

—Lo he intentado, os lo juro. Sin embargo, cuando voy a dar el paso... cuando voy a quitarme el gorro y mostrar mi cabeza como la naturaleza me la ha moldeado, siento miedo y pavor. Podría rechazarme, y con razón, porque, al no contarle toda la verdad sobre mí, al no mostrarme por completo, estoy mintiéndole de alguna manera. ¿No creéis?

Vespertino asintió.

—Siento miedo, amigo mío —confesé—. ¿Creéis que me rechazará una vez vea al completo?

—Me gustaría deciros algo que os agrade, pero, para ser sincero, os diré que no lo sé. La única forma de averiguarlo será comprobándolo con la bella dama.

—Tendré que descalzarme este gorro antes de dar el paso definitivo, ¿verdad?

—Así es —me contesto resignado.

—Salgamos del castillo y busquemos a Silvana —dije abatido.

Nos asomamos de nuestro escondrijo y vimos a multitud de soldados y algún que otro caballero real peinando la zona en busca del caballero de noble tupé. Vespertino inició el paso y lentamente abandonamos las sombras

que nos acobijaban, para dirigirnos, lentamente y sin levantar sospechas, hasta la salida del castillo. Aquellos que buscaban mi tupé para darme caza ni siquiera sospecharon que podía estar bajo mi gorro de trovador, y mucho menos acompañado de un corcel con las alforjas rebosantes de pergaminos y poemas. Y tan centrados estaban en la búsqueda del famoso tupé mortal —seguro que con el boca a boca, a aquellas alturas además de rayos y truenos ya debía lanzar tornados y medir unos cuantos metros— que pasamos totalmente desapercibidos.

Pepín dejó de escribir realmente satisfecho de su conversación con Vespertino. Sacó el móvil y le escribió un mensaje a Azul: «Ya han pasado las 72 horas y no se han solucionado mis problemas, por lo que queda condonada la deuda pendiente y exijo el reembolso garantizado de mis cien euros. Pepín.»

Libre de la deuda con la vidente Azul y con la vieja casera en el hospital, bien lejos de la mirilla, la única preocupación de Pepín era la cena con Madre. Allí se reencontraría de nuevo, cara a cara, con el despreciable Ramón.

Buscó en la maleta su camiseta de Marco, aquel niño abandonado que buscó a su madre junto con su monito Amelio, conmoviendo al mundo en la época de los ochenta. Cuando Madre recordase aquella tierna serie, que antaño veían en compañía de Padre, comprendería lo abandonado que se sentía su hijo. Sin embargo, tampoco quería que Madre se sintiese mal y, además, deseaba con toda su alma que el encuentro con Ramón fuese como había imaginado en su historia: doblegando al miserable embustero, levantándolo en alto con su musculado puño mientras el infame lloriqueaba y sus cortas patas arañaban el aire, buscando el suelo para arrodillarse y pedirle perdón.

Sí, tenía que buscar otra camiseta, una con un mensaje subliminal que le dijese a Ramón que él era una persona peligrosa. Buscó entre el montón de ropa y encontró la que buscaba: la de Espinete. Eso le recordaría a Ramón que si uno jugaba con erizos, corría el riesgo de pincharse.

Se plantó frente al espejo y se calzó su fabuloso casco rojo en una ceremonia similar a la de los caballeros que se calzan su yelmo justo antes de entrar en combate.

—Ramón... te vas a enterar —le dijo al espejo con actitud de perro gruñón dispuesto a lanzarse sobre su presa—. Esta noche te vas a enterar.



Pepín arrugó el rostro y bajó a la calle, decidido, sin miedo. Ni siquiera el fuerte viento que azotaba la noche hizo mella en su ánimo. Aquel vendaval no era nada comparado con la lucha que se avecinaba. Miró a la luna, le juró que se comportaría como un valiente y se dirigió a su preciada Vespa.

El primer intento de arrancarla resultó infructuoso. Un sonido ahogado entre el viento le indicó que aquello seguía sin funcionar. Lo volvió a intentar de nuevo y volvió a fracasar, y fue entonces cuando recordó que se había quedado sin gasolina.

—Venga, no me abandones —le dijo acariciando su lomo metálico con el número 23.

Pepín probó algo que se le había ocurrido. Agitó la Vespa con suavidad, intentando que los restos de combustible llegaran a la parte más baja del depósito, y lo volvió a intentar. La Vespa arrancó, encendiendo su faro a modo de saludo y regalándole la suficiente autonomía como para llegar hasta la gasolinera.

—Yo también te quiero —le dijo a su corcel, acariciándolo.

Ahora estaba preparado para dirigirse al combate, pero tenía una duda que quería despejar. Los vientos henchidos de la noche que recorrían sin piedad el lugar habían dejado desiertas las calles, pero... ¿estaría el hombre misterioso leyendo contra el viento bajo la luz de una farola?

Se asomó y comprobó, con asombro, que estaba allí. Su pelo blanco, el que solía estar repeinado hacia atrás al estilo conde, cabalgaba libre al aire. Por lo visto, aquel feroz vendaval deseaba tirarlo de allí como había hecho con el resto de la gente. De vez en cuando amainaba, dándole un respiro para permitirle realizar alguna anotación en su libretita, y entonces, cuando éste se confiaba, el azote del viento aumentaba su fuerza, travieso, para agitarle las hojas del libro y hacerle perder la referencia. Pero él no se amilanaba, leyendo y realizando anotaciones contra viento y marea.

Pepín cada vez lo tenía más claro: ese hombre debía ser un escritor. Para ser exactos, un esforzado y entregado escritor. Ni siquiera los discursos de Ramón sobre el esfuerzo, el trabajo duro, el sacrificio y la constancia le llegaban a la suela de los zapatos de aquel hombre.

—Ves —le dijo a su Vespa—. Cuando yo sea mayor quiero ser como él.

Aceleró y se dirigió rumbo a la gasolinera. Su Vespa necesitaba una buena dosis de *petroleum* y Pepín le dirigió la manguera al depósito, con mimo. Tanto quiso darle que el líquido elemento rebosó del depósito y terminó, por efecto del maldito viento, sobre sus pantalones. Pepín se enfadó,

pues no estaba el precio del crudo para ir derramándolo en su débil estado de economía. Con el puño apretado comprendió que aquel enfado le podía venir muy bien para verse con Ramón, como había sucedido en su historia medieval, y procuró mantenerlo durante todo el trayecto, hasta que llegó a su destino.

Aparcó frente al edificio donde libraría el gran combate. Se metió en el ascensor y subió hacia su destino.

Ya arriba, se ajustó el casco, comprobó que el cierre estaba perfectamente cerrado y gruñó, buscando una actitud guerrera. Estaba preparado para enfrentarse a cualquier artimaña del miserable Ramón. Llamó a la puerta.

Los empresarios que tenían negocios en el centro comercial solían tomar todos juntos un café después de comer y de paso hablaban de sus cosas. Entre ellos se encontraba Ramón, que aquella tarde estaba muy afligido.

—¿Qué te pasa, Ramón? —le dijo uno de ellos que tenía una tienda de muebles y una empresa de productos congelados.

—Nada —afirmó con la vista en el infinito, algo vaga.

—Algo te pasa. ¿Algún problema en tus negocios?

—No... Van viento en popa. Es que hoy viene a cenar a casa el hijo de mi novia. Si no fuera por ese grano en el culo que es su hijo, ya le habría pedido que se casara conmigo, pero es que es...

—Tampoco será para tanto.

—¿Qué? Es peor de lo que te imaginas. Es un vago, pero vago, vago, vago... y un caradura. Y no tiene respeto por el esfuerzo, ni por el sacrificio, ni por el trabajo duro... Le da todo igual. El trabajo dignifica al hombre. ¿Qué puedes esperar entonces de un hombre que no respeta al trabajo?

—Tampoco será para tanto. Seguro que no es tan malo como lo pintas.

—¿Y no podrías enderezarlo? —preguntó otro empresario que tenía una tienda de ropa, otra de deportes y otra de electrodomésticos—. Conozco un lugar donde les ponen las pilas a los hijos.

—¿Con electroshocks? —preguntó Ramón.

—No, bruto, en un internado. Les inculcan el placer por el trabajo, por la superación personal y por el esfuerzo y el sacrificio. Mi hijo iba a un instituto público y no pensaba en otra cosa que en chicas y en fiestas. Lo metí en el internado y volvió como un auténtico campeón. Ahora es un empresario de éxito, como yo. Y no veas lo orgulloso que me siento de él.

—¿Un internado? —preguntó Ramón decepcionado—. Ya es demasiado tarde para meterlo en un internado. Tiene ya treinta años.

—¿Y todavía es un vago redomado? —el compañero negó con la cabeza, como dándose por vencido ante el mundo.

—Y además de vago es un inútil, y contra eso no hay cura.

—¡Chicos! Creo que estáis sacando las cosas de madre —dijo el de los productos congelados—. Seguro que algo sabrá hacer bien.

—¡Qué va! Lo único que sabe hacer es dar vueltas con su moto por la ciudad.

—Pues a mí no me vendría mal un transportista para tenerlo de sustituto por si me falla alguien de la plantilla. ¿Qué te parece si lo empleo y así te demuestro que no es tan vago como lo pintas?

—Muchas gracias por tu apoyo, pero déjalo estar —agradeció Ramón, todavía afligido.

Cabizbajo, pagó la ronda a sus amigos y volvió al trabajo, la única cosa que era capaz de dignificar su alma.

Se metió en su oficina y empezó a realizar cuentas sobre las tiendas que tenía en el centro comercial, que en total eran siete. Estaba ganando un dineral, tanto que pensó por un momento en cambiar su recién comprado coche por otro, un Ferrari quizá.

Se frotó las manos y pensó en cómo se había hecho un hombre a sí mismo. Desde que su padre le echó de casa con trece años años y con unas pocas monedas en el bolsillo, no había hecho otra cosa que ir subiendo y subiendo, mediante esfuerzo y trabajo duro, buscando la perfección. Y ahora, en su madurez, la estaba rozando.

Se miró en el espejo y comprobó que la camisa de Lacoste estaba perfectamente encajada en sus pantalones de Lacoste, sin arrugas y con los sobacos secos. Su bigote y su pelo guardaban un orden marcial, pero aún así se echó un poco más de laca perfumada, para que aguantara más tiempo en su perfecto estado. Se miró de cerca y comprobó, con espanto, que tenía una arruga de expresión en la frente. Se enfadó, sin duda era por las preocupaciones que le causaba Pepín. Tendría que hacer algo con ese vago.

A medida que pasaba la tarde su enfado iba cada vez en aumento. No se podía quitar de la cabeza a Pepín. Tenía la mente bombardeada de imágenes del vago recostado en el sofá de su casa, viendo la tele sin hacer nada; de recuerdos de cada una de las veces que él llegaba a casa a mediodía después de una dura jornada de trabajo que había empezado muchas horas antes, para

encontrarse a Pepín recién levantado, bostezando sin taparse la boca, en calzoncillos; de recuerdos de Sagrario llevándole un vaso de leche con Cola Cao en vez de darle unos buenos azotes por su vagancia. El mundo estaba al revés.

A aquellas alturas su enfado ya era monumental. Sólo hubo algo que se lo quitó de la cabeza: un despido. Aquello, más que dignificarle, le había llevado al éxtasis. En el preciso instante en el que lo comunicó, mirando fijamente a aquella persona, comprendió que él tenía el suficiente poder como para influir en la vida de los demás. Ya no eran otras personas quienes tenían potestad sobre el destino de su persona —como cuando tenía trece años y lo echaron de casa—, sino que era él, el empresario de éxito, quien gobernaba al resto. «Mañana no hace falta que vengas», le dijo dándole una carta de despido. En aquel momento el fuego del poder le calentó el alma. Se sentía grande.

Incluso cuando salió del trabajo para dirigirse a su casa, se sentía tan henchido y tan grande que el fabuloso coche alemán que le esperaba, el que parecía una nave espacial en mitad de la noche, ahora le parecía de un tamaño modesto. «Debería comprarme otro coche—pensó—, algo más digno de mi persona».

Arrancó y aquella obra maestra de la ingeniería alemana se deslizó sobre el asfalto, suavemente en mitad de la noche, para llegar a su casa en un dulce paseo. Tenía que celebrar aquella sensación de poder con una buena copa de coñac entre los violines de alguna composición de Beethoven. La sonata nº 5 en fa mayor para violín y piano sería una buena elección, o no, mejor la sonata nº 9 en la menor, también para violín y piano.

Subió en ascensor los veinticinco pisos que le separaban de su mueble bar y de su cadena de alta fidelidad. Justo antes de abrir la puerta su olfato percibió un cálido aroma. Sus fosas nasales aletearon hasta que reconocieron el olor a perdices en compota de manzana y pasas. El plato favorito de Pepín, que aunque no tenía gusto alguno en su vestimenta, tenía un paladar muy finolis.

Ramón se enfadó. Aquello era un gran mimo en toda regla. Ni siquiera con él, su novio, tenía tantas atenciones.

—Hola mi amor —le dijo Sagrario cuando abrió la puerta—. ¿Cómo ha ido hoy en el trabajo?

Ramón miró a la mesa. Había utilizado la cubertería de plata para aquella noche. Y las copas de cristal de Bohemia.

—¡Mmm! —contestó enfadado.

Ramón extendió los brazos y Sagrario le puso su bata de seda para estar por casa. Quizá, todavía tenía tiempo de degustar ese coñac y esa sonata de Beethoven antes de que llegara Pepín. Encendió la cadena musical y con los primeros violines rasgando el aire empezó a relajarse. Una delicada nota de piano hizo vibrar el aire con maestría y abrió una melodía capaz de acariciar su alma. Se dirigió al mueble bar acariciado por el dulce ir y venir de un violín cuando un zumbido ruidoso rompió el momento. Era el timbre.

—¡Ay que bien! Por fin ha llegado Pepín —dijo Sagrario tras contestar al telefonillo, aplaudiendo con una sonrisa en la boca.

«Mmm», sonó el enfado en el interior del corazón de Ramón, escondido tras el cocodrilo bordado.

Al momento Sagrario ya estaba abriendo la puerta para dar paso a un Pepín enfundado en su gran casco rojo, con la cara arrugada y los dientes preparados para morder a su enemigo.

Pepín miró a Ramón, con odio, doblegándolo con su feroz mirada, con su camiseta de Espinete, para que quedase bien claro que era como un erizo lleno de espinas. Ramón le devolvió una mirada análoga. Mientras tanto, Madre lo inspeccionaba de arriba abajo.

—Estás más flaco, hijo mío. ¿Es que no comes bien? —le preguntó inspeccionándolo por delante y por detrás, tocándole el brazo y la pierna para comprobar si había perdido masa.

Pero Pepín no contestaba. Tenía puesta su atención sobre su contrincante, el despreciable Ramón, con ojos de furia.

—Y tienes los pantalones manchados —continuó Madre—. ¿Es que no te lavas la ropa?

—Madre, estoy escribiendo una obra literaria muy importante. No puedo entretenerme en banalidades varias. ¿Es que acaso has visto alguno de los grandes escritores cocinando o limpiándose los calzoncillos? —recriminó Pepín, algo molesto por su abandono.

—Ay, la culpa es mía que te tengo abandonado. A partir de ahora iré a tu piso y te llevaré comida y ropa limpia. ¿De acuerdo?

Pepín asintió satisfecho mientras que Ramón se ponía de los nervios. Uno a cero, iba ganando el amado hijo. Y todavía quedaba mucha noche para librar con éxito aquella batalla. Sí, estaba dispuesto a ganar. Sería tal y como lo había escrito. Ya estaba imaginando la cara de Ramón, arrodillado y suplicándole por su vida, tal como lo había plasmado en su novela. Lo miró de

nuevo y se creció moralmente. Ahora lo veía como un mequetrefe pertrechado entre cocodrilos bordados que esta vez no lo ayudarían. Pepín se sentía grande y poderoso.

—Y quítate ese casco para cenar —le dijo Madre.

—Es que se me ha atascado el cierre. No se puede quitar.

Sagrario intentó abrirlo. Lo consiguió sin problemas.

—Venga, quítate el casco para cenar —insistió.

Pepín agachó la cabeza y se llevó las manos hacia su protección roja. La levantó lentamente, dejando al descubierto aquella cabeza tan reluciente como su casco.

Miró de nuevo a Ramón, pero esta vez él era mucho más grande y poderoso, incluso la habitación había crecido y Pepín se sentía pequeño e impotente. Hasta los cocodrilos bordados de Ramón le parecieron más fuertes que él.

En aquel momento comprendió mejor que nadie a Sansón, aquel héroe de Nuevo Testamento que perdió su fuerza sobrenatural al perder su cabellera.

—A ver si dejas de ponerte tanto el casco —agregó Ramón—, que tienes la cara morena y la azotea blanca.

—Es verdad, Pepín —agregó la madre—. ¿Es que no te lo quitas?

Pepín se dirigió a la mesa sin contestar. Era un mequetrefe abatido. Ni siquiera el olor de su plato favorito le podía levantar el ánimo.

Pepín intentó sobreponerse. Al fin y al cabo iban uno a uno. Un empate técnico entre el erizo y los cocodrilos. Todavía podría salir a flote.

—¿Cómo va tu economía, Pepín? —preguntó Ramón.

—Muy bien. En breve voy a nadar en la abundancia. El libro que estoy escribiendo lleva camino de ser un best seller —afirmó—. Es realmente bueno.

—Ay qué bien. Este es mi hijo —afirmó Madre muy emocionada.

—De todas formas, si antes de terminar tu best seller necesitas trabajo, tengo un amigo que necesita un transportista. Le he dado tu teléfono y cualquier día de estos te llama. Supongo que te dará lo mismo pasarte el día en tu moto que en un camión.

Pepín lo miró entornando los ojos. ¿Es que acaso creía que se tiraba el día sobre la moto?

—Creo que estás muy equivocado. Me paso el día trabajando en mi novela. Si doy vueltas en moto no es por placer, es porque me relaja y me ayuda a pensar.

Siguieron comiendo en silencio mientras las miradas iban y venían afiladas como flechas. Madre se levantó a por el siguiente plato.

—¿Y qué pasará si tu novela *no* termina siendo el best seller que crees? —preguntó Ramón con una sonrisa maliciosa.

—Imposible. Tiene una calidad abrumadora.

—¿Me dejas leerla?

—A su debido tiempo... a su debido tiempo... —contestó Pepín con una maliciosa sonrisa al imaginarse qué pensaría Ramón cuando leyese su propio personaje.

Madre volvió a la mesa y siguieron comiendo. Ramón permanecía callado mientras Pepín y Madre se ponían al día.

—He conocido a una chica —espetó de golpe Pepín.

—¿Alguien especial? —preguntó Madre.

—Quién sabe.

—¿Es tu novia?

—¡Madre, por favor! Mientras esté escribiendo la novela no tengo tiempo para novias. Mi entrega a la literatura es total.

—Ay, que mi hijo tiene novia. ¿Qué te parece, Ramón?, mi hijo con novia.

Sagrario aplaudió de felicidad.

—Pero debes pensar en el matrimonio, no lo olvides, hijo mío —agregó Sagrario—, que últimamente la gente no quiere compromisos, porque no se dan cuenta que los lazos son buenos.

Sagrario echó una miradita de reojo a Ramón y se levantó solícita como de costumbre para traer el postre. De nuevo los dos hombres a solas.

Ramón lo miró de arriba abajo.

—Habrá que ver a tu novia —puntualizó.

«Seguro que es una vaga redomada como tú», pensó.

Pepín ni siquiera le contestó. Le lanzó otra ofensa.

—¿Me puedes acercar el agua, Mamón?

—¿Qué?! —dijo furioso.

—Que si me puedes acercar el agua, Ramón.

Madre volvió a aparecer en escena con una buena bandeja de frutas y un flan casero.

—Todo es poco para mi hijo —dijo dándole un beso en la cocorota.

Ramón lo miraba más enfadado que nunca. Un niño le había faltado y eso no lo podía consentir. Toda la comunidad le dedicaba un respeto que se

había ganado con el sudor de su frente, que se lo merecía. Incluso lo admiraban con sus negocios de éxito y con su novia ama de casa modelo. Sin embargo, quien menos derecho tenía lo había ridiculizado. No estaba dispuesto a que las cosas quedaran así.

—¡Qué contesta estoy! —dijo efusivamente Sagrario al volver al salón—. ¿Qué te parece, Ramón? Mi hijo con novia y con un best seller a punto de caer en sus manos. ¿Ves, hijo mío, cómo el esfuerzo y el sacrificio del que tanto habla Ramón traen sus frutos?

«Mmmm...», volvió a sonar el enfado en el corazón del amigo de los cocodrilos.

Pepín sonrió. Madre le había echado un cable. Lo había puesto como el escritor entregado al trabajo duro que era. Sonrió. Aún así, pensó que todavía tenía que demostrarlo con más ímpetu e intensidad para poner, comparativamente hablando, como un vago a Ramón. Tenía que encontrar una oportunidad para demostrar que no temía al trabajo duro.

Sagrario se levantó para empezar a recoger la mesa. Ramón la cogió del brazo. «Siéntate —le dijo—, ya es hora de que descanses y de que otras personas recojan la mesa». Ramón miró a Pepín. Pepín pensó que ahora que habían terminado de cenar tenía una oportunidad para demostrar lo trabajador que era. Sacó su kit de entregado escritor, abriendo la libretita roja y tomando el bolígrafo Bic entre sus dedos, y se inspiró en el entregado hombre misterioso. Se levantó y se dirigió al televisor. Lo enchufó y puso una película para, acto seguido, comenzar a tomar notas. Aquello —trabajar directamente, sin dejar reposar la cena— le iba a pasar factura; por lo menos estaría dos días agotado mentalmente, pero valía la pena con tal de demostrarle a su contrincante que era un sacrificado trabajador y marcarle otro tanto en su propio terreno. Aquello era un dos a uno en toda regla.

—No te preocupes, Ramón —le dijo Sagrario—, yo recogeré la mesa. Sería incapaz de molestar a mi hijo cuando se toma el trabajo tan en serio.

«¿El trabajo en serio? —pensó Ramón—. Pero si está mirando una película en la televisión». Definitivamente el mundo estaba al revés. Se quedó mirándolo, rabioso, y justo cuando iba a decirle lo que pensaba, Pepín se quitó sus deportivas de los ochenta para posar sus pestilentes calcetines sobre la mesa.

Pepín miró a su adversario, más rabioso éste que nunca. Aquello significaba que le había metido un tanto en su propio terreno.

Ramón se quedó mirándolo, en silencio, mientras Sagrario recogía la



mesa. Esperó en silencio a que ella se metiera en la cocina.

—Pepín —le dijo una vez estuvieron solos—, estás muy...

—¡Shht! ¿No ves que estoy trabajando? ¿Es que no tienes respeto por el esfuerzo y el trabajo duro del prójimo?

La cólera trepó por el interior de Ramón. Parecía que le iba a explotar en los puños.

Sagrario entró de nuevo.

—Qué gusto ver a mis dos hombres juntos en casita —dijo con la felicidad en sus labios.

Ramón le dedicó una sonrisa falsa que enmascaraba toda su ira. Sagrario se acercó a Pepín y miró las notas que estaba realizando sobre la película. Había realizado anotaciones sobre la trama, sobre los personajes, sobre el planteamiento del inicio de la historia...

—¿Todo eso lo has hecho en un momento? —preguntó fascinada.

—Sí, Madre, pero no me molestes, que ahora mismo estoy trabajando.

Madre volvió a la cocina y la sonrisa de Ramón se le esfumó.

—Eres un vago redomado —dijo, aún a sabiendas de que estaba cruzando una línea peligrosa—. Y un perdedor.

Pepín abandonó de golpe su libretita y lo miró extrañado.

—Eres un perdedor —volvió a decir, entre dientes para que no le escuchara Sagrario—, como tu padre. Él fue un perdedor y tú estás destinado a ser un perdedor.

Pepín agitó la cabeza, no creía lo que estaba escuchando. Se levantó, y mareado buscó su casco con el alma apretada hasta que lo encontró. La habitación daba vueltas y estaba empezando a no saber ni dónde se encontraba. Las palabras *perdedor* y *como tu padre* le golpeaban insistentemente la cabeza, menguando su equilibrio.

Ramón se le presentaba grande y peligroso.

—Mírame a mí —le dijo con una sonrisa cruel—, yo soy un triunfador. La gente me mira y ve a un triunfador, me respetan. Pero tú... ¿qué crees que ve la gente cuando te mira?

Pepín se puso el casco y se acercó a la puerta para abandonar aquella casa. Abrió la puerta y se apoyó en el marco para no caerse.

—Eres un perdedor, como tu padre —repitió Ramón—. Nunca serás perfecto.

—¿Es que acaso tú eres perfecto? —le recriminó Pepín, a duras penas—. Deberías saber que la perfección no existe.

—Pero al menos yo la rozo —contestó altivo y arrogante.

—Pues si tú eres tan perfecto —agregó Pepín, disparando su último cartucho—... ¿por qué te tiro de casa tu padre cuando tenías trece años?

Todas las ideas que se había forjado Ramón sobre su perfección, y que eran la base de su autoestima, se rompieron como un cristalino jarro lanzado contra el suelo. Gimoteó con lástima, como un perro apaleado, hasta que finalmente una lágrima brotó de uno de sus penosos ojos. Dio media vuelta y desapareció. Pepín pegó un portazo y abandonó la que había sido su casa.

## Mensaje corto

Normalmente, cuando la vidente Azul se tumbaba boca abajo en aquella camilla, mirando al suelo a través de un agujero, se le caía la baba. Le encantaba que la toalla que le cubría donde la espalda pierde su nombre bajara más y más, sobre todo si las manos que manipulaban su profético cuerpo eran de un masajista tailandés entrenado en la milenaria escuela de masajes de Wat Po, en Bangkok. Sin embargo, aquel día no conseguía relajarse para disfrutar de tan exóticos placeres.

Unos golpes con el canto de la mano extendida y luego unos retorcionones con las manos empapadas de aceite intentaron que la adivina dejara de lado sus pensamientos negativos, pero Azul sólo podía pensar que aquel mes se había excedido con los gastos. Se había dado demasiados caprichos como habían sido la máquina de rayos uva, el *super reaction abdominator* y el *total vibration for maxigym* de la teletienda. Además, se había gastado más de mil euros en productos de cosmética y había llevado a su perrita Mimí a un salón de belleza que era carísimo. Para colmo, se había olvidado de apagar el móvil y había empezado a sonar una melodía estridente que le apartaba de la relajación de aquel masaje milenario.

Azul dio instrucciones a su masajista para que apagara el móvil, pero éste le enseñó sus manos embadurnadas de aceite. Muy a su pesar, decidió que tendría que levantarse ella.

Rota la magia del momento, cogió el móvil y, ya de paso, leyó un mensaje que tenía:

«Ya han pasado las 72 horas y no se han solucionado mis problemas, por lo que queda condonada la deuda pendiente y exijo el reembolso garantizado de mis cien euros. Pepín.»

Azul reaccionó con energía.

—¡Ah, no, eso no lo voy a permitir! —dijo enfadada.

## Algo en común

De pie, detrás del mostrador, Silvana hizo lo posible para que no se notara en su cara que un fuego picante le azotaba sus nalgas y terminaba subiéndole hasta las mejillas; era el morbo hacia los chicos muy altos. Para matar el tiempo en su triste cárcel de electrodomésticos solía imaginar cómo sería hacer el amor con sus clientes, y esta vez el cliente era un chico larguirucho y alto que parecía jugador de baloncesto. Sin embargo, cuando el cliente salió de la tienda dejando a Silvana sola, la visión de los frigoríficos que la envolvían enfrió sus instintos más primitivos. Suspiró con melancolía y esperó que entrara más gente.

El siguiente fue un jovencito bajito que ni de lejos logró suscitar el interés de la dependienta. Silvana le enseñó un par de ordenadores y luego abandonó la tienda sin comprar. Fue en aquel momento, cuando el chico ya estaba saliendo por la puerta, cuando Silvana advirtió que aquellas piernecitas cortas movían aquel culo de una forma muy singular. El fuego picante le azotó sus nalgas y volvió a subir hasta sus mejillas; era el morbo hacia los chicos bajitos. Mientras tanto, Pelayo la vigilaba desde su pequeño cubil que tenía por oficina.

Cuando el jefe estaba enfadado solía calcular beneficios para aliviar tensiones. Aquella tarde estaba mucho más que enfadado. Sacó su libreta de cuentas y comenzó a realizar sumas y más sumas para sus cálculos. Cada vez que llegaba a un parcial reía para sus adentros; era un genio de las finanzas. Siguió calculando hasta que vio, por el rabillo del ojo, un movimiento sospechoso de Silvana.

Parecía que la pija se había metido algo en un bolsillo. Sin embargo, el móvil estaba a simple vista. Aquello olía raro.

Pelayo ordenó a todas las cámaras que enfocaran a Silvana, aunque ella no se percató del asunto. En su ignorancia, la dependienta miró de izquierdas a derechas y comprobó que no había ningún cliente. Tampoco había rastro de Perro Rabioso, su jefe, por lo que se dirigió al baño.

Pelayo no le perdía ojo desde su panel de monitores. Seguro que estaba robándole dinero, pensó. Esta pija ya le había recriminado en cierta ocasión que hacía muchas horas extra sin cobrarlas, y Pelayo empezó a pensar que

aquellos juegos de manos frente a la caja no eran sino que ella se estaba tomando la justicia por su mano. Como faltase un solo euro de la caja al final del día...

Pelayo intentó liberar tensiones respirando lenta y profundamente mientras recitaba en voz alta las ganancias. Desde que había visto el documental de las pateras pensaba que se había equivocado al contratar a Silvana, una niñata que no tenía nada que perder si la echaban del trabajo. Sin embargo, una persona desesperada era fácil de moldear a su gusto. La gente tenía que comprender que el mundo no lo movía Dios, sino los empresarios que empleaban a los trabajadores.

Silvana entró en el baño y Pelayo apretó el botón secreto para ver qué estaba pasando dentro. Una pequeña cámara estática se lo mostró todo. La pija no había entrado para hacer sus necesidades. Tramaba algo, pues sus manos fueron directamente a uno de sus bolsillos.

Silvana, que ignoraba que podía ser espiada en un lugar tan íntimo, sacó un pequeño frasco de pinta uñas y comenzó a pincelar con delicadeza sus dedos. Ramón se enfadó, ¿es que acaso le pagaba para que estuviese pintándose las uñas?

Le habría gustado echarle una buena bronca, pero lo malo de todo el asunto, es que si lo hacía, encima la justicia le penalizaría por tener una cámara en el baño. ¡En su propio baño! Desde luego el mundo estaba al revés.

Silvana se sopló las uñas, para acelerar el secado, y tiró de la cadena para disimular. Tendrá cara, pensó Pelayo.

Aquello era inaguantable. Y encima otro de sus empleados había llegado una hora tarde aquel día, y con la excusa de que su hijo estaba enfermo y lo había llevado al médico... aquello era como decir que el perro se había comido los deberes. Le estaban tomando el pelo y creía que Silvana era el foco de toda aquella contaminación.

Pero eso se había acabado. Pronto podría poner las cosas en su sitio porque esa tarde estaba esperando una visita que no tardaría mucho en llegar. Una visita que haría horas extra sin rechistar y al final del día le daría las gracias a Pelayo como el salvador que era delante del resto de empleados.

Por supuesto, Silvana ignoraba todo esto. Incluso en el momento que sintió el aliento de su jefe sobre su nuca, pensó que era una vigilancia de rutina.

—Acompáñame un momento, que te voy a presentar a una persona. Es una nueva empleada que he contratado —le dijo una vez la tuvo cerca.

Silvana sonrió. Nunca le había dicho nada a Pelayo, pero pensaba que en hora punta había demasiada carga de trabajo para una única dependiente. Además, el empresario le debía días de vacaciones y con la nueva empleada, ahora podría resarcir su deuda.

—Mañana no hace falta que vengas —le dijo dándole una carta.

Silvana sonrió, por fin sus merecidas vacaciones.

—Lee la carta —le informó Pelayo con una sonrisa que era fruto de la sensación de poder que le estaba invadiendo el alma.

Silvana la leyó. Era un despido.

Cuando Silvana entró en el salón de su casa se encontró a Pepín con su característico casco rojo, con los brazos cruzados y con los morros torcidos, absorto frente al televisor apagado, mirando el polvo que brillaba sobre el cristal. Ella hizo lo propio. Se sentó a su lado, cruzó los brazos y frunció el ceño.

—Me han despedido —le dijo a Pepín.

—Eso no es nada. Si supieras lo que he tenido que aguantar esta noche de boca del novio de mi madre... Pobre Madre... No entiendo qué ha podido ver en esa persona.

—Seguro que no es peor que mi jefe —aseguró la pija.

—Te aseguro que es mil veces peor. Es un... —por primera vez Pepín no tenía palabras para expresar las cualidades de Ramón. Ni siquiera las metáforas más duras estaban a la altura de la vileza de aquella persona.

—Mi jefe es todavía peor. Siempre exigiendo más y más, pero incapaz de ceder un poco por su parte. Se cree que él es perfecto y que los demás somos basura trabajadora.

—Te entiendo —le dijo Pepín—. Eso me suena más de lo que crees.

—No me entiendes. Tú nunca has conocido a un ser tan despreciable. Siempre con ese aire de superioridad, mirándome con desprecio, como si yo fuese un excremento.

Pepín estaba extrañado porque comprendía aquellas palabras demasiado bien.

—Se cree perfecto pero es un amargado —continuó Silvana— siempre echándose laca perfumada en el pelo, como si eso le hiciera más perfecto. Y con su ropita de marca... ¿es que no sabe ponerse algo que no sea un Lacoste?

Una duda golpeó la conciencia de Pepín.

—¿Cómo se llama tu jefe? —preguntó.

—Ex jefe —puntualizó la pija—. Su nombre es...

Pepín ni siquiera le dejó continuar.

—No me lo digas: Ramón, Ramón Pelayo.

Silvana afirmó con los ojos abiertos de par en par.

—Es el novio de mi madre —dijo Pepín—. Por su culpa estoy aquí, él es quien me echó de casa. Y yo ahora estoy dispuesto a echarlo de la vida de Madre. No se la merece.

Silvana seguía sin dar crédito.

—¿Y tú vivías con él? —preguntó ella.

Pepín asintió y Silvana continuó hablando.

—Va de don perfecto, pero... ¿tiene trapos sucios?

—Trapos sucios... —Pepín se quedó pensativo, hurgando en su memoria—. La verdad es que trapos sucios, lo que se dice trapos sucios, no tiene. Aunque una vez, cenando, se le quedó un fideo pegado en el bigote mientras nos soltaba su típico discurso del esfuerzo, el sacrificio y el trabajo duro. Madre y yo queríamos avisarlo pero él estaba tan emocionado hablando que no hubo manera de interrumpirlo. Era como ver a Hitler intentando convencer a una nación con un fideo en el bigote.

Silvana se lo imaginaba soltando un discurso que había escuchado miles de veces. «Así que decías ser don perfecto. ¡Ja!», pensó entre risas para sus adentros.

—Y cuando por fin se dio cuenta de que tenía el fideo se enfadó con nosotros porque no le habíamos avisado. Si hubieses visto su cara de mandril estreñido.

Silvana no podía parar de reír al imaginarlo.

—¿Alguno más? —preguntó, rogando a Dios que todavía hubiesen trapos sucios que probaran que no era tan perfecto como pretendía demostrar.

—Sí. En verano... —Pepín hizo una pausa para mantener en vilo a Silvana— le huelen los pies.

La pareja estalló en carcajadas. «En verano le huelen los pies», repitió Silvana histérica de la risa.

—Y todavía hay más. Mucho más. ¿O es que creías que Ramón era perfecto?

Silvana se levantó, enganchó a Pepín de un brazo y le dijo:

—Vamos, te invito a unas cervezas.

Pepín no se negó.

Cuando llegaron a la Vespa subieron sobre su lomo tapizado y Silvana lo guió hasta una terraza. Lo podría haber llevado al casco antiguo, donde la zona española, pero prefirió llevarlo a los pubs de la playa. Allí, en mitad de la noche, entre cerveza y cerveza, acompañados por el sonido del mar y la luna, empezaron a dedicarse miradas cómplices ante un tema que les fascinaba a los dos.

—¿Sabías que Ramón lleva calzas? —preguntó Pepín.

Silvana ni siquiera contestaba. Sólo podía reír y reír mientras chocaban sus jarras y bebían del espumoso brebaje que poco a poco hacía que olvidaran sus penas.

—¿Y sabías que Ramón se relaja con una copa de coñac y con música clásica cada noche? —le dijo Pepín tras varios trapos sucios y varias jarras más—. Por lo visto se relaja tanto que hasta el esfínter termina por relajarse y se le escapan los pedos.

—Así que Ramón también se tira pedos, interesante —dijo a duras penas Silvana que no podía parar de reír.

—Sí, pero lo mejor de todo es que es consciente de ello y procura soltarlos cuando algún violín sube de tono, para disimularlos con la música, pero yo me doy cuenta de todo.

Silvana no podía parar de reír.

—¿Te imaginas? —planteó Pepín—. Sinfonía nº 5 de Ramón Pelayo para cuerda y ventosidades.

Silvana no podía reír más, de hecho hacía mucho tiempo que nadie le hacía reír tanto. Este Pepín era un tipo *total*.

Se levantó, medio borrachilla y mareada, y estiró del brazo de su amigo para llevarlo de nuevo hasta la moto.

—Eres un tío *total* —le dijo en plena exaltación de la amistad—. Ramón no te llega ni a la suela de los zapatos.

—Y tú eres una tía *total* —contestó Pepín con la lengua torpe.

—Pero tú más —afirmó Silvana con unas palmadas en la espalda.

Se subieron en la moto, con equilibrio incierto, y Pepín arrancó mientras Silvana,preciados atributos descansando sobre la espalda del conductor, guiaba sus destinos.

Pepín recitó unos versos distorsionados de José de Espronceda entre las eses caóticas de su moto:



*Con diez cilindros por banda,  
viento en popa á toda vela,  
no corta el asfalto, sino vuela,  
mi ciclomotor parlanchín:  
Aquel corcel que llaman,  
por su carácter, Vespertino,  
en todo lugar conocido  
del uno al otro confín.*

Silvana aplaudió con efusividad ante la maestría del artista.

—Eres un artista *total* —le repitió torpemente.

Pepín se giró en marcha para agradecerle el piropo a su amiga total. Lo hizo con tranquilidad, pues su fiel corcel nunca lo había tirado de la grupa.

—Por allí —señaló Silvana hacia una salida de la N-332.

Pepín se relajó y dejó que su montura siguiera las indicaciones de Silvana. A medida que avanzaron empezó a reconocer el centro comercial. Un mega edificio que se encontraba en el polígono industrial, solitario a las afueras de Benidorm, en una zona de suelo terroso y yermo con algún que otro matorral desierto. La actividad y la energía de la que hacía gala durante el día había pasado a mejor vida a altas horas de la noche. Ya no habían rótulos iluminados, ni clientes, y el silencio y la oscuridad gobernaban aquel gigantesco edificio. La única que brillaba era la luna menguante de aquella noche que iba a ser de infarto.

—Aparca aquí —ordenó Silvana, señalando unos matorrales—. Que la moto quede bien oculta.

—¿Qué quieres hacer?

—Ya verás. Tú, sígueme y confía en mí.

Silvana tomó la mano del escritor, iniciando el contacto físico sin vergüenza alguna, y estiró fuertemente de ella. El corazón de Pepín empezaba a latir fruto del roce entre pieles tan cercano y de la incertidumbre del momento. La miró a la cara y comprendió que sus intenciones no eran nada buenas. Algo le decía que refrenara sus pies. Sin embargo, Silvana le pegó un empujón y Pepín continuó siguiéndola en la oscuridad.

—Sígueme y verás lo que nos vamos a reír.

Silvana le soltó la mano y avanzó contoneando sus caderas con compases encantadores. Pepín se sentía tan poseído por aquellos ritmos como un niño ante el canto del flautista de Hamelín.

Silvana se agachó, cogió un buen pedrusco y llamó a su cómplice con un movimiento de mano que se transmitió a sus pechos, que se agitaban como la bandera blanca de la paz aún a pesar de la penumbra nocturna.

Pepín avanzaba hacia su destino incierto. Miró de nuevo a Silvana y a sus ojos de fuego, y a sus simpáticos atributos. Le hubiera gustado tener tiempo para rezar. Silvana volvió a tomar su mano y lo empujó de nuevo hacia la oscuridad. Sólo podía ver un breve esbozo de sus curvas y unos ojos relucientes y malignos. Y un pedrusco muy amenazador.

—Pisa exactamente por donde yo lo haga —le dijo Silvana—. Pelayo siempre se queja de un ángulo muerto de una de sus cámaras.

Pepín hizo caso. Avanzó con sigilo hacia la tienda, buscando una columna que los ocultaba de las cámaras que intentaban delatarlos, hasta que pisó una ramita seca que crujió el silencio de la noche. Su corazón latió desbocado.

—¡Ahora! —gritó Silvana mientras lanzaba el pedrusco contra uno de los cristales de la tienda de electrodomésticos que daba al exterior del centro comercial.

El pedrusco atravesó el cristal, agujereándolo y resquebrajándolo. Al momento sonó una alarma y con el ruido toda la cristalera se desmoronó en un estruendo.

—¡Corre antes de que salga el guarda jurado!

La pareja corrió hasta la moto. Pepín llegó a ocultarse tras los matorrales jadeando; y Silvana respirando excitada mientras su corazón palpitaba de emoción y sus pechos se incendiaban de lleno.

En aquellos momentos la pareja pudo descubrir que si algo tiene Benidorm, es presencia policial. En menos de un minuto ya había llegado un coche patrulla inundando el escenario del delito con la luz ámbar de una sirena que giraba en la noche. Bajó una pareja de policías y sacaron sus pistolas. Silvana y Pepín se miraron incrédulos ante la efectividad policial. Antes de que se dieran cuenta el exterior del centro comercial estaba plagado de luces girando intermitentemente en manada. El color ámbar de las sirenas tiñó la noche del color de la cerveza y empapó el rostro de Pepín, que empezó a sentirse como en casa. Se relajó, se puso a gatas y sacó su casco entre los matorrales, intentando averiguar qué es lo que pasaba.

—Inconsciente —le susurró Silvana a su cómplice que estaba sacando entre los matorrales una cabezota roja que era cualquier cosa menos un elemento de camuflaje.

La pija lo cogió por el pantalón y estiró para ocultarlo cuando se percató de un delicado asunto dorado. Pepín llevaba un minúsculo tanga que brillaba. A la mente de Silvana llegó la imagen de Pepín esperando a la lavadora, prácticamente desnudo, con su mini tanga y su gran casco rojo. Era como un gran Chupachups de fresa con un lazo dorado. Su imaginación le puso una gafas de sol, al estilo policía americano, y el fuego picante de su interior la azotó de nuevo; era el morbo hacia lo... hacia lo incomprensible, hacia lo extraño, hacia lo artístico...

—Pepín —le dijo poniéndose a gatas y avanzando entre la oscuridad como una pantera que acecha a su presa—. ¿Llevas puesto un tanga dorado?

Sus mejillas se tiñeron de rojo vergüenza mientras Silvana avanzaba con paso lento. Él era consciente de que aquella bestia podía saltar en cualquier momento y no supo escoger las que podían ser sus últimas palabras. Silvana seguía avanzando a cuatro patas, lenta pero letal.

—Venga, enséñame qué llevas ahí debajo —le dijo con los ojos llenos de pecado.

Pepín retrocedía lentamente, acorralado, sin dejar de mirar a Silvana.

—Venga, no seas tímido —le dijo Silvana mientras ella se desabrochaba sus vaqueros—. Ves, yo también llevo un tanga dorado.

Pepín paró en seco y miró fascinado aquel tanga que relucía empapado del color de la cerveza que las sirenas de la policía les regalaban. Brillaba intermitente, giratoriamente, gloriosamente... y Pepín se quedó absorto mirando la belleza de la escena. Y la fiera atacó.

Con un movimiento ágil y veloz, aquella pantera le había sacado los vaqueros de un zarpazo, haciéndolos desaparecer como por arte de magia. Vistos y no vistos. Y las partes más nobles de Pepín habían quedado sin más protección que su armadura dorada. Silvana hizo un gesto y se quitó su delicada blusa, mostrando sus atributos y dejando que las luces anaranjadas se posaran libremente sobre aquellos pechos, acariciándolos. Se quedó a la espera, expectante ante la reacción de su presa.

Pepín se puso Pepón.

Se miró entre las piernas. Demasiada poca tela para aquella situación. Aquello era una tienda de campaña y sus alforjas reales habían resbalado, saliendo a la luz por los laterales. Silvana saltó con maestría sobre él dispuesta a empezar el tema, pero Pepín la frenó.

—¡Espera! —dijo separándola con su mano—. No te he dicho toda la verdad sobre mí.

Aquel momento era decisivo. Desde que la había visto por primera vez se había esforzado para que ella no le viese sin casco, y eso, era como haberla mentido. Tenía que mostrarse tal cual era ante la dama, tal y como le había recomendado Vespertino. Temeroso, inseguro, se llevó las manos hacia el cierre del casco. Respiró hondo y se dispuso a desembarazarse de él.

—Quieto —le dijo Silvana frenándole con sus manos, con la imagen del Chupachups de fresa con el lazo dorado en su cabeza—. Me gusta así.

Lo que pasó durante el resto de noche, a la luz de las sirenas giratorias que embriagaban la noche con el color de la cerveza, no tiene cabida en este libro. Sólo diremos que, por vez primera, Pepín hizo verdadero arte sin encomendarse antes a una de sus musas.

## Corazón de ámbar

Vespertino había encontrado una causa mucho más noble que sus caballerías y se encontraba mucho más feliz que de costumbre. Deseaba contar abiertamente todo lo que sentía, compartirlo con el mundo, pero desafortunadamente su locuacidad era un secreto y el caballero José le había prohibido hablarle del tema. Sólo le quedaba contársela a su padre que seguro que le estaría escuchando desde la Estrella Polar.

—Padre —le dijo, diminuto él ante la inmensidad del cielo estrellado que lo cobijaba en la noche—, soy tan feliz...

Vespertino suspiraba y esperaba entre frase y frase, como si estuviese esperando a que su padre le contestase desde la oscura lejanía.

—Últimamente no puedo parar de sonreír. Cuando hablo contigo, cuando descanso, cuando lucho junto con el caballero José, no puedo parar de sonreír. Incluso cuando duermo creo que sonrío, y por la mañana cuando me despierto.

Vespertino se lo pensó de nuevo y rectificó para no mentir a su amado progenitor. Aquello era pecado.

—Bueno, cuando me despierto creo que no sonrío. Son tan duras las mañanas... Pero en el fondo, mi corazón sonrío.

»Y me gustaría contarle al mundo la alegría que me embriaga. Me gustaría gritarlo a los cuatro vientos. Supongo que me entenderéis bien, pues vos, en vuestro día, también debisteis sentir lo mismo. Qué lástima que no podamos estar ahora juntos y juntar nuestros hocicos. Os echo tanto de menos, Padre...

Vespertino se sintió confuso ante la lágrima que brotó de uno de sus ojos. Su corazón cantaba de alegría día y noche, pero un pedacito de su alma lloraba todavía la ausencia de su amado padre, en especial cuando descansaba bajo aquel lejano astro que albergaba su alma.

—Qué difícil es de comprender este mundo en ocasiones, Padre.

El corcel agitó la cabeza para desembarazarse de aquella lágrima, única, larga y salada que descendía por su rostro.

—Sólo temo una cosa —confesó cabizbajo a su progenitor—, y es a

alejarme del caballero José. No quiero abandonarlo, y no pienso hacerlo, pero será inevitable con el tiempo. De hecho, estoy seguro de que será él quien decida que yo me aparte de su camino, porque me aprecia, me quiere como a un hijo, me lo dijo. Y yo sé que es cierto.

»El otro día se enfadó conmigo, y con razón, porque me aparté de su lado. Su enfado fue colosal, más grande de lo que yo merecía. Pero si fue así, desproporcionado e injustificado, fue porque me aprecia con el alma y temía perderme a mí, a su fiel compañero de este mundo. Y en el fondo, aunque lo pasé mal, fue un halago.

»Ojala José encuentre el nuevo camino como yo lo he hecho, un camino lleno de felicidad y libre de peligros. Y espero que sea pronto y que lo podamos recorrer juntos.

Vespertino suspiró. El único abrazo que podía recibir en su soledad era el de la noche estrellada, cálida y acogedora. Cuando hablaba con Padre se sentía como un potrillo falto de mimos. Miró a la luna hechicera y se empapó de su belleza. Menguante, la imaginó una cuna que lo acobijaba mientras la Estrella Polar se acercaba para que Padre le contara un cuento. Sus ojos empezaron a cerrarse dulcemente cuando escuchó una voz lejana que le dijo al oído: «Ayuda al caballero José a encontrar su nuevo camino».

Vespertino se espabiló de golpe. Padre le había hablado de verdad. Quería que ayudara a su amo. Pero... ¿cómo?

Las dudas se le disiparon al acto junto con mi llegada. Yo corría hacia él con una gran sonrisa en la boca.

—Vespertino —le dije muy emocionado—. No os imagináis qué me ha pasado. ¿Os acordáis cuando me insistíais tanto en que debía encontrar algo en común con la dulce y bella Silvana? Pues lo he encontrado.

—¿Y se puede saber qué es?

—Por supuesto. Resulta que su familia perdió todas sus posesiones por las malas artes de un señor avaro y codicioso que se empleaba con técnicas usureras. ¿Imagináis quién fue ese señor?

Vespertino tenía una ligera idea.

—Fue Ramón —le informé—. Por lo visto antes de ser consejero real ejercía de señor feudal, y por lo visto ejercía a base de tretas espinosas. Nos une la búsqueda por recuperar nuestra honra y posición, que ha sido mancillada por Ramón, el amigo de los cocodrilos.

—Cierto que por fin habéis encontrado algo en común —afirmó

sonriente el caballo.

—Ahora lo que debo hacer es servirle en bandeja la cabeza de tan despreciable ser, y cuando le haga tan deseado regalo, seguro que me premia con su corazón.

Vespertino bufó.

—No habéis entendido nada de las mujeres —contestó enfadado el corcel—. ¿Cómo os lo tengo que decir? Su corazón ya suspira por vos. ¿Es que acaso no lo veis en su mirada cuando ella os contempla? Si parece una flor dispuesta a marchitarse si vos no le regaláis vuestros encantos.

—¿En serio? ¿Y por qué me decíais que tenía que buscar algo en común con ella?

—No os dais cuenta. Vos creéis que os dará su corazón a cambio de una ofrenda, como la cabeza de Ramón, pero os equivocáis. Una mujer como Silvana es un ser armonioso con una profunda sensibilidad a flor de piel. Ella busca una persona capaz de entender sus sentimientos, capaz de comprenderla en lo más profundo de su ser. A eso me refiero yo con tener algo en común. Ese hecho hace que vos comprendáis mejor sus sentimientos ante tan vil persona. Eso es lo que ella desea, comprensión profunda. Y yo, hace ya mucho que veo en sus ojos que lo habéis conseguido. Ya tenéis la batalla ganada antes de haberla librado. Sólo os falta dar el último paso para obtener la victoria final.

Yo quería creer al corcel, pero todavía dudaba.

—Os veo indeciso —dijo Vespertino—. Vamos a hacer una cosa. Todavía veo luz a través de su ventana. Id a por ella e invitadla a dar un paseo a caballo para disfrutar de la belleza de la noche. Yo os ayudaré para que encontréis este nuevo camino que el amor os está ofreciendo.

—¿De verdad que podréis ayudarme?

—¿Es vuestro amor puro? —me preguntó Vespertino totalmente en serio.

—Por supuesto —contesté sin dudar.

—Entonces pediré un favor a mis amigos los animales y entre todos labraremos tu camino. Confiad en mí, que yo sé de cortejos, y gozaréis de la noche más mágica y bella de vuestra vida. Éste será mi regalo de boda para cuando formalicéis vuestra relación ante los ojos de Dios.

Asentí y le di las gracias a Vespertino, mi fiel amigo. Tomé al corcel de las riendas y anduvimos lentamente hasta que llegué frente a la ventana de la armoniosa muchacha.

—¿Y qué hago ahora? —pregunté.

Vespertino estaba perdiendo la paciencia. Yo había librado multitud de batallas amorosas, pero con Silvana, por algún extraño motivo, me estaba mostrando como un auténtico novato.

—Tíradle algunas piedrecillas hacia la ventana para llamar su atención —sugirió el caballo.

Y eso fue precisamente lo que hice. Silvana se encontraba en su interior rezando de rodillas a nuestro Señor a la luz de una vela cuando un repiqueteo de piedrecillas captó su atención. Se despidió de Dios y se dirigió hacia su ventana para apartar con sus delicadas manos la fina cortina de lino que nos separaba. Se encontró con mi silueta en mitad de la noche, caminando hacia ella junto con Vespertino.

—Decidle algo —me susurró el corcel, tan bajo como para que sólo yo pudiese escucharlo.

La noche lo envolvía todo, pero la poca luz de la luna menguante me mostró una sonrisa bella como ninguna que nacía entre la oscuridad a medida que yo me acercaba a ella. Vespertino bufó indicándome que debía de hablar, pero mis piernas temblaban ante tanta belleza y mi mandíbula amenazaba con jugarme una mala pasada.

—Hoy luce una noche mágica, venid conmigo y os mostraré un secreto de belleza incalculable —dijo Vespertino, aún teniendo en cuenta que tenía prohibido hablar en presencia de personas.

Silvana se asustó, pues aunque mi silueta con aquel gran gorro le era familiar, aquella voz que sonaba le era desconocida. Aguzó la vista.

—Soy yo, José —le dije a medida que me acercaba para mostrarme en la escasa penumbra.

Silvana se relajó.

—Qué rara me sonó vuestra voz —aseguró Silvana, todavía confusa.

—Me gustaría invitaros a ver un secreto de belleza incalculable —le dije esta vez yo.

—¿Qué secreto? —me preguntó Silvana.

Buena pregunta, sí, señor, porque yo no tenía ni idea de qué era aquello que Vespertino tenía en mente.

—Venid conmigo, subid a lomos de Vespertino y él nos llevará hasta ese secreto.



Silvana se entregó al misterio y confió en mi musculada mano que la ayudó a subir sobre el suave lomo del corcel.

La noche hechicera, la luna menguante, el dulce rumor del viento..., el galope tendido apremiaba el destino. Los poderosos músculos de Vespertino nos llevaban hacia las maravillas de lo desconocido. Mientras tanto, ajenos al tiempo y al resto del mundo, Silvana me rodeaba con sus brazos y posaba su dulce corazón sobre mi espalda, buscando la cercanía de nuestros latidos.

En algún momento Vespertino hizo un alto en el camino, buscó con la mirada donde aparentemente no había nada y relinchó. Se encogió y pegó un salto sobre unos matorrales para descubrirnos un paraje extraordinario. Parecía que la luna brillaba allí con más fuerza, iluminando una charca que descansaba en mitad del silencio de la noche. Las estrellas se reflejaban en su cristal de agua. Silvana se apeó y yo la seguí mientras ella miraba la vegetación florida con maravilloso entusiasmo.

—Así que este lugar es el misterio que guardabais. Es sencillamente precioso —me dijo encandilada ante tanta belleza, sin sospechar que todavía quedaba lo más importante del secreto que nos tenía preparado Vespertino.

Yo la seguí con la mirada, dispuesto a lanzar mis sentimientos, a dar el salto sin red, y ella me miró. Acto seguido bajó la vista, ruborizada, pues si yo me estaba comportando con cierta vergüenza, ella era tan tímida que no osaba siquiera a mantenerme la mirada.

—Yo... —empecé a decir sin saber muy bien cómo continuar—. Yo... Quiero deciros que...

No me atrevía a seguir. Ella mirando al suelo, yo haciendo fuerza por acercar mi mano a la suya para cogerla y acariciarla, pero mis músculos no respondían.

Vespertino negó con la cabeza, como dándolo por perdido, y decidió adelantar el regalo que tenía preparado. Relinchó suavemente para pedirle algo a sus amigos, los animales. Acto seguido una luciérnaga se encendió en la oscuridad, girando en el aire, dibujando círculos de luz de color ámbar. Antes de que nos diéramos cuenta la charca en calma se llenó de luces girando intermitentemente en manada. El color ámbar de las luciérnagas iluminó el espejo del agua y empapó nuestros rostros de enamorados. Vespertino sonrió y silbó una orden a sus amigas. Todas las luciérnagas se pusieron de acuerdo y dibujaron en el aire un corazón de ámbar que brillaba en mitad de la noche, acariciando nuestros rostros de enamorados. Las luciérnagas empezaron a

moverse y el corazón empezó a dar vueltas al ritmo de una melodía de zumbidos de amor, brillando intermitentemente, giratoriamente, gloriosamente.

Habría muerto si en aquel momento hubiese despertado para descubrir que todo había sido un sueño, y ni siquiera me atreví a respirar por miedo a romper aquel sortilegio. Pero todo lo que sucedía era real, así que me armé de valor y rimé amor con corazón, y fuego con deseo, y compuse unos breves versos cargados con el inmenso poder de la poesía; un poder infalible que me otorgó la fortaleza necesaria para deslizar mi mano sobre la de Silvana. Mi dama la aceptó dulcemente, tomándola con delicadeza. Fue entonces cuando me dispuse a dar el paso más duro de toda mi vida.

—He de contaros algo —le dije apretando su delicada mano—. He de mostraros algo que os he ocultado y que quizá os decepcione.

Me llevé las manos a mi fabuloso gorro de terciopelo rojo, dispuesto a retirarlo, cuando Silvana me frenó.

—Nada puede decepcionarme de vos —me dijo complaciente—. Si así os sentís más cómodo, dejaoslo.

Yo asentí y permanecimos el resto de noche en silencio, sin mirarnos, disfrutando de aquel corazón de ámbar cuyas luces se posaban sobre nuestros maravillados rostros.

No tuvimos más contacto físico que el roce de nuestras manos, sin embargo, en un momento en que los dos suspiramos acompasadamente, nuestros ojos se cruzaron fugazmente y fue tal la intensidad de nuestra mirada, y tal la cercanía que alcanzaron nuestros corazones en aquel momento, que temí haberla dejado encinta.

Si tú eres tan perfecto, ¿por qué te echó tu padre de casa? Aquella pregunta no paraba de bombardear la conciencia de Ramón, tendido sobre la cama, incapaz de conciliar el sueño bajo el tremendo peso de los recuerdos. A su lado descansaba en paz Sagrario, como un pajarillo, ignorando el calibre que había adquirido la disputa de aquella noche.

Ramón cerró los ojos e intentó poner la mente en blanco, pero era imposible; la oscuridad era como una sala de cine antigua sobre la que se proyectaba su pasado. «No quiero volver a verte», le dijo su padre con dedo acusador cuando lo sacó a rastras de casa. El jovencito Ramón lo miraba con ojos de cordero degollado desde el suelo.

Una lágrima brotó de sus ojos. Era imposible dejar de recordar aquello. Se levantó y se dirigió al mueble bar.

Los recuerdos se sucedían uno tras otro. La cara de su madre, callada, impotente, era incapaz de frenar la rabia de su padre, quizá porque comulgaba con sus ideas.

Se dirigió hacia su balcón acristalado y contempló la luna menguante, guardiana del pequeño Manhattan. A sus pies, la ciudad dormía en calma.

Otra lágrima del recuerdo se deslizó por sus mejillas para caer en la copa de coñac, agitando el añejo elemento. Pero más agitada estaba su alma. Lo bebió todo de un trago y se preparó, pensativo, otra copa dejándose arropar por la luz de la luna.

Desde aquel fatídico día su meta en esta vida había consistido en convertirse en el hombre que su padre habría querido. Había formado un imperio a partir de la nada. Ahora era dueño de varias tiendas que le aportaban grandes beneficios y tenía múltiples inversiones en bolsa, y además tenía una novia que era la esposa modelo que cualquier hombre podría desear, tan entregada y solícita en su trabajo de ama de casa... ¿Qué pensaría su padre si un día se presentase en su casa después de tantos años?, ¿lo admitiría como hijo, o lo volvería a rechazar? Si todo el mundo lo trataba como un hombre respetable, un ejemplo a seguir, ¿por qué no lo iba a hacer su padre? Quizá porque lo conocía demasiado bien, pensó decepcionado.

De un trago se bebió otra copa. Además, su padre no aceptaría que se presentase en casa con una novia a estas alturas de la vida. Si al menos fuera su mujer... Tendrían que comprometerse ante los ojos de Dios, y entonces quizá sí que le aceptase. Eso es lo que tenía que hacer: casarse.

Se dirigió hacia la habitación y miró a Sagrario en la penumbra. Tenía que casarse con ella, y por la iglesia. Estuvo contemplándola un rato en silencio y pegó un buen trago. Había vaciado la botella entera y volvió al mueble bar. Fue entonces cuando el teléfono irrumpió en mitad de la noche.

—¿Podría hablar con Ramón Pelayo? —preguntó una voz desconocida.

—¿Quién quiere saberlo?

—Llamamos de la policía. ¿Es usted el señor Pelayo?

Ramón perdió la borrachera de golpe.

—Sí, soy yo. ¿Ha pasado algo?

—Un posible robo en uno de sus negocios. ¿Puede acercarse al centro comercial?

Ramón olvidó cuanto tenía en mente y se dispuso a vestirse lo más

rápido posible. Raudo y veloz como el viento sacó el planchador y eliminó toda arruga de una camisa y un pantalón. Luego planchó los calcetines y los calzoncillos con cuidado de no castigar los cocodrilos bordados de Lacoste. Se vistió, se peinó el pelo y el bigote y se perfumó. Luego se echó laca y volvió a peinarse. Se echó hidratante facial, esparciendo la crema tan rápidamente como sus manos le permitieron y mientras esperaba a que se absorbiera sacó un pequeño trapo y grasa de caballo y empezó dar lustre a sus zapatos. Finalmente se miró en el espejo, volvió a coger el trapo y remató los zapatos. Por fin estaba presentable, así que salió pitando como alma que lleva el Diablo y se metió en su maravilloso coche.

Un rugido de bestia alemana le indicó que atravesar la ciudad para llegar su negocio sería cuestión de cinco minutos; apenas dos o tres si se saltaba los semáforos en rojo. Tan rápido era su coche que en lo que tardaba en lustrarse sus zapatos podría haber hecho varias veces el recorrido.

Cuando llegó, la escena del delito estaba inundada de luces ámbar que giraban en mitad de la noche. Los coches de policía se encontraban aparcados alrededor del cristal roto. Un agente le informó de lo sucedido.

—Un malhechor ha destrozado con una piedra uno de los cristales para robarle.

Ramón miró el destrozo malhumorado. Parecía demasiada casualidad que aquello hubiera sucedido la misma noche que había despedido a Silvana y había peleado con Pepín. Refunfuñó como Perro Rabioso que era y husmeó el ambiente. Casi hasta podía oler a Silvana y a Pepín.

—¿Podría hacer el favor de entrar y comprobar los productos que le han robado? —le preguntó uno de los policías—. Puede entrar sin miedo.

Ramón ni siquiera utilizó la puerta. Se deslizó hacia el interior por el escaparate roto y empezó a recorrer la tienda. Poco a poco iba reconfortándose, pues por lo visto no había desaparecido nada. Su alegría fue completa cuando entró en su pequeño cubículo que hacía de oficina y pudo comprobar que estaba todo intacto. Fue entonces, de espalda a los agentes, cuando comprendió que le habían hecho un favor, así que dejó su sonrisa de lado y se esforzó por poner cara de pena antes de darse la vuelta para dirigirse a los agentes.

—Mi negocio... me lo han desvalijado...

—No se preocupe —le dijo uno de los policías dándole unas palmadas sobre la espalda—. Haga una relación de todo lo sustraído y el seguro cargará con todos los gastos.

## El despertar de los amantes

—Mi carroooo me lo robarooooomnn, anocheeee mientras dormíaaaaaa...

Antonio se afanaba día y noche tras la barra del bar, pero nunca perdía el ánimo y aprovechaba cualquier ocasión para cantar alguna canción de Manolo Escobar, de Julio Iglesias o de el Fari.

Serafín entró en aquel momento en la Estrella Polar. Con pasitos cortos y decididos se dirigió hacia una de las banquetas para encaramarse sobre ella de un salto con su cuerpo de barrilete.

—Lo de siempre —dijo, esperando la típica ración de tapas acompañadas de un buen tinto que siempre tomaba como el primero de sus almuerzos—. Por cierto, Antonio, cantas realmente bien. ¿Podrías cantar otra canción?

—Por quee yooooo... tarará... Soy un truhaaann, soy un seññoorrrr... tarará...

—Eres realmente bueno. Mejor que eso. Eres realmente buenísimo. ¿Qué te parece si yo fuera tu representante artístico? —le propuso mientras chupaba una cabeza de gamba.

Antonio ni siquiera le contestó. Se limitó a reír como si aquello fuese una broma.

—Piénsatelo, te lo digo en serio. Con tu voz y una buena estrategia de márquetin podemos hacer maravillas. Si al fin y al cabo lo que importa es el nombre. Imagínate: «Antonio: camarero, truhán y señor».

Antonio siguió a lo suyo mientras canturreaba: «Me guuustan las mujeeeres, me gusssta el viiiino....». Serafín seguía pensativo mientras degustaba el buen vino del bar. De repente dio con una buena idea.

—¡Lo tengo! «Cantinelas de cantinero». Ése va a ser tu primer disco. Ya estoy viendo tu CD en todas las gasolineras. Con esto nos vamos a hacer ricos.

Antonio comprendió en aquellos momentos que Serafín iba en serio.

—Bueno, si quieres ser mi mánager, ¿has representado ya a algún cantante?

Serafín no contestó.

—¿Tienes contactos con alguna discográfica? ¿Y con alguna editora musical?, o con distribuidoras...

Serafin negó con la cabeza.

—¿Conoces los entresijos del mundo musical? ¿Conoces...?

—¡Vete a la mierda! —interrumpió de malos modos Serafin—. Es que los artistas sois de lo que no hay. Se os sube la fama a la cabeza a la primera de cambio.

Sus mofletes carnosos de perro pachón se arquearon. Parecía enfadado, pero aquello no le impidió seguir comiendo.

—Por cierto, ¿cómo le va a tu representado artístico? —preguntó Antonio por Pepín—. Hace ya tiempo que no viene por aquí a escribir.

Serafin casi se atraganta al oír aquello. Su gallina de los huevos de oro —y no se refería con esto al tanga dorado que llevaba— se la estaba jugando. ¿Es que acaso se había relajado con el libro? Sacó el móvil y empezó a teclear con sus dedos amorcillados el número de Pepín. No contestaba. Después llamó a Hacienda.

—Hola, que soy Serafin. Que no voy a poder ir a trabajar, que me ha surgido un asunto propio muy urgente. Anuladme las citas que pueda tener.

Cerró con fuerza la tapa del teléfono y bajó de la banqueta de un salto para dirigirse hacia la casa de Pepín. Antes de salir abrió la cartera para pagar.

—Antonio, que estamos a fin de mes... ¿me lo pones en cuenta?

El camarero y dueño del bar apuntó de mala gana.

Al salir, Serafin miró la calle y comprendió que el que iba a hacer era un gran esfuerzo, pero tenía la economía temblando ante sus excesos gastronómicos y Pepín era su única esperanza. Sacó un pañuelo de su bolsillo y se secó su sebosa frente. Ya estaba sudando sólo de mirar aquella combinación explosiva: Lorenzo azotando desde lo alto del cielo y una calle cuesta arriba. Empezó dando el primer paso. No fue fácil, pues las rodillas le dijeron con un tembleque que no estaban dispuestas a soportar tanto peso, pero empezó a pensar en los buenos vinos que podría degustar cuando Pepín le hiciese rico y eso lo motivó en exceso. Siguió con un segundo paso y después con un tercero. Aquello marchaba.

La calle estaba muy empinada, no había lugares de sombra y el empedrado del suelo resbalaba. Sin embargo parecía que eso no afectaba a los ingleses, que se movían por Benidorm alquilando sillas eléctricas para inválidos. No es que las necesitasen, pues realmente no estaban impedidos, pero estaban de vacaciones y la tercera edad inglesa había decidido que para qué iban a andar si unos artilugios eléctricos lo podía hacer por ellos. Serafin

sintió el pecado de la envidia en su alma cuando uno de esos ingleses lo adelantó por su derecha en una de esas sillas, totalmente relajado, con una sonrisa en la boca. Se indignó. Esos guiris tenían mucha suerte, venían a Benidorm y no se preocupaban del *qué dirán*, les importaba todo un bledo. Sin embargo, él no podía ir por ahí con silla eléctrica por si lo veía alguien de Hacienda. ¡Cuántos sacrificios le exigía su trabajo!

A diferencia del resto del cuerpo, sus glándulas sudoríparas y sebáceas estaban en plena forma. Llegó totalmente empapado en su sudor y se secó por última vez ante el portón antiguo que daba entrada al piso de Pepín. Tomó en su mano el picaporte de acero y golpeó el pontón de madera con insistencia hasta que los goznes chirriaron en un movimiento de apertura.

Tras la puerta apareció Pepín, medio dormido, visiblemente agotado, con los ojos hinchados y morados del sueño y una sábana blanca enrollada sobre la cintura, tapando sus vergüenzas. Habría parecido un emperador romano recuperándose de una bacanal si hubiera llevado una corona de laurel en vez de su gran casco rojo.

—Pepín, No estarás descuidando el libro... —le dijo inquisitivamente el agente literario.

—Noooo... —le contestó más dormido que convencido el escritor.

—¿Y por qué no vienes al bar a escribir?

Buena pregunta, pensó a duras penas Pepín.

—Es que estoy escribiendo por las noches.

Serafín lo miró de arriba abajo. No tenía pinta de haber estado escribiendo.

—¿Me puedes enseñar lo que escribiste anoche?

Pepín empezó a pensar en la noche que había pasado, con la trifulca en casa de Ramón, con las cañas que habían tomado junto con Silvana, con la rotura del cristal y con aquel encuentro amatorio empapado del ámbar de las sirenas de la policía.

—Me parece que estás descuidando el libro —aseguró Serafín enfadado.

—Ahora no puedo hablar, luego te llamo —contestó Pepín dándole un portazo en las narices.

Avanzó lentamente, con máximo sigilo, hasta llegar a su habitación en penumbra. La luz del día atravesaba tímidamente la persiana y se filtraba entre los agujeros de aquellas cortinas polvorientas para dibujar, al contraluz, la silueta de una mujer que dormía desnuda. Sus cabellos de oro descansaban

sobre la cama. Siguió avanzando y contempló de cerca aquella piel suave y perfecta. Sopló delicadamente sobre la línea de su nuca y comprobó cómo se le erizaba la piel. Sus pezones también reaccionaron, generosamente.

Pepín se puso Pepón de nuevo y se dirigió al baño para encerrarse y darse unas bofetadas. No, no y no, pensó. No puedes distraerte de tu verdadera vocación. Eres un escritor y debes comportarte como tal. Tu prioridad es el libro.

No estaban dando mucho efecto aquellas palabras, porque imaginaba a Silvana y la veía como una diosa del amor, así que se pegó otra tanda de bofetadas. Volvió a pensar en Silvana y esta vez empezó a verla como un impedimento hacia su obra. Todavía no era suficiente, así que se dio otra tanda de bofetadas. La volvió a imaginar y gruñó como un perro ante una amenaza. Tenía que dejarle bien claro que aquella relación no los llevaría a ningún sitio, aunque pudiera destrozarle el corazón a la muchacha con sus palabras. Todo había sido culpa del inmenso poder de la poesía. Si lo llega a saber no le recita aquellos versos de *Con diez cilindros por banda...* Se quedó pensativo y elaboró un discurso para romper con su compañera de piso intentando hacerle el menor daño emocional posible.

Mientras tanto Silvana empezó a despertar ante los insistentes golpes que parecía que alguien estaba recibiendo. La habitación no parecía la suya, pero tampoco era nada del otro mundo, pues no era la primera vez que despertaba en una cama extraña. Lo malo llegó al comprobar que aquella habitación vieja, desordenada y llena de libros era la de su compañero de piso. De repente se enfadó consigo misma. La noche había sido satisfactoria, sí, pero estas cosas no había que hacerlas con un compañero de piso, o un amigo... o lo que fuera que fuese. Estaba demasiado confusa. ¿Querría Pepín formalizar su relación y presentarla en sociedad ante su madre y ante Ramón? Un escalofrío recorrió su cuerpo y se enfadó consigo misma. Tenía que cortar por lo sano.

A medida que Pepín pensaba en lo que había hecho se ponía más furioso. Había escuchado en multitud de ocasiones que las novias chupaban la energía vital y él la necesitaba para escribir su obra maestra, así que gruñó un poco más al espejo y se dirigió hacia donde estaba su compañera de piso.

Silvana se dirigió hacia Pepín, a punto de gruñir también.

Pepín se la encontró de cara y la miró enfadado, fijamente a los ojos. Ella le devolvió otra mirada asesina y se dispuso a hablar, gesticulando con las manos. Sin embargo no le salían las palabras.



Pepín hizo lo mismo, gesticulando en exceso para escupir su discurso por la boca, pero tampoco le salió nada.

Ambos se miraron y la tensión creció.

—¡Pues eso! —consiguió decir finalmente el escritor.

—¡Pues lo mismo te digo! —contestó la pija.

Silvana salió de la habitación y pegó un portazo. Pepín abrió la puerta

—Pues lo mismo te digo yo a ti también —dijo otorgándose la última palabra para después pegar otro portazo que lo dejase aislado en el interior de su habitación.

Pepín paró en seco y recapacitó sobre todo lo sucedido. ¿Qué es lo que pretendía ella?, ¿que él invirtiera su tiempo de escritor dando largos paseos cogidos de la mano a orillas del mar? Quien dice paseando también dice mirando las estrellas como dos tortolitos imbéciles. No, no estaba dispuesto a descuidar su libro. Y para ello iba a empezar a escribir en aquel mismo momento.

Se vistió rápidamente, preparó su ordenador portátil y se fue a la cocina para sacar el néctar de la inspiración: tres botellines bien fríos de cerveza. Pero antes tenía que llamar a Serafín para que su agente literario no perdiese la confianza. Lo curioso del tema es que nada más encender su móvil le llegaron varias notificaciones de llamada de un número de móvil desconocido. Alguien quería hablar con él insistentemente, y pronto disipó sus dudas, pues el teléfono comenzó a sonar.

—¿Diga? —preguntó el escritor extrañado ante tanta insistencia.

—Hola, ¿eres Pepín? —asintió—. Mira, me gustaría proponerte un trabajo para mañana. Algo sencillo, rápido y bien pagado.

Pepín empezó a dudar. Demasiado bonito para ser verdad. Ahí había gato encerrado.

—Según tengo entendido te gusta mucho conducir y te conoces la ciudad de cabo a rabo, ¿no es cierto? Podrías sacarme de un apuro y tú te llevarías un buen dinerito. Sólo tendrías que recorrer la ciudad conduciendo.

Y además divertido el trabajo. Cada vez estaba más seguro de que había gato encerrado. ¿No sería una trampa de Ramón?

—¿Cómo ha dado con mi número?

—Me lo ha dado un familiar tuyo: Ramón Pelayo.

Pepín entornó los ojos, desconfiando.

—¿Y cuál es la parte negativa del trabajo?

—Ninguna. Vienes, recorres la ciudad con la furgoneta repartiendo las

mercancías, y en un par de horas ya has terminado el trabajo. Si te gusta conducir es muy sencillo.

—¿Seguro que no tiene parte negativa?

—Que no, que es muy sencillo.

Pepín dudó, pero su economía temblaba y el trabajo era aparentemente bueno.

—Está bien, cuente conmigo.

—Perfecto, preséntate mañana a las siete y media de la mañana en la calle...

Pepín colgó indignado el teléfono. ¿Que no había parte negativa? Antes muerto que levantarse a las siete de la mañana. Pepín se había indignado con aquella llamada, pero enseguida comprendió que la culpa había sido suya por haber confiado en aquel desconocido; estaba en su naturaleza de empresario que antes o después acabara mandándole trabajo duro. Decidió tranquilizarse leyendo la correspondencia.

Abrió uno de los sobres, lo leyó y se rió. Era del banco. Según decían su cuenta estaba en números rojos con todas las consecuencias que ello conllevaba. Demasiada retórica para aquella minucia. Que estaba en números rojos... no pasaba nada. Últimamente se sentía libre de deudas; además, todavía tenía dinero suficiente para comprar el néctar de la inspiración durante una temporada.

Después abrió otra carta, mucho más breve ésta.

*Estimado Pepín,*

*Siento comunicarte que el reembolso garantizado no afecta a problemas familiares. O me abonas mañana el pago que dejaste pendiente por mis servicios de vidente, o me veré obligada a dedicarte dos velas negras para que los cuervos del mal picoteen tu alma hasta dejarla muerta.*

*Afectuosamente, la vidente Azul.*

Pepín sintió escalofríos y cogió el móvil como alma que lleva el diablo.

—Perdone, que antes se había cortado la llamada porque me había quedado sin cobertura. ¿Dónde tengo que estar mañana a las siete y media para ese trabajo tan bueno que me ofrecía?

## Los cuervos del mal

Despertarse a las siete de la mañana, cuando ciudad y todo hombre de bien duermen, es mucho peor que la más cruel de las resacas. Si además tenemos en cuenta que Pepín estaba alcanzando la fase REM del sueño justo cuando el despertador empezó a irrumpir en un molesto estruendo sonoro para indicarle que debía trabajar, entonces, comprenderemos que aquel madrugón fue ante todo una temeridad para su organismo. Sin embargo, no había otra alternativa si quería evitar que los cuervos del mal picotearan su alma.

Lo que pudo recordar el cerebro adormilado de Pepín a partir de entonces fueron recuerdos vagos e imágenes que se sucedieron como en una película muda proyectada sin público: la imagen de Pepín arreglándose ojeroso frente al espejo del baño, la imagen de la carretera hacia su nuevo trabajo y la imagen de su nuevo jefe, un hombre mayor explicándole lo que tenía que hacer mientras gesticulaba como una marioneta. Cuando por fin pudo recuperar la conciencia lo suficiente como para pensar —dentro de lo que se podía pensar durante aquellas horas de la madrugada—, ya estaba dentro de un pequeño camión de reparto, circulando por la avenida de Europa con una libretita en su mano en la que habían apuntadas multitud de direcciones y número extraños.

Pepín intentó recordar las instrucciones que le había dado aquel empresario, pero sólo recordaba una frase porque se la había repetido en multitud de ocasiones: «¿Está todo claro?». Se la había repetido una y otra vez mientras Pepín asentía con la cabeza, quizá porque había puesto el piloto automático para desenvolverse tan de madrugada.

No hay que perder la calma, pensó. Al fin y al cabo soy un gran pensador y de situaciones más difíciles he salido utilizando la materia gris de mi cabeza. Sólo tengo que analizar la información de esta libretita, y para ello lo primero que debo hacer es preparar mi mente.

Avanzó hasta la rotonda de las banderas, torció a mano derecha, recorrió la avenida del Mediterráneo y se introdujo en el casco antiguo de la ciudad. Avanzar en aquel pequeño camión de reparto era mucha más lento que con su moto, pero finalmente llegó hasta la Estrella Polar, uno de los pocos lugares donde ponían un café digno de su paladar.

El bar estaba cerrado. Claro, pensó, si ni siquiera se ha despertado el sol. Aparcó en doble fila frente a la puerta del bar y esperó pacientemente a que Antonio abriera. Ni siquiera tenía la mente para hablar consigo mismo, así que cerró los ojos durante unos segundos. Sólo unos segundos...

Cuando los abrió el bar estaba repleto de gente, como por arte de magia. Entró y pidió un par de cafés ante la sorpresa de Antonio. Se los metió de golpe. Pepín se dio cuenta de que por fin estaba preparado para analizar la confusa información de aquella libretita de repartos porque su mente estaba empezando a bombear información. Prueba de ello fue que dedujo que la cafeína la había tomado para trabajar mejor, así que aquello podía considerarse como gasto de empresa.

—Antonio, dame la factura de los cafés. Y ponme también un par de cervezas, pero factúralas como cafés.

Pepín sonrió, realmente era un tipo inteligente. Sacó su portátil y decidió escribir unas pocas líneas inspiradas en el terrible madrugón al que se había enfrentado. Pero sin olvidar que tenía que ejercer de repartidor, por lo que sólo le dedicaría a la escritura un par de minutitos...

—Creo que estoy obrando mal —le dije visiblemente contrariado a Vespertino.

Cada noche aprovechábamos mi fiel corcel y yo para relajarnos charlando bajo la tenue luz del cielo estrellado. Yo le contaba mis confidencias y él me correspondía con las suyas, siempre y cuando no tocasen el tema tabú de las yeguas.

—No os comprendo, mi amo —me dijo tras un bostezo soñoliento con el que me mostró toda la quijada.

—Os lo explicaré de forma clara: no puedo continuar mi relación con Silvana.

Vespertino me dedicó una mirada en la que el reproche se mezclaba con el cansancio.

—¿Cómo que no? Si la deseáis con toda vuestra alma.

—¿Qué creéis, que no lo sé? Mi corazón muere si no estoy a su lado, pero me debo a mi juramento. ¿O es que habéis olvidado nuestros votos de lealtad con los valores de la caballería?

—Pero también tenemos derecho a nuestra felicidad, ¿o no? —dijo Vespertino, intentando hacerme recapacitar.

—Hemos jurado anteponer la felicidad del prójimo a la nuestra. Ésos son los ideales de la caballería.

—Pues no lo estáis cumpliendo, ya que habéis vuelto a romper otro corazón sin que os importen las consecuencias. Primero, vos le prometéis vuestro corazón a Silvana, os lo vi claramente en la mirada, y después me decís que pensáis arrebatárselo. ¿No os dais cuenta de todo lo que sufrirá la pobre dama?

Agaché la cabeza, abatido.

—Y para colmo —continuó el corcel cada vez más adormilado— vos le recitasteis unos breves versos cargados con el inmenso poder de la poesía. Después de eso es demasiado tarde para dar marcha atrás. Os tenéis que comprometer con la dama. Lo digo yo y lo dicen las normas del buen seductor...

La última frase de Vespertino quedó menguada en su final ante otro bostezo de cansancio. Su cuello apenas podía aguantar el peso y daba cabezadas mientras se le cerraban ligeramente los párpados.

—¿Me estáis afirmando que tengo que romper uno de mis dos juramentos: el del buen caballero o el del buen seductor?

La contestación no llegó. Vespertino había cerrado los ojos.

—Venga... —le insistí—. Contestadme, que necesito de vuestro consejo.

—Estoy muy cansado, necesito dormir.

—Pero si todavía es muy temprana la noche—le dije al corcel que acostumbraba a levantarse bien entrada la mañana y a entregarse al sueño bien entrada la noche.

—Es que hoy estoy más cansado de lo normal —insistió el caballo con la voz débil y sin abrir los ojos.

Aquella escena era enternecedora. Vespertino descansaba como un potrillo, en paz. Yo le acaricié su esplendoroso cuello y le deseé al oído dulces sueños en un susurro. Volví a mis aposentos poco a poco, sin hacer ruido para no despertarlo. Vespertino respiró lenta y profundamente un par de veces más mientras yo me alejaba... sólo un par de veces, pues tan pronto como se quedó solo, abrió uno de sus ojos y comprobó que tenía el terreno libre para sus propósitos; sonrió con picardía, totalmente despierto.

El corcel empezó a moverse sigilosamente para abandonar la Morada del Olvido sin que yo lo advirtiese. Su destino era lejano, así que una vez se

hubo alejado lo suficiente, abandonó el silencio y empleó toda su energía en un galope tendido que le llevase lo más rápido posible a su destino, aún a pesar del peligro que corría un corcel que vagaba libre sin amo.

Afortunadamente la luna fue la única que logró observarlo desde su posición privilegiada. Ni siquiera una ardilla despistada que cruzaba el camino sin mirar se dio cuenta de que Vespertino pegaba un fabuloso salto para no pisarla. Eso habría sido un homicidio involuntario, pero al fin y al cabo un homicidio. Aterrizó con fuerza sobre el suelo, haciéndolo vibrar, y siguió volando al galope sin prestar atención al cansancio de sus músculos hasta que finalmente disminuyó el ritmo para introducirse por unos vericuetos finamente trazados en una ladera rocosa. La vegetación y el terreno iban cambiando a medida que avanzaba y el canto de los grillos se iba transformando en un murmullo lejano. Vespertino asomó la cabeza entre dos matorrales y divisó cuanto ansiaba.

Estrella y Marfil recibieron a su visitante con unos relinchos de bienvenida. Acariciaron sus hocicos en claro gesto de saludo. Vespertino preguntó por Canela y las dos yeguas le indicaron el camino.

—Tras aquellas maderas —le relinchó Estrella.

Vespertino rodeó el obstáculo para encontrarse con la yegua, que descansaba en tranquilidad absoluta hasta que se encontró con su enamorado. Por algún motivo Canela estaba más radiante que nunca. Su piel relucía en la penumbra de una hoguera que se extinguía mientras que sus dos ojos verdes de aceituna ofrecían su alma al visitante. Vespertino hizo un gesto rápido y se sacudió las alforjas para mostrar su marca de nacimiento con la forma de XXIII. Canela sonrió y frotaron sus hocicos.

—¿Se lo has dicho ya? —preguntó la yegua, expectante.

—Es un testarudo —bufó Vespertino, negando con la cabeza—. Me ha prohibido hablar de cualquier asunto relacionado con yeguas hasta que no finalicemos esta aventura en la que estamos inmersos.

—Entonces lo mejor será esperar un poco más.

—Pero me cuesta tanto guardar este secreto...

A Vespertino le habría gustado dar un paseo nocturno con tan grata compañía, pero la yegua no estaba para mucho trote, así que decidió plantarse a su lado y hacerle compañía. En silencio, como los buenos amantes, estuvieron durante gran parte de la noche hasta que Canela se quedó dormida.

—Hasta mañana —le relinchó suavemente para despedirse y luego darle

un beso.

La dejó sigilosamente para no despertarla. Estrella y Marfil le pusieron las alforjas en su sitio para que su caprichosa marca de nacimiento quedara oculta y retomó el camino rumbo a los Marjales del Olvido.

La noche apremiaba. Sabía que tendría que cabalgar muy rápido si quería llegar antes de que yo me despertase con las primeras luces del alba. Retomó el camino por aquel vericuetto escarpado, esta vez cuesta abajo, y con marcha asimétrica y poderosa se dirigió junto a su amo tan rápido como sus músculos y su corazón le permitieron. Al llegar estaba extenuado de cansancio, pero sólo por la imagen de Canela entregándose al descanso y por sentir su respirar profundo y relajado sobre su cuello había valido la pena aquel intenso sobreesfuerzo. Además, aunque el fulgor previo al sol naciente estaba pincelando el cielo nocturno, todavía no era oficialmente de día. Se entregó al sueño, aunque tan fatigado estaba que ni siquiera presintió que nos acechaban los peligrosos cuervos del mal.

Por mi parte, aquel día madrugué como era costumbre en mi persona: con los primeros rayos del amanecer. Es parte de mi carácter entregado al esfuerzo y al trabajo duro. Sin embargo, como Vespertino solía dormir hasta que el sol alcanzaba su punto más álgido y daba la bienvenida a la tarde, decidí leer un tratado sobre poesía. Y en ello estaba cuando los vellos de mis fornidos brazos se erizaron. Era un presentimiento, un sombrío y funesto presentimiento.

Dejé todo cuanto tenía entre manos y asomé la vista al horizonte. A lo lejos, un grupo de jinetes cabalgaba hacia nosotros sobre caballos negros. Su armadura era negra como el carbón que alimenta las llamas del infierno y temí que lo que siempre había dado por un cuento de prestamistas para asustar a la gente que no pagaba sus deudas se me presentase real a la vista. Agucé todavía más mis sentidos. Mi potente vista de esmeralda, medio de águila y medio de lince, me permitió confirmar mis peores temores. Los jinetes vestían una armadura de construcción tan caprichosa que sólo podía estar forjada a base de conjuros. Estaba formada por pequeñas piezas de metal negro del tamaño de plumas que les confería aquel aspecto de animal alado. Además, su yelmo tenía un pico ganchudo que los protegía de los ataques a la cara. Sin duda eran los cuervos del mal que me los había enviado la bruja Azul ante el impago de mi deuda.

Corrí hacia Vespertino para despertarlo, debíamos huir inmediatamente.

—Vamos, vamos... levantad, que nuestra vida está en peligro —le dije mientras tiraba del ronzal con todas mis fuerzas.

Vespertino acababa de acostarse y estaba tan entregado a las primeras fases del sueño que era incapaz de escuchar mis palabras ni de sentir mi fuerza.

—Venga, haced el favor de despertar.

En lugar de eso movió los labios para tragar saliva y dejó la boca abierta, a punto de caerle la baba de lo a gusto que estaba durmiendo.

A poco que pasaba el tiempo aquellos jinetes sombríos se iban acercando. Con la prisa de quien le persigue la muerte llené un cubo de agua y lo tiré sobre la cabeza de mi montura. Nada, ni se inmutó. Vespertino volvió a tragar saliva y siguió durmiendo con una sonrisa en la boca; al parecer estaba disfrutando de un dulce sueño por la felicidad de su cara.

Corrí hacia la cocina con el cubo en la mano y lo llené de cerveza para ofrecérselo.

—Venga, Vespertino, despertad, que os he traído un cubo entero de cerveza para desayunar.

El corcel percibió algo con el olfato. Sin dejar de soñar inclinó su majestuoso cuello y acercó la boca para beber de la cerveza. Era como un sonámbulo que bebía sin despertar.

Los jinetes seguían avanzando. Tendría que estrujarme los sesos si quería sacarlo de aquel idilio con el sueño.

—Mirad, ha venido Canela a visitaros —le dije como último recurso.

El caballo se despertó de golpe.

—¿Dónde?, ¿dónde? —preguntó mirando de izquierda a derecha, buscándola insistentemente con su mirada.

Pero ante su vista sólo estaba yo con una sonrisa mitigada por el miedo.

—Nos persiguen los cuervos del mal. Siempre creí que eran fábulas de prestamistas, pero son reales, miradlos.

—Pero si todavía está amaneciendo... Todavía queda mucho para que el sol llegue al mediodía y de la bienvenida a la tarde.

Vespertino cerró los ojos.

—Tenéis que despertar—le insistí—. Si no moriremos.

—Siempre he deseado morir tranquilamente mientras duermo...

—Y yo también, pero cuando sea viejo, no hoy.



Vespertino bufó enfadado. Yo me encaramé sobre su lomo de un salto y empezamos nuestra huida.

—¡Al galope! —le dije señalando la Sierra de Hielo que se levantaba lejana en el horizonte, proponiendo aquel lugar propicio para despistar a nuestros temibles perseguidores.

Pero Vespertino sólo inició un trotecillo ligero con los ojos medio cerrados.

—¡Venga! —insistí a mi corcel con la palabra, ya que yo no era capaz de azuzarlo a golpe de espuela.

Su cansancio pesaba más que mis palabras y no aceleró el paso. En lugar de ello Vespertino me afirmó:

—En una ocasión en mi vida madrugué, y fue tan terrible el día, que juré que jamás de los jamases volvería a despertarme con el sol naciente. Siento defraudaros, mi amo, pero mi naturaleza vespertina no está preparada para luchar contra los fatales acontecimientos matutinos...

Cuando Pepín abandonó el mundo literario que narraba el duro madrugar de Vespertino y volvió al mundo real del bar de Antonio se quedó estupefacto al ver que ya eran las once y media de la mañana. ¡Y todavía no había almorzado! Como se enterasen los del sindicato de trabajadores eran capaces de multarlo.

Se asomó y comprobó que el pequeño camión de reparto seguía aparcado en doble fila sin multas a simple vista. Se tranquilizó y se entregó al almuerzo que todo trabajador tiene derecho.

—Ponme unos cruasanes calentitos, un café con leche y unas tostadas bien crujientes —le dijo a Antonio—, y no escatimes en mermelada que hoy paga la empresa.

Pepín estaba pillándole el gustillo a esto de trabajar cuando de repente sonó su teléfono. El tono de voz de su jefe parecía enojado.

—¿Cómo es que no paran de llamarme mis clientes diciéndome que no has entregado el género?

Pepín no sabía qué contestar mientras escuchaba un monólogo colérico en el que las palabras *cadena del frío* se sucedían sin parar. ¿Y qué le voy a decir a mis clientes?, se escuchaba por la línea.

Pepín estuvo a punto de replicarle a aquel empresario que exigía y

exigía trabajo duro sin tener en cuenta ciertos derechos del trabajador, como por ejemplo el almuerzo, pero empezó a comprender la verdadera envergadura del problema cuando escuchó:

—Como se rompa la cadena del frío voy a perder varios miles de euros en género.

Ya debía bastante dinero a la vidente Azul como para que un juez incompetente o corrupto le atribuyese aquellos gastos al eslabón más débil de la cadena: al pobre trabajador, así que pensó algo para evadir responsabilidades.

—Es que me han robado el camión cuando he realizado mi primera parada.

—¿Y por qué no me has avisado antes? —preguntó irritado.

—Porque estaba demasiado nervioso. Me he pasado toda la mañana buscándolo. Ahora voy andando hacia la policía para denunciar el robo.

El empresario tranquilizó su tono, al fin y al cabo, el pobre Pepín no tenía la culpa en tal caso.

—¿Y dónde sucedió eso?

—Me lo robaron por la plaza de España —dijo sin pensar en las consecuencias.

El empresario colgó y Pepín salió disparado para ver cómo estaba la mercancía. Como se había especializado desde bien temprano en el oficio de escritor, no entendía mucho de cadenas del frío, pero nada más entrar en la parte posterior del camión y ver el suelo totalmente encharcado con pequeños restos de escarcha temió lo peor. Se introdujo hasta el fondo y comprobó que las piezas cárnicas que colgaban del techo estaban mojadas. La culpa realmente era del sol, que azotaba sin descanso la ciudad de Benidorm, pero por si acaso decidió abandonar la escena del delito.

Demasiado tarde, un rugido de motor que le resultaba familiar se acercó al camión. Era la bestia alemana de Ramón que se acercaba con su amigo empresario. Pepín escuchó cómo éste daba gracias a Dios por haber encontrado el camión y no dudó en esconderse. Se metió al fondo, tras unas piezas de carne lo suficientemente grande como para que su gran casco rojo pasara desapercibido; olía a carne cruda y Pepín intentó mantenerse de cuclillas sin tocar nada.

—La cadena del frío... —sollozaba el empresario visiblemente afectado ante la imagen derretida del interior del camión—. Aquí hay pérdidas de varios miles de euros.

—Mis zapatos de Lacoste —exclamó Ramón enfadado al darse cuenta de que se le habían mojado—. Maldito patán ese hijo de Sagrario.

—¿Y qué voy a hacer con todo este desastre? —pensó en voz alta el dueño del camión.

—Denuncia a Pepín y que te los pague él. Es una negligencia laboral en toda regla.

Pepín tragó saliva ante la idea de deber varios miles de euros, y volvió a tragar saliva cuando vio que la puerta se cerraba ante sus narices, dejándolo atrapado en aquel cementerio de hielo.

El camión arrancó y Pepín no tuvo otra opción que esperar a ver cómo se resolvía su suerte. Durante el viaje acusó los primeros síntomas: empezaba a caerle el moquillo y a tiritar de frío. Después evolucionaron: el moquillo empezó a solidificarse y respiraba como si se hubiera tragado mil caramelos de menta helada. Y finalmente, el cerebro se le empezó a congelar bajo su casco rojo; casi no podía ni pensar. Incluso tardó en reaccionar cuando el camión volvió a parar y se abrieron sus puertas. El sonido de la cerradura había dejado paso al silencio absoluto, pero una intuición interior le decía a Pepín que todavía debía esperar en silencio, oculto tras aquellos cadáveres de hielo. Al momento volvieron a aparecer los gemidos del empresario que seguía obsesionado por la cadena del frío. Afortunadamente aquellos llantos desaparecieron antes de que Pepín entrara en estado de criogenización, y fue entonces cuando su intuición le sugirió que ya debía hacer algo. Asomó su casco entre la abertura de las puertas. Estaba dentro de un garaje y parecía que allí ya no quedaba nadie. Empezó a desplazarse con sigilo para ir acercándose poco a poco a la salida, con valor, con determinación. La escena podría haber dado para largometraje de acción si no fuese porque los mocos helados que le colgaban no eran dignos de un buen protagonista. Aun así, consiguió su final de película al abrir la puerta del garaje e iniciar una huida luchando contra el dolor que le producían sus articulaciones congeladas, luchando por alejarse de aquel cementerio de hielo.

Cuando por fin consiguió ponerse a salvo en la calle, a una distancia prudencial del asunto, se echó sobre el asfalto caliente de la carretera y se alegró de que Lorenzo azotará a la ciudad como tenía por costumbre. Poco a poco iba recuperando la temperatura mientras su cerebro volvía a estar operativo, y pensó que lo más prudente sería no pedir el salario por aquella mañana de trabajo, aunque aquello le iba a obligar a hacer el sacrificio más grande de su vida para evitar que las amenazas de la vidente Azul se tornaran

realidad.

Pepín entró en la casa de empeño visiblemente decepcionado. Último recurso, pensó. Su padre le había regalado antes de fallecer un objeto de gran valor, sobre todo sentimental, y Pepín no tenía otra opción que entregarlo a cambio de unos malditos euros. Pero la situación lo exigía, así que hizo de tripas corazón y ejecutó la transacción antes de que pudiese arrepentirse. «No sé si algún día lograré sobreponerme», pensó el escritor con los ojos acuosos.

Anduvo cabizbajo por la ciudad de cemento, sin rumbo, intentando olvidar. Por un momento miró los rascacielos de hormigón, la marabunta de gente y las calles abarrotadas de tiendas que ofrecían miles y miles de artilugios que realmente nadie necesitaba; y se enfadó, con la ciudad y con el maldito capitalismo que la gobernaba. Todo giraba en torno al dinero y lo habían arrastrado consigo, le habían obligado a deshacerse de sus más valiosos recuerdos por un maldito puñado de euros. Se sentó en un banco, respiró honda y profundamente, dejando que la brisa de la decepción le acariciara el alma, y comenzó a escribir:

A mi retaguardia tenía a mis perseguidores: los cuervos del mal, aquellos caballeros de magia negra que deseaban que mi sangre pagara mis deudas; a mi vanguardia tenía cada vez más cerca la Sierra de Hielo, el lugar perfecto para poder ocultarnos, y bajo mis piernas tenía a Vespertino, cuyo galope matutino marchaba demasiado lento y cansado.

—Venga, Vespertino, que tenemos que llegar cuanto antes a la Sierra de Hielo.

—Hago lo que puedo, mi amo —contestó el caballo con los ojos doloridos del sueño.

—Tenéis que hacer un sobreesfuerzo.

Vespertino aceleró el ritmo, pero su corazón empezó a palpar rápido y desacompañado, y su respiración sonaba cada vez más entrecortada. Las patas empezaron a temblarle y paró.

—No puedo más —me dijo a duras penas, intentando respirar—. Necesito dormir.

Yo miré atrás y vi que el galope amenazador de aquellos corceles negros estaba cada vez más cerca.

—Ahora no es el momento de rendirse.

Vespertino giró su cuello hacia mí y el oro fundido del sol se derramó sobre sus ojos marchitos.

—No se puede luchar contra el destino —me dijo dándolo todo por perdido—. Ya os dije que una vez en mi vida madrugué, y fue tan nefasto aquel día que mi organismo juró que jamás volvería a hacerlo.

Yo miraba hacia atrás y veía cada vez más cerca a nuestros perseguidores. Eran cuervos de magia negra, sin duda.

—Entonces tu organismo tendrá que romper ese juramento si deseas que Canela vuelva a verte con vida.

Vespertino se encabritó de golpe, sacando fuerzas de donde no las había para llevarme ya a un ritmo decente hacia la Sierra de Hielo.

A medida que íbamos avanzando nuestros perseguidores recortaban distancias, ya podíamos ver sus temibles espadas negras en actitud guerrera. Pero también íbamos ascendiendo por aquella sierra de hielo y a medida que el frío de las alturas nos envolvía el sol se tornaba cada vez más débil y acuoso y Vespertino iba recuperando fuerzas.

—Mirad, el sol ya se está acercando a su punto más álgido —le dije exhalando un vaho mañanero—. ¿Veis cómo habéis madrugado y no ha sucedido nada funesto?

—No cantemos victoria antes de tiempo, que todavía no ha terminado la mañana. Sigo temiendo algún triste acontecimiento matutino.

La Sierra de Hielo hacía honor a su nombre. A medida que ascendíamos, un frío polar iba inundando el ambiente. Los músculos de Vespertino y sus articulaciones se le iban enfriando y cada vez le costaba más moverlas, y nuestras respiraciones salían como brumas de la mañana por nuestras bocas. Hasta mi tupé estaba afectado; ni siquiera el cálido terciopelo de mi gorro evitaba que se encogiese y disminuyese por efecto del frío. Sólo respiré con cierta tranquilidad cuando mi verde mirada de esmeralda pudo ver, al fondo de la sierra, un nido de cavernas; aquel sería el lugar idóneo para despistar a nuestros perseguidores. El camino más corto era atravesando el Cementerio de Hielo. Así se llamaba el lugar porque era tan frío que multitud de animales perecían allí en época invernal porque se les congelaba el corazón. Señalé un vericuelo y Vespertino ascendió tan rápido como la escarpada geografía le permitía.

Una vez arriba divisamos un mar de cuerpos de animales fríos e inertes,

sin vida. Un escalofrío recorrió nuestras almas ante la visión y decidimos pasar aquel cementerio lo más rápidamente posible. Vespertino inició un galope apresurado. A mí se me ocurrió una idea:

—De la misma forma que pedisteis a las luciérnagas que hicieran un maravilloso espectáculo de luces ante Silvana, ¿no podríais hablar con alguno de vuestros amigos los animales y pedirles que se enfrentasen a los caballeros de negro? —le pregunté al corcel.

—Dudo mucho que algún animal se ofrezca a tal temeridad.

—¿Ni siquiera un oso?

Vespertino negó y siguió con su galope entre aquel mar de cuerpos congelados. Sus patas golpeaban poderosas el terreno en claro síntoma de que ya casi se había recuperado por completo. Faltaban pocos minutos para que el sol alcanzara su punto más álgido y llegara la tarde. Sin embargo, justo en aquel preciso instante, la mala fortuna quiso que el corcel lanzara su pezuña contra una familia de caracoles que se encontraban en el camino. La masacre no llegó porque Vespertino retiró la pezuña en el último momento. Lo que sucedió entonces fue un abrir y cerrar de ojos. La pezuña pisó en falso, la pata cedió y yo salí despedido de mi montura.

Si hubiese llevado mi armadura, otro gallo habría cantado, pero me encontraba tendido en el suelo con gran parte de mi piel raspada y mi brazo derecho, el de luchar, se encontraba fuera del sitio, desencajado por el hombro. Intenté incorporarme. El dolor fue tal que deseé que una de aquellas espadas negras acabara allí mismo con mi vida para evitarme tanto sufrimiento. El frío del suelo me congelaba sin remedio y sabía que a medida que pasara el tiempo y fuese enfriándose mi hombro aquello sería más doloroso. Cerré los ojos, me encomendé a Dios y a la reina Sagrario nuestra señora, y luchando contra los crujidos de mi articulación logré ponerme el brazo en su sitio. Sonó como una madera astillándose al introducirla en un hueco demasiado pequeño.

A duras penas me pude incorporar. Mi brazo seguía inmóvil y cualquier movimiento era extremadamente doloroso. Luchar en aquellas condiciones me era más que imposible y yo, que me había ensimismado tanto en mi dolor, no aprecié el estado de Vespertino hasta que escuché uno de sus bufidos desgarrándose de sufrimiento. Respiraba rápida y entrecortadamente, tendido en el suelo con la mirada fija en el infinito, inmóvil. Una de sus patas estaba rota. Me dirigió la vista y me miró con pánico, escrutando tras de mí por si

acechaba la Muerte. Cada vez respiraba más rápido y parecía que su alma se le escapaba por la boca llena de brumas congeladas. Triste y abatido me arrodillé a su lado.

—Me he roto una pata —me dijo amargamente con un ligero hilo de sangre por su boca—. ¿Sabéis lo que eso significa para un caballo?

Me negué a contestar a su pregunta.

—Todo va a salir bien —le dije dulcemente.

—Os equivocáis... Ya sabéis qué significa una pata rota... Significa que habréis de sacrificarme.

Yo miré al suelo para no enfrentarme con el destino y vi que los caracoles seguían vivos.

—Mirad, fiel amigo, habéis salvado a toda esa familia de caracoles.

Una breve sonrisa logró asomarse entre el sufrimiento de Vespertino.

—Tranquilo, todo va a salir bien —le repetí.

Sin embargo, el corcel era mucho más pesimista.

—Tendréis que sacrificarme, pero antes quiero pedir os un último favor.

¿Cómo podía pedirme que acabara yo con su vida? Él era mi corcel, pero ante todo mi fiel amigo.

—¡Ni lo soñéis! —le chillé empapado entre lágrimas de enfado—. Todo va a salir bien. Cuando a un humano se le rompe una pierna la curamos.

—No servirá de nada, está en mi naturaleza. A un caballo no se le cura una pata rota. Habréis de acabar con mi sufrimiento a golpe de espada. Por favor...

Me levanté, improvisé unas vendas rasgando mi ropa y busqué un palo alargado. Se lo puse junto a su pata y le intenté atar sus huesos rotos para que no se movieran. Vespertino chilló como si le estuviera arrancando allí mismo el alma.

—Dejadlo, es imposible —me dijo vencido.

Cada vez se escuchaban más cerca los cascos de los caballeros negros. Analicé la situación. Nosotros estábamos inmóviles en el Cementerio de Hielo, sin posibilidad de huida entre tanto cuerpo congelado, pero todavía nos quedaba una posibilidad.

—Esto os va a doler —le afirmé al caballo.

Rasgué una tira de piel de las alforjas y se la puse en la boca para que la mordiese. Le pedí que aguantara en silencio y estiré de él para arrastrarlo a

pesar del dolor que sentíamos los dos. Con el esfuerzo, mi hombro parecía desquebrajarse como hielo triturado. Cuando conseguimos llegar hasta los cadáveres que yacían congelados le di instrucciones.

—Ahora debéis hacerlos el muerto —le dije antes de ocultarme a su lado bajo algunos cadáveres de hielo.

Ocultos entre la marabunta de cuerpos pudimos escuchar el sonido de los cascos cada vez más cercanos, hasta que finalmente llegaron para pararse justo a nuestro lado.

—Aquí se pierde la pista del caballero —dijo uno de ellos, el que parecía el cabecilla de aquel grupo de jinetes negros. Alzó su espada maldita y señaló hacia Vespertino—. Ahí tenéis su montura.

Sus bramidos de dolor lo había delatado. Yo me encontraba tan cerca de él que podía sentir la respiración de su pecho, pero mi cuerpo permanecía oculto a la vista de nuestros perseguidores.

—El caballero debe haber abandonado su montura —especuló con su voz de ultratumba— para dirigirse a pie hacia las cavernas. Allí cuenta con posibilidades de despistarnos.

—Es lo más sensato, desde luego —afirmó otra voz, que parecía salir del interior de un muerto—. ¿Qué os parece? El caballero nos tiene tanto miedo que en su apresurada huida ha abandonado a su montura con una pata rota y sin sacrificarlo. ¡Qué ruin!

—No puedo ver sufrir así a un caballo. Acabemos con esto cuanto antes.

Uno de los caballeros bajó de su montura y levantó con ambas manos su espada de acero negro. Yo, oculto entre el frío de la muerte, cerré los ojos incrédulo ante nuestro destino. No miré, pero sentí el frío negro atravesando el aire para terminar penetrando en Vespertino. Hasta mi corazón dejó de respirar. Decidí entonces levantarme y luchar, pero mi alma se encontraba de repente vacía y sin fuerzas. Ya no era nadie sin mi fiel compañero.

El caballero negro volvió a su montura y la espoleó con fuerza. Todos juntos desaparecieron creyendo que me encontrarían en las cavernas.

A duras penas conseguí incorporarme. Allí tendido yacía Vespertino, haciendo un gran esfuerzo para dedicarme sus últimas palabras. Mientras tanto, yo lo sujetaba por el cuello.

—Ahora que ha llegado el momento de que nuestros caminos se separen —me dijo el corcel con un abundante hilo de sangre que le brotaba de la boca—, ahora... quiero pedirlos un último favor.



Mis ojos se llenaron de lágrimas. No era propia esa actitud de un caballero, pero es que ni siquiera me sentía como tal, habiendo dejado morir al mejor de mis amigos. Ya sólo me quedaba escucharle mientras le acariciaba su cuello.

—Quiero... —la palabra salió ensangrentada de su boca, a duras penas—. Quiero dejaros mi legado. Quiero que cuidéis a Canela como si fuera de vuestra familia, con todo lo que ello conlleva. Dadme vuestra palabra y así podré descansar en paz.

Vespertino estaba haciendo un importante esfuerzo por mantener a flote su vida; todavía no podía abandonar este mundo sin mi promesa.

—Os lo juro por mi alma —le dije solemne, mirándole fijamente a sus ojos temblorosos.

Vespertino sonrió y fue entonces cuando me dedicó sus últimas palabras: «Gracias». Un borbotón de sangre escapó de su boca que sonreía ante mis lágrimas. Intentó decirme algo más, pero su cuerpo ya no le respondía. Le susurré para que callara mientras le acariciaba dulcemente el cuello. Así, en silencio, el corcel se despedía de este mundo atesorando cada pequeño detalle de sus sentidos: el color azul grisáceo de aquel cielo pesado, el frío aroma de la mañana que recorría su garganta, el murmullo del viento silbando entre sus oídos...

Fue avanzando el tiempo, él, jadeando silencioso entre mis brazos, yo, aguantando amargamente el llanto, hasta que finalmente sus ojos temblorosos se posaron sobre los míos. Me dedicó una última mirada que portaba una despedida y luego sus pupilas se tornaron vagas en el infinito. Yo retiré mi mano, ya no tenía sentido acariciar su cuerpo vacío.

Pepín no se había dado cuenta, pero estaba llorando sentado en un banco frente al mar, ajeno al mundo. Se secó instintivamente las lágrimas y pensó en volver a la tienda de empeños para despedirse por última vez de su preciada Vespa, pero era mejor asumir la pérdida con decisión y valentía.

Cerró su portátil y esperó toda la tarde sentado en el banco, inmóvil, dejándose acariciar en silencio por el cálido viento de un atardecer que poco a poco se iba apagando. Adiós, le dijo con el corazón a su fiel corcel metálico cuando el sol teñido de sangre se ocultó en el ocaso y murió la tarde.

## Luz verde

Muchos de los agentes del CNI pensaban que la persona idónea para el próximo ascenso era el agente López, con esa frialdad que envolvía su inteligencia detectivesca, con esas dotes de mando con las que aparentaba estar por encima de los demás y con esos gestos tranquilos y mecanizados que mantenía incluso en las situaciones más tensas, denotando que era él quien controlaba la situación, y no al revés. Sin embargo, López sabía que todavía le faltaba un pequeño empujoncito para su ascenso final, y sabía que la clave para lograrlo estaba en aquel terrorista incendiario de nombre clave *Calimero Motorizado*.

Aquella mañana se encontraba en los laboratorios junto con su equipo, analizando las pruebas obtenidas en el piso. Vestía traje y corbata de riguroso negro y camisa blanca, y llevaba unas amenazadoras gafas oscuras. Su pose era altiva y su comportamiento servía de ejemplo al resto de agentes, que procuraban aprender de él, imitando sus gestos robotizados, su tranquilidad, su hablar impasible y pausado. Como nunca lo habían visto sin esa actitud, el resto de agentes se extrañaron cuando percibieron que López se alteraba ante aquella llamada.

—¡Señor! ¡Sí, señor! —dijo cuadrándose como un soldado raso que es inspeccionado por un alto mando del ejército.

El agente López era consciente de que aquella llamada podía ser el empujón final que le llevase hacia lo más alto del CNI.

—A sus órdenes mi señor —dijo de nuevo inclinando la cabeza, como si al otro lado de la línea pudiesen apreciar aquellas reverencias.

—Voy a dar inmediatamente luz verde. No se preocupe. Señor. Sí, señor. A sus órdenes, siempre a sus órdenes.

Colgó el teléfono y recuperó su comportamiento habitual, altivo, arrogante, imperativo... Pensó en aquella llamada y se le escapó media sonrisa que intentó disimular.

—Tenemos luz verde para apresar al terrorista.

—Presunto terrorista —le corrigió sin pensar otro agente, uno de los que se había camuflado de transportista de colchones con anterioridad.

El agente López giró su cuello a velocidad lenta y constante para mirarlo

frente a frente. Tras sus gafas oscuras se adivinaba una mirada reprobatoria. Aquel silencio fue matador.

—No tenemos pruebas concluyentes —continuó argumentando el imprudente.

El resto de compañeros miraron la escena aterrados. Alguien contradiciendo al agente López. Aquello iba a acabar muy mal.

—Tenemos gran cantidad de botellines para hacer cócteles molotov —contestó López para zanzar el tema.

—Sin embargo, no se han encontrado mechas ni mecheros. Quizá sea porque el Calimero Motorizado beba mucha cerveza.

El agente se encontró una barrera en las gafas oscuras de López, que se mostraba impasible. Finalmente contestó:

—Es imposible que una sola persona pueda beber tanta. Además, encontramos sangre en su portátil.

—Pero había muy poca cantidad. Puede ser debido a un pequeño corte en uno de sus dedos. ¿Usted no se ha cortado nunca un dedo en un accidente doméstico?

El resto de compañeros miraba con pena al agente. Después de ese enfrentamiento ya tenía sus días contados en el CNI. Mientras tanto, López continuaba arrinconándolo contra las cuerdas:

—¿Y qué me dice de las sustancias volátiles que se encontraron en su ropa?

—Cualquier persona que circule en moto puede tener pequeños restos de gasolina impregnados en la ropa.

El agente López abandonó su tranquilidad habitual y pegó un puñetazo en la mesa.

—Si yo digo que es un etarra, es porque es un etarra. El mismísimo presidente del gobierno me ha llamado. Necesita una captura ejemplar ahora que se acercan las elecciones y todavía carga con el lastre de la crisis, y nosotros podemos ofrecérsela.

Aquel era el empujoncito que le faltaba al agente López para obtener su tan ansiado ascenso.

—Tenemos luz verde para apresar al terrorista —confirmó de nuevo, sin que esta vez nadie le reprochase nada.

Los hábitos de Silvana habían cambiado tras su despido. Si antes

acostumbraba a levantarse tarde y a acostarse tarde, desde que se encontraba en el paro y no encontraba ningún trabajo medianamente decente se había acostumbrado a levantarse y a acostarse todavía más tarde. Ni siquiera podía conciliar el sueño y se tiraba las noche dando vueltas en la cama.

Intentando descansar en mitad de la noche, tendida con los ojos abiertos como platos, pensó que quizá un vaso de leche caliente con un poco de coñac le podría ayudar a dormir. Se levantó y, orientándose por la oscuridad del piso, se dirigió a la cocina. Tomó un vaso de plástico —antes muerta que fregando— y abrió la nevera. La luz que emanaba del electrodoméstico le asaltó en los ojos. Llenó su vaso de leche y se dio media vuelta para dirigirse al mueble bar. Fue entonces cuando una figura humana desconocida se le apareció por la espalda. Silvana emitió un chillido premonitorio y potente con la intención de que aquella alarma sonora despertara algún vecino y llamase a la policía. Se le cayó el vaso de leche y ésta se derramó sobre el suelo, como una mancha de sangre blanca. El intruso, un hombre vestido con traje, calvo y con las facciones encendidas del amarillo de la nevera, se acercó más a ella, intentando no pisar la leche derramada. El grito sonó de nuevo, insistentemente, cuando Silvana pensó que aquel desconocido querría matarla. Sólo fue amortiguado cuando tuvo en cuenta que quizá sólo querría violarla. El desconocido la agarró por los hombros y la zarandeó.

—¿Pero qué te pasa? —le preguntó.

Silvana aguzó la vista y se fue silenciando poco a poco, aquella persona le era familiar.

—¿Pepín, eres tú? —preguntó al desconocido.

—¿Pero qué te pasa? —le preguntó de nuevo Pepín.

Silvana estaba petrificada. No había reconocido a su compañero de piso sin el casco y vestido con un traje negro. Parecía un enterrador.

—¿Qué haces levantado en mitad de la noche?

—¿Cómo que en mitad de la noche? Si son las ocho de la mañana, la hora en que todo hombre de bien se levanta para empezar su jornada laboral.

Silvana seguía sin comprender.

—¿Y qué haces vestido de negro?

—Ayer tuve una entrevista de trabajo con una editorial y hoy empiezo a trabajar. ¿Es que acaso crees que me puedo presentar vestido con ropa de los años ochenta y con un casco rojo? Por favor... Tengo que demostrar con mi actitud y con mi vestimenta que soy una persona que no teme al trabajo duro, al esfuerzo, al sacrificio...

Silvana le pegó un bofetón a Pepín.

—¡Despierta! Ese es el discurso de Ramón.

Pepín se enfadó.

—Ese es el discurso de la vida. No se puede ir por ahí con la cabeza llena de pájaros, queriendo ser artista. Ya lo he intentado y lo único que he conseguido ha sido perder lo que más quería —una lágrima estuvo a punto de brotar con el recuerdo de su Vespa—. Ahora entiendo que Ramón y Madre me estaban haciendo un favor cuando me tiraron de casa.

Silvana le pegó otro bofetón a Pepín.

—Ante todo tú eres un artista. Compórtate como tal.

—¿A qué te refieres, a que viva del aire?

Pepín dio por zanjado el asunto y se alejó por el pasillo para enfrentarse con la vida.

—Una pregunta —le dijo Silvana cuando Pepín abrió la puerta para abandonar el piso—: ¿Por qué siempre vestías con ropa de los ochenta?

Pepín se quedó petrificado. No sabía si contestarle o irse como si no hubiera escuchado nada. Finalmente dijo:

—A mi padre le encantaba hacer fotos, pero por algún motivo odiaba salir en ellas. Tengo álbumes llenos de fotos mías de pequeño junto a mi madre, pero en ninguna de ellas sale mi padre. De él sólo tengo sus recuerdos en mi memoria: a mi lado, acariciándome fraternalmente mientras yo veía Barrio Sésamo, disfrutando de ver cómo me ilusionaba con Mazinger Z o con El Equipo A, o jugando a ser un niño mientras competíamos al Scalextric.

Pepín se secó una lágrima.

—¿Y piensas darle la espalda a tus recuerdos? —preguntó Silvana.

—Los recuerdos son sólo eso: recuerdos. No lo olvides nunca.

Atravesó la puerta sin darse la vuelta para mirar a Silvana y desapareció para enfrentarse con la vida real. Se dirigió andando hasta el principio de la avenida del Mediterráneo y se unió a un grupo de personas que esperaban pacientemente en la calle. Finalmente entró en el autobús, se agarró de la barra del techo para no caerse y vestido de gris se confundió con la marabunta trabajadora que se desplazaba hacia su lugar de trabajo, como una simple persona más, como un simple engranaje más.

El agente López había tenido el gusto de desplazarse hasta el hospital para contarle a la pobre Eustaquia aquella noticia tranquilizadora sobre el

terrorista. La viejecita parecía exhalar sus últimos soplos de vida bajo el peso de las sábanas. Tenía la cara tapada por una mascarilla de oxígeno y le acompañaba un pitido lento y pausado pero constante, símbolo inequívoco de que su corazón todavía latía.

—¿Cómo se encuentra, doctor? —le preguntó el agente López nada más entrar en la habitación.

—Ha sufrido mucho, pero ya ha pasado lo peor. Si evita cualquier estímulo fuerte y aprende a vivir tranquila, su corazón puede tener mucha cuerda todavía.

López sonrió. La noticia que le traía iba a devolverle la paz y la tranquilidad. Prácticamente se podía decir que el fruto de su trabajo iba a devolverle la vida a aquella sufrida viejecita. Le tomó la mano y se sentó en la cama a su lado.

—Tengo que darle una buena noticia —Eustaquia abrió los ojos lentamente—. He dado órdenes de captura contra el terrorista. Vivo o muerto.

Eustaquia respiró tranquilamente y le dedicó una mirada de gratitud a aquel agente tan eficiente. Los pitidos de su corazón empezaron a sonar acompasados. Aquello significaba su tranquilidad y su recuperación.

—Ahora mismo mis agentes tienen asediada la casa. Un francotirador vigila desde la azotea de la iglesia y cuatro agentes de asalto van a irrumpir en la casa. No tiene escapatoria.

López pudo adivinar una sonrisa tras la mascarilla de oxígeno y comprobó cómo Eustaquia le devolvía un ligero apretón de manos. Aquellos pequeños gestos eran los que le hacían sentirse feliz en su trabajo, aunque aquella vez esperaba un gesto de gratitud mucho más importante: el del presidente del gobierno. Éste le había pedido una captura ejemplar para antes de las elecciones y estaba a punto de dársela. Le entregaría al etarra junto con abundante material para realizar cócteles molotov. Además, seguro que su ordenador portátil estaba lleno de información sobre la banda terrorista. Y si no, pues se la metía él para darle más importancia a la captura, que es lo que el presidente quería. Al fin y al cabo, ¿qué importancia tenía engrosar un poquito el currículum de un etarra?

El teléfono móvil de López sonó. Aquella llamada significaba que ya lo habrían capturado y podría llamar al señor presidente. Sonrió.

—Agente López al teléfono. ¿Qué tal ha ido la captura?

—Negativa.

La sonrisa de López se le resbaló de la cara.

—¿Cómo que negativa? ¿Qué significa eso?

—No hemos podido apresarle. El Calimero Motorizado ha desaparecido.

El agente López no daba crédito a las palabras.

—¿Cómo ha podido desaparecer?

—No lo sabemos, no hay ni rastro de él. Ha desaparecido, se ha desvanecido como el humo. Ya no está él, ni su moto, ni su casco rojo, ni su material incendiario, ni nada de nada. Incluso su habitación que estaba en desorden continuo ahora parece otra. En su lugar hemos encontrado a otra persona: un hombre calvo vestido con un traje gris. Lo hemos investigado, un tal José Cañas, sin antecedentes penales ni relación alguna con la banda terrorista. Por lo visto trabaja para una editorial como vendedor de enciclopedias a domicilio, vamos, una persona respetable.

—¿Qué pistas habéis encontrado que nos permitan seguirle el rastro?

—Ninguna. Está claro que era un terrorista bien entrenado porque no ha dejado huellas.

López no pudo controlarse y abandonó su semblante impasible.

—¡Imbéciles! ¿Y qué le digo yo ahora al presidente del gobierno? ¿Que se nos ha escapado el terrorista?

El pitido de fondo se hizo más fuerte en la sala del hospital. El corazón de Eustaquia, que había escuchado la conversación, empezó a acelerarse y la mascarilla de oxígeno se le empañó, intentaba decir algo. López le tomó la mano y le apartó la mascarilla para escuchar sus palabras.

—Protéjanme de ese terrorista —dijo a duras penas, su voz luchando contra la hiperventilación.

López se aferró con fuerza a su mano y asintió con la cabeza.

—No se preocupe, la vamos a proteger —dijo justo antes de que la sala se llenara de profesionales de la medicina.

No era casual que Eustaquia estuviese en la habitación 402 del hospital. Aquella era la única que tenía visibilidad directa desde la sala de espera, donde vigilaban un par de agentes del CNI por si el terrorista acudía a eliminar a la testigo.

Silvana se abrochó un par de botones del escote justo antes de entrar en el hospital y empujó a Pepín, que no se decidía.

—¿Es realmente necesario este ramo de flores? —preguntó enfundado en

un traje gris que contrastaba con aquel detalle florido.

—¿Tú qué crees? Eustaquia debatiéndose entre la vida y la muerte, sola en este mundo, y tú ni siquiera te has dignado a venir a visitarla. Y para colmo negándole un pequeño detalle.

—Pero... ¿es necesario que se lo de yo? ¿No podrías dárselo tú?

—Yo ya le di un ramo la semana pasada. Además, seguro que le hace mucha más ilusión que se lo des tú.

La pareja entró en el vestíbulo y se dirigió hacia recepción. Allí una empleada controlaba las visitas.

—A la 402, a visitar a Eustaquia —dijo Silvana.

La empleada consultó sus papeles y les permitió el paso.

—Al fondo a la derecha tienen los ascensores —les dijo con tranquilidad.

Pepín y Silvana avanzaron sin saber que aquella recepcionista tomaba su teléfono y avisaba a la planta cuarta:

—Suben dos personas. Una mujer que ha venido con anterioridad y un hombre que no había visto nunca.

El ascensor abrió sus puertas y la pareja se introdujo en él camino a la cuarta planta.

—¿Y por qué crees que le va a hacer más ilusión que sea yo quien le de el ramo de flores? —preguntó Pepín mientras se peinaba los pocos pelos laterales de su cabeza frente al espejo.

—Cuando vine la semana pasada, Eustaquia me cogía la mano y no hacía más que preguntarme por ti. «¿Y Pepín?, ¿y Pepín?», me preguntaba una y otra vez. Parece que está obsesionada contigo.

Pepín frunció el ceño y se miró frente al espejo. Con aquel atuendo gris y con su cabeza al aire había perdido parte de su atractivo, pero no todo, pues todavía conservaba su inteligencia y seguro que Eustaquia todavía lo veía como un sex-symbol intelectual.

—No puedo dárselo yo —insistió Pepín extendiendo el brazo para que Silvana tomase el ramo—. No te lo he dicho, pero Eustaquia está enamorada de mí. Este ramo sería darle esperanzas, y no puedo ir por ahí rompiendo corazones. No es ético.

Silvana habría creído que ese pensamiento era fruto de aquella broma tan deliciosamente pervertida que le había gastado si no hubiese sido porque durante la última visita había empezado a creer que la viejita se había enamorado realmente del escritor. Después de preguntarle una y otra vez por



Pepín, Silvana le afirmó que hablaría con él para que fuera a visitarla y el viejo corazón de Eustaquia se disparó hasta tal punto que tuvieron que atenderla de urgencia. Por lo visto el amor y las taquicardias venían juntas de la mano en la tercera edad.

—Está bien —cedió Silvana, tomando a desgana el ramo.

Avanzaron por el pasillo que olía a hospital y Pepín se quedó extrañado con una pareja de personas que lo miraban desde la sala de espera. Le resultaban conocidos.

Pepín entornó los ojos, dubitativo, hasta que por fin reconoció de quiénes se trataban. Eran los transportistas que le habían llevado el colchón, aunque esta vez en vez de vestir un mono de trabajo llevaban un atuendo negro y gafas de sol oscuras. Parecían estar de luto por la pérdida de algún compañero de trabajo. Ellos lo miraban con detenimiento, inspeccionándolo de arriba abajo.

—Sujeto varón, calvo, bien vestido con traje gris y zapatos negros relucientes —dijo uno de ellos disimuladamente por su microcomunicador—. Viene acompañado de Silvana, la inquilina de Eustaquia.

El agente esperó respuesta al otro lado de la línea.

—No hay problema. Es un tal José Cañas, el nuevo inquilino, llegó cuando escapó el etarra y ocupó su habitación. Está limpio.

La pareja de agentes se miraron, asintieron y se sentaron en la sala de espera a continuar leyendo el periódico. No había ni rastro del Calimero Motorizado, el temible terrorista.

Pepín y Silvana se pararon justo ante la puerta de la habitación.

—Entro, la saludo y me voy. No pienso darle esperanzas a Eustaquia, y mucho menos recitarle poesía —matizó Pepín, que no deseaba extralimitarse de nuevo.

—¿Y qué hay de malo en recitarle unos versos? —preguntó Silvana, que no era consciente del inmenso poder de unos breves versos—. Seguro que se pondría muy contenta si le recitases algo bonito.

«Desde luego», pensó Pepín justo antes de abrir la puerta. Entraron, pero allí dentro no había lo que ellos esperaban. En lugar de la pobre viejita, luchando contra el peso del tiempo, se encontraba un ramo de flores con la inscripción mortuoria de *requiescat in pace*.

—¿Sabes lo que esto significa? —preguntó Silvana con la garganta angustiada.

Pepín asintió bruscamente, con la saliva atragantada, sin dejar de mirar

el hueco vacío que había dejado aquella mujer.

—Que ahora la pobre Eustaquia estará descansando en el cielo, junto con los ángeles.

Silvana negó con la cabeza ante la ingenuidad de su amigo.

—Esto significa que ya podemos ir buscando otro piso. ¿Y dónde vamos a encontrar otro tan barato? —preguntó Silvana mirando hacia arriba con la vista en el infinito, como intentando hablar con Dios.

## El secreto de Vespertino

Cuando sonó el despertador a las 7:50 a. m., Pepín pegó un salto de la cama con la destreza de un ninja en combate y lo apagó. Su cuerpo y su mente se habían inmunizado al sueño y al cansancio en tan matutinas horas, y sus ojos se abrían sin necesidad de luchar contra sus ojeras.

Miró la cama y negó con la cabeza. No podía empezar el día dejando aquel desastre, así que alisó las sábanas, ahuecó la almohada y extendió la colcha. Luego se enfundó su traje gris y sus relucientes zapatos negros. Los miró; prácticamente brillaban en la semioscuridad, pero decidió sacarles todavía más brillo. No le valía que estuvieran bien, tenían que estar perfectos.

Se dirigió a la cocina y encontró la mesa llena de cervezas vacías. Una de ellas descansaba horizontal, habiendo derramado algo de aquel burbujeante líquido. ¡Con lo sano que es un buen café para empezar el día con energía!, pensó Pepín, sintiendo pena de la pobre Silvana, que no levantaba cabeza y que cada vez bebía más y más cerveza desde que se había quedado en paro.

Se preparó una buena dosis de cafeína y se dirigió al balcón, a mirar el Mediterráneo en su calma mañanera. El cappuccino de sobre olía muy bien, pero sabía mejor. Lo degustó poco a poco, dejándose acariciar por la brisa marina mientras el rumor del mar y el reclamo de las gaviotas le inducían a fijar su vista sobre el mar. Empezaban a reflejar los primeros rayos del sol que se desperezaba sobre Benidorm. Aquella escena merecía unos breves versos.

—Oh, balcón del Mediterráneo —clamó Pepín al cielo con aire solemne—, eres tan...

»Eres tan...

Sus versos no emanaban como de costumbre.

¡Claro! ¿Cómo iba a crear belleza con la palabra si su parte más artística no era capaz de levantarse hasta que el sol alcanzara su punto más álgido, dando la bienvenida a la tarde? Crear poesía por la mañana era tan difícil como pintar un cuadro envuelto en la oscuridad absoluta de la noche. Cada tipo de expresión artística tenía su momento y Pepín estaba rompiendo las reglas. Se encogió de hombros. Quizá cuando llegase el mediodía su espíritu creativo despertase para componer unos breves versos, siempre que su

persona no estuviese lo suficientemente cansada como para la actividad artística. Tendría que esperar para comprobarlo. Mientras tanto se entregó solícito a su trabajo.

Aquella mañana consiguió vender una enciclopedia, cosa que no estaba nada mal. Al principio había ido llamando de puerta en puerta encontrándose sin éxito con varias mujeres, casi todas amas de casa. La única que vio con agrado su visita fue una mujer jubilada y viuda —de las que abundan en Benidorm— que le hizo pasar a su apartamento para aparecer momentos después con ropa de cabaretera de los años sesenta. Desafortunadamente ella no estaba interesada en las enciclopedias. Unas cuantas amas de casa más tarde Pepín dio con un jubilado de los de pipa y bigote refinado. Se mostró interesado desde un principio y acabó comprando para regocijo del vendedor. Sin embargo, todavía mantenía una duda importante: ¿sería capaz de crear arte como hacía antaño cuando entraba la tarde?

Pepín volvió al balcón del piso para empaparse de nuevo de aquella escena idílica. El rumor del mar quedaba apagado por las voces de la gente y el agua le devolvía un chorro potente de la luz del sol, obligándole a entornar los ojos. Sin embargo, la escena seguía manteniendo su belleza innata.

—Oh, balcón del Mediterráneo —dijo Pepín al mundo con aire solemne—, eres tan...

»Eres tan...

Sus versos volvieron a caer en el vacío. Estaba claro que si su parte creativa había despertado, su mente pensadora estaba agotada en mitad de una dura jornada de trabajo. Negó con la cabeza; había perdido su chispa. ¿Sería aquel traje de funeral?, ¿o serían sus zapatos negros? Fuera como fuese, no podía más que sentirse triste. Y más si tenía en cuenta que aquel día ya había vencido el plazo en la tienda de empeños.

Pepín pensó en su fabulosa Vespa. Ahora estaría en manos de cualquier postor con algo más de dinero que Pepín. Por un momento se imaginó sobre la moto con el número 23 en uno de sus costados, recorriendo la ciudad mientras el traqueteo le masajeaba sus nalgas en claro gesto de amistad. Casi hasta podía oír el sonido metálico de su claxon volando con el viento.

Pepín despertó y volvió a la vida real, a la del entregado trabajador que tenía que ganarse el jornal, a la de insignificante hormiga obrera que penaba por una pequeña migaja de pan. Sin embargo, aquel claxon metálico seguía volando con el viento y se introducía por el balcón. Pepín se asomó.

Abajo, con una sonrisa en su boca, le aguardaba Madre. Era ella quien

tocaba el claxon de su Vespa, su corcel metálico que le esperaba con su fabuloso casco descansando sobre el sillín. Madre la había limpiado y estaba tan reluciente que hasta parecía una nueva Vespa.

El claxon le saludó de nuevo y Pepín sonrió con la boca y con el corazón.

Unos días antes, aquella llamada telefónica del jefazo del CNI habría supuesto el ascenso que tanto ansiaba el agente López, pero ahora, no parecía portadora de buenas noticias.

—A sus órdenes, mi señor —dijo agachando la cabeza como gesto de sumisión que no pasó desapercibido ante el resto de agentes que lo miraban con una mezcolanza de incertidumbre y pena.

»¡Sí, señor! Por supuesto, señor —continuó diciendo con su garganta estrangulada por la corbata, o quizá por el peso de las palabras que le llegaban.

»Enseguida estoy con usted, señor —aseguró sin seguridad, con el estómago descompuesto de terror.

Su semblante impasible que inspiraba al resto de agentes, su seguridad y su autoconfianza parecían haberse esfumado por el retrete. Alguien había tirado de la cadena y ya no se podía recuperar lo succionado.

López buscó sus gafas oscuras en el bolsillo de su chaqueta para ocultarse tras ellas de las miradas de sus compañeros. Cuando metió la mano y comprobó que no estaban allí comprendió que ya las llevaba puestas.

Respiró lenta y profundamente, y después dio el primero de los pasos para dirigirse hacia aquel despacho.

Frente a la puerta aspiró hasta que llenó sus pulmones, contuvo la respiración y finalmente se enfrentó al destino.

—Agente López a sus órdenes, señor.

Se cuadró ante su superior, que lo miraba de arriba abajo con cierto desprecio.

—¿Es esto todo lo que queda del terrorista que usted iba a apresar? —dijo lanzando impertinente una carpeta sobre la mesa.

López se quedó mirándola, leyendo la etiqueta que ponía «Operación Cóctel Molotov».

—Ni siquiera ha sido capaz de identificar al sospechoso. ¿Cómo es que no sabe siquiera su nombre?

—Ha sido imposible, señor. El terrorista, perdón, el presunto terrorista...

—¿Cómo que *presunto* terrorista? —interrumpió bruscamente a López—. El terrorista *prófugo*. El mismo que se ha burlado del CNI por completo.

—Perdón, señor —contestó agachando las orejas como un perrillo que sabe que ha hecho mal meando dentro de casa—. Ha sido imposible identificarle.

—¿No tienen sus huellas dactilares?

López negó. Habían sometido todo a tantas pruebas químicas en busca de sustancias inflamables y/o explosivas que habían deteriorado las huellas.

—¿Y no han utilizado la máquina de identificación facial para identificarlo por su rostro?

—Lo hemos intentando, pero no tenemos ninguna foto del Calimero Motorizado sin el casco.

—¿Y qué? —el superior lo miró extrañado.

—Que la máquina no es capaz de calcular con exactitud los vectores faciales si no cuenta con una foto de cabeza completa. Es que ese terrorista es muy listo, jefe.

El superior pegó un golpetazo sobre la mesa y luego negó con la cabeza.

—¿Es muy listo el terrorista, o es que usted es muy tonto? ¿Sabe cuánto dinero ha invertido el CNI para entrenarle? Ha recibido entrenamiento en técnicas de espionaje, entrenamiento en técnicas de seguimiento, en técnicas de análisis de pruebas y... ¿para qué diablos le ha servido? ¡Para nada!

López se estiró como si le hubiesen metido un pepino por su entrenado culo.

—Perdón, mi señor, le prometo que en breve daré con el terrorista. Lo prometo.

—Creo que usted está muy equivocado, López. No hay lugar en el CNI para el fracaso. Esta carpeta no me sirve de nada. De nada —dijo mientras la tiraba a la papelera. Sacó otra carpeta y la tiró en la mesa—. Éste es su nuevo destino.

El agente López, o mejor dicho, el parado López, cogió la carpeta que contenía la dirección del INEM y una carta de despido.

Pepín no sabía a quién besar primero: a Madre o a su Vespa. Bajó corriendo

las escaleras y finalmente besó a Madre mientras acariciaba uno de los manguitos de su scooter.

—Pero, ¿de qué vas vestido? —preguntó Madre—. ¿Es que se ha muerto alguien?

Pepín se miró de arriba abajo. Un escalofrío recorrió su cuerpo mientras negaba cabizbajo.

—Ese no es tu estilo, hijo mío. Sube inmediatamente y cámbiate. Luego, si quieres, nos vamos a dar una vuelta en moto.

Pepín cogió su casco y corrió como un galgo hasta su habitación. Deshizo una de sus maletas y dejó que las camisetas de los ochenta inundaron la habitación de vivos colores. Fue mirándolas una por una. No se decidió hasta que encontró una de E.T. el extraterrestre. Se la puso y se asomó por el balcón. Abajo le esperaba su Vespa y él se sentía tan libre como la imagen que portaba sobre su pecho. En ella Elliot y sus amigos volaban sobre sus bicicletas al contraluz de la luna.

Se miró en el espejo y se enfundó cuidadosamente su casco rojo. Ahora su vestimenta estaba llena de vida, de recuerdos... tan llena de matices de color como la vida misma. Se asomó al balcón e inspiró tranquilamente, embriagándose de la belleza del mundo. Cerró los ojos e intentó mantener ese pensamiento prisionero en su memoria.

Bajó corriendo con una sonrisa pegada en la boca y pegó un salto sobre el lomo de su corcel metálico.

—Sube Madre, que tenemos que celebrar que me ha vuelto la inspiración.

Pero Madre no subió. En su lugar frunció el ceño y le recriminó enfadada:

—Si estás inspirado ya puedes ir a por tu portátil y ponerte a escribir. Eres un escritor y no puedes dejar pasar una oportunidad como ésta. Así que levanta el culo y ponte las pilas.

—¡Señora!, ¡Sí, señora! —afirmó marcial el escritor justo antes de apagar la moto y subir a su habitación.

Retomar la novela iba a ser difícil porque, para ser fieles a la verdad, tenía que plasmar que de nuevo se encontraba acompañado de su fiel Vespa, pero no podía resucitar a Vespertino así como así. ¿Qué otra alternativa le quedaba?

El reto era tan difícil que tuvo que abrir un par de botellines de su brebaje mágico inspirador para ponerse manos a la obra y escribir:

A raíz de la muerte de mi fiel corcel Vespertino no hice sino caer en una espiral de decadencia. Empecé bebiendo una maldita copa de vino y cuando quise darme cuenta me hallaba bebiendo, copa tras copa, hasta que perdía el sentido. Aquello conseguía acabar de alguna forma con los fantasmas que atormentaban mi persona. Sin embargo, el vino no era tan letal como mi espada y cada noche volvían mis tormentos, y yo volvía a caer en el jugo de la uva fermentada.

No. No es fácil para mí contar algo tan deshonesto, pero cuando una persona escribe sobre su vida debe honrar y venerar la verdad por muy bochornosa que sea.

Así continúa la historia: yo estaba borracho como tantas otras noches, sentado en el suelo con una cogorza de mil demonios y apoyando mi espalda sobre una pared para no perder el poco equilibrio que me quedaba. Mis ropas de juglar estaban sucias y mi higiene descuidada. Incluso el que antes había sido mi tupé ahora parecía un moño lacio que habitaba marchito bajo el gorro de terciopelo rojo. Y para colmo dos niños vociferaban unos gritos que se colaban hacia el interior de mi cabeza resacosa.

—Rendíos —decía el más grande al pequeño.

Jugaban a ser caballeros con pequeñas espadas de juguete construida con madera. En vez de armadura brillante vestía harapos sucios, pero le echaban tanto arrojo al asunto que parecían verdaderos caballeros. El pequeño no estaba por la labor de rendirse.

—Rendíos he dicho, u os las tendréis que ver con esta espada —dijo de nuevo, levantando solemnemente su juguete de madera—, la espada de José, caballero de noble tupé.

—No es justo —le recriminó el otro que era más pequeño—, tú siempre te pides ser el caballero José, y yo siempre tengo que ser el malo.

—Yo me lo he pedido antes. Si no quieres ser el malo, puedes ser mi fiel corcel Vespertino —le dijo para complacerlo.

El pequeño asintió con alegría y le dio la espalda para que montara sobre él.

—¡Largo de aquí! —les dije ensimismado en mi borrachera.

Intenté levantarme para ahuyentarlos mientras ellos miraban atónitos cómo perdía el equilibrio en mi patético intento. Advirtieron que ni siquiera podía espantar las moscas que me revoloteaban, así que se me acercaron



curiosos.

—¡Os he dicho que largo de aquí!

Pero los niños se me acercaron todavía más y el mayor de ellos me pinchó con la punta de su espada, curioso.

—Sólo es un borracho —dijo al ver que yo no reaccionaba—. Vayámonos.

Se fueron y me dejaron a solas con el cricrí de los grillos que se me colaba dolorosamente por los oídos. Apoyándome en el suelo intenté ponerme en pie. El equilibrio fue incierto, pero conseguí sustentarme recto y maldije a las moscas, que no dejaban de perseguirme, al igual que el recuerdo de Vespertino. Me encaminé como pude, dibujando eses con los pies, y busqué alguna caballeriza que tuviese un abrevadero con agua bien fría para sumergir la cabeza y mitigar los males de mi cogorza.

Lo malo de aquella fría sacudida fue que me permitió volver a pensar con cierta claridad, y volvieron los pensamientos de cómo me había alejado de Silvana sin justificación alguna tras haberle jurado amor eterno. También volvieron los pensamientos de cómo había dejado morir a Vespertino sin intentar siquiera ayudarlo. Aquel pensamiento martilleó mi conciencia, al igual que unos bufidos espantosos que llegaban del interior de la cuadra. Me asomé y pude ver una yegua gimiendo de dolor. Era Canela, luchando contra algún mal invisible que la atormentaba. En aquel momento caí más bajo de lo que nunca hubiese pensado. Recordé que había jurado a Vespertino que cuidaría de la yegua como había cuidado de él y estaba incumpliendo mi palabra. ¿Qué pensaría de mí el corcel cuando me estuviese vigilando desde su astro lejano?

Me acerqué corriendo para ver si todavía se podía hacer algo.

Lo que vi me sumió en la más profunda de las confusiones. Los males procedían del estómago del animal, que estaba mucho más gordo que de costumbre. Incluso se movía como si tuviese algo dentro. Canela bufó todavía más fuerte y tras una dilatación pude ver la cabeza de un potrillo que empezaba a asomar con sus ojitos cerrados. Estaba empapado en un líquido viscoso, pero indudablemente su pelaje era de color marfil.

Me arremangué, tomé aquella pequeña cabecita entre mis manos y estiré suavemente, para no dañar a la yegua. Ella resoplaba y empujaba desde sus entrañas, con los ojos oprimidos de dolor. Yo seguí tirando, suavemente, hasta que aquel orificio cedió y el potrillo salió dulcemente hacia mí. Perdí el

equilibrio, pero lo sostuve entre mis brazos, protegiendo aquella pequeña criatura de Dios. Canela expiró profundamente y buscó al animalillo con la mirada. Sonrió agotada.

Yo lo miré. Estaba empapado en aquel líquido pegajoso, acostumbrándose al nuevo mundo y empezando a respirar por primera vez. Después pataleó y pude ver algo que me dejó paralizado. El potrillo tenía una caprichosa mancha de nacimiento con la siguiente forma: XXIV.

Yo lo apreté contra mi corazón y di gracias a Dios. No había duda: era el hijo de Vespertino. Aquél era su secreto, lo que yo no le había permitido contarme. Si en aquellos momentos Vespertino nos estaba mirando allá desde su astro lejano, seguro que debía ser el corcel más feliz del mundo.

De repente me asaltó una duda. Su padre tenía el don de la locuacidad, pero su madre era incapaz de hablar. ¿Podría hacerlo el potrillo? Fue entonces cuando el animalillo agitó la cabeza y abrió sus ojos por vez primera. Eran de espejo negro, como los de su padre. Se me quedó mirando, pensativo, y finalmente abrió la boca para decirme: «Papá».

## Un potrillo preguntón

Al potrillo le gusta jugar en el campo cuando cae la tarde serena y el cielo se tiñe de añil. El potrillo ríe cuando la hierba le cosquillea sus patitas mientras persigue a una mariposa. Sus alas de violeta, rojo y amarillo trazan una danza que el potrillo sigue con su hocico. El caballero José mira la escena enternecido.

—Papá, papá —dice el potrillo entusiasmado ante tanta belleza—. ¿Por qué vuelan las mariposas?

El caballero José le acaricia el cuello, halagado en cierto modo.

—Tienes tanto por aprender... —le dice en su infinita sabiduría—. Las mariposas vuelan porque así lo dispone Dios, nuestro más alto señor.

El potrillo, que regala una sonrisa al caballero, sigue jugando con la mariposa. Esta alza el vuelo, baja a ras del suelo y realiza una pirueta de colores entre las piernas del potrillo, que intenta seguirla con la cabeza. Con tanto movimiento el potrillo se hace un lío y cae al suelo.

El caballero José corre asustado por si se ha hecho daño, pero cuando lo encuentra está sonriendo. Está descubriendo el olor de las violetas.

—Papá, papá. ¿Por qué huelen tan bien las flores?

—Mi querido hijo, las flores huelen tan bien porque así lo dispone Dios, nuestro más alto señor.

El potrillo mira orgulloso al caballero. ¡Cuán listo es su padre!

El caballero lo levanta justo en el momento en que los últimos rayos de sol chocan con el horizonte y finalmente desaparecen. El añil se apodera por completo del cielo y da la bienvenida a las estrellas.

—Papá, papá. ¿Por qué existen el día y la noche?

—Porque así lo dispone nuestro señor. Dios quiso que nosotros estuviésemos en el centro del Universo y que hubiese un sol y una luna que girasen alrededor nuestra, dándonos el día y la noche.

—¡Qué listo eres, Papá! Lo sabes todo.

El caballero asiente satisfecho. Le encanta que el potrillo le haga preguntas.

—Papá, papá. ¿Y por qué los papás de los otros potrillos son caballos y tú eres una persona?

El caballero se gira y le da la espalda. Una lágrima de rocío recorre su mejilla.

—Mira, ves esa estrella —dice señalando la Estrella Polar.

El potrillo asiente, lleno de curiosidad.

—Tú eres un potrillo afortunado —le dice el caballero—. Tú eres especial y tienes la suerte de tener dos papás. Uno soy yo, y tu otro papá es un caballo. En aquella estrella, aquella lejana estrella, está tu otro papá.

El potrillo mira al cielo y sacude la cabeza. Por un momento ha visto la silueta de un caballo, de color marfil, que cabalga libremente al viento en aquel astro lejano mientras mira a su hijito, muy orgulloso. Pestañea, vuelve a mirar, y esta vez ve una estrella.

—Volvamos a casa —le dice el caballero.

Caballero y potrillo toman el sendero de la noche clara que se ha abierto. Al caminar del caballero le sigue el vaivén primerizo de las tiernas patitas del potrillo; su marca de XXIV se mueve al ritmo. El caballero extiende su mano y le acaricia el cuello, quiere sentir más cerca a su hijo.

—¿Y cómo es mi otro papá?

—Tu otro papá es el mejor de los corceles. El más grande entre los grandes.

El potrillo abre los ojos encandilados.

—¿Y cómo se llama?

—Vespertino, hijo mío. Tu otro papá se llama Vespertino.

El potrillo sonrío mientras avanzan por la noche serena, sus pasos perdiéndose por el camino, al amparo de las estrellas.

Canela y Silvana se enfadan con el potrillo que no quiere obedecer.

—¡No! —exclama su pequeña voz rasgada.

—Tienes que beber leche para crecer y ser fuerte —le dice Silvana señalando a Canela, que lo espera en la penumbra de la cuadra para amamantarlo.

—No me gusta la leche.

El caballero José se levanta de la silla para poner orden y el potrillo,

que no quiere leche, se escabulle entre sus piernas y sale huyendo de la cuadra. Se dirige hacia la cocina.

—Déjalo, que no beba leche —dice el caballero.

Silvana se enfada:

—Es un potrillo. Tiene que beber leche para crecer y ponerse fuerte.

—Jamás he visto beber leche a Vespertino y ya has visto que corcel más fabuloso que ha sido.

—Me da igual —replica Silvana—. Lo que no puede hacer es beber cerveza a tan temprana edad.

—Es su carácter, es hijo de Vespertino.

—¿Te hubiera gustado que te hubiesen dado a ti cerveza en vez de leche cuando fuiste tan sólo un bebé?

—No. Claro que no.

—Ves a por él y que no beba cerveza.

El caballero sale de la cuadra y dirige unos gritos hacia la cocina:

—¡Caprichoso! ¡Te vamos a llamar Caprichoso!

El potrillo, que se encuentra lamiendo cerveza, estira las orejas. Se asoma al camino.

—¡Yo quiero llamarme Vespertino! —grita al viento.

—Pues ven y tómate la leche. O de lo contrario te llamaremos Caprichoso.

El potrillo agacha las orejas y se dirige de nuevo a la cuadra. «No es justo», piensa enfadado. La leche no le gusta, pero quiere llamarse Vespertino.

—Y cuando termines la leche te vas a la cama —le dice Silvana.

—Yo no quiero irme a dormir tan pronto —replica el potrillo.

—Los buenos potrillos se van pronto a dormir y se levantan pronto.

El potrillo tampoco quiere levantarse pronto. No le gusta. Pero quiere llamarse Vespertino.

Con andar inexperto y moviendo su caprichosa marca de nacimiento al ritmo de sus patitas se acerca a Canela, a Silvana y a José y les da las buenas noches. De camino a la cama cae en la cuenta y corre hacia afuera. El caballero lo atrapa por el camino, quiere que vaya a su camita de paja, pero el potrillo se esfuerza por escapar hacia fuera de la cuadra. El caballero comprende y lo suelta. El potrillo llega al exterior y levanta la vista hacia el cielo de la noche para encontrarse con la Estrella Polar.

—Buenas noches, Papá —le dice.

Y el potrillo vuelve a la cama tranquilo; ahora ya puede descansar en paz.

## Zascandil

Cuando se despertó de la siesta, Pepín levantó ligeramente la persiana y pudo comprobar que ya se estaba haciendo la noche. La luz de la calle se reflejó sobre los botellines de cerveza vacíos que poblaban la habitación. Miró con curiosidad a su alrededor. Tan sólo había pasado un día desde que había vuelto a recuperar su espíritu y ya estaba otra vez todo patas para arriba, reinando el caos y el desorden por doquier. Camisetas desordenadas, calcetines por el suelo, manchas de cerveza, unos calzoncillos mancillados... Pepín miró las sábanas revueltas y comprendió que el mundo necesitaba que alguien inventara una cama que se hiciese sola. Él mismo podría haberla inventado con su gran intelecto, pero tenía que resolver un par de asuntos pendientes con urgencia.

El primero de esos asuntos le causó pánico en un principio, pero tenía que enfrentarse a él para comprobar si volvía a ser el mismo de siempre. Se enfundó el casco y dirigió sus veteranas zapatillas de deporte con puntera blanca hasta el balcón de la casa, que brillaba de magia en la penumbra del ocaso.

—Oh, balcón del Mediterráneo —dijo Pepín al mundo con aire solemne—, eres tan...

»Eres tan...

Sus versos volvieron a caer en el vacío. ¡Otra vez! ¿Es que acaso aquellos pocos días que había trabajado como vendedor de enciclopedias le habían robado su espíritu artístico? ¿Se había convertido de forma irreversible en una simple hormiga trabajadora?

Ensimismado en su desgracia, casi a punto de tirar la toalla, lo comprendió todo. Aquel verso era un eneasílabo, y a Pepín se le daban bien los endecasílabos, los versos alejandrinos y los pentasílabos, pero de ningún modo los eneasílabos. Cambió ligeramente el verso para convertirlo en endecasílabo y su talento surgió como por arte de magia para rimar Mediterráneo con instantáneo y belleza con suprema y así construir una estrofa encadenada digna de su persona. Pepín se había reencontrado con su faceta artística, y eso tenía que plasmarlo en su libro, así que se encerró en su habitación para escribir:

Por las tardes solía llevar al potrillo a dar largos paseos. Él disfrutaba de mi compañía mientras daba rienda suelta a su curiosidad y me hacía multitud de preguntas. Yo, por mi parte, le aportaba mi inmensa sabiduría para ir despejando sus dudas. ¿Por qué brillan las estrellas?, me preguntaba, ¿por qué se producen los vientos y las lluvias? Porque así lo dispone Dios, le respondía yo en mi infinita sabiduría. ¿Y por qué no puedo hablar en público?, me repetía una y otra vez.

—Ya te lo he dicho mil veces —le reprochaba—: porque no.

—¡No lo entiendo! —me contestaba con el hocico arrugado para luego estar un rato cabizbajo, sin querer terciar palabra.

Cuando se le esfumaba un poco el enfado seguía con las suyas.

—¿Y por qué tengo que tapar mi marca de nacimiento?

—Porque estás muy guapo con esa alforja.

Después de piropearlo el potrillo sonreía y se olvidaba, momentáneamente, de mostrar su marca.

Recuerdo que una tarde vimos a lo lejos un poblado y me preguntó si podíamos entrar para visitarlo. A mí en principio no me gustó la idea, pero el potrillo, que rebosaba curiosidad, insistió e insistió. Venga, venga... me decía.

—¿Sabrás estar callado? —le pregunté con un gesto con el que dudaba de su contestación.

El potrillo cerró la boca y asintió con la cabeza. Yo le puse una pluma y un pergamino en su alforja y comprobé que mi gorro de terciopelo estaba bien situado. Tomé entre mis manos un laúd que cargaba a mis espaldas para darle consistencia al disfraz de trovador y nos adentramos en el poblado.

A medida que avanzábamos por la primera de las callejas, mi sexto sentido me envió un sentimiento raro y áspero. No había gente sonriendo; no había grupos de personas charlando animosamente frente a las casuchas, ni niños jugando en mitad de las calles. El potrillo también captó algo y ralentizó su paso. Agucé el oído y pude escuchar, a lo lejos, unos gritos. Aceleramos el paso para ver qué sucedía hasta que divisamos un grupo de personas que se agolpaban en torno a algo.

—¡Nadie está exento de los impuestos! —chilló una voz en el interior del barullo.

—No tengo nada con qué pagaros —se escuchaba otra voz que



contestaba.

—Si no contáis con otros bienes, al menos tenéis vuestra vida para pagar con ella.

Al acercarme pude ver a un soldado viejo y gordo, con barba espesa y cota de malla, que se dirigía a un hombre flaco tirado sobre el suelo de la calle. Le presionaba con la punta de su acero sobre los riñones, fría y amenazante sobre su polvorienta piel. Éste no reaccionaba, tentando la suerte con una temerosa mirada, mientras el público temía por su vida. El soldado guardó por un momento la espada y lo tomó entre sus brazos para levantarlo como quien levanta un saco vacío.

Por lo visto, mi enorme gorro de terciopelo rojo, que avanzaba por encima de la multitud, debió distraer al soldado, porque me dedicó una mirada fugaz antes de volver a su asunto. Él no me había reconocido, creo que porque se fijó más en el gorro que en mi persona, pero se trataba de un viejo conocido que en su día no pocas pesadillas me había provocado. Como un relámpago se me aparecieron imágenes de mi infancia con Corbacho, que así se llamaba aquel sucio soldado. Había sido mi profesor de esgrima durante años y siempre me había tenido manía. «Pepín, con más brío, que pareces una niña», me decía con ánimo de burla. Pepín, así era como me llamaban antes de que falleciera Padre y yo tomase el legado de su profesión. «Pepín, nunca llegarás a ser caballero», aseguraba entre risas.

Sin embargo, aunque yo pareciese un trovador, en mi interior latía el corazón de todo un caballero, sobre todo ahora que había encontrado el legado de Vespertino. Debía dar ejemplo ante el potrillo y, sobre todo, salvar a aquel inocente, así que decidí intervenir. Comprendí que si Corbacho volvía cruzar sus ojos con los míos, quizá me reconociese, pero había una vida en juego. Mientras tanto, el soldado le preguntaba por última vez si iba a pagar los impuestos. Aquel hombre, que ya daba por perdida su vida, le contestó con un escupitajo directo a la cara. Una mujer chilló mientras tapaba los ojos a su hijo y un hombre viejo apartó la vista para no ver el desenlace que se prometía sangriento.

Corbacho se restregó la cara con el antebrazo para limpiarse la flema que le chorreaba, mostrando una expresión de repugnancia, mientras desenvainaba el objeto del que había sido maestro durante toda su vida. Un roce metálico sonó a modo de presagio funesto, que habría desembocado en un triste suceso de no ser por mi intervención.

—¡Por encima de mi cadáver! —anuncié solemne entre el gentío que se abría asombrado para que pudiese entrar en escena.

Por lo visto mi voz le trajo recuerdos del pasado a Corbacho, porque paró en seco su ataque, y lentamente, como quien espera encontrar un adversario digno de su talla, fue girándose hasta que sus ojos se posaron desafiantes sobre los míos. Pero no encontró lo que esperaba. Donde él esperaba encontrar a un hombre regordete —es difícil contar esto para mí, pero antes de pegar el estirón yo era un chaval algo rechoncho— había un trovador de magna figura, bien proporcionada y con musculatura abultada.

—¿Quién sois? —preguntó sospechando, con la mosca tras la oreja.

—Soy un trovador, y no estoy dispuesto a que cometáis tal atrocidad contra un hombre que no está a vuestra altura.

Su mirada me inspeccionó despectivamente y con un gesto adoptó una posición ofensiva con su espada.

Aquel hombre, que en sus tiempos había sido ágil y musculado, ahora era una bola sudorosa de sebo. Pero quien tuvo, retuvo, y eso se notaba a simple vista.

—Me retáis como si vos fueseis un caballero —siguió mirándome fijamente—. Me recordáis a uno que conocí hace mucho tiempo y que estamos buscando, uno que tiene un tupé sobre su cabeza.

—¿Caballero yo? —aseguré en tono burlón—. No conozco más arte que el de la poesía y la música.

—Demostrádmelo —dijo señalando el laúd.

El pequeño Vespertino gruñó y yo, temiendo que comenzase a hablar para enfrentarse a aquel soldado, lo tranquilicé. «Esto es pan comido, déjame a mí», le dije. Tomé el laúd entre mis manos, intentando simular ante mi público la forma en que lo tocaban los verdaderos trovadores, y deslicé mi mano derecha entre las cuerdas. Las acaricié suavemente con la yema de mis dedos, como quien se prepara para emitir una bella melodía. A punto estaba de rasgar la primera de las cuerdas cuando me vino a la cabeza el recuerdo de la noche en que había tocado aquel instrumento en la aldea para conquistar a la morena y a la pelirroja: este instrumento parecía infernal entre mis manos. Hasta los gatos habían maullado como si hubiesen visto al diablo. Comprendí que intentar una melodía era desenmascaramme como falso trovador, así que me dispuse a tocarlo como yo sabía. Le lancé un mandoble con el instrumento, con fuerza, para estrellarlo sobre su cocorota.

Yo no sabía que el laúd era un arma tan letal, pues una de las cuerdas, que habían estado tensadas, se rompió con tal fuerza que acabó pegándole un latigazo sobre la mejilla de Corbacho, que quedó rajada y sangrienta. Aquello le iba a dejar una buena cicatriz, así que se enfadó con ganas y motivos sobrados.

Yo empuñé el mástil de madera, que era lo único que quedaba vivo del instrumento, mientras él, furioso, agitaba su espada con la maestría que le caracterizaba antaño. Me lanzó una estocada traicionera sin tener en cuenta que yo conocía a la perfección su estilo y la esperaba. Con un golpe del mástil de madera ladeé la trayectoria del metal. El público me vitoreó. Luego Corbacho se me echó encima para regalarme una patada barriobajera, en toda la entrepierna. Ésta era otra técnica que formaba parte de su repertorio clásico, así que yo ya la esperaba. La esquivé y me lancé contra él, chocando mi arma de madera contra la suya de acero en un pulso de fuerza.

—¡Por la cruz que te voy a quitar ese gorro rojo, embustero! —me aseguró entre dientes mientras empujaba con fuerza.

Al recibir en la cercanía de nuestros rostros el aliento pútrido de su alma, sentí un atisbo de debilidad y bajé la vista, confundido. Fue entonces cuando vi que el potrillo estaba nervioso, deseando ayudarme en el lance, y temí que se uniese. Aquello me hizo reaccionar y mis músculos se hincharon a plena potencia para ganar el pulso. Corbacho salió disparado hacia detrás, con equilibrio incierto, intentando recuperar la estabilidad. El gentío, que podría haberlo ayudado, decidió dejarle un hueco para que cayera sobre el empedrado por sí solo.

Aproveché para chitar al potrillo mientras Corbacho se levantaba todavía más furioso. Yo, que estaba en clara desventaja al empuñar un trozo de madera que nada tenía que hacer contra un acero de buen filo, no tenía otra que luchar con mi ingenio, así que le lancé un mandoble con el palo acompañado de la siguiente rima:

*Deberíais batiros con alguien de vuestra talla,  
No contra un trovador con una madera por arma.*

El gentío estalló jubiloso en aplausos y silbidos ante la rima letal que había lanzado con mi lengua. A ésta le acompañó un mandoble con el palo de madera que aterrizó sobre el casco ligero de Corbacho. Aquello apenas le hizo daño y se dispuso a contraatacar. Viendo cómo el público se había

entusiasmado con la rima, se dispuso a lanzar un pareado de su propia cosecha para ablandar el terreno antes de lanzar una estocada de maestro de esgrima.

*Vos, os hacéis pasar por un inofensivo trovador,  
pero sois un impostor que...*

El gentío enmudeció, esperando una rima que no llegaba. Corbacho se estrujó los sesos y yo aproveché aquel pequeño enajenamiento para lanzarle una rima desconocida que, según los legajos que había leído, estaba empezando a experimentarse por tierras italianas: la rima encadenada.

*Si aquí hay un impostor, sois vos,  
decís ser maestro de esgrima afamado,  
os batís con un acero bien afilado,  
pero no podéis vencer a un simple trovador.*

La cara de Corbacho estalló de rojo cólera al escuchar al gentío que me dedicaba el mejor acompañamiento sonoro a base de aplausos. Hasta el potrillo aplaudía golpeando el suelo con sus patitas. Intentó batir mi novedosa rima con un simple pareado:

*Al último que me llamó impostor,  
me lo merendé con...*

Otra rima que no llegaba... El público empezó a abuchearlo y a pitarle. El puño de Corbacho se aferró con fuerza a su espada y me la lanzó con la fuerza de un toro que embiste rabioso. Afortunadamente para mi persona, Corbacho había perdido la templanza y el control de la situación y su ataque no fue tan letal. Lo esquivé con facilidad y me armé de nuevo con otro de mis pareados:

*Creía que estaba batiéndome con un espadachín,  
pero veo que sois un vulgar zascandil.*

El público no sabía lo que era un zascandil y sumido en la incertidumbre de aquellas palabras dejó de aplaudir. Corbacho tampoco entendía lo que le

había dicho y quedó pensativo, sin reacción. Finalmente decidió abrir la boca, tímidamente, para preguntar con cierto temor:

—¿Qué significa *zascandil*?

Por lo visto nadie conocía aquella palabra de mi extenso vocabulario, así que me vi obligado a explicarla con otros versos.

*Miraos en un espejo y veréis un zascandil:  
un hombre despreciable, granuja y sin provecho.  
Y de paso, veréis un profesor indigesto  
con la cara fea como el culo de un mandril.*

Ahora sí. La multitud empezó a chillar enloquecida ante mis versos y a aplaudirme mientras que a Corbacho le tiraban piedras. Él huyó despavorido entre la lluvia de chuzos mientras a mí me aupaban en hombros para vitorearme como a un auténtico trovador.

Pepín dejó de escribir. Debería estar contento por haber encontrado de nuevo al artista que llevaba dentro, pero todavía le quedaba otro asunto pendiente, que era el que realmente le preocupaba: el cambio que estaba sufriendo Silvana.

Silvana se encontraba tumbada en el sofá, viendo otra vez a Richard Gere en *Oficial y caballero* con un botellín de cerveza en la mano y varios botellines vacíos sobre la mesa. Normalmente, cuando se repanchingaba en el sofá, tenía que levantar el cuello para ver la tele por encima de sus generosos pechos. En aquella ocasión, la barriguita, también estaba empezando a ocupar su cuota de pantalla. A Pepín no le pasó desapercibida aquel crecimiento incipiente y la miraba con curiosidad y cierto respeto.

Bien es cierto que Silvana no paraba de beber cerveza desde que estaba en paro, y esa podría ser una barriga cervecera, pero Pepín había contado con otra posibilidad, pues al fin y al cabo habían hecho el amor y los artísticos genes de Pepín eran muy valiosos para una mujer soltera. Pero... ¿cómo saberlo?, ¿cómo averiguarlo?

—Pepín, ¿podrías hacerme un favor? —le dijo Silvana con la cara triste, abatida—. ¿No tendrás por casualidad algo de chocolate, o unos Donuts?

Pepín se preguntó por qué tenía esa cara de tristeza. Si esa barriguita era

fruto de su semilla, Silvana no debería de estar tan abatida. La miró más de cerca.

—¿Tienes o no tienes chocolate? —preguntó Silvana enfadada.

Pepín despertó de su ensoñación y agitó la cabeza.

—Sí, no... —dijo Pepín mientras Silvana le miraba con actitud de reproche—. Quiero decir... que te veo un poco de barriga, ¿no será que estás engordando un poco?

—¿Y a ti qué te importa si engordo o dejo de engordar?

Pepín desvió la mirada hacia el techo, como si aquello no fuese con él.

—Eso es asunto mío —dijo Silvana—, así que si tienes algo tráemelo, que tengo un antojo de dulce.

Los temores de Pepín se sobresaltaron al escuchar la palabra *antojo*.

## Pepín metrosexual

Pepín estaba, literalmente, acojonado. Había buscado por internet los primeros síntomas del embarazo para ver si así se tranquilizaba, y lo único que había conseguido era ponerse más nervioso. Cuando leyó *aumento del tamaño del abdomen y apetencia de ciertos alimentos* —es decir, antojos—, ni se inmutó, pues ya había identificados tales síntomas. Lo peor fue cuando siguió leyendo:

*Cansancio y sueño.* ¡Silvana estaba todo el día repanchingada en el sofá, viendo la televisión con varias cervezas a mano y sin mover un solo dedo!  
*Mayor percepción olfativa.* ¡Silvana estaba haciendo últimamente hincapié en lo mal que olía el piso!

Pepín empezó a expulsar un sudor frío y continuó su fértil investigación:  
*Aumento de la frecuencia miccional.* Con frecuencia ella se levantaba para visitar el baño. *Nauseas y vómitos.* Y anoche Silvana había vomitado. En un principio pensó que podría ser de tanto beber cerveza, pero para colmo —y esto no estaba en los manuales de sintomatologías de internet—, estaba especialmente irritable y preocupada. Se notaba a simple vista que Silvana tenía una preocupación bastante importante.

Pepín ni siquiera quiso pensarlo y se dirigió a la Estrella Polar para encerrarse en su burbuja de abstracción y así olvidarse del mundo real y, por qué no, para ahogar las penas con las mejores de las cervezas, las que le servía su fiel camarero Antonio.

Allí, sentado en su mesa, intentó encerrarse en su burbuja de abstracción. No lo consiguió; por lo visto la realidad le envolvía con más fuerza que la fantasía. Hizo un nuevo intento, cerrando los ojos y respirando profundamente, y la burbuja empezó a aislarle. Pero enseguida se desplomó. Pepín comprendió que tendría que esforzarse más, así que pidió un par de jarras de cerveza y se encomendó a su musa.

—¡Oh, mi Musa! Hoy necesito de tu ayuda más que nunca. Dame algo que me incite a escribir.

De repente, Serafín entró acompañado de otro hombre por la puerta. La musa había cedido ante las súplicas del escritor y le enviaba una fuente de inspiración, algo con lo que olvidarse de sus problemas. Pepín ni siquiera

sospechó que aquella persona que acompañaba a su agente sería la iluminación artística que necesitaba, aunque iba a ser un tanto agridulce.

El acompañante de Serafín era un hombre de unos cuarenta años, tan grande y alto que incluso tuvo que agacharse para pasar por la puerta. Arrastrando una molesta cojera en su pierna izquierda, acompañó a Serafín hasta el interior del bar mientras le hablaba.

—Como te iba diciendo, lo importante es tener a un ARTISTA, con mayúscula. Hazme caso, Serafín, y te vas a forrar como yo me estoy forrando.

Serafín, diminuto en altura a su lado, levantaba la cabeza y lo idolatraba con la mirada, escuchando atentamente sus palabras. «Si le hago caso me voy a forrar», pensaba mientras se frotaba sus morcillosos dedos. Una vez dentro del bar buscó a Pepín con la mirada.

—Mira, ahí está mi apuesta más importante —dijo Serafín señalando su casco rojo.

La pareja se acercó hasta el ilustre escritor; uno cojeando y el otro con la sonrisa en la boca. Serafín inició las presentaciones.

—Este es Pepín. Aquí donde lo ves es un gran artista. Y este es Migueles, representante musical de éxito. Ahora mismo está ganando mucho dinero con Leonardo.

Pepín miró con recelo a Migueles. Desgraciadamente lo conocía del pasado. Aquel hombre tan grande era Joaquín Migueles, el mánager musical. Era muy conocido por Benidorm. Antaño había sido un jugador de baloncesto, apodado La Torre debido a su tremenda estatura y envergadura. Había sido más famoso por su actitud altiva y arrogante —y por sus mezquinos codazos— que por sus tantos, y se había sabido mover muy bien por el mundo de la farándula nocturna. Esto último le había salvado el culo cuando le llegó la lesión de rodilla, que era la que le causaba la cojera que arrastraba y que le había retirado de las canchas de baloncesto. Los contactos que había atesorado cuando Benidorm era todavía un referente de glamour en fiestas nocturnas le habían dado la oportunidad de entrar en el mundo musical y, con una mentirijilla por aquí, sobre sus famosos amigos y colaboradores musicales, y otra mentirijilla por acá, sobre su currículum musical que había inventado entre copas, había conseguido representar a un par de cantantes con cierta fama. A partir de ahí todo le fue muy fácil, pues su trabajo era ir de fiesta en fiesta, relacionarse y disfrutar entre cañas y cubatas, algo en lo que se desenvolvía con soltura.

Pepín no conocía todo este pasado, pero sí que había estado al corriente



de las oportunidades que había dado a algunos artistas desconocidos, y por eso, en su momento, se había presentado en su despacho con su casco rojo enfundado, una guitarra española en mano y una maqueta en cinta de casete con algunas canciones que había compuesto. Sentado en una banqueta le había cantado todo su repertorio mientras él escuchaba atentamente. Cuando Pepín terminó, aguardó esperanzado el veredicto. Migueles carcajeó en una mueca burlona, mostrando sus dos colmillos invertidos que despuntaban en su boca, como un demonio, y en vez del veredicto, le dedicó una burla que el artista nunca podría olvidar. Finalmente se tornó serio y emitió aquel juicio:

—Te lo voy a decir sin rodeos: olvídate del mundo de la música. Tú no vales para esto.

Migueles fue quien le dijo en su momento que él no valía, que olvidase que había compuesto sus canciones y que desapareciese de su vista. Y ahora lo volvía a tener delante. Más bragado que en sus tiempos mozos estiró la mano y cogió, sin permiso del artista, la cerveza que tenía preparada para su musa, y la vació de un morreo. Rió torpemente con su mentón prominente, sacando sus dos colmillos invertidos, y dejó la cerveza rechupeteada en la mesa.

Pepín entornó los ojos con rabia, con cierto resquemor que todavía albergaba por la burla que le había dedicado antaño. Físicamente no tenía nada que hacer contra Migueles, que debía tener la fuerza de tres hombres normales, pero el haberle tocado la cerveza... eso eran palabras mayores.

—¿Te gustaría ser del club de fans de Leonardo? —le preguntó Migueles.

—¿Leonardo?, ¿qué Leonardo?

Migueles se extrañó de repente.

—¿No conoces a Leonardo?, ¿pero en qué mundo vives? Es el mejor artista del mundo —afirmó con rotundidad.

—No sé... déjame pensar... Yo soy artista —dijo el escritor— y conozco a muchos artistas.

Pepín pensó. Conocía a muchos artistas, era cierto, pero sólo conocía a un Leonardo que fuese artífice: a Leonardo Da Vinci. Y ya hacía mucho que había fallecido (como su padre, que también era artista fallecido).

—Así de primeras no me suena. ¿Leonardo qué más?

—Leonardo de Colza.

«Leonardo de Colza... ¿no era aquel el ex novio de Silvana?», pensó Pepín tras atar algunos cabos.

—Leonardo de Colza —repitió Migueles—, es el mejor artista del

mundo. Y yo soy su mánager. ¿Te gustaría formar parte de su club de fans o no?

¿Era posible que Migueles lo estuviera tratando como a un simple fan? Por lo visto no se acordaba que tiempo atrás él había estado en su despacho con su maqueta. Él era un artista y Migueles debía saberlo para que se le tratara como tal.

—¿No te acuerdas de mí? —le preguntó Pepín.

Migueles puso cara de hurgar en el pasado. Aquel chaval le sonaba de algo.

—Te presenté una maqueta con varias canciones hace un tiempo —continuó Pepín—: *Amor en Vespa*, *Hijo de la Estrella Polar*, *Cerveza y siesta*, etcétera.

El mánager recordó de golpe y la circunstancia se apoderó con fuerza de su cara, que se tiñó de vergüenza.

—No, no me acuerdo —mintió incómodo.

Eso era indignante para Pepín, que había sido compositor musical hasta que aquel individuo había acabado con sus ilusiones. Y ahora las remataba con algo muy dañino para un artista: haber sido olvidado.

Enfadado, o decepcionado, decidió pasar por alto esta conversación y hacer fuerza para encerrarse en su burbuja de abstracción y no alterarse más. Allí dentro estaría protegido del mundo exterior. No le fue fácil concentrarse, sin embargo, lo consiguió, y tras un gran esfuerzo consiguió tejer una maraña de ideas que iban a llevarlo por el camino del éxito. Se dispuso a plasmarlas y en ese justo momento en que empezaba a teclear su obra maestra, una exclamación destrozó su burbuja de abstracción y deshilachó sus ideas entrelazadas.

—¡Chaval! Que nos vamos —dijo Migueles que se encontraba con Serafín al lado del escritor—. Por cierto... ¿qué haces ahí tan concentrado?

—Estoy escribiendo una novela —dijo enfadado porque le habían roto de nuevo su burbuja—. Yo también soy un artista.

—¿Y ese casco? —preguntó la descerebrada mole que iniciaba otra de sus risitas en las que asomaban sus colmillos—, ¿es por si te caes de la silla?

Migueles carcajeó abiertamente y Pepín enarcó más los ojos, haciendo fuerza para no explotar. El mánager se había burlado de nuevo con la misma ofensa que tiempo atrás le había dedicado cuando estaba cantando, guitarra en mano y sentado en una banqueta; la misma broma que le había sentado tan mal. De repente una palmada cariñosa de aquella mole monumental aterrizó sobre el casco de Pepín, transformándose en un golpetazo que removió todas las

ideas de su cabeza de pensar. Furioso, Pepín vio cómo Migueles desaparecía entre risas. Sin embargo, no estaba dispuesto a dejar pasar el asunto así como así, por lo que recordó todos los aspectos de aquel malandrín que parecía un animal lerdo y bueyuno de dos metros, tullido y colmilludo, y se puso manos a la obra:

Bovino, Tulenco y Luciferino eran tres malandrines con órdenes de captura y ajusticiamiento en multitud de reinos. Sus carteles de búsqueda mostraban a Bovino, una mole de dos metros y medio que parecía un animal lerdo y bueyuno con un pendiente en la nariz, como las reses; a Tulenco, un bellaco tullido con una pata de palo, y a Luciferino, un truhán pequeño pero vivaz con colmillos de diablo que parecía la mano derecha de Lucifer. Los tres habían pasado la noche anterior al mercado anual cerca de la ciudad, junto a una hoguera humeante que empezaba a extinguirse con los primeros soplos de la mañana, y sobre la que quedaban restos de un jabalí ensartado en un espetón de madera. El primero en despertar fue Luciferino, que dio un salto y se puso en pie, con ganas de jaleo.

Luciferino nunca sonreía, directamente lanzaba carcajadas que no eran sino los primeros presagios de que algo funesto iba surgir de su persona. Carcajeó para sí mismo, agazapándose bajo su chepa, fijos sus grandes ojos saltones. Se dirigió donde dormían sus compinches y le propinó un puntapié con sus botas de fieltro en los morros de Bovino, que descansaba plácidamente entre ronquidos que hacían vibrar el pendiente de aro de su nariz. Bovino ni se inmutó. Le propinó otro puntapié en su narizota, pero sólo consiguió que agitara la mano sin salir del sueño, como quien se quita inconscientemente las moscas que le rondan. El rostro de Luciferino se tornó agrio. Pensó y carcajeó de nuevo.

Se dirigió hacia Tulenco, que dormía boca abajo, y sigilosamente le quitó su pata de palo para regalarle después un puntapié en las costillas. Tulenco se despertó con rabia y saltó instintivamente empuñando su espada. No halló nada con lo que apoyar su pierna izquierda y cayó al suelo entre las risas de aquel malandrín de mandíbula ofensiva y colmilluda. Los ojos saltones de Luciferino reían por encima de sus colmillos. Tulenco persiguió a la pata coja a su chepudo compañero de fechorías y al alcanzarlo le propinó un capón que lo dejó tendido en el suelo. Se puso de nuevo su pata de palo y volvió a dormir. Sin embargo, Luciferino ya tenía ganas de jaleo, así que lo despertó estirándole del brazo.

—Vayamos ya al mercado —dijo con su sonrisa burlona.

—Déjame dormir —resopló el tullido.

—Tenemos una misión que cumplir. Vayamos ya.

—Ves haciendo camino tú. Bovino y yo te cogemos cuando despertemos.

Luciferino sonrió de nuevo. No tenía miedo de ir sin compañía, pues él sólo se bastaba para cumplir el cometido. Dejó durmiendo a sus dos compañeros de fechorías y se dirigió él solo hacia el mercado.

—Es un antojo —me dijo Silvana.

—¿Y queréis que vaya hasta el mercado de la ciudad ahora mismo porque se os ha antojado comer algo dulce? No lo entiendo —le contesté algo enfadado.

A mí no me hacía nada de gracia que me sacasen de aquel estado relajado en el que me encontraba, tumbado sobre un montón de paja con un libro de poemas entre mis manos. Y lo peor de todo, es que Silvana tenía una sonrisita extraña cada vez que pronunciaba la palabra *antojo*.

Incluso —aquello en un principio fue una simple percepción—, me pareció que Canela miraba cómplice a Silvana y ambas compartían una risita.

—¿No os importaría que os trajera el dulce mañana? Ahora estoy muy enfrascado en la lectura.

—No, tiene que ser hoy.

—Así que se os antoja a vos un dulce, y me hacéis ir a mí hasta la ciudad para comprarlo. ¿Es que no tenéis respeto por mi descanso? Además, quizá no sea bueno que comáis dulce. No sé si os habréis dado cuenta, pero cada vez se os está engordando más la barriga.

—Pues claro que me había dado cuenta —contestó Silvana llevándose la mano a la barriga y acariciándola con cariño.

Luego miró a Canela y ambas sonrieron cómplices. ¿Es que acaso me estaba perdiendo yo algo?

—Ya iré luego —le dije volviendo la vista al libro—. Ahora dejadme tranquilo, que estoy leyendo.

—Id ahora, por favor. Hacedlo por mí como una prueba de amor.

¡Así no se podía concentrar uno en la lectura! Cerré el libro y acepté a

regañadientes.

—Está bien, iré a la ciudad a traeros un dulce... Pero luego dejadme leer tranquilo.

Me levanté, me calcé al completo mi disfraz de trovador y busqué al potrillo para que me acompañara. Partimos por el camino rumbo al mercado del pueblo.

—¿Tú no notas algo raro con Silvana? —le pregunté al potrillo cuando pude hablar con él en intimidad.

El pequeño Vespertino me miró y ni siquiera abrió la boca. Sólo me dedicó un gesto de incompreensión, como si no hubiese notado nada raro. Sin embargo, yo contaba con un sexto sentido de caballero que me decía que aquellas risitas escondían algo, que allí había gato encerrado. Lo malo, es que mi sexto sentido era capaz de ponerme en alerta, pero no era capaz de indicarme cuál era la amenaza.

El mercado estaba lleno de gente que se había acercado desde multitud de pueblos de alrededor. El olor de la paja, de los animales, de las especias, del sudor de la gente, de la desconfianza y de la codicia se entremezclaba con el alboroto de los mercaderes, del regateo, de la pugna en el trueque y del sonido del dinero que se agitaba dentro de las bolsas. Las risas inundaban las cervecerías, y las preocupaciones golpeaban la conciencia de quien había realizado una mala compra o una mala venta. Carniceros, panaderos, curtidores, herreros... todos mostraban sus productos para que los pagasen con monedas o los trocasen todos aquellos que no pudiesen elaborarlos. Se ofrecía de todo: buena cerveza, buen vino —que sólo los señores podían costear—, todo tipo de útiles, toda clase de animales: cerdos, corderos, patos... y muchas prendas de tejidos importados de oriente, como los damascos, las sedas o el terciopelo, que se mostraban como auténticas novedades por su brillo y su complicado tramado. Sólo por ver aquellas maravillas que saltaban a la vista valía la pena acercarse al mercado, dar un paseo y empaparse del júbilo de la gente, del contraste de colores y del aroma de nuevos olores y sabores importados de oriente... Sin embargo, Luciferino no había ido allí por nada de esto.

Aquel malandrín se deslizaba entre el gentío como una serpiente en busca de su presa. En su camino divisó el que era, sin duda, el local más

transitado: una cervecería, y entró en ella. Allí unos compadres reían y festejaban algo.

—Luna, así se va a llamar mi hija —decía el más fuerte de los hombres—. Espero que Dios le regale salud y un marido respetable que la quiera y la cuide.

—¡Por Luna! —agregaron al unísono el resto mientras elevaban sus jarras para brindar en una ronda en la que el padre había invitado.

—¡Por Luna! —se sumó Luciferino levantando la mano para brindar junto a ellos pero con el puño vacío.

Las sonrisas se esfumaron de aquellas caras y miraron al chepudo con asco. Si crees que te vamos a invitar a una jarra estás equivocado, pensó el padre de Luna. Luciferino frunció el ceño y dio media vuelta, dándoles la espalda. Su rostro carcajeó, la bolsa que le había robado a aquel hombre parecía estar bastante llena de monedas.

Se deslizó entre las mesas y taburetes para gastarse algunas de las recién adquiridas monedas, pero todos los sitios estaban ocupados. Un jovenzuelo pidió a la camarera otra jarra, con los mofletes rojos por la falta de costumbre, pero no hizo ademán de levantarse. Un hombre eructó y su viejo compañero de mesa se levantó de la silla para ajustarse el cinto de cuero que le apretaba de tanto beber. Se volvió a sentar y fue entonces cuando su culo golpeó contra el suelo empedrado. Luciferino había sacado la zarpa y le había quitado la banqueta. El hombre se había hecho daño y el resto de la gente se levantó para ayudarlo. Entre varios clientes lo tumbaron sobre un montón de paja para que se recuperara. Qué curioso, pensó Luciferino, hace un momento no había ni un taburete libre, y ahora sobran...

Sonriente levantó la mano y una mujer, avanzada de edad pero de buen ver, le llevó su brebaje. Sus ojos saltones se recrearon con aquella camarera bien pertrechada y su prominente mandíbula inferior cayó desplomada ante sus encantos. La camarera lo abofeteó y se dio media vuelta. El incidente no pasó a mayores, pues aquello era algo habitual en las cervecerías en las que una mujer sirve las jarras. Era parte del trabajo de camarera saber dar buenos bofetones.

Se metió la jarra de un trago y abandonó la terraza, dirigiéndose hacia la plaza central. Como allí había una fuente y la clientela no soportaba bien el calor, el lugar estaba abarrotado de gente. Oteó con sus ojos de diablo hasta que divisó una tienda de comestibles con un montón de manzanas silvestres

tan grande que casi rozaba el toldo. El tenderete era un gran carro que habían afianzado con una cuña bajo sus ruedas. Quizá encontrase allí lo que buscaba.

Luciferino se abrió paso entre la clientela que esperaba su turno y divisó el género. Vendían multitud de productos además de las manzanas: centeno, cebada y avena al peso, alubias, guisantes... El tendero era un hombre rollizo, mofletudo y carnoso que despachaba junto a sus hijos. Le recomiendo este estragón, decía apaciblemente a una de sus clientas, esta hierba aromática es ideal para aliñar ensaladas y aromatizar encurtidos y vinagres. Luciferino centró su atención en unas ramitas pequeñas que parecían trozos de raíz seca. Tomó una en sus manos, se la llevó a la nariz y la husmeó sin saber muy bien para qué servían. El tendero rechoncho se saltó la cola de clientes al ver que una persona estaba tocando el género, algo prohibido en su puesto de venta. Sin embargo, le habló con delicadeza.

—Lo que ha tomado entre sus manos se llama regaliz. Es un palo dulce que se mastica y se chupa. Su sabor agrada sobre todo a los niños.

Luciferino se saltó otra de las reglas: introdujo el palo en su boca sin haberlo pagado. Lo empapó en saliva y lo masticó.

—Tendrá que pagarlo —aseguró esta vez molesto el tendero al ver que lo había chupado.

Un intenso sabor dulzón inundó la boca de Luciferino. Escupió con fuerza para evitar que le anulara el regusto que le había dejado la cerveza, y una flema negra, gigantesca, aterrizó sobre la cara del tendero que ahora había empezado a perder los nervios frente a aquel desconocido.

—Tendréis que pagar el regaliz así como el agravio que me habéis escupido.

Luciferino carcajeó y le tiró el palo de regaliz con fuerza a la cara.

Los hijos, que se afanaban detrás del mostrador, dejaron cuanto tenían entre manos y defendieron al padre mostrándose amenazadores. Uno de ellos cogió un cuchillo y lo levantó furioso, pero el padre lo frenó intentando llevar la discusión al terreno de la razón.

—Seamos civilizados —terció el padre—, esto se puede arreglar pagando el regaliz y terciando unas disculpas por el escupitajo.

Los hijos lograron contenerse, pero Luciferino volvió a la carga.

—Sois vosotros quienes debéis pedir disculpas por insultar a mi paladar con este palo que sabe a demonios. Ojala os haya pegado la lepra con mi escupitina.

Una expresión de temor explotó en el rostro del tendero que intentó quitarse los restos de aquellas babas negras. Luciferino carcajeó con más ganas que nunca y sacó sus colmillos amenazando a los hijos. El padre, que ya había sufrido bastante y estaba empezando a tener pánico, contuvo a los hijos. No quería que alguna desgracia les pasase a ellos también, así que decidió recular.

—Puede ir en paz. No se preocupe por el regaliz ni por las disculpas.

—Que no os tomen el pelo —dijo una voz desconocida, rota—. Ese tendero ha mancillado vuestro honor con su trato.

Cuando el asunto parecía disminuirse, un hombre lisiado, con una pata de palo, parecía dispuesto a avivar el fuego.

—Exigid una buena indemnización —continuó Tulenco, que hablaba como si no conociese a Luciferino.

Los ojos saltones de Luciferino se agitaron perdidos en su pensamiento y volvió a carcajear. Arrodillaos y pedidme perdón, exigió en voz alta. La cara rebolluda del tendero padre se hinchó de dudas, mirando a un lado y a otro en busca de algún caballero que terciase paz en el asunto, pero sólo encontró aldeanos indefensos que no querían jugarse la vida en un asunto que realmente no iba con ellos. Aquello era sólo para valerosos caballeros.

—¡Arrodillaos! —gritó de nuevo Luciferino, esta vez muy enfadado.

Sin embargo, el miedo había paralizado aquel tendero que no sabía más que de comestibles. Enfadado, Luciferino pegó una patada a la cuña que trababa el tenderete. Éste, que era de madera maciza y estaba muy cargado de productos, cedió ante la pendiente adoquinada y comenzó una carrera para terminar despedazándose sobre la fuente de piedra que había en mitad de la plaza.

Toda la comida quedó desparramada por el suelo o sumergida en el interior de la fuente y las manzanas, que antes habían formado una gran montaña, rodaban calle abajo entre las piernas de las personas que miraban, con asombro, cómo el carro yacía estampado.

Los hijos del tendero explotaron y, cuchillo en mano, se enfrentaron con el enano chepudo, que empezó a moverse como un mono mareado. Por lo visto parecía que Luciferino dominaba la técnica de la lucha, a su peculiar estilo, y ninguna cuchillada le alcanzaba. Carcajeaba y disfrutaba con la trifulca. Tulenco sacó un arma corta, bien afilada, y se metió al trapo, ayudando a su compinche. Los aceros se agitaban y sonaban en un baile en el que los dos



malandrines parecían dominar. Ni siquiera la pata de palo del tullido era un engorro sobre el suelo adoquinado.

—Ahí está —dijo otra voz, ajena a la pelea.

El hombre que antes había estado festejando el nacimiento de su hija Luna, al que le habían arrebatado la bolsa de monedas, señalaba a Luciferino. Sacaron armas y se metieron en combate. La pareja de baile formada por el chepudo y el tullido rió.

—Bienvenidos a la fiesta —les dijeron.

Pero antes de que pudieran acercarse para darle su merecido al ladrón, una de las ruedas del carro que se había estrellado momentos antes aterrizó entre éstos, explotando ruidosamente en el golpe. Un silencio se expandió entre el gentío que miraba cómo una mole de más de dos metros y medio de alto, con un pendiente en la nariz, cogía la otra rueda, de madera maciza que debía pesar más que dos hombres, y la levantaba como quien levanta una pluma. La volvió a tirar entre los atacantes, intentando causar el mayor daño posible, y se unió a la pelea.

A medida que me acercaba al castillo mis recuerdos me envolvían en un amasijo de sentimientos agridulces que el potrillo todavía no podía comprender.

—Estáis sudando —me dijo el pequeño Vespertino, contemplando una gota que se deslizaba por mi frente.

—¿Cómo os tengo que decir que no habléis? Este no es un sitio seguro.

El potrillo agachó la cabeza y yo me expliqué:

—Es que llevar este gorro de terciopelo en pleno verano...

A mí lo que realmente me angustiaban eran los recuerdos, que se me antojaban pesadillas venidas al mundo de los despiertos.

—Acerquémonos a la fuente a refrescarnos —le dije al potrillo.

Por lo visto yo no era el único que padecía calor y sed, pues la plaza estaba llena de gente que se agolpaba en torno a la fuente. El pequeño Vespertino fue el primero en darse cuenta de que había algo raro.

—¿Por qué ruedan las manzanas por el suelo?

—¡Shht! —le increpé.

Después pensé en su pregunta. ¿Manzanas rodando? ¿Qué manzanas?

Bajé la vista al suelo y pude ver un mar verde de manzanas silvestres que rodaban por la pendiente y se deslizaban entre nuestras piernas. A lo lejos una pesada rueda de madera maciza volaba por los aires para estallar en el suelo entre quejidos. Nos acercamos corriendo.

Nuestros ojos no daban crédito a lo que veían. Un hombre, o una bestia bueyuna de casi tres metros de alto, levantaba otra rueda y la volvía a lanzar mientras un enano chepudo reía a carcajada limpia y un tullido cojitranco, con pata de palo, lanzaba estocadas a diestro y siniestro entre una multitud. La riña la dominaban de principio a fin.

—Por favor... —gritó una moza despavorida a mis espaldas—. Que alguien llame a un caballero.

Ardí en deseos de quitarme mi disfraz, mostrar mi noble tupé y reducirlos, pero todavía pesaba sobre mi persona aquella orden de captura y ajusticiamiento. Decidí mantener mi estatus de trovador y derribarlos sin espada, con la misma maestría con la que hice gala con Corbacho. Miré a mi alrededor y vi en un comercio un travesaño de madera que se encargaba de cerrar una puerta. Medía aproximadamente siete palmos y lo tomé a modo de arma. Yo ansiaba de nuevo el calor del público, de sus aplausos y de sus cumplidos, así que alcé mi improvisada arma de madera y pedí al gentío que se apartara para que me dejase entrar en acción.

—¡Pepín, mira esto! —dijo Serafín rompiéndole la burbuja de abstracción al entregado escritor.

El agente literario señalaba el televisor del bar. Allí estaban entrevistando a Leonardo.

—Fíjate muy bien en él y aprende.

Pepín miró la televisión a desgana. En ella aparecía un Leonardo que, sentado junto a Migueles, era entrevistado en un programa de cotilleo matutino. Cada vez que Leonardo decía algo, el realizador del programa enfocaba a un grupo de quinceañeras con las hormonas disparadas que aplaudían y chillaban.

—Míralo, las tiene a todas en el bote —comentó Serafín—. Podrías aprender algo de él. Fíjate que moreno que está, y qué sonrisa. Míralo, cada vez que sonrío las chicas tiemblan de emoción. Ves, eso es un artista.

—¿Es que acaso crees que yo no soy un artista? —contestó Pepín enfadado—. ¿Es que no confías en mí?

—Claro que sí, tú eres un artista. Pero lo que yo quiero decir es que se

puede ser un artista o un ARTISTA. Tú podrías aprender un poco de él. Migueles me ha dicho que los dos se están forrando. Yo sólo te pido que te parezcas un poco más a él, ponte moreno, practica la sonrisa frente a un espejo, apúntate a un gimnasio... y depílate el pecho.

—Ese no es mi estilo. Además, estoy muy ocupado escribiendo mi novela.

—Mira lo que te digo —dijo Serafín señalando la pantalla.

En ella, Leonardo contaba un chiste sin gracia pero que provocaba la histeria de sus admiradoras. Incluso, una de ellas salió corriendo de su asiento y se abalanzó sobre el cantante con gritos de «quiero un hijo tuyo». Tuvo que llegar un empleado de seguridad para quitarle del cuello del artista aquella fan histórica.

—Tú eres un artista —le dijo Serafín—, pero él es un ARTISTA. Sólo te pido que seas un poco más como él, hazte metrosexual y esas cosas.

Pepín ni siquiera contestó. Se dirigió a su portátil y siguió escribiendo:

Yo ansiaba de nuevo el calor del público, de sus aplausos y de sus cumplidos, así que alcé mi improvisada arma de madera y pedí al gentío que se apartara para que me dejase entrar en acción.

—¡Ahí está! —gritó a mis espaldas una muchacha con una mezcla de miedo y de emoción—. El caballero de noble tupé viene a salvarnos.

Vaya... me había descubierto y me planteé si, ya puestos, no sería mejor quitarme el disfraz de trovador y plantar cara con una espada para agilizar los trámites de la trifulca.

—Así es —dijo en voz alta un caballero que portaba una espada en mano—. Soy Leonardo de Colza, caballero de noble tupé —afirmó mientras se quitaba su yelmo para descubrir un tupé que era más alto, más fornido y más espeso que el mío.

Cómo expresar con palabras lo que sentí cuando todo el gentío se puso a chillar su nombre y a vitorearlo. La muchacha a mis espaldas agitaba sus manos para darse aire en el rostro y no desfallecer de amor.

—Rendíos, malandrines —dijo levantando su acero—, u os las tendréis que ver con mis destrezas.

Tulenco, el cojo, se le abalanzó con un baile de espadas entre las manos, pero Leonardo lanzó unas estocadas que, aunque parecían torpes y carentes de estilo, resultaban muy efectivas en una batalla que parecía igualada. De repente, la suerte, o el destino quizá, hizo que la pata de palo quedara trabada

entre dos adoquines y Tulenco quedó encallado. «Volveré con vos más adelante», le dijo el caballero con gentileza. Miró a la muchacha y le guiñó un ojo. Ella creyó acariciar el cielo.

El turno en esta ocasión fue de Luciferino, que se le encaró con descaro. «Moriréis entre mis manos», le dijo a la cara con una carcajada. Leonardo levantó rápidamente su espada y le hincó en el aire a modo de demostración de lo que iba a hacer con él. El chepudo se arrodilló en el suelo y pidió clemencia entre lágrimas, suplicando por su vida.

Por último quedaba el más grande, Bovino. Éste se acercó seguro de sí mismo, le cogió la diestra al caballero, inmovilizándosela para que no tirara de espada, y se agachó para gruñirle en plena cara. Le escupió una bocanada de aire putrefacto que habría dejado aturdido a cualquiera, pero, ávido, el caballero deslizó la zurda para meter el dedo dentro del anillo que le colgaba de la nariz y tiró fuerte de él hasta que aquella mole se arrodilló, dando por perdido el combate.

El gentío aplaudió con entusiasmo, aclamando a aquel desconocido con un tupé en su frente que me había suplantado. «Hacedme un hijo vuestro, os lo ruego», suplicó la muchacha a mis espaldas, intentando avanzar entre la gente para lanzarse entre sus brazos.

—Ahora no puedo concederos vuestro deseo, pues he de llevarme a estos malandrines para que los ajusticien, pero prometo volver y daros ese hijo —dijo Leonardo justo antes de lanzarle un beso al aire que pasó rozándome para terminar clavado en el corazón de aquella muchacha.

## Baba de caracol

Pepín introdujo «Leonardo de Colza» en internet y salieron cientos y cientos de enlaces; quizá no fuese tan mala idea aprender algo de él. Por lo visto el cantante se había hecho bastante famoso; tenía sección de vídeos, club de fans oficial, foros de noticias, enlaces a artículos de prensa y, lo que más le llamó la atención a Pepín: una entrada en la wikipedia. Pinchó la sección de vídeos y seleccionó uno al azar.

El vídeo estaba grabado de la tele. El presentador de una famosa gala de verano daba la bienvenida al cantante, que entraba en el escenario con el pelo engominado, una camisa abierta para que se le viese su pecho rasurado y con una guitarra española en mano. El griterío del público dio fe de que esperaban con agrado la actuación.

—Y ahora —dijo el presentador del programa—, Leonardo de Colza nos va a presentar el single de su nuevo disco: *Amor en Vespa*.

A Pepín se le cayeron el alma y los huevos al suelo. ¡Esa era su canción! La misma que le había presentado a Migueles cuando él le dijo: Tú no vales para esto.

Pepín escuchó la canción mientras su cólera iba en aumento. Estrofa a estrofa, palabra a palabra, acorde a acorde, la canción sonaba tal y como Pepín la había compuesto. Ni siquiera se había molestado en personalizarla lo más mínimo.

Pepín siguió investigando.

Todos y cada uno de los vídeos mostraban a Leonardo cantando todas las canciones del repertorio de Pepín. *Amor en Vespa*, *Hijo de la Estrella Polar*, *Cerveza y siesta*... estaban todas. Y para colmo, en la wikipedia ponía que el éxito del artista residía en aquel toque tan personal y único, tan distinto al resto de composiciones, que tenían las letras de sus canciones.

Pepín gruñó: ¿Este es el mejor artista del mundo?

Aquel día estaba tan abatido que partí en soledad y acabé deambulando por parajes extraños con tal de ocultar al mundo la tristeza de mi rostro. Sentía

vergüenza de mí mismo; donde antes había habido un luchador, un afamado caballero digno de elogios y de premios, ahora sólo quedaba su sombra. Una sombra que contrastaba con la luz de un sol al rojo vivo que había secado aquel árido terreno. Para colmo, soplaban un viento seco y rojo.

Mirase donde mirase, sólo había naturaleza seca y muerta, como en mi alma, que lloraba por haber perdido su noble esencia. Para colmo —creo que fue esto lo que más me dolió—, pude ver en el potrillo una mueca de admiración dedicada al caballero Leonardo.

Seco, acalorado y angustiado seguí mi rumbo hacia ninguna parte mientras las gotas de sudor abandonaban mi frente para lanzarse contra el suelo árido. Definitivamente no me gustaban aquellos parajes. Por más que buscase, no veía ni una sola sombra donde acobijarme. Sin embargo, a lo lejos, muy a lo lejos, divisé una construcción de piedra. Parecía un puente.

Seguí avanzando y pude comprobar que, efectivamente, era un puente, y que hacía mucho tiempo que no se usaba, pues estaba parcialmente derruido. Por lo visto hacía mucho que no pasaba agua por allí. Una carcajada malévolamente irrumpió en aquel paraje desolado. ¿Era el calor que me estaba jugando una mala pasada a mi imaginación? La carcajada volvió a sonar y comprendí que era más real que mi sensación de agotamiento. Provenía de debajo del puente y me asomé cautelosamente para descubrir una gran sorpresa.

Yacían tranquilos, a la sombra, los tres malandrines que habían sembrado el caos en el mercado: Bovino, Tulenco y Luciferino, y que habían sido apresados por aquel caballero y entregados a la justicia. ¿Cómo era posible que hubiesen escapado? El castillo era una fortificación inexpugnable tanto para realizar un ataque de entrada, como para evadirlo de salida. Yo mismo supervisé las trampas de sus mazmorras, que más que cárcel subterránea, era una trampa mortal de ultratumba. Era imposible que hubiesen escapado de allí, al menos con vida. Sin embargo, ahí estaban, vivitos y coleando.

Repté silenciosamente hacia uno de los costados del puente para apreciar más de cerca al trío. Para mi sorpresa no tenían en la espalda ni un solo latigazo. Si ya era imposible escapar de las mazmorras con vida, más imposible era hacerlo con la espalda intacta.

Ensimismado en mis pensamientos volví a la realidad. Lo importante en aquellos momentos no era cómo habían escapado, sino que tenía que capturarlos para que se les aplicase la justicia de la que habían escapado. Yo

soy caballero de acciones rápidas, de los que tiran de acero sin pensarlo cuando la situación lo requiere, pero cuando tengo tiempo, y sobre todo, no tengo ningún acero a mano, prefiero analizar la situación y elaborar un buen plan. Seguí observando para calibrar la situación. Uno de ellos, el demonio con chepa, sacó una tiza y se dirigió a una piedra de las que habían caído del puente, muy oscura y con una superficie recta donde se podía escribir y trazó un círculo. ¿Es que acaso estaban trazando algún plan malévolo? En tal caso eran más listos de lo que yo había presupuesto. Los otros dos, al ver aquel círculo de tiza, se levantaron prestos, con una sonrisa de satisfacción, y se unieron a la fiesta. Luego el chepudo trazó una X en el centro del círculo. ¿Acaso sería la localización de algún botín escondido?

Bovino palmeó un par de veces y sonrió. La fuerza del golpetazo de una mano contra la otra retumbó en un eco lejano. Estaba contento ante tal dibujo. Yo, sin embargo, no sabía lo que significaba y estaba totalmente intrigado. Los tres delincuentes sacaron algo de una bolsa de cuero y lo pusieron sobre la piedra. Cada vez tenía más pinta de un plan. Quizá estaban poniendo piedrecitas para simular una estrategia de ataque. Por lo visto no eran tan tontos como parecían.

Yo ansiaba entrar de nuevo en combate, sobre todo para demostrarme a mí mismo si realmente era un caballero o no, pero comprendí que sería más inteligente seguir investigando para ver cuál era su plan. Me asomé más todavía hasta que pude tener una visión más clara.

La X era el punto de partida de una carrera de caracoles.

—Venga, campeón, no me defraudes —animaba Luciferino a su mascota.

—Grr... Grrr... —emitía Bovino, que era parco en palabras.

Había sobrestimado la inteligencia de aquellos tres peleones.

—¡Mirad! —reconocí la voz burlona del diablillo chepudo.

Me quedé tieso, pensando que me habían descubierto.

—¡Mi caracol está realizando un movimiento maestro! —continuó el diablillo— ¡Venga campeón! Que tú puedes.

—¡Vamos caracolito! Que no te adelanten tus amigos —decía otra voz.

Yo me quedé pensativo mientras los tres seguían animando a sus caracoles. Uno de ellos, el cojitranco, lanzó un escupitajo sobre la zona de juego. Supongo que debió alcanzar el caracol de Bovino, la mole de casi tres metros, porque éste cogió a Tulenco y estiró el brazo elevándolo varios palmos sobre el suelo para luego rugirle sobre la cara. Lo que quedaba del

punto se estremeció ante tal sonido gutural.

—Bájalo —le ordenó Luciferino—. Que un pequeño escupitajo de vez en cuando está permitido.

Aquella mole con el pendiente en la nariz y un lucero en la frente no lo tenía tan claro.

—Mira, Bovino —le dijo de nuevo Luciferino—, tu caracol está realizando un movimiento maestro.

Bovino lo soltó entusiasmado, deseoso de ver aquella jugada y volvió al juego.

Yo ya había visto suficiente. La acción se me presentaba inminente, así que tomé un par de piedras como arma —aquel día yo no contaba con ninguna espada— y me quité el gorro de terciopelo rojo para dejar que mi estandarte peludo, mi noble tupé, se erigiera como símbolo de guerra. Me hubiera gustado que el potrillo hubiera podido ver cómo reducía a aquellos tres malhechores para que luego me dedicara una mirada de admiración y orgullo. De repente una nube de polvo apareció en la lejanía y decidí esperar un poco más a ver qué se cocía.

Alguien a galope tendido se acercaba hacia aquel puente. Iba decidido. Cuando llegó el caballo que portaba aquella nube de polvo tras su cabalgada, un caballero se apeó del mismo. Estaba bien armado, con armadura reluciente, un gran yelmo y espada amenazante. Esperé a que el polvo se tranquilizara para poder verlo bien.

¡No podía ser! Allí estaba otra vez el caballero Leonardo que ansiaba quitarme mis méritos justicieros de nuevo. Se levantó la visera del yelmo y les dijo:

—Todo ha salido como teníamos planeado, camaradas.

Y los tres sonrieron sin dejar de prestar atención a su carrera de caracoles.

Yo no podía verme mi cara, pero seguro que estaba perpleja. Ahora lo comprendía todo. Por eso eran tan efectivas aquellas estocadas torpes que propinaba Leonardo, porque eran puro teatro; por eso no había habido derramamiento de sangre en aquella batalla de uno contra tres, porque estaban compinchados; por eso no habían sido ajusticiados, porque los había dejado en libertad.

Leonardo advirtió que sus tres compinches no le prestaban atención y se acercó hasta ellos para comprobar, con incredulidad, que lo que retenía su



atención era una carrera de caracoles.

—Idiotas —les dijo enfadado—. Yo, trazando un plan para que nos beneficiemos los cuatro, y vosotros malgastando el tiempo en un pasatiempo de asnos.

Levantó su pie y soltó un pisotón que convirtió aquellos tres animalitos con concha de espiral en un amasijo de babas.

Aquello me dolió en el alma y por un momento pude oír los gritos de Vespertino desde su astro lejano pidiendo su ajusticiamiento allí mismo. A mí instintivamente también se me escapó un grito.

Los cuatro rufianes escucharon algo y se pusieron en alerta. Un conejo, que se había asustado ante mi reacción, salió corriendo en mi defensa.

—Tranquilos, es un conejo —aseguró Leonardo con tono de cabecilla de aquella hora de bribones.

Yo casi podía oír a Vespertino requiriéndome un ajusticiamiento. Cada animal, por pequeño que sea, es una criatura de Dios con vida propia. Y eso lo sabía mi corcel mejor que nadie. Sin embargo, hice acopio de fuerzas para tranquilizarme y me centré de nuevo en mi misión de espionaje.

—Todo el mundo se ha creído nuestro teatro —afirmó Leonardo—. Incluso, con el boca a boca, han agrandado el asunto. Deberíais haber visto cómo se me echaban todas las mozas del pueblo sobre mis brazos.

Leonardo resopló bajo su yelmo, que debía quemar bajo el sol abrasador.

—Dadme agua, que estoy empapado en sudor.

Bovino, Tulenco y Luciferino negaron con la cabeza y le enseñaron una cantimplora vacía.

—¡Idiotas! ¿No veis cómo estoy? —dijo quitándose su voluminoso yelmo.

Lo que vi bajo el yelmo me revolvió el alma y a punto estuve de vomitarla. Enfadado por la falta de agua posó sus manos sobre los restos de los animales que había asesinado. Se empapó las manos con las babas de caracol y se las llevó hacia su cabellera que yacía lacia como las hojas de un sauce llorón. Distribuyó la sustancia y sus pelos recuperaron la rigidez. A diferencia del mío... ¡su tupé era falso!

El alma y mis alforjas se me cayeron al suelo y el enfado empezó a arder en mi interior. Aquel impostor me había robado mis méritos, y yo juré en aquel momento que ese falso caballero, de falso tupé, se iba a llevar su

merecido.

## Solos tú y yo

—¡Esto es intolerable! —espetó Serafín mientras se bajaba de su banqueta.

Estaba realmente enfadado, pues al haber robado la canción de Pepín, también le habían robado a él, en concreto su veinte por ciento en concepto de representación artística. Tanto tiempo trabajando con el artista para que ahora llegara otro y se llevase sus méritos y sus beneficios. Antonio, que se afanaba detrás de la barra, ponía ojo avizor porque nunca había visto tan alterado al bonachón de Serafín.

—¿Y éste es el ARTISTA que tú decías? —le recriminó Pepín—. Aquí el único ARTISTA que hay soy yo. Ese Leonardo lo único que es, es un ladrón. Un ladrón y una marioneta del márquetin. Seguro que ni siquiera saber componer una canción. Se le ve a simple vista que no tiene la personalidad propia que un artista debe tener. Incluso, y me juego el cuello con esto que digo, estoy seguro de que hasta le escriben las entrevistas porque no sabe ni lo que decir. Y tú decías que aprendiera de él, que era un verdadero artista. ¡Ja!

Serafín reconocía su parte de culpa y le prometía a Pepín justicia.

—Pienso mover todos mis contactos para que se haga justicia —dijo pegando un golpe sobre la mesa con su diminuta mano que no servía para mucho más que para llevarse la comida a la boca—. ¿Y no registraste las canciones?

Pepín negó con la cabeza.

—La única prueba que tengo es esta cinta de casete.

Serafín se quedó mirando aquella antigualla analógica, una cajita de plástico con dos bobinas de cinta magnética que bien podría presidir el pedestal de un museo del pasado, en alguna sala cercana a la del pleistoceno.

—¿Y qué hacemos con esto...? ¿Dónde vamos a sacar una radio con casete? —preguntó escéptico en ésta nuestra era digital.

*Mi carro me lo robaron*, de Manolo Escobar, empezó a sonar fuerte y todo el mundo miró atónito al viejo radiocasete que Antonio había enchufado detrás de la barra entre risas. El artilugio en cuestión estaba disfrazado de camuflaje con una capa de grasa que tenía, pero parecía totalmente funcional.

—¡Marcha! —exclamó Antonio que era amigo del cantante, que veraneaba en ocasiones por allí, y tenía las paredes llenas de fotografías

firmadas.

Pepín introdujo cuidadosamente la cinta y, con miedo de mancharse de grasa su dedo de escribir, pulsó el play. Un clic clac de mecanismo arcaico hizo girar las bobinas y la cinta magnética empezó a desplazarse entre los dos ejes dentados. Un ruido de fondo emergió de los altavoces debido a la mala calidad de la grabación y a la grasa que recubría el aparato. Tímidamente empezó a sonar una guitarra española que se abría paso entre el manto de ruido y la voz de Pepín entonó su melodía. La canción era exactamente igual que la que Leonardo cantaba en televisión, ni siquiera había introducido arreglos.

—Es un ultraje a nuestras personas —exclamó Serafín de nuevo.

—Por lo menos tenemos la cinta —agregó Pepín.

Serafín pensó nuevamente en el asunto, respiró hondamente con los ojos cerrados mientras meditaba, esta vez calmado, sobre el asunto y se dirigió a Pepín con una mirada que lo trataba de ingenuo.

—Si no registraste la canción no tienes nada que hacer —afirmó esta vez resignado el funcionario que sabía de los tejemanejes legales—. Pero tienes que prometerme algo. Ha llegado la hora de que acabes la novela, y yo te voy a decir cómo la tienes que terminar: tienes que acabar con el falso caballero Leonardo y con sus secuaces.

—No es tan fácil. Yo sí que soy un verdadero artista y sólo hago caso de mis musas. Son ellas y la inspiración quienes disponen el rumbo de la novela.

—¡Pues convence a tus musas para que decidan acabar con el caballero Leonardo y con sus compinches! Debe sufrir castigos y humillaciones, debes quitarle la careta y mostrarlo tal como es, como un falso impostor.

Aquella tarde Pepín se despertó de la siesta empapado en los sudores de una pesadilla con Silvana. El escritor estaba de acuerdo en que había llegado la hora de terminar su novela, pero sentía que sus musas estaban cohibidas y sospechaba que la culpa la tenía la barriguita de Silvana. Se secó el sudor frío que salía del casco y se armó de valor para salir decidido de la habitación e interrogar abiertamente a su compañera.

Cuando la encontró en el salón estaba más radiante y feliz que nunca. Le extrañó que no hubiese ningún botellín de cerveza vacío sobre la mesa. Silvana lo miró y se anticipó a Pepín, hablando primero ella.

—Prepárate que vamos a salir a tomar unas cervezas. Invito yo, que

tenemos que celebrar algo.

—¿Quienes? ¿Tú y yo?

Silvana afirmó.

—¿Solos tú y yo?

—Quiero contarte una buena noticia que te incumbe especialmente a ti —Pepín tragó saliva y Silvana continuó hablando—. Y también quiero proponerte algo para nuestro futuro.

Pepín sintió un nosequé en su interior que le recorrió el cuerpo entero para terminar en un atípico tembleque de piernas.

## Un garito llamado People

La habitación parecía, a simple vista y siempre que la puerta del armario estuviese cerrada, la habitación de una niña.

Las paredes estaban revestidas de papel en tonos dulces y sobre ellas habitaban multitud de dibujos de Walt Disney cautivos entre cristales y marcos dorados. Sobre la moqueta de esponjoso azul celeste descansaba la cama, cubierta de terciopelo rosa y llena de esponjosos peluches de Disney. A Cocó le encantaba la época dorada de Walt Disney; le encantaba abrazar aquellos sedosos animalitos. Por supuesto, Cocó no era su verdadero nombre, era su nombre de guerra.

La mesilla de noche, de madera lacada en rosa, estaba coronada por una pequeña foto enmarcada en plata de Coco Chanel, su musa e inspiradora. A ella debía su nombre. Éste era uno de los detalles que hacían pensar que Cocó no era una niña pequeña. Pero lo que le delataba era el interior del armario, que procuraba dejar siempre cerrado para que no rompiera la ternura del resto de la estancia.

Cocó siempre procuraba dejar cerrado el armario, a no ser que se encontrara en medio de uno de sus juegos con sus amiguitos. En tal caso lo dejaba bien abierto para exhibir su contenido y tenerlos a mano.

Aquella tarde Cocó entró en la habitación y telefoneó al que podía considerarse su *novio*, ya que era lo más cercano al compromiso que existía en su particular mundo.

—Hola, Mari Amapola.

La voz de Cocó no tenía nada que ver con su físico. Nadie habría dicho que un tiarrón de metro ochenta y barba espesa pudiese tener una voz tan aterciopelada y femenina.

Alguien se enfadó al otro lado de la línea, pero formaba parte del juego amoroso. Cocó tenía unos regios brazos que parecían creados por Dios con la única finalidad de abrazar. Le encantaba llamar así a su pareja porque se enfadaba y luego lo apretujaba entre sus brazos para hacer las paces. Le encantaba abrazar peluches y a su «osito»; era parte de su carácter.

—No te enfades, Amapola mía —le decía buscando un tono lascivo—. Tengo que proponerte algo que te va a gustar.

Cocó abrió el armario y miró en su interior. En aquel espacio oscuro estaba condensado todo su amor por el cuero y por los lubricantes. Cogió una gorra de piel negra y se la puso. Se estaba poniendo en contexto y se le notaba en la voz.

—Loca, esta noche es la gran fiesta —le dijo—. Copas, cuero y sala oscura. Van a venir nuestros amigos de Barcelona y me han dicho que nos han preparado una gran sorpresa. Va a ser total... Total...

Al otro lado de la línea su novio se hacía el remolón, como si estuviese enfadado. Era parte del juego. Luego Cocó tendría que pedirle perdón abrazándolo tiernamente.

—La fiesta es aquí en Benidorm. En el People.

Ahora sí que se había enfadado de verdad su novio. Le había dicho mil veces que jamás pisaría la zona gay de Benidorm. La gente podría reconocerle.

—Eres una aguafiestas, Loca. Si nadie te va a ver. Es en el People, que no tiene ni una ventana. Tú haces como que vas a entrar en La Sal, que está al lado, y cuando no te vea nadie te metes en el People corriendo.

Cocó se puso histérico ante la negativa de su novio.

—Venga, va —insistió Cocó como una niña pequeña—, allí dentro no va a entrar ningún hetero, no tienen lo que hay que tener para cruzar el portón. Además, si entra alguno me lo como.

Su novio recapacitó. Tenía tantas ganas de una juerga loca con los de Barcelona...

—Bueno, cuenta conmigo, pero no pienses que vaya a ir disfrazado ni vestido de cuero.

Cocó aplaudió. Aquella noche iba a ser tremendamente escandalosa.

Silvana fue a cambiarse para celebrar *eso* que tenían que celebrar. Cuando volvió de su habitación Pepín percibió un extraño sentimiento de halago al ver que Silvana había transformado su look de pija. Ya no llevaba bolsos de marca —aunque realmente nunca los había llevado—, ni tanto complemento lleno de brillantitos ni de nombres italianos.

—¿Te gusta? —dijo con una sonrisa, mostrando una camiseta de Epi y Blas que acercaba con el vaivén de sus tetas a la cara de Pepín.

Con esa camiseta los pechos parecían más grandes que de costumbre y Pepín confirmó sus sospechas acelerando y frenando su Vespa de camino hacia

los pubs de la zona guiri. Sí, Epi y Blas se clavaban más grandes que nunca sobre su espalda. Fue entonces cuando recordó uno de los primeros síntomas del embarazo: *aumento de tamaño mamario*.

Su destino fue la zona guiri de Benidorm. Cerveza barata, espectáculos gratuitos y guiris, muchos guiris. Allí, sentado el uno frente al otro con una jarra de cerveza en la mano, Pepín se quedó absorto mirando a Silvana. Su boca no paraba de moverse incesantemente por encima de sus aumentos mamaros, pero no decía nada que le resolviese la gran duda.

—Ey, aquí arriba —dijo Silvana para captar la atención de Pepín, que parecía absorto en Epi y Blas—. ¿Te pasa algo?

—Sí, sí que me pasa, pero prefiero que me cuentes primero qué estamos celebrando.

—Quería celebrar que...

La música se apagó y el local se quedó a oscuras. Al momento un foco de luz iluminó a una vieja conocida de la zona: Sticky Vicky. La mujer se esmeraba en una especie de show artístico a medio camino entre la magia y el acrobatismo vaginal. Estaba claro que aquel habría sido un gran espectáculo en su época, cuando el destape empezaba a aflorar en la reprimida España de los setenta y cuando su cuerpo todavía era firme y jovial. Pero hoy en día, con sus sesenta y cinco años cumplidos, sus pellejos colgantes no estaban para mucha acrobacia sensual. Aun así el público empezó a chillar emocionado. Por contra, Silvana parecía aburrida de un espectáculo que había visto al menos una treintena de veces.

—Vámonos de aquí, que esto es un rollo aburrido. Podríamos ir a La Sal.

Cambiaron de rumbo hacia la zona española. Tras otro trayecto lleno de acelerones, frenazos y baches llegaron a su destino. Silvana, que rodeaba con sus brazos la cintura del motorista-artista, soltó a su amigo y se apeó frente a la puerta del pub, llevándose las manos a Epi y Blas.

—¡Qué dolor, Dios mío! Este mes con la regla se me han hinchado más que nunca.

Pepín despertó del letargo y notó cómo sus musas se desestresaban.

—¿La regla? ¿Qué regla?

—¿Tú qué crees?

—Entonces... ¿qué estamos celebrando?

—Que he vuelto a encontrar trabajo.

—¿Y qué es lo que querías proponerme para nuestros futuros?



—preguntó Pepín sin temer esta vez a la respuesta.

—Mira, como Eustaquia nos ha dejado, en cualquier momento nos echan del piso. Como ya vuelvo a ganar dinero, ¿por qué no nos alquilamos algo mejor a medias tú y yo? Así nos saldría más barato.

Pepín respiró tranquilamente mientras Silvana miraba con aburrimiento la puerta de La Sal. Luego miró al fondo del callejón y vio un llamativo letrero de neón sobre un discreto portón que los separaba de un lugar desconocido.

—Estoy harta de ir siempre a los mismos sitios —dijo Silvana—. ¿Por qué no entramos en el People?

El crujir del portón cerrándose a sus espaldas fue un funesto presagio. Lo que en un principio le había parecido una buena idea a Pepín, ya que aquel antro oculto podría ser una buena fuente de inspiración, ahora se le antojaba una actividad peligrosa. Por un momento pensó en dar media vuelta y salir huyendo, pero el temor a enfrentarse a un portón que se bloqueaba al intentar abrirlo —lo había visto mil veces en las películas— le dio fuerzas para seguir avanzando por aquel pasillo oscuro inundado de notas musicales de *I will survive*. Se orientaron por unos chorros lejanos de luz verde y fucsia que se movían al compás de la música.

Cuando giraron el recodo del pasillo Pepín y Silvana se encontraron en el centro del meollo. Lo que allí pudieron ver no fue del agrado de ninguno de los dos, aunque por motivos bien distintos. Silvana, que estaba acostumbrada a entrar en un pub y que los hombres la miraran con deseo, comprobó con desagrado que, aunque allí todo eran hombre, ninguno se interesaba por ella. Con Pepín el asunto fue bien distinto; si Silvana había sido un cero a la izquierda para todos aquellos maromos, Pepín era un cero sexual que, por la cara de susto, parecía virgen e inexplorado. Su cero se contrajo en acto reflejo cuando vio cómo se lo comían con la mirada. Hombretones disfrazados de vaqueros, policías bigotudos, mecánicos de pelo en pecho o gigantones vestidos de cuero lo miraban desde la barra con lascivia y Pepín pudo comprender por vez primera cómo se sentía una mujer ante los hombres.

Uno de ellos, con la cabeza llena de plumas como un jefe indio y un hacha de atrezo en su mano, avanzó entre la oscuridad y se le puso a su lado.

—Yo ser Caballo Loca. ¿De qué ir tú disfrazado? —le dijo mirando su gran casco rojo.

Pepín no contestó.

—Vámonos de aquí —le susurró a Silvana mientras el indio le escrutaba el culo con la mirada—. Este apache plumado quiere algo conmigo.

—Tranquilo —le contestó Silvana, también susurrando—, si tú no les haces ningún gesto ellos no te harán nada.

Pepín empezó a caminar lentamente hacia atrás, sin hacer movimientos bruscos, como una gacela que ha ido a beber al río y de repente se ha visto acorralada por una manada de fieras. Su esfínter anal se encontraba todavía más contraído; allí una simple mota de polvo en uno de sus ojos, un pestañeo involuntario, podía suponer un gesto malinterpretado con nefastas consecuencias. Sin embargo, Silvana, que no estaba tan asustada, apretó la mano de Pepín y señaló con la mirada.

Pepín se tuvo que restregar los ojos para dar crédito a lo que veía. Allí se encontraba Cocó, bailando una especie de conga gay de camino a lo que parecía una sala oscura. Ellos dos no conocían a Cocó, para ellos sólo era un hombretón desconocido de metro ochenta y barba espesa que vestía de cuero apretado. Pero sí que conocían a la persona que se dejaba abrazar por sus enormes brazos. Era Ramón Pelayo, que reía como una loca mientras le arrimaba su pompis a la cebolleta.

## El poder de la pluma y la mala leche

Apenas eran las diez y media de la mañana y Pepín se encontraba despierto frente a la puerta de la casa de Madre. Aquello no había ido contra natura del escritor, que solía despertarse hacia el mediodía, pues no había podido pegar ojo en toda la noche y técnicamente no había madrugado. Había estado dando vueltas sin parar en la oscuridad de su habitación, maldiciendo al maldito Ramón y temiendo la amenaza de un matrimonio basado en la mentira y la ocultación. De vez en cuando ensayaba cómo decirle algo tan doloroso a la persona que le había dado la vida.

—Madre —decía en la intimidad de su habitación—, he de decirte algo muy importante. Ramón no es la persona que tú y yo creemos que es. Tiene una faceta importante que nos ha ocultado. Sobre todo a ti. Es... ¿cómo te diría yo? Es como una mariposa disfrazada con piel de lagarto, como una florecilla que pulula por la acera de enfrente, como una...

No podía decírselo así. Tendría que ser mucho más sutil, mucho más suave y dulce para no herir sus sentimientos.

—Madre, ¿nunca has pensado que es un poco raro que Ramón utilice laca en el pelo?, ¿no es eso un poco femenino?

No, no, no. Tenía que buscar algo más efectivo, más poético y menos doloroso; y para ello necesitaba la ayuda de sus musas. Por eso, antes de llamar a la puerta, las había invocado a golpe de cerveza; varias veces. Llamó al timbre y justo antes de que Madre abriese, Pepín emitió un eructo para liberar los gases nocivos de su brebaje mágico inspirador. Ahora estaba a tono para sus propósitos.

Madre abrió la puerta con una sonrisa en su boca. Tras ella sonaba *Amor en Vespa*, la canción que Leonardo le había robado.

—Aquí está mi niño —le dijo dándole un beso en el casco.

Madre, que tenía una escoba como pareja de baile, dio unos giros que hincharon su falda mientras tarareaba el estribillo de la canción.

—Ya no quedan artistas como este Leonardo —comentó—. ¿Has escuchado qué canción más maravillosa?

Pepín se distrajo por un momento del tema principal.

—¿Te has gastado dinero en este CD? —preguntó malhumorado mientras

lo sujetaba entre sus manos, mirando con rabia la portada en la que Leonardo posaba semidesnudo, mostrando la tableta de abdominales y un pecho mal rasurado.

—No. Me lo ha regalado el cantante. Es conocido de Ramón, y por cierto un chico muy simpático y agradable. Resulta que va a promocionar su disco en el centro comercial y Ramón lo va a entrevistar. ¿No te parece fantástico?

Pepín no contestó.

—Madre —Pepín puso su cara más seria para volver al tema que más le preocupaba—, tengo que contarte algo.

—Luego yo también te contaré otra cosa —contestó Madre muy contenta mientras se miraba la mano—. Pero tú primero.

Pepín estaba invocando mentalmente a sus musas para que le chivaran el discurso más suave posible cuando advirtió que Madre no dejaba de admirar un anillo de oro y diamantes que emitía luz propia.

—¿Y eso? —preguntó Pepín señalando el anillo.

—¡Que me caso! —contestó Sagrario radiante—. ¿Qué te parece, hijo mío?

Pepín hizo fuerza por contenerse, mas no pudo.

—¿Que qué me parece? Me parece que Ramón es gay y te está engañando —dijo con toda la suavidad y dulzura que podían tener aquellas palabras—. No te quiere.

Madre se quedó sin sonrisa. Finalmente le cogió la mano a Pepín, y con la canción que Leonardo le había robado de fondo le dijo:

—Verás, hijito mío, ya sé que es duro que la madre de uno se case, pero tienes que comprender que es por mi bien. Yo también tengo derecho a ser feliz.

—No me comprendes, Madre. Ramón es homosexual, le van los hombres, no las mujeres como tú. Y nos lo ha estado ocultando durante todo este tiempo. Es gay, Madre, y te lo está ocultando. GAY. Y eso significa que no te quiere a ti.

Madre dejó la escoba apoyada contra la pared y paró la música. Le dijo a Pepín que se sentara y lo miró fijamente a los ojos, con hondo penar.

—Hijo mío. Aunque me case con Ramón, Padre va a estar siempre en mi memoria. Nadie lo va a reemplazar. Tienes que creerme. Nunca lo voy a olvidar.

Pepín comprendió que había dado con una pared de piedra; Madre nunca

lo creería y la boda sería inevitable. ¿Qué más podía hacer en aquel momento que dejar que una lágrima surcara su mejilla?

—No te pongas triste, hijito mío. Es normal que al principio te haya impactado, pero lo que hoy ves de color de negro, mañana puede que lo veas blanco. Verás cómo con el tiempo aprendes a querer a Ramón.

—Madre... No quiero que me veas así —dijo Pepín envuelto en lágrimas justo antes de dirigirse al baño y encerrarse dentro.

Allí, en la intimidad, sobre la taza del váter, Pepín apoyó los codos sobre las rodillas y aguantó el peso de su casco abatido con sus manos. Pensó en cómo se sentiría Padre si los estuviese vigilando desde la Estrella Polar. Lo imaginó con una expresión triste y abatida que le hizo recapacitar.

Quizá Padre no estuviese allí para poner las cosas en su sitio, pero estaba él, Pepín Cañas, digno sucesor de José Cañas. Apretó fuertemente los ojos, dejó que su burbuja de abstracción lo envolviera y se entregó al duro trabajo mental que requería la situación. De repente una bombilla de Eureka se iluminó sobre su casco rojo. Emitió una sonrisa taimada y maliciosa; por fin lo había comprendido todo.

Por algún motivo la Providencia lo había enfrentado con dos personas: por un lado estaba Ramón y por el otro lado Leonardo. Dos problemas independientes pero que ahora convergían en un único punto, pues Ramón iba a entrevistar al falso cantante, y aquella entrevista sería la ocasión perfecta para matar dos pájaros de un tiro.

Se levantó silencioso y abrió una rendija de la puerta del baño para deslizarse sin ser visto hasta la habitación que Ramón utilizaba de despacho. La mesa rebosaba orden; los papeles estaban perfectamente clasificados y los bolígrafos y las plumas descansaban verticales sobre un soporte junto al abrecartas. Pepín tomó una de las plumas entre sus manos y se enfadó: ¿para qué quería Ramón una pluma de oro? Él la habría empleado adecuadamente para escribir una verdadera obra literaria. Sin embargo, Ramón como mucho haría crucigramas con ella. Estaba claro que Dios daba pan a quien no tenía hambre. Toc, toc, toc, se escuchó fuera de la habitación. Por lo visto Madre buscaba a su hijo en el lavabo. «Venga, Pepín, abre la puerta que no es para tanto», decía apenada. Pero Pepín se encontraba fuera del baño, entregado a sus menesteres. Revolvió los papeles mientras Madre seguía con las suyas: «Por lo menos contéstame —le decía a través de la puerta cerrada—, que ya eres mayorcito para estos berrinches». Pepín abrió un cajón silenciosamente y finalmente encontró lo que buscaba; aquellos papeles confirmaban que su

hipótesis sobre aquellos pseudoartistas era verdadera: Leonardo no era, desde luego, un artista, y lo iba a utilizar para poner a cada uno en su sitio.

Pepín recordó las palabras de la vidente Azul: «Y tu única protección va a ser un material noble: el oro». Pepín sonrió, pues no había mejor protección y defensa que un buen ataque. Cogió la pluma de oro y sonrió con ganas. Por fin había encontrado la forma de solucionar todos sus problemas de golpe, y para ello sólo tendría que reescribir aquel documento con un poco de ingenio y otro poco de mala leche.

Para colmo de su alegría, en aquel preciso momento supo que las musas le habían regalado el maravilloso final que merecía su novela. Por fin sabía cómo iban a acabar Ramón y Leonardo en la vida real; por eso se tomó la licencia de escribir en su novela lo que iba a pasar:

Allí, sobre aquel puente semiderruido, había decidido que me enfrentaría en duelo contra el falso caballero Leonardo y contra los tres malandrines cuando escuché algo que cambió mis planes por completo.

—Ramón, el consejero real de la reina Sagrario, nos ha preparado el camino —dijo Leonardo—. Con su ayuda no puede fallar nuestro plan.

¡Lo sabía! Ramón y Leonardo estaban compinchados.

—Nuestro plan concluye en el torneo anual a caballo y lanza —continuó Leonardo—, y también necesito de vuestra ayuda.

—Contad con ella —dijo Luciferino.

—Os he traído estos disfraces para que podáis acudir al torneo. Tened en cuenta que no podemos correr el riesgo de que os descubran.

Los tres malandrines se asomaron a un saco de piel que llevaba Leonardo y reaccionaron con disgusto.

—Yo no pienso disfrazarme con esto —afirmó Tulenco.

—Ni yo tampoco —añadió Luciferino.

—Como falle el plan por vuestra culpa os retuerzo el pescuezo —dijo enfadado Leonardo—. Tened en cuenta que nos jugamos algo grande y poderoso.

—Bueno —dijo Bovino que era bastante parco en palabras—. A mí no me importa disfrazarme con esto.

—Vayamos a castillo —dijo Leonardo—. Y ya podéis ir mentalizándoos de que antes de llegar tendréis que poner os vuestros disfraces.

El grupo de malhechores recogió sus pertenencias y se enfilaron camino

al castillo. Yo podría haberlos seguido, pero tenía muy claro que les daría su merecido en el torneo.

## El torneo a caballo y lanza

Siempre había sospechado que Ramón y Leonardo se habían aliado para fabular juntos contra mi honra, pero ahora tenía la certeza de que así era. Tomé entre mis manos el pergamino que anunciaba la celebración del torneo y tuve la certeza de que allí lo demostraría. A continuación relataré el fin de esta historia en la que pude desenmascarar a los dos impostores y recuperar mi honra.

La ciudad se había preparado para el acontecimiento y abrió sus puertas al público que asistía con fervor y entusiasmo al evento en el que los caballeros hacían exaltación de los valores de la caballería y se disputaban la admiración de Sagrario, nuestra reina y señora. Yo me apeé de Canela justo antes de cruzar los límites de la ciudad que estaban escasamente vigilados. Me despedí del potrillo acariciándole su cabeza y recordándole que no debía de hablar en público, y después me quedé mirando a Silvana, que temía por mi integridad más que nunca ahora que se encontraba en estado de buena esperanza.

—A partir de ahora seguiremos distintos caminos, y si por un casual nos encontramos, haremos como que no nos conocemos —les dije.

Silvana me lanzó un beso de despedida al aire que atrapé gustosamente con mi musculada mano para depositarlo suavemente sobre mi mejilla. Comprobé que mi gorro de terciopelo rojo ocultaba por completo mi maravilloso tupé y me puse una capa roja que Silvana me había tejido para que fuese a juego con el gorro; con ella le hice una reverencia, hinchándola al aire para luego inclinarme ante ella. A sus pies, siempre a sus pies, mi bella dama, le dije. Después me di media vuelta y avancé, dejando atrás a mi familia, para adentrarme por la ciudad festiva que para mí podía ser una trampa mortal.

A medida que iba avanzando como un vulgar trovador por las callejuelas de la ciudad me iba embriagando del ambiente que reinaba por doquier. Los niños reían y jugaban entre ellos, y me saludaban al paso con la esperanza de que les regalara unos breves versos; las mujeres también me sonreían, pues un artista de mi musculatura no era habitual por estas tierras.



Avancé con mi atuendo de terciopelo rojo por las calles, abriéndome paso entre los ruidos de las cervecerías, llenas de jarras, de ratas y de risas, hasta que encontré por fin el tablón de los combates y la primera de las sorpresas: por más que mirase los nombres de los contrincantes no aparecía el de Leonardo por doquier. ¿Cómo es que no se había inscrito en el torneo? Allí había gato encerrado.

Unas notas musicales atronaron la calma del cielo y me sacaron de mi estado de estupefacción. Los ministriles, dispuestos en fila, vaciaron sus pulmones sobre el marfil de sus cuernos anunciando la aparición de nuestra bendita reina que daría comienzo al torneo. Mientras el pueblo dejaba las calles y las cervecerías para acercarse a la zona del combate, la reina tomaba su asiento real con la cara tapada por un velo. Ramón se sentaba a su lado más lagarto que nunca. Sus manos sobresalían por las bocamangas llenas de garras de cocodrilo y su mirada atravesaba la retahíla de afilados dientes de su capucha. Yo me quedé mirándolo con odio en la lejanía hasta que la reina se libró de su velo para mostrar su rostro. El entusiasmo y la alegría del pueblo llano contrastaba con la tristeza de su mirada que resbalaba muerta en el fondo del pozo de las penas. Jamás la había visto así. ¿Qué sería aquello que oprimía su alma?

Cuando me quise dar cuenta todo estaba dispuesto para el primero de los combates. A un lado se encontraba Jonás el Bárbaro, uno de los favoritos. Era una bestia de matar —aunque yo lo había derrotado año tras año en aquel evento— que debía medir casi dos metros. Su musculatura era tal que parecía que alguien lo había hinchado soplando por su culo y sus ojos resplandecían, posándose sobre su adversario; tan duro era que cascaba las nueces con la mirada. Al otro lado se encontraba rezando, o suplicando, un joven caballero llamado Simeón el Rojo, por ser pelirrojo, de tez blanca y pecosa. Era flaco y pequeño y para colmo de males contaba con el sol de frente. Yo sabía que si ostentaba el título de caballero real no era por méritos propios, sino por su padre que había tenido a bien recomendarlo a algún consejero real junto con algún soborno.

Jonás, que gozaba del favor de del público, saludó con la espada en alto al gentío que respondió con vítores y aplausos. Luego gritó como un bárbaro.

Al otro lado de la liza, Simeón hizo acopio de fuerzas para no mearse encima y lanzó otro grito al aire. Éste no obtuvo más respuesta que algún «pobrecito lo que le espera», o «que Dios lo proteja». Se santiguó cabizbajo.

Ya estaba dispuesto todo para el combate y el ordenanza estaba terminando de publicar en voz alta las condiciones del combate cuando aparecieron tres espontáneas que corrieron hacia Jonás. Eran de esas damas histéricas que se lanzan en claro ofrecimiento carnal hacia los caballeros de sus sueños. Dos de ellas avanzaban como galgos, mientras que la tercera andaba algo coja y quedaba rezagada. El ordenanza de pista hizo un gesto a la guardia para que no las dejaran acercarse, pero Ramón levantó la mano desde el palco ordenando que las dejaran.

Yo agucé mi potente vista de esmeralda para escrutarlas en detalle y pude descubrir los rostros más feos de cuantas mujeres he visto en mi vida. Me entró un sudor frío acompañado de un escalofrío.

Cuando aquellos tres pecados de la naturaleza se apostaron bajo la figura del Bárbaro, éste las miró de cerca y se arrepintió de que Dios le hubiera dado ojos. Si había visto mujeres feas en su vida, éstas las ganaban a todas. Una, que era más grande y tenía más vello en los brazos que él, llevaba un pendiente en la nariz que no le favorecía nada; la otra, menuda y con chepa, era más difícil de ver que el mismísimo Lucifer, y la tercera, que era la coja rezagada, incluso llevaba un parche en uno de sus ojos; ¿ocultaría alguna deformidad monstruosa?

Yo todavía no sabía por qué, pero me resultaban vagamente conocidas, aunque deseché la idea porque si hubiese visto anteriormente aquellas tres mujeres, no habría olvidado tan fácilmente sus horrendos rostros. Lo que sí que me llamó la atención fue que aquellas tres mujeres alteraron al caballero y a su caballo que empezó a pegar botes enloquecido. No había manera de calmarlo pero el sonido del cuerno rompió el aire y comenzó el combate.

El caballo de Simeón el Rojo empezó a avanzar por aquel pasillo de tierra, galopada poderosa y retumbante, mientras que el pobre de su amo se aferraba a la lanza como quien se aferra a la vida justo antes de abandonarla. A través de la visera del yelmo pudo ver cómo Jonás el Bárbaro avanzaba contra él, con el caballo totalmente desbocado, con la lanza bailando en el aire. La punta era roma para el combate, pero Simeón se escondió tras su escudo y cerró sus ojos para rezarle a Dios que lo mantuviera en este nuestro mundo. Se produjo el encontronazo que sonó a golpe seco de madera y se hizo el silencio.

Simeón abrió los ojos y no pudo dar crédito a lo que veía desde lo alto de su caballo. Sobre el suelo yacía, en el interior de su armadura, su

contrincante Jonás el Bárbaro. Tan desbocado había avanzado su caballo que le había sido imposible atinar con la lanza. Simeón sacó fuerzas y valor de donde no los había y empuñó su espada con la diestra para continuar el combate. Pero Jonás no se levantaba. No estaba inconsciente, pues se le escuchaba maldecir desde el interior de su yelmo.

Simeón seguía paralizado sobre su caballo. Tenía miedo a que todo fuera una estratagema para hacerle bajar y así poder continuar el combate en igualdad de condiciones. Harto acongojado se lo pensó dos veces, pero, motivado por los coros del público, decidió apearse finalmente.

Jonás no se levantaba a pesar de que no tenía ningún hueso roto ni le dolía nada. Algo, alguien, había manipulado su armadura y no había forma de mover las articulaciones. Aquello era como una cárcel rígida para su cuerpo. Simeón acercó su tímido semblante rojizo y posó el filo de su espada sobre el cuello del contrincante.

—¿Os rendís? —le dijo abriéndole el yelmo con la punta de su espada.

Jonás no dio otra contestación que una apelación hacia el juego limpio acompañada de una sarta de blasfemias.

—Os lo voy a repetir por segunda y última vez. ¿Os rendís? —preguntó de nuevo el Rojo, creciéndose ante la situación.

—Me rindo —gritó finalmente Jonás que no deseaba perder la integridad de su cuello.

El público aplaudió al vencedor y yo empecé a sospechar que allí había gato encerrado.

No era normal que el debilucho de Simeón el Rojo fuera ganando todos y cada uno de los combates a los que se enfrentaba. Además, poco a poco fui tomando conciencia de que aquellas tres mujeres en las que nadie reparaba —más que nada porque evitaban mirar la fealdad de sus rostros—, siempre rondaban a los rivales de Simeón; aquello empezaba a oler a azufre quemado.

Don Álvaro de Gantes también percibió, entre otros aromas, el de azufre quemado, aunque optó por dirimir la controversia y mantener en secreto la causa de su derrota contra el Rojo; cualquier caballero que se precie preferiría la muerte a confesar lo sucedido. Todo empezó cuando los combates previos dispusieron que su próximo contrincante fuese Simeón; casualmente las tres mujeres lo agasajaron para invitarlo a cerveza.

No estaba para cebadas ni lúpulos el tal Álvaro de Gantes, que intentaba concentrarse en el duelo, pero tanto insistieron aquellas tres damas, y tan feas eran, que el caballero cedió para quitárselas de la vista. Tan pronto como tragó, el líquido que descendió por su garganta le amenazó con una estruendosa diarrea. Incluso se podía escuchar desde fuera de su estómago una falsa melodía que alternaba entre el lastimero gemir de un gozne oxidado y el furioso rugir de un león.

Cuando dio comienzo el combate, ambos contrincantes espolearon a sus caballos y éstos, empapados de la tensión del público, galoparon por la liza buscando el encontronazo. El estómago de don Álvaro de Gantes recibía con dolor cada sacudida de la cabalgada poderosa de su caballo, provocando todo un terremoto en el interior de su vientre que por algún orificio tuvo que salir. Fue inevitable. Ni siquiera la musculatura caballeresca de sus nalgas, que apretaban con afán, pudieron evitar la catástrofe pastosa.

Ni siquiera hizo falta que Simeón el Rojo lo tocara para caer de su caballo. Y para colmo de males, don Álvaro de Gantes no tuvo más remedio que rendirse, pues sólo podía permanecer sentado, con el culo pegado al suelo, si quería ocultar la mancha de barro gallego que mancillaba sus calzones. Ya dije a vuestras mercedes que don Álvaro de Gantes también percibió el olor a azufre quemado en este torneo, entre otros aromas...

Y así uno tras otro; todos los contrincantes del debilucho pelirrojo tenían un motivo para perder: que si el caballo parecía borracho, que si la adarga no había aguantado la embestida como Dios mandaba, que si le habían robado las herraduras al caballo, que si tengo la cota de malla llena de hormigas carnívoras... Combate tras combate, victoria tras victoria del Rojo, fue pasando el tiempo hasta que llegó el descanso.

Para no impacientar al pueblo llano hasta que se reanudaran los combates, se dispusieron las habilidades de trovadores y juglares y un espectáculo de lanceo de toros. Supongo pensarán vuestras mercedes que yo estuve tentado de participar en una de estas actividades de trovadores, y así fue, pues tanto había aprendido de los manuscritos sobre poesía que tenía en mi poder que podría haber maravillado al público con mis versos. Sin embargo, tenía una sigilosa misión que emprender.

Ya que los juglares y trovadores habían captado las miradas de todo su público —hasta la guardia real estaba entusiasmada con sus cánticos y rimas—, aproveché para deslizarme entre sombras y llegar a los aposentos de

Ramón. Quería investigar el contenido de los manuscritos que el despreciable consejero real había ocultado con tanto esmero la última vez que nos vimos.

Recuerdo el momento en el que me infiltré hacia sus aposentos como si fuese hoy mismo. En silencio, oculto bajo la luz verde de uno de los ventanales del pasillo, cesé mi respiración y presté atención a mi oído. El murmullo festivo del exterior atravesaba ligeramente los muros de piedra, pero no se escuchaba ni un alma a mi alrededor. Seguí avanzando con pies de gato hasta que llegué al final del pasillo. No había guardia alguno, pero las medidas de seguridad habían aumentado. Debajo de la talla verdinegra de cocodrilo se encontraba el portón robusto que en mi última visita dejé destrozado. Lo habían reconstruido y esta vez contaba con tres cerraduras, dos de acero y una de oro. Reí para mis adentros —ya saben vuestras mercedes que a mí nunca se me atraganta una cerraja por muy intrincada, enrevesada o testaruda que sea. Incluso alguna que otra vez se abrió sola ante mi gallarda presencia—. Sólo tuve que posar mi oído sobre la madera de la puerta para comprobar que no había nadie dentro antes de dejarlas abiertas.

Cuando entré se abrió el mundo ante mi mirada. Allí, sobre la mesa al pie de ventana, descansaban multitud de documentos escritos de puño y letra del consejero real. Pergaminos, pliegos y legajos de vitela, todos ellos con la rúbrica del consejero real y con su personal sello de cocodrilo. A su lado había recipientes con tinta, plumas de cálamo de diversas aves y colores, y una vela con la que alumbraba y quemaba el lacre. Tan pronto como me sumergí en la lectura descubrí multitud de documentos que implicaban a Ramón, junto con el falso caballero Leonardo, en una conspiración contra la reina. Aquello lo demostraba sin ambigüedades. Tomé prestados todos aquellos documentos y los oculté bajo mi capa roja que Silvana me había tejido a juego con mi gorro. Miré a través del ventanal buscando el palco real y pude ver a Ramón embutido en su traje de cocodrilo; le sonreí en la distancia. A su lado, la reina aplaudía con tristeza a los juglares, que terminaban su espectáculo para dar paso a los lanceros para que jugaran con los toros desde lo alto de sus caballos.

Ya iba a dejar los aposentos cuando un rollo de pergamino sobre la cama llamó mi atención. Estaba sellado con lacre para que nadie pudiera leerlo. Arranqué su sello de lacre y lo leí:

*Yo, el ilustre Ramón Pelayo, juez supremo de este torneo a caballo y lanza, y consejero real de la reina Sagrario nuestra señora... bla, bla, bla... declaro que, según las normas que yo mismo he redactado para este torneo,*

*ha resultado vencedor el caballero Leonardo de Colza, más conocido como el caballero de noble tupé, por su valentía, gallardía y esfuerzo en la defensa del espíritu caballeresco, así como por su destreza en el manejo de las armas. Es por ello que le hago merecedor de la prez del combate que... bla, bla, bla.*

Por lo visto, el falso caballero Leonardo ya se había proclamado ganador antes de empezar el torneo, y lo más curioso de todo es que ni siquiera se había inscrito. Fue en ese preciso momento cuando Dios quiso que fuese yo mismo quien pusiera las cosas en su sitio. El todopoderoso abrió las nubes del cielo con su infinita sabiduría y poder y me lanzó un singular rayo de luz a través de la cristalera. Se coló por la aureola dorada de un motivo religioso, tornándose amarillo, y se posó sobre una de las plumas del escritorio. El color dorado metálico de aquella pluma de pavo ocelado se tornó más metálico si cabe al recibir el rayo. Y yo me quedé maravillado, recordando los presagios de la bruja Azul.

*Buscad vuestra verdadera esencia,  
y honradla con un arma dorada.*

Por fin había encontrado el arma dorada, y junto con ella mi verdadera esencia.

Tomé aquella pluma entre mis manos y un pergamino similar al que acababa de leer y dejé que Dios guiara mi mano para reescribirlo. Leí el resultado y por fin supe que mi aventura finalizaría con éxito. Sólo tendría que esperar a que finalizara el torneo y se hiciese pública la grave acusación que contenía. Para no levantar sospechas calenté el sello de lacre que había arrancado con cuidado y lo pegué sobre el nuevo documento escrito. Prácticamente ni se notaba el cambio. Lo dejé todo en su sitio mientras advertí que la gente empezó a emitir chillidos de pánico desde la calle. Me asomé.

El público huía despavorido porque al parecer se les había escapado uno de los toros del lanceo. La puerta del toril estaba abierta y junto a ella reían tres mujeronas feísimas como si hubiesen cometido una travesura. Sus caras me resultaban tan familiares... Sin embargo tendría que darme prisa para aprovechar aquel venturoso suceso que me facilitaría la vuelta sin levantar sospechas, ya que toda la guardia andaba intentando controlar la bestia.

Coloqué la pluma a modo de complemento sobre mi gorro de terciopelo

rojo —a día de hoy todavía me acompaña esta pluma dorada en mis andanzas intelectuales— y entreabrí la última puerta, la que daba salida al exterior de los aposentos. Todavía corría la gente, espantada y sin rumbo. Salí corriendo con una sonrisa, nadie se había percatado de mi incursión. Sin embargo, no fue todo tan fácil. Yo corría hacia un callejón y el toro se metía en ese callejón; giraba a la izquierda por una bocacalle, y el toro giraba también a la izquierda; yo daba vueltas a la fuente de la plaza, y el toro daba vueltas a la dichosa fuente. Por algún motivo el morlaco tenía fijación con mi persona, y lo peor de todo es que cada vez lo tenía más cerca. Incluso llegó a rasgar con sus pitones la capa que Silvana me había tejido a juego con mi gorro de terciopelo rojo.

Tanto correr de aquí para allá, y de allá para acá, que finalmente di a parar a un callejón sin salida. Algunos valiente intentaron captar la atención del toro estirándole del rabo, pero siempre se volvía hacia mí; sólo tenía ojos para mi persona.

Se me acercaba lentamente con mirada triunfal, con la lengua empapada, y yo ya estaba preparándome para decir adiós a esta vida. Fue en ese preciso instante, cuando me estaba echando la capa hacia atrás para morir con dignidad, cuando me di cuenta de que era mi gorro de terciopelo y la capa roja lo que le atraía.

Me quité la capa y la sujeté con las manos a mi costado derecho, mirando fijamente al toro que se acercaba con sus afilados cuernos. La agité y el toro inició un ataque veloz. Hinché la capa con un movimiento al aire y sus cuernos se perdieron entre sus pliegues rojos mientras los agitaba a mi costado. El público enmudeció en el instante en el que el toro y mi persona se confundieron en la proximidad. El sonido del aire que se rasgaba con la embestida del cuerno me rozó el costado. «Olé», dijo una de las personas que asistían al espectáculo mientras el resto escuchaba aquella palabra que no entendían. El toro dio media vuelta, me miró y agitó la cornamenta. Embistió de nuevo. Con las piernas juntas y tieso como un garrote empecé a agitar la capa roja. Sus telas describían ochos en el aire mientras mi gallarda mirada de esmeralda desafiaba a la bestia. Avanzó embravecida hacia mí y sus ojos se perdieron en el ir y venir del manto rojo al viento. ¡Ooooooléééé! Gritó esta vez el público entusiasmado cuando sus pitones intentaron atravesarme sin éxito. Yo seguí jugando con aquella bestia furiosa de musculatura negra que bailaba al son de mi capa, tan cerca de mí que sentía su aliento de lengua mojada. Sólo tenía que tener cuidado de agitar con energía la capa para que

olvidara mi gorro de terciopelo rojo que por lo visto también le atraía.

Poco a poco, movimiento a movimiento de mi capa, fui dirigiendo al morlaco hacia la corrala mientras el público me vitoreaba. Nadie había visto a una persona enfrentarse a pie a un toro y sin lanza, y yo notaba que la gente me admiraba. «Oléééééé», gritaba el gentío cada vez que el toro me amenazaba con la cornamenta. Hombres, mujeres y niños me admiraban, y por un momento pensé en ganarme la vida en esta nueva modalidad de toreo a pie, pero no podía dedicarme a algo tan peligroso ahora que esperaba un retoño fruto del amor con la dulce Silvana; suficiente era ya el peligro que iba a correr cuando se leyese el contenido de aquel pergamino.



## Combate de tortugas

Aquella familia había estado todo el día buscando el sol. El progenitor marcaba el camino y sus hijos lo seguían con la casa a cuestas. Estaban a pocos centímetros de su destino cuando el caracol padre alargó los tentáculos para mirar por encima de una piedra cuando todo acabó. De un pisotón, Leonardo los había despachado al otro mundo. El caballero tomó aquel amasijo pegajoso entre sus manos y quitó los trozos rotos de concha de la baba de caracol. Con aquello tendría suficiente para que su falso tupé aguantara durante todo el combate.

—¿Qué os parece? ¿Tengo el pelo bien? —le preguntó a sus tres cómplices que lo miraban disfrazados de mujer.

—Estáis muy guapo, mi señor —le dijo Luciferino en un intento de agradar a su jefe.

Leonardo miró aquel ser horrendo y sintió un escalofrío que le recorrió el cuerpo. No había sido muy afortunado el comentario de boca de un hombre disfrazado de horrenda mujer.

—Menos cháchara y vayamos al grano —les dijo a sus tres compinches—. ¿Habéis dispuesto todo para que gane el Rojo?

Los tres compinches se miraron cómplices y rieron pícaros. Se notaba que disfrutaban con su trabajo.

—Sí, mi señor.

—Perfecto, perfecto...

Leonardo anduvo pensativo por aquella tienda de campaña improvisada con la vista perdida; ya casi podía tocar el triunfo.

—Mi señor, escuche —le interrumpió Luciferino—. Creo que están cantando el santo y seña.

Aguzaron sus oídos y pudieron escuchar un siseo de cocodrilo. Luego un bramido de cocodrilo. Después siseo, bramido, gruñido y finalmente un siseo. El santo y seña era correcto.

Una rajilla se abrió en la puerta de tela para dejar pasar a su invitado de excepción. Ramón entró rápidamente, mirando hacia atrás para comprobar que nadie le había seguido —¡qué iluso!— y corrió la puerta de tela para que

nadie le viera.

—El plan tiene que salir perfecto —le susurró con prisas al caballero—. Tengo dispuesto a mi merced... —El discurso de Ramón se vio apagado cuando encontró con la mirada a los tres malandrines—. No sabía que tus tres ayudantes fuesen mujeres... Vaya, vaya, vaya. Y bien guapas, por cierto.

Casi me atraganto ante tal comentario, delatando mi presencia al otro lado de las lonas que hacían de tienda de campaña.

Luciferino y Tulenco se miraron incrédulos mientras que Bovino se ruborizaba. «Qué gentil es usted, don Ramón», le dijo pestañeando como una adolescente bajo su unicejo. Ramón sonrió y le hizo una reverencia a la que quizá fuera en un futuro su dama, olvidándose del asunto que tenían entre manos.

—Centrémonos —dijo enfadado Leonardo— y volvamos a nuestro plan.

Pero Ramón, al que yo jamás había visto prestar atención a una mujer que no fuese la reina, ahora estaba babeando. «¿Os habéis planteado alguna vez cuán maravilloso sería ser la esposa de un consejero real?», dijo con tono de cortejo. Leonardo pegó un salto enfadado y le quitó la peluca a Bovino, dejando en evidencia su condición de varón.

—¡Es un hombre!

—¿Por qué tenéis que ser tan aguafiestas? —contestó Ramón enfadado antes de volver al tema—: ¡Está todo dispuesto! Cuando el Rojo gane el combate sólo tendréis que retarlo y ganarlo para que la prez del torneo sea vuestra. Así ganaréis los favores de la reina.

Los tres malandrines volvieron a mirarse cómplices y rieron de nuevo.

—Nosotros también hemos preparado unas cuantas tretas para que no se te resista el Rojo en combate —dijo Luciferino—. Le vas a ganar sin complicaciones.

Leonardo les dedicó una mirada amenazadora.

—Nada de artimañas —les dijo señalándolos con su dedo acusador—. Quiero ganar sin trampas.

El consejero Ramón y los tres malandrines se miraron pasmados. ¿No era ya un poco tarde para el juego limpio?

—Hay que amañar el combate —ordenó Ramón—. Sería una imprudencia que podríamos pagar muy caro.

—¿Es que no creéis que pueda ganar a Simeón el Rojo? —contestó enojado—. Yo soy Leonardo, caballero de noble tupé, y él es Simeón el Rojo, un niño imberbe y debilucho. Mi victoria es segura. O lucho sin trampas, o no lucho. ¿De acuerdo?

Al resto no le quedó otra que acatar su deseo. Asintieron, aunque Ramón no llevaba muy bien eso de acatar órdenes de otro.

—Y vosotros tres, ya va siendo hora de que me ayudéis con la armadura, así que andando —les dijo mientras le tiraba la peluca a la cara de Bovino para devolvérsela.

Leonardo se asomó por la lona que hacía de puerta y cuando comprobó que no había nadie abandonó la tienda seguido de Luciferino y Tulenco. Bovino todavía estaba colocándose la peluca rubia ante la mirada de Ramón. Aquella mujer le sacaba metro y medio de altura y tenía unos brazos regios y peludos con los que Ramón deseaba ser acariciado. El consejero real le lanzó un beso al aire y aquella mujerona sonrió. Pestañeó sensualmente bajo su unicejo y luego le dedicó una sonrisa tímida, oculta tras el anillo de oro que colgaba de su nariz. Ramón se estiró, intentando sacar algo más de altura. Se deslizó sin dejar de mirar a su dama para interponerse entre ésta y la salida, hinchó pecho y metió barriga.

—No me habéis contestado a mi pregunta —dijo coqueto mientras le bloqueaba el paso—. ¿Os habéis planteado alguna vez cuán maravilloso sería ser la esposa de un consejero real?

Pero Bovino, o su versión femenina, no contestaba. Se estaba haciendo la remolona.

—¿Quién sabe? —continuó Ramón—. Quizá dentro de poco deje de ser consejero real para convertirme en rey. Ya conoce vuestra merced de nuestros planes secretos. ¿Os habéis planteado alguna vez ser la esposa de un rey?

—Oh, Ramón —contestó finalmente Bovino—, sabéis hacer que una mujer se rinda ante vuestros encantos.

—Pues agachaos y besadme ya, tonta —dijo Ramón con tono triunfal.

Si vuestras mercedes estuviesen presenciando el combate final y tuvieran una bolsa con monedas, ¿por quién apostarían si les dijera que lo iba a disputar Simeón el Rojo e Íñigo el Cruel? Para que se hagan una idea del asunto les diré que Íñigo no se ganó su apodo por nada. Eran habituales sus

manifestaciones más sanguinarias una vez había derrotado a su enemigo y la clemencia no era palabra de su vocabulario. Más que un caballero parecía un carnicero cuando finiquitaba a sus oponentes, y estaba esperando la gran final para dar rienda suelta a sus instintos.

Por la otra parte, Simeón estaba confuso. Frente a frente, esperando la señal del juez sobre sus monturas, Íñigo le había señalado su brazo con el filo de la lanza acompañado de una sonrisa fría y amenazadora; aquello significaba que se lo iba a desmembrar durante el combate. Una muerte lenta pero segura. Sin embargo, Simeón ya no era el debilucho niño que había sido. Había ganado, uno tras otro, a muchos de los caballeros favoritos. Levantó la lanza seguro de sí mismo y miró su acero que esperaba preparado en su vaina. Aquel torneo que estaba a punto de finalizar iba a ser su gran éxito, lo presentía.

El juez ya había leído públicamente el capítulo especial con las leyes particulares del duelo final, que permitían lanza, adarga y un arma de libre elección, y dio la señal de inicio. Ambos contendientes espolearon sus caballos para dirigirse cargados de arrojo al encontronazo. Por un momento, sólo por un momento, la galopada potente del caballo de el Cruel me recordó a Vespertino cuando disputaba estos torneos. Los ojos se me tornaron acuosos debido a la polvareda que había levantado el caballo, pero me centré en el combate que prometía sangre. El caballo del cruel tomó velocidad y fue entonces cuando el jinete notó cómo sus posaderas se deslizaban libremente sobre la montura que estaba resbaladiza como el hielo. Imagínense lo difícil que resulta andar sobre un lago helado para hacerse una idea del problema en el que se encontraban sus asentaderas, y el encontronazo era inminente. El Cruel levantó en el último momento su culo apoyándose en los estribos para conseguir la estabilidad necesaria y poder apuntar con firmeza a su objetivo. Era un caballero lo suficientemente experimentado como para poder resolver el combate en apenas un pestañeo, pero la sujeción de los estribos cedió, rompiéndose de forma incomprensiblemente, y desprovisto de apoyo cayó al suelo. El público aplaudió al Rojo, que abrió los ojos y comprobó con alegría que seguía sobre su montura. Sacó su espada desde lo alto de su montura y señaló el brazo de su adversario.

—O pedís clemencia o podéis despediros de vuestro brazo.

Íñigo el Cruel no había elegido la espada como arma y sacó una plomada de tres bolas. La asió fuertemente por el mango y empezó a zarandearla desde el suelo. Las bolas de plomo estaban llenas de temibles

pinchos que bailaban al son de los silbidos que se producían al cortar el aire. Pero Simeón ya no tenía miedo y ordenó avanzar a su caballo. Éste, que tenía ojos para ver aquel torbellino de plomo que mordía el viento, fue retrocediendo poco a poco, paso tembloroso. El Cruel avanzaba sin dejar de agitar la plumada, sonriendo. El combate era, desde luego, suyo.

Aquellas amenazas giraban cada vez más rápido y cada vez más cerca de su destino cuando, incomprensiblemente, las cadenas cedieron y las bolas salieron disparadas por el aire. Una de ellas impactó sobre la cabeza del caballo, que cayó fulminado al instante. El público vitoreó con entusiasmo el golpe certero de el Cruel, que no había sido tan certero, pues Simeón el Rojo se había salvado y le esperaba de pie, crecido, espada en mano. El Cruel sólo contaba con lo que le quedaba de plumada: una barra de madera. ¿Cómo podía realizar una carnicería con un simple palo? Decepcionado tiró el palo y extendió sus brazos.

—Me rindo —dijo buscando con la mirada a su escudero, que tendría que darle alguna buena explicación sobre lo sucedido con la montura y la rotura de su plumada.

—De rodillas —exigió el Rojo con el aire solemne que debe mostrar todo ganador.

Íñigo el Cruel estaba vigilado por la punta de la espada del Rojo, así que decidió hacer caso y arrodillar su orgullo.

—Me rindo —dijo esta vez desde el suelo.

El Rojo había conseguido proclamarse vencedor del torneo. Retiró su acero y dirigió su mirada hacia el palco real entre vítores y aplausos. Allí estaba la reina, aplaudiendo triste y desganada. Ahora el protocolo mandaba que ella posara su mano para que fuera besada por el ganador que se acercaba a pie. Luego le entregaría el pañuelo de seda con bordados en oro que hacía de prez. El Rojo fue acercándose victorioso cuando un misterioso caballero apareció en escena.

—Todavía no —dijo su voz desde el interior del yelmo.

Con calma, se fue acercando hasta el palco a lomos de un corcel de color marfil, abriéndose paso entre miradas de asombro. Aquel desconocido portaba una armadura reluciente de algún metal novedoso con incrustaciones de piedras preciosas. Su adarga, en vez de ser un tosco escudo ovalado como la del resto de caballeros, tenía forma de corazón. Por lo visto aquel detalle del caballero misterioso caló en el público femenino que empezó emitir

suspiros febriles. Finalmente se llevó las manos a la cabeza y se desembarazó de su yelmo, mostrando un tupé lleno de baba de caracol.

—Soy Leonardo de Colza, caballero de noble tupé y vengo a retar al ganador —dijo mirando a Simeón.

Yo lo vi en su cara. La reina Sagrario supo de inmediato que aquel tupé era falso. Se levantó y le dijo alto y claro:

—Siento informaros de que el torneo ha finalizado. El caballero que aquí ha ganado ha demostrado merecer la prez del torneo en una serie de combates. Sería injusto arrebatársela a combate único.

Ramón sonrió a su lado. No era una sonrisa burlona, sino de aquellas asustadizas que se hacen cuando uno es consciente de que va a realizar algo inmoral y puede agitar vergüenzas ajenas.

—Mi fiel señora —le dijo a Sagrario, empezando tímidamente a cuestionar en público las palabras de la reina—. Según el cartel que incluye las condiciones del combate, existe un capítulo especial por cuya virtud se permite este enfrentamiento. Cito textualmente —el consejero desplegó un rollo de pergamino—: *Una vez finalizados los combates y habiendo ganado, se permitirá un y sólo un último combate entre este ganador y cualquier caballero de acreditada trayectoria que ose retarlo en público.*

—Yo misma he leído las normas y no aparecía este capítulo especial.

—Aquí mismo, mi señora —dijo Ramón señalando una letra pequeña, infinitamente pequeña y oculta en una de las esquinas inferiores.

La reina tuvo que hacer un gran esfuerzo para leer aquellas letras minúsculas y finalmente cedió, aunque no sin antes dedicarle a Ramón una mirada recriminatoria que yo no querría mía.

—Está bien. Si las normas así lo contemplan no seré yo quien las rompa.

Ramón solicitó a ambos contrincantes que se dirigieran hasta la liza y ocuparan sus puestos de combate. Simeón el Rojo rompió el silencio.

—Necesito un tiempo de descanso para recuperarme. Acabo de librar combates varios y el cansancio está haciendo mella en mis facultades.

Ramón buscó otra sección de letra minúscula, casi ilegible.

—Según el capítulo especial XII, anexo I sección III, el combate debe empezar sin demora.

—No puedo luchar. Acaba de morir mi caballo de batalla —dijo el

Rojo al palco.

—No os preocupéis —contestó Ramón—. La reina tendrá a bien proporcionaros uno, como dictan las normas.

A un chasquido del consejero real aparecieron dos de los malandrines, que todavía estaban disfrazados de mujer, proporcionando un rocín flaco.

—No puedo luchar en estas condiciones. Este caballo...

—Yo de vos no me quejaría —le interrumpió Ramón—. Según el capítulo especial XVI, anexo II sección V, vuestras palabras podrían descalificaros por incumplimiento del honor del que todo caballero, y en especial el vencedor, debe poseer.

Simeón asintió abatido y se preparó sobre el rocín flaco para enfrentarse al caballero Leonardo. Para colmo tenía el sol de cara, aunque realmente no iba a ser gran impedimento, pues pensaba librar la batalla con los ojos cerrados tal y como había venido realizando, ya que la técnica le había proporcionado grandes resultados. Ya sobre sus puestos ambos caballeros bajaron la visera de sus cascos y esperaron lanza en ristre sus destinos. El sonido roto de un cuerno dio el inicio del combate. El Rojo cerró los ojos y espoleó a su caballo.

Al galope, en la negrura de su ceguera, el Rojo escuchó un silbido fruto de la cercanía en que habían pasado los dos caballeros. Su caballo paró al llegar al otro extremo de la liza y Simeón abrió los ojos y se giró para comprobar que su contrincante todavía no había mordido el suelo. Dieron media vuelta a sus caballos y se prepararon para el siguiente embiste.

Creo que todo el público era consciente de lo absurdo de aquella final. Ni uno ni otro sabían agarrar la lanza ni sujetar la adarga como Dios manda. Incluso se notaba que Simeón avanzaba con los ojos cerrados hacia su segundo encuentro, que esta vez sí que sonó a madera.

Simeón notó, desde su invidencia, un fuerte golpe en su escudo que lo sacudió hasta el suelo. Le había fallado su técnica de los ojos cerrados. O no. Cuando los abrió pudo ver que Leonardo de Colza también estaba en el suelo, con la mano en el culo de puro dolor. Había acertado como de costumbre.

Ambos caballeros se levantaron como impedidos de la tercera edad, muy poco a poco y entre lastimeros lamentos. Incluso el público se había cansado de animar cuando por fin consiguieron ponerse en pie. Sacaron sus espadas; todavía no había nada decidido.

Se miraron con los pies clavados en el suelo hasta que Leonardo

decidió avanzar. La armadura que portaba era extremadamente preciosa, llena de reflejos de oro bajo aquel sol ardiente, pero muy lenta en sus movimientos. Poco a poco fue llegando hasta donde se encontraba su adversario. Lanzó el primero de sus mandobles.

Simeón el Rojo lo paró sin complicaciones. Luego contraatacó con otro mandoble tanto o más lento. Incluso los niños que se divertían con espadas de madera tenían más brío en sus juegos. Y así fue, mandoble por aquí y mandoble por allá en una lucha suspendida en el tiempo. El público empezaba a bostezar en aquel combate que parecía de tortugas cuando uno de los golpes de Simeón impactó en el yelmo de Leonardo, que salió despedido, dejándolo a cara descubierta. Simeón encadenó otro embiste que pasó lo suficientemente cerca de la cabeza de Leonardo como para impactar en su tupé, que quedó apuntando de lado. Aquello le ocasionó a Leonardo una grave irritación de su malhumor que desfogó con un golpe de espada con el que acertó de lleno en el yelmo de su contrincante, quedando éste también a cara descubierta, en igualdad de condiciones; tan agotado el uno como el otro.

El Rojo hizo un nuevo esfuerzo pero ya no podía ni levantar la espada, así que se acercó para embestir a su oponente con su cuerpo. Lo empujó y logró desestabilizarlo, pero tan cansado estaba que cayó con él. Leonardo todavía estaba más agotado y ya sólo tenía fuerzas para girar la cabeza. Le clavó la punta de su tupé en uno de sus ojos. La baba de caracol mezclada con el sudor picaba y el Rojo se apartó, quedando tendido en el suelo, junto a su lado.

Allí yacían los dos tumbados, sudados como dos amantes extenuados tras una dura sesión de sexo, intentando luchar contra el cansancio. Levantarse en aquellas condiciones iba a significar la victoria.

Leonardo fue el primero en intentarlo, pero sus fuerzas le fallaron. Luego lo intentó Simeón, clavando el filo de su espada sobre el suelo, utilizándola como gayata. Una vez de pie, el Rojo empuñó su espada. Ya prácticamente tenía el combate en sus manos.

—Me habéis ganado —masculló Leonardo sin apenas abrir los labios—. Mirad que sonrisa os dedica la reina de la hermosura tras su anillo nasal.

Simeón dedicó una breve mirada hacia el palco. Allí la reina Sagrario mantenía su semblante triste y afligido. Sin embargo, la versión femenina de Bovino, que ya acompañaba a Ramón como su dama oficial, le dedicaba una



amplia sonrisa.

—¿Estáis de broma? La reina de la hermosura es la reina Sagrario.

—Estáis muy equivocado. Es la otra dama, la que porta el anillo y os lanza un beso.

El Rojo volvió a girar la cabeza y comprobó cómo aquella mujerona de brazos regios y cara bovina le lanzaba un beso al aire. El Rojo agitó su cabeza, intentando desembarazarse de aquel espejismo que el cansancio le estaba jugando. La miró de nuevo y comprobó cómo agitaba el pañuelo de seda con bordados en oro, símbolo inequívoco de la prez del torneo.

—¡Me rindo! —gritó Simeón.

El público quedó sorprendido. Simeón era el único que contaba con un arma en las manos, tenía ganada la posición y estaba rindiéndose. Aquello era inaudito.

—¡Me rindo! —grito de nuevo. Y luego se tiró al suelo y puso el arma en manos de su contrincante—. Me rindo.

Nadie entendía, nadie osaba a decir nada. Se hizo el silencio.

—He dicho que me rindo —insistió de nuevo el caballero tras pegar un nuevo vistazo a la mujerona del anillo en la nariz.

Ramón rompió el silencio con sus aplausos.

—Ya tenemos ganador del torneo —dijo en voz alta.

El público empezó a acompañar tímidamente con sus palmas. La reina seguía sumida en su triste estado mientras que Ramón y su dama —que la había presentado ante Sagrario como su prometida— reían alegremente y festejaban el desenlace.

Con ayuda de los malandrines, Leonardo consiguió ponerse en pie, intentó sin éxito dirigir hacia arriba su falso tupé, sudado y lleno de baba de caracol, y se acercó hasta la reina Sagrario. Ésta siguió las normas protocolarias y le tendió la mano. Una sonrisa ladina le salpicó el rostro a Leonardo, al igual que ocurrió con los malandrines y con el propio Ramón, que había llamado a la servidumbre para que le llevasen el pergamino con el que anunciaría la victoria del caballero. ¡Pobrecito ignorante, que no sabía la que le iba a caer encima!

Tras el sonido de los cuernos, tras unos tímidos aplausos del público y ante la mirada imperturbable de la reina, Ramón se preparó para la lectura de aquellas líneas que habrían otorgado al caballero la victoria del torneo si no me hubiese tomado la libertad de retocarlas con aquella pluma dorada. Se

aclaró la garganta, buscó fugazmente la mirada de su amada, que se encontraba bajo aquel frondoso unicejo, y levantó solemnemente el pergamino.

—Yo, el ilustre Ramón Pelayo —dijo altivo, con voz pomposa—, juez supremo de este torneo a caballo y lanza, y consejero real de la reina Sagrario nuestra señora... declaro que, según las normas que yo mismo he redactado para este torneo, ha resultado vencedor el caballero Leonardo de Colza, más conocido como el caballero de noble tupé, por su valentía, gallardía y esfuerzo en este complot que hemos tramado contra la reina Sagrario nuestra... ¿Pero qué demonios...?

Demasiado tarde. Tan centrado estaba en la pomposidad de su discurso que cuando quiso darse cuenta ya había pronunciado las palabras mágicas: *complot y contra la reina*. Y para colmo de males empezó a ponerse rojo.

—Alguien me ha hecho objeto de una broma pesada —afirmó enfadado.

La reina Sagrario dejó se semblante impasible y escrutó con la mirada aquel consejero fiel a los cocodrilos.

—Exijo una explicación. ¿Quién ha redactado estas palabras?

Me coloqué bien el gorro de terciopelo rojo, con cuidado de que no cayese la pluma, y di unos pasos al frente para aparecer en escena. Enfrentándome a mi destino, dije alto y con aire solemne:

—He sido yo.

En este momento mi vida pasó entera ante mis ojos; me la estaba jugando. Pero recordé las atenciones que la reina había tenido con mi persona desde que tenía uso de razón, así como sus continuos gestos de confianza, y me tranquilicé.

—¿Y quién sois vos?

—Soy un noble caballero que carga con el peso de un honra mancillada injustamente. Un caballero que siempre os ha otorgado su lealtad desde lo más profundo de su corazón. Un caballero al que vos ordenasteis capturar para que fuera ajusticiado por un pecado que jamás cometió. Soy José, caballero de noble tupé.

Aquello pareció irritar a la reina.

—No sabéis lo que acabáis de decir —dijo indignada—. Habéis osado usurpar la identidad de un caballero que dio su vida por la defensa de este reino. Está muerto y mancillar su recuerdo merece la peor de las penas. ¡Soldados, a él!

Ramón, que ya veía el fin de sus planes, sonrió brevemente y apoyó a la reina.

—Eso, a él. Sí, a él, soldados. Apresadlo antes de que vuelva a abrir la boca.

Pero en aquel momento, cuando iba a ser apresado, retiré con mi mano el gorro de terciopelo rojo, dejando visible mi tupé, mi estandarte peludo que me hacía único e inconfundible. Los guardias llegaron a mí y me apresaron, pero los ojos de la reina Sagrario se iluminaron como la mañana que da la bienvenida a un nuevo día. Su rostro se desbordó de alegría y su corazón volvió a respirar.

—¡Alto! —gritó la reina a la guardia. Bajó del palco y se acercó hasta mí encandilada, casi incrédula—. ¡Estáis vivo!

Asentí con la cabeza y ella me pidió una explicación. Había tantas cosas que contar que yo casi no supe por dónde empezar.

—Ramón, vuestro consejero real, ha urdido un complot junto con el falso caballero Leonardo para destronaros. Tengo multitud de documentos que así lo acreditan.

Empecé a sacarme todos los pergaminos que había tomado prestados de los aposentos de Ramón a modo de prueba cuando la reina me hizo callar.

—No me hace falta prueba alguna. Vuestra palabra es suficiente para mí. Yo siempre he creído en vos.

—¿Y por qué me mandasteis apresar al regreso de mi última misión?

—Eso jamás. Yo nunca he ordenado tal atrocidad. La única noticia que tuve de vos, de un día para otro, fue que habíais caído muerto en combate. Me informó Ramón.

Nuestras miradas se miraron cómplices y buscaron al consejero real que intentaba escabullirse entre el gentío, como quien no quiere la cosa, con su gigantesca amada.

—¡Guardias! Apresadlos —Ordenó la reina—. Y también a esos —dijo señalando a Leonardo y al resto de sus compinches.

La reina, que no cabía de gozo, me dio un cariñoso abrazo. Tengan en cuenta vuestras mercedes que una reina no puede realizar tal muestra de efusividad ante el pueblo llano, pero había decidido saltarse el protocolo.

—Así que creísteis que yo di la orden de busca y captura contra vos —me dijo, regañándome esta vez como si fuese un niño pequeño—. Yo nunca habría sido capaz de tal cosa. Porque...

La voz se le perdió por el camino. Parecía que a la reina le costaba pronunciar sus últimas palabras. Yo no era consciente de la importancia de éstas y me acariciaba felizmente el tupé, que por fin se sentía libre, cuando escuché el resto de la frase y casi muero atragantado con mi propia saliva.

—Yo nunca habría sido capaz —dijo de nuevo—, porque... porque... —tragó saliva—, porque tú eres mi hijo.

Sonó un ¡ooooooooohhhh! Y luego silencio.

—Desde que me enteré de tu muerte, tu falsa muerte, claro, no podía aguantar la pena de mi corazón. Tu padre, noble entre los nobles, dejó su semillita en mí antes de morir. Tú fuiste el fruto de esa semilla. Por eso te he tratado siempre como a un hijo. Sin embargo, las circunstancias... las malditas circunstancias me impidieron hacerlo público.

Sagrario dudó y calló por un momento; luego volvió a hablar.

—¡Al cuerno! Tú eres mi hijo —repitió en voz más alta—. Mi hijo —otra vez, de nuevo, como liberándose de un gran peso invisible—. Por eso te pido que vuelvas como caballero hasta que seas heredero de éste, mi reino, y permanezcas siempre a mi lado.

Yo agaché la cabeza. No podía cumplir la voluntad de mi reina y madre.

—Lo siento, pero en este tiempo que he estado fuera he contraído obligaciones —busqué con la mirada entre el gentío y le hice una seña a Silvana—. Os presento a mi familia.

Silvana avanzó lentamente, cargando con su vientre que albergaba al futuro nieto de la reina. A su lado la acompañaba Canela junto con un potrillo de andares simpáticos con una marca en forma de XXIV.

—No puedo ya caminar sobre el mortífero filo que es la vida del caballero. He de evitar los riesgos para entregarme en vida y alma a esta nueva criatura que vendrá dentro de tres lunas, así como con el resto de mi familia. He decidido entregarme a un nuevo oficio. Voy a ser trovador.

—Pero... No necesitáis trabajar. Sois mi hijo. Yo os daré en el reino cuanto necesitéis y...

—No es cuestión de monedas —negué tajante—. He descubierto cuán feliz me produce crear belleza con la palabra y llevarla allí donde todo el mundo pueda disfrutarla. Ésta es mi verdadera esencia.

La reina sonrió. Aquel discurso le era familiar.

—Estaba escrito en el cielo. No cabe duda que sois hijo de José Cañas.

Habéis heredado su esencia, así que si éste es vuestro deseo, no contaréis con impedimento alguno por mi parte. Sed fieles a vuestra esencia por vos y por vuestro padre, ya que ése fue su deseo incumplido y seguro que él estará orgulloso de que vos podáis llevarlo a cabo. Pero ahora, abrazadme, hijo mío.

El público aplaudió tan dichosa escena. La reina abrazándome con fuerza, mirando a Silvana con los ojos cristalinos y húmedos, muy orgullosa, y acariciando su vientre que albergaba un nuevo miembro de la familia. El potrillo dando saltos de alegría junto a Canela, mirándome a mí, a su padre, orgulloso, muy orgulloso, buscando con su cabecita una caricia de mis manos. Y yo, terriblemente enternecido ante la gloria de haber encontrado una madre.

En estos momentos termino esta historia de mi propio puño y letra utilizando la pluma de color dorado metálico que no es sino el arma con la que honré y sigo honrando mi verdadera esencia: la de trovador. Siempre escribo por las noches, cerca de una ventana, para alzar la vista y buscar a Vespertino entre las estrellas. Lo veo altivo, con su mirada cristalina y sus crines al viento mientras nos observa orgulloso en la lejanía, en familia. Y yo me empapo de los recuerdos de nuestras andanzas: recuerdos de aventuras, de riesgos y de emociones; y recuerdos de amistad verdadera, recuerdos trágicos de muerte y pérdida, pero también recuerdos de continuidad, de la vuelta a la vida con este potrillo que cada día se hace más y más grande y que cada vez más desea honrar la memoria de su difunto padre. Y recuerdos de amor, amor puro y entregado, cuyo fruto fue un pequeño caballero que protejo entre mis brazos y que juega con el potrillo a ser un gran caballero.

Supongo que comprenderán vuestras mercedes que sea fácil que una mota de polvo humedezca ligeramente mis ojos mientras termino de narrar esta historia en prosa, porque si fue la más difícil de mis aventuras, y también la más dolorosa, fue a la vez la más bella y hermosa de todas ellas.

FIN

Pepín pulsó con tristeza la *N* con la que daba FIN a sus andanzas por el medievo.

## Macho dominante

Hacía tiempo que algo atormentaba a Leonardo y le impedía conciliar el sueño. A pesar de su frenético ritmo de vida y de que se acostaba por las noches totalmente extenuado, su cerebro seguía demasiado activo, dándole vueltas y vueltas al mismo asunto. Sus ojos, abiertos como platos en la oscuridad de la noche, se perdían en el infinito, se perdían en aquel pensamiento. Sin embargo, aquella era la ocasión perfecta para saber si sus temores eran infundados o si por el contrario ya podía echarse a llorar. Posó la mano sobre el pomo de la puerta y abrió una rendija por la que poder mirar.

Apenas entró la luz por la abertura, Leonardo cerró la puerta sin mirar siquiera, con el corazón desbocado. No se atrevía. Se giró y buscó a su mánager musical. Migueles estaba totalmente tranquilo. «Claro —pensó—, como no es su fama la que nos jugamos aquí, él está tan tranquilo». Leonardo lo miró enrabiado.

—Tienes que conseguirme más canciones —le exigió de malos modos.

—Ya hemos hablado de esto —contestó con tranquilidad, aunque un poco cansado del tema.

—Tengo que grabar otro disco. La gente quiere otro disco mío.

Migueles empezó a sentirse molesto al reconocer un síndrome bastante común en aquel tipo de artistas. Negó con la cabeza.

—Este mundo es así. Un día, y gracias a un programa de televisión, subes como la espuma. Al otro, bajas. Es así de simple —realizó un gesto muy representativo con su mano—. Además, ya te lo he dicho, si quieres grabar otro disco tendrás que volver a ganarte al público. Sal en algún programa del corazón o algo así. Pero tú tranquilo, que siempre tienes la posibilidad de que te produzca un disco si tú lo pagas.

—¿Sabes qué te pasa? Que sólo piensas en el dinero. Yo me preocupo por cosas mucho más importante, pero tú sólo piensas en dinero. ¿Es que no te das cuenta de que si no grabo otro disco no puedo volver a ganarme al público? ¿Es dinero lo que quieres? Pues no te preocupes que es lo que vas a tener, pero quiero buenas canciones.

—Ya te he conseguido varias canciones. Escoge unas cuantas y yo me encargo del resto. Déjalo en mis manos.

Leonardo volvió a enfadarse.

—¿De las que me has conseguido? Si son todas malísimas. ¿Cómo voy a recuperar a mi público si no me traes más que bazofia?

—Pero ¿tú qué te crees? ¿Que las buenas canciones aparecen así como así? Hay lo que hay, y dame gracias de que encontré *Amor en Vespa* y de que te aprovechaste de ella; y gratis. Si no no estarías aquí.

—¿Sabes qué te pasa? —preguntó Leonardo—. Que estás ciego. La gente me quiere, me adora, y tú no lo ves. Te crees que estoy terminado y no es así.

—Abre la puerta y demuéstalo —dijo Migueles señalando con su dedo de gigante.

El cantante se sintió pequeño a su lado y un canguelo le recorrió su cuerpo. Posó tímidamente su mano sobre el pomo de la puerta y tras pensárselo dos veces la entreabrió. Allí, donde antes habían habido varios miles de fans que solicitaban un hijo suyo, ahora habría unas veinte chicas, a lo sumo treinta, que encima portaban una pancarta chapucera improvisada con unas cartulinas. Sus peores presagios se habían cumplido. Qué fácil era la subida, ¡pero que dura la caída! Dedicó una mirada lastimera a su mánager, como implorando su celestial ayuda.

—Venga, sal, que te están esperando —le dijo Migueles—. Demuestra que eres un campeón.

—Pero... ¿cómo lo voy a hacer? Si casi no hay fans.

—Ése es tu trabajo. ¿Por qué crees que te elegí a ti para que grabaras el disco y no al del casco rojo? Tú tienes algo que él no tiene: carisma, dotes de seducción, una bella sonrisa... utilízalos.

Pero la sonrisa de Leonardo no aparecía, ni sus dotes de seductor, y mucho menos su carisma que parecía que se lo había olvidado en casa. Sólo podía pensar en lo difícil que sería dejar de ser una divinidad musical. Antes, en sus comienzos, un simple gesto suyo, una mirada, bastaba para derretir a las masas. Él guiñaba a una chica, o le dedicaba una simple sonrisa, y con ese simple gesto le otorgaba la felicidad. Pero, por lo visto, Dios le había retirado aquel poder divino. ¿Cómo podía sentirse feliz en aquel momento?

Volvió a asomarse para ver el panorama. No había ni un solo fotógrafo de revistas de tirada, apenas había un par de fotógrafos de la prensa local. ¿Cómo podía sonreír en aquellas circunstancias?

—Venga, tienes que salir ya —le dijo Migueles que controlaba aquellos temas.

Leonardo tomó una guitarra española entre sus manos, engoló su voz y se grapó una sonrisa fingida en su cara. Abrió la puerta para cruzarla y entregarse a su destino.

Al otro lado de la puerta le esperaba un grupo de fans que, aunque muy pequeño, hacían mucho ruido. Leonardo las miró. Ni siquiera eran atractivas. Tuvo que esforzarse para conseguir mantener su sonrisa Profident y sus ojos secos. Avanzó hasta la mesa donde le esperaba Ramón para hacerle la entrevista entre un par de flashes aislados de los fotógrafos. Tan pronto como se sentó una cámara de la televisión local enfocó su cara. Apretó su sonrisa.

—Bienvenido al centro comercial de La Marina —dijo Ramón triunfal ante la cámara, leyendo descaradamente la entrevista con aquellas gafas de mirar de cerca—. Estamos muy agradecidos de que un artista de tu talla haya venido a visitarnos.

Pepín estaba expectante, muy excitado. Oculto tras un pilar asomaba su ojo curioso y su casco rojo, esperando con impaciencia que se leyese la entrevista que él mismo había tenido el gusto de *retocar*. Aquello pondría a cada uno en su sitio como había sucedido en su historia medieval con el falso caballero y con el consejero real. Era inminente. Silvana lo miraba cómplice oculta tras otra de las columnas.

—Me llena de orgullo y satisfacción volver de nuevo a este centro comercial en el que realicé la presentación de mi disco —leyó Leonardo, pero tratando de disimular que seguía un guión. Luego miró a las fans y recordó lo lejos que quedaban sus momentos de gloria—, y donde siempre he sido recibido con los brazos abiertos.

—Claro, porque éste es el mejor centro comercial de todos —dijo Ramón saltándose el guión escrito y guiñándoles un ojo a sus compañeros que le sonreían con el pulgar en alto. Volvió a ceñirse a lo pactado—. Seguro que muchas fans todavía están encantadas con tu canción de *Amor en Vespa* que se ha escuchado en todas las cadenas musicales.

¡Que la cante!, ¡que la cante!, decía su regimiento menguado de fans. Leonardo forzó su sonrisa a máxima potencia y las saludó, pero la entrevista debía continuar todavía.

—Una canción que ha sido galardonada con varios premios —continuó Ramón, incapaz de disimular la felicidad que le producía ser enfocado por la cámara junto con el artista—. ¿Cómo fue el proceso de su creación?

—Verás, fue bastante espontáneo. Un día cogí mi guitarra y prácticamente salió sola, de un tirón. Podríamos decir que *Amor en Vespa*



salió de golpe.

¡Que la cante!, ¡que la cante! Sus fans volvían a insistir. Leonardo miró el guión de la entrevista y leyó: «Cantar canción». Tomó la guitarra entre sus manos.

—Voy a obsequiar a mis fans con un regalo —las miró; ¿dónde se habrían metido el resto? ¿Es que ya no lo deseaban?—. Voy a cantar la canción que me ha hecho famoso: *Amor en Vespa*.

Se escucharon los gritos histéricos de aquella veintena de quinceañeras que todavía estaban en celo, pero no lo suficiente como para que Leonardo dejara de pensar en lo difícil que iba a resultar perder su fama. Tenía que hacer algo para volver a recuperar el favor del público.

Ramón le pegó una patada por debajo de la mesa con la intención de sacar al cantante de su estado de ensoñación. Le hizo un gesto señalando con el dedo la parte de la entrevista que ponía «Cantar canción».

El cantante agitó su mano derecha para rasgar las cuerdas de la guitarra cuando se dio cuenta de que su mano izquierda no formaba ningún acorde. ¿Con qué notas empezaba aquella canción?, ¿con *la* menor o con *sol* mayor? Pepín, igual que el resto de las personas, fue consciente de que se había olvidado de cómo tocarla. Claro, pensó el verdadero compositor, eso te pasa por cantar canciones que no han surgido de ti.

—Mmmm... Voy a cantar otra canción. Voy a cantar una muy conocida de La Guardia.

Leonardo entonó su voz y a ritmo de guitarra española fue dedicando un guiño a cada una de sus fans. ¿Verdad que es el mejor?, se preguntaban las unas entre las otras para luego contestarse afirmativamente y suspirar.

—Sublime, magnífica, una verdadera obra de arte que suena como la música de los ángeles esta *Amor en Vespa* —leyó Ramón—. Y dinos. ¿Cómo te ha cambiado a nivel personal este éxito que has conseguido?

—Me alegra que me hagas esta pregunta. Mucha gente me pregunta lo mismo dando por supuesto que yo he cambiado. Pero no es así. Sigo siendo la misma persona humilde que antes, amigo de mis amigos y fiel a las personas que me apreciaron y me quisieron antes de conseguir la fama.

Al escuchar aquellas palabras Silvana tuvo el deseo de salir de su escondite y pegarle un buen bofetón ante las cámaras, pero se contuvo. En breve iba a recibir su merecido de la pluma del escritor.

—Me alegro de escuchar eso —aseguró Ramón, tal cual estaba escrito—, porque eso querrá decir que después de aquella noche que tú y yo

tuvimos de pasión, seguimos siendo novios...

Leonardo pegó un salto sin levantarse de su silla. ¿Había escuchado lo que había escuchado? Miró a Ramón que rebuscaba entre los papeles de la entrevista, muy nervioso y rojo como un tomate. Pero el resto de la entrevista sólo contenía una declaración de intenciones amorosas. Una cámara los enfocó de cerca. Ramón sonreía en estado de shock, deseando ser una avestruz para meter la cabeza en la tierra, y Leonardo le pegó una manotazo a aquel objetivo que ahora sí que se había interesado por él.

—¿Están diciendo que ustedes dos han tenido una historia de amor? —preguntó algún periodista, micrófono en mano, mientras los fotógrafos los arrinconaban contra sus sillas a golpe de flash.

Ninguno de los dos supo reaccionar.

—¿Llevan ustedes mucho tiempo saliendo? ¿Cómo se conocieron? ¿Cómo surgió el amor?

Leonardo miró a Ramón; y Ramón a Leonardo. Aquel cruce de miradas saldría el día siguiente en todos los programas del corazón, a nivel nacional, pero los fotógrafos todavía tenían más preguntas.

—¿Cómo se llama usted? —le preguntaron a Ramón metiéndole la alcachofa prácticamente en la boca—. ¿Desde cuando conoce al artista?

Ramón deseaba morir.

—¿Quién conquistó a quien? —preguntaron de nuevo a los dos tortolitos—. ¿Quién es el macho dominante de ustedes dos?

A Ramón no le resultó fácil llegar hasta su casa. Tuvo que desembarazarse de fotógrafos y periodistas, de sus compañeros de trabajo que le bombardeaban a preguntas sobre lo sucedido, de las miradas atónitas de los desconocidos, y de las peores: las fans de Leonardo que a su paso le pegaban puntapiés en los tobillos por haberles quitado el chico de sus sueños.

Sólo cuando se atrincheró tras la puerta de su casa pudo pararse a pensar en lo sucedido. Alguien le había jugado una mala pasada y creía saber quién había sido.

—Ay, Ramón —le dijo Sagrario preocupada—. Lo he visto por la tele. ¿Qué ha pasado?

—Alguien me ha tendido una trampa —contestó jadeando.

Ramón se puso de puntillas y se asomó por la mirilla; no había periodistas en la costa, al menos de momento...

—Me han hecho objeto de una burla. A mí, un respetable ciudadano que no ha hecho nada malo a nadie. ¿Y sabes quién ha sido?

Sagrario negó en silencio.

—Ha sido tu hijo. Tu hijo.

Sagrario siguió en silencio.

—Pero yo no soy gay. Lo sabes, ¿verdad?

Sagrario avanzó en silencio hasta su prometido.

—Por supuesto que lo sé. ¿Cómo ibas a ser tú gay?

—Ya, tú lo sabes porque me conoces, pero ¿qué pensará el resto de gente que no me conoce? Me verán por la tele y dirán: mira, ése es el gay que tuvo un romance con el cantante. Y cuando vaya por la calle me señalarán con el dedo, incluso se reirán. Y todo por culpa de tu hijo.

—Ay, Ramón, sé que esto no es fácil, pero no creo que Pepín esté detrás de todo esto. No lo creo.

—Seguro que ha sido él. Me tiene manía y no sé porque. Yo siempre lo he tratado como a un hijo.

—Seguro que hay una explicación a todo esto. Verás como no es Pepín.

El timbre de la puerta sonó, rompiendo la conversación. Ramón y Sagrario se miraron. ¿Serían los periodistas? Ramón se asomó con temor por la mirilla. Era el casco rojo de Pepín que albergaba una gran sonrisa. Abrió de golpe.

Pepín entró en la casa con una sonrisa triunfal y Sagrario empezó a tener una mala corazonada.

—¿Has visto la tele? Ahí tienes la prueba de que Ramón es gay y te está engañando —dijo señalándolo con su dedo acusador—. Está claro que no te quiere.

Sagrario se adelantó a Ramón para mediar en el asunto.

—Verás, Pepín, tienes que asumir que Ramón y yo nos vamos a casar. Ya te he dicho que él no va a sustituir a Padre, yo nunca lo olvidaré, pero tienes que comprender que yo tengo derecho a ser feliz.

—Pero si te estoy diciendo que es gay.

—No, Pepín, Ramón no es gay.

—Pero...

Por lo visto no había forma de convencer a madre.

—¿Cómo se te ocurre jugarme esa mala pasada? —preguntó Ramón al borde de la rabia, con mirada de perro asesino—. ¿No ves que has hundido mi imagen?

Pepín sonrió y aquello pareció enfurecer más a Perro Rabioso. Se le acercó dispuesto a decirle algo, pero Madre lo frenó.

—A ver, Pepín, puede que algún día entiendas que mi vida puede continuar sin Padre, pero mientras tanto vas a tener que hacer un esfuerzo por respetarme. Y otro esfuerzo por respetar a Ramón.

Ramón lo miraba esforzándose por contenerse. Tanto tiempo labrando una imagen de su persona cercana a la perfección y aquel niño la había destrozado en unos segundos. Sólo le quedaba el consuelo de pensar que, cuando se casase con Sagrario, tendría mucho tiempo para hacerle la vida imposible a su hijastro.

—Tu felicidad y la memoria de Padre están por encima de todo y no me da la gana entenderlo —arremetió Pepín—. Y mucho menos respetar a un mentiroso que te está engañando. Lo vi en People, un bar gay mientras un maromo de dos metros le metía mano. ¿Sabes cómo reía?, como una reina dócil. Sí, este empresario con mala baba tiene dentro una reinona sumisa.

—¡Pepín, no te consiento... —dijo Ramón.

—¡Cállese, señor Ramón! ¡Usted es gay! —le dijo golpeándole el pecho con su dedo acusador. Ramón no estaba dispuesto a aguantar mucho más—. ¡Usted es gay y por eso su padre lo echó de casa cuando tenía trece años! Por eso usted dice siempre lo de «aquello me convirtió en un hombre». Porque usted era una florecilla, una dama que su padre no pudo querer. Usted, señor Gay, no se quiere a sí mismo desde entonces y ése es su problema. Todavía no ha comprendido que la grandeza de una personas es quererse tal y como uno es, y eso le ha llevado a engañar a mi madre. Usted no se quiere a sí mismo y por eso tiene ese afán de perfección, de que los demás lo vean como una persona perfecta, porque necesita que los demás le digan lo que su padre nunca le dijo. Pero usted cree que su padre nunca lo querrá porque...

La cabeza de Pepín sufrió una sacudida y se precipitó llena de desconcierto. Al golpetazo que le había dado Ramón le siguió un sonido seco que anunció que su casco rojo había impactado con fuerza contra el suelo. Allí yacía Pepín, tendido sobre el frío del suelo.

Sagrario se acercó corriendo, entre lágrimas, y se arrodilló para abrazar el cuerpo de su hijo.

—Hijo mío, hijo mío —lo sacudió por los hombros—. ¿Estas bien?

Pepín no respondió, pero le dedicó una sonrisa borracha.

—Mira Ramón, yo lo siento. Incluso podría haber aguantado que fueses gay, siempre que me hubieses tenido cierto respeto, pero lo que nunca, nunca

aguantaré es que alguien pegue a mi hijo. Lo siento —le dijo mientras se sacaba el anillo y se lo devolvía con cierto aire de despedida triste—. Vámonos Pepín.

Sagrario ayudó a levantarse a su hijo y ambos, uno en la inopia y la otra llena de amor fraternal, salieron por la puerta.

El sol de la calle molestó las pupilas del ilustre escritor, que si llevaba mal desenvolverse de mañanas, peor lo llevaba cuando todavía no se había recuperado de un buen golpe. Pepín necesitaba todavía del apoyo de Madre para poder andar contra el sol, arrastrando sus sombras, pero al menos podía hablar por sí mismo.

—Madre, ya he terminado de escribir mi libro.

Madre no contestó, simplemente lo miró orgullosa, con una sonrisa sincera.

—Ya ves, al final he sido capaz de seguir los pasos de Padre. Seguro que me estará vigilando, esté donde esté, muy orgulloso de mí.

Madre sonrió en silencio. Pasase lo que pasase, dejase atrás a quien dejase, siempre se sentiría feliz mientras tuviese a su lado a su adorable hijito.

—¿Vas bien, hijo mío? Apóyate un poco más.

Pepín cargó su peso sobre los hombros de Madre y pasito a pasito avanzaron lentamente por la calle soleada y solitaria plagada de rascacielos de hormigón.

—¿Y de qué trata el libro?

—Trata de la vida. De mi vida. Es un libro autobiográfico.

—Seguro que es muy interesante.

Pepín asintió con su dolorida cabeza.

—Es más bueno de lo que jamás soñé —aseguró con la voz de un borracho—. Todavía hay que esperar un poco, pero estoy seguro de que un día te llamaré para decirte que ha sido un gran éxito.

—Estoy segura, hijo mío. He estado pensando, y creo que fue una mala idea forzarte a vivir fuera de casa. Nunca debí hacerle caso a Ramón ni a sus ideas de que el pajarillo debía volar del nido. Me encantaría que volvieres a casa.

Pepín agachó más si cabe la cabeza.

—No puedo, Madre. Acabo de alquilar un piso a medias con Silvana, mi amiga.

Madre sonrió con efusividad.

—Así que vas a vivir con tu novia... Qué ilusión.

—No Madre, sólo somos amigos.

—Bueno, sí, ahora se le llama amigos. ¡Ay qué ilusión que mi hijito se va a vivir con su novia!

Pepín miró a Madre. Estaba realmente contenta.

—¿Y cuánto tiempo lleváis festejando?

Aquella gran sonrisa impedía a Pepín llevarle la contraria.

—Llevamos siendo amigos desde que salí de casa.

—Yo es que a veces no me doy cuenta. Te trato como a un niño pero no soy consciente de que ya eres todo un escritor que vive con su *amiga*. Tengo que aprender a tratarte como a un adulto.

—¡No, no, Madre! Tú siempre puedes tratarme como a un niño.

Madre le dio un beso y luego se agachó un poco para que Pepín se apoyara mejor. Siguieron avanzando entre los rascacielos de hormigón, pasito a paso, entre la soleada mañana que les regalaba una ligera y cálida brisa. Atrás quedaban sus sombras.

## Otro tipo de artista

Aunque aquello atentaba contra su honra, Leonardo no podía dejar de mirar todos los programas de la televisión que especulaban sobre su homosexualidad. Se sentaba ante la tele, escuchaba la sarta de mentiras que emitían y las tonalidades de su semblante cambiaban a rojo tomate. ¿Qué pensarían ahora sus fans? Aquellas quinceañeras con las hormonas a flor de piel que requerían de su sonrisa cautivadora y de su mirada de galán ya no irían detrás de él si pensaban que era gay. Porque, admitámoslo, todas ellas anhelaban en sus fantasías un encuentro con el artista.

—Yo siempre he pensado que Leonardo era gay —dijo uno de los colaboradores del programa rosa—. No hay más que ver cómo mira a los hombres para saberlo.

—Yo tengo un amigo que tiene un amigo que afirma que es gay —aseguró otro de ellos.

—Pero ¿puedes corroborar los datos?

—Mis fuentes son fiables al ciento por ciento.

—Vamos a realizar un descanso en el programa —interrumpió el presentador—, pero antes de ir a publicidad vamos a recordar a los telespectadores aquella declaración de intenciones que se produjo en el centro comercial de Benidorm. Y ya saben: enviar SI al 7771 si ustedes creen que Leonardo es gay, o NO al 7771 en caso contrario. Ustedes tienen la última palabra.

Leonardo apagó furioso la televisión. No se veía su cara, pero notaba el calor de la vergüenza y la rabia que le picaba por sus mejillas. No soportaba ver cómo los demás decían mentiras sobre él, pero volvió a encender la tele, tampoco soportaba que estuviesen cuchicheando sin saber qué decían.

—Por eso Leonardo visita tanto Benidorm —afirmó un periodista del corazón en otro de los programas—, porque allí hay una zona gay de las más importante de España. Locales como People, Lovers, Séptimo cielo.. además de multitud de hostales y hoteles con sala oscura.

—Según mis datos —puntualizó otro periodista mirando sus notas—, visita tanto Benidorm porque su mánager es de allí.

—No te voy a negar ese dato, pero deberás preguntarte qué fue primero:

¿el huevo o la gallina?

Leonardo estuvo tentado de llamar al programa y desmentirlo todo cuando su mánager le llamó al móvil.

—¿Lo estás viendo, Migueles? Me están machacando sin compasión. Todos asumen mi homosexualidad. Ni siquiera me conocen y hablan de mí como si tuviesen en su poder mis más íntimos secretos. ¡Acabado, estoy acabado!

—A ver, Leonardo, escucha atentamente lo que te voy a decir...

—¡Acabado! —le interrumpió—. Ahora no tengo nada que hacer. Eso es lo peor que le puede pasar a un artista.

—A ver, escúchame. Te llamo para decirte que desde que sales en la televisión las ventas del disco se han reactivado.

—¿De verdad? —preguntó Leonardo con una lágrima en sus ojos.

—De verdad. Esta propaganda está surtiendo efecto. Si seguimos así pienso publicarte otro disco. Pero tienes que continuar generando morbo.

—¿Cómo?

—Muy sencillo. Vamos a jugar al despiste. Tú sales primero en todos los programas negándolo. Ya tienes una o dos semanas de publicidad. Cuando la gente se canse y se olvide del tema, contratamos a un maromo y hacemos un montaje para que parezca que te han pillado in fraganti con un hombre. Volverás a salir en todos los programas. Ya sabes: lo importante es que se hable de ti, aunque sea bien.

Leonardo calibró la situación mientras se secaba las lágrimas. ¿Querría decir aquello que seguiría en la palestra?, ¿que no caería en el olvido y la gente lo miraría como alguien especial?

—Venga, ¿qué me dices? ¿Gestiono el tema y voy preparando el montaje?

Lo último que quería el artista era caer en el olvido, ir paseando por la calle y que nadie le reconociese; aquello sería el fin de su felicidad. Pero el precio era tener que hacer un montaje con un hombre frente a las cámaras. Un escalofrío recorrió su cuerpo al imaginarse la escena.

—¿Y tiene que ser con un hombre?

—No querrás que sea con una señorita.

Leonardo pensó en cómo sería abrazar a un hombre, besar su boca rodeada de una barba espesa, ser abrazado mientras lo apretujaba y notaba algo entre las piernas. Otro escalofrío recorrió sus piernas. Jamás lo haría.

—Aquí no valen los remilgos. O te decides ya o dejo el tema de lado y



me dedico a otros cantantes.

Leonardo deseaba seguir en lo más alto, pero no estaba dispuesto a caer tan bajo.

—Miguel, no estoy dispuesto a hacer un montaje con un hombre. Lo haré, pero con un travesti.

Cocó salió de la ducha, secó su cuerpo peludo y se perfumó el cuello, las muñecas y la nuca. Se miró al espejo. Necesitaba un afeitado, pero aquella barba espesa era un requisito exigido. Gruñó como un león y disfrutó con la escena. Después se dirigió a su habitación de Disney, abrió el armario y lo miró pensativo.

Tras pensárselo dos veces rebuscó con la mirada hasta que dio con sus mejores galas. Se las puso lentamente a modo de ceremonia. Aquel era su particular ritual antes de entrar en guerra. Se pintó los labios de rojo fucsia y cogió una de sus pelucas femeninas, una de rubia que le dejaba el cuello al aire y se volvió a perfumar la nuca. Aquel perfume era carísimo y por un momento se arrepintió de haberlo malgastado, pero bien mirado... cosas más raras se habían visto.

Su cita le estaría esperando ya en el People. A falta de ascensor bajó las escaleras y salió a la calle embutido en aquel taparrabos con correas de cuero. Vivía muy cerca del pub, pero lo importante es que hacía años que había aprendido a quererse tal cual era, así que andó con total tranquilidad por las calles de Benidorm.

Cuando llegó al interior del People le esperaba Leonardo, hecho un manojo de nervios. ¿Seguro que esto me mantendrá en la palestra?, le preguntaba una y otra vez a Miguel, que le contestaba afirmativamente. Pero Leonardo no lo tenía todo tan claro, y mucho menos cuando vio entrar a Cocó. En aquel momento comprendió que ya no podía echarse atrás. Bajo sus labios de hembra y su peluca de rubio plastificado, sus brazos y su pecho peludo le recordaban a un oso, y las argollas que sujetaban las tiras de cuero sugerían que aquella bestia había roto las cadenas con que lo sujetaban. Parecía peligroso decirle que no a lo pactado.

Miguel los presentó. Cocó saludó con tranquilidad mientras Leonardo sonreía intentando disimular que su cerebro buscaba una escapatoria.

—No te preocupes, Mari Amapola —le dijo Cocó con aquella voz dulce que contrastaba con su aspecto. Aquel tono amistoso y femenino relajó a

Leonardo, que se dejó coger la mano—. Es un simple beso.

Miguel coordinó el asunto, comprobando por teléfono que el cámara estaba donde tocaba y les dio la señal de inicio.

Cocó tomó la iniciativa y estiró de la mano de Leonardo que avanzaba confuso ante lo que iba a hacer y confuso ante la suavidad de aquella mano que habría jurado a simple vista de tacto áspero y rugoso. La acarició con disimulo y curiosidad. Cocó abrió el portón del People y empujó al cantante para que la acompañara; luego lo acercó a su cuerpo con un empujón y lo miró fijamente a los ojos. Leonardo no sabía donde meterse e intentó escapar, pero los brazos de Cocó eran una fornida jaula que lo acercaba más y más hacia su destino, hacia sus labios.

El beso fue forzado. El tacto rugoso de la barba fue muy extraño y más extraña fue la sensación de ser objeto de una cámara de vídeo. Luego saltó el flash de una cámara de fotos. Ya estaba hecho y Leonardo se relajó.

—¿Has visto como no ha pasado nada? —dijo Cocó con tranquilidad.

Cocó abrió sus brazos, liberándolo de aquella presión, pero Leonardo no escapó, parecía en estado de shock. Cocó malinterpretó el gesto y deslizó su mano hasta la nuca para acercar sus labios y regalarle otro beso.

—¿Qué haces?, ¡maricón!

Leonardo comprendió que su vida podía estar en peligro si enfadaba aquella bestia peluda y temió las consecuencias. Sin embargo, Cocó no se mostraba peligroso, al contrario, parecía un niño pequeño al que le habían ofrecido un caramelo y, después de haber pegado un primer lametazo, se lo habían arrebatado. Leonardo se envalentonó.

—Que sepas que a mí no me va el tema —continuó Leonardo—. Si yo hago esto es porque soy un ARTISTA y el público me lo pide.

Cocó se sintió todavía más abatido. Definitivamente había desperdiciado aquella colonia tan cara sobre su nuca.

## Lo que antes llamaban novios, ahora se llama amigos

Pepín tuvo un pensamiento bastante interesante en el sofá de la nueva casa mientras veía una película junto a Silvana. Ahora que había terminado de escribir su libro no veía inconveniente alguno en retomar su idilio amoroso con Silvana.

Recordó aquella memorable noche, llena de emoción y bañada de la luz ámbar de las sirenas de la policía, en la que Silvana, más pantera hambrienta que amiga y compañera de piso, le dejó casi con el culo al aire tras unos arbustos. Sólo el tanga dorado y su casco rojo le habían salvado del desnudo completo. Quizá no fuese mala idea retomar y formalizar aquella relación. Además, la situación era propicia. Los dos habían alquilado aquel piso nuevo que, acostumbrados al cuchitril de la época barroca de la vieja Eustaquia —que en paz descanse—, les parecía el hogar más bello y elegante de cuantos existían. Aquel era el lugar idóneo para declararle su amor. Pero... ¿cómo?

Pepín pensó que Silvana debía estar dolida con él porque se había aprovechado de ella. Primero la había seducido con unos breves versos cargados con el inmenso poder de la poesía —*Con diez cilindros por banda, viento en popa á toda vela...*, le había dicho sobre su moto aquella noche— para luego mantener relaciones carnales y finalmente, a la mañana siguiente, largarla de su vida amorosa. Realmente se había portado muy mal con ella y, si era una mujer rencorosa, era posible que ahora le rechazase por muy enamorada que estuviese del artista. Pero Pepín no se vino abajo, seguro que todavía le duraba el efecto embaucador de aquellos versos. Aquello era pan comido.

Pepín centró su atención en su compañera. Ella estaba emocionada esperando las últimas escenas de *Oficial y caballero*, una película que Silvana había visto una veintena de veces, o dos. Ansiaba ver de nuevo cómo Richard Gere, vestido de blanco oficial, impoluto, se llevaba a su dama en brazos. Pepín comprendió en su vertiente más profunda los deseos de aquella mujer. Deseaba que, al igual que a la protagonista, la rescataran de aquella vida gris entre el INEM y los trabajos basura, que la rescataran de los sueños que menguan a medida que aumentan las arrugas. Pepín no era un marine como

Richard Gere, sin embargo, era mucho más; era un artista de los pies al casco y un caballero andante, como los de antaño. Y en vez de un traje de marine blanco llevaba un casco rojo, grande y brillante.

La película llevaba tiempo preparando el terreno para llegar a su punto álgido, cuando el prota entra vestido de gala en la fábrica de papel dispuesto a rescatar a la dama y empieza a sonar la banda sonora. Silvana empezó a lloriquear de emoción y Pepín comprendió que aquel era su momento. Entonó unos breves versos de Bécquer para que le abriesen el corazón a su dama:

*Asomaba a sus ojos una lágrima,  
y a mis labios una...*

—Shhhhh —le increpó Silvana, que no deseaba salir de la ensoñación que le producía la película.

Pepín frunció el ceño. Por lo visto el resquemor que le guardaba Silvana por haberla rechazado en su día era más grande de lo que había imaginado en un principio. Iba a necesitar técnicas más drásticas. Se levantó de golpe y se dirigió a la cocina. Abrió la nevera y cogió una cerveza para servírsela en una jarra que brillaba de limpia. Levantó la copa y se la dedicó a su musa.

—Oh, mi fiel compañera. Cada vez que he necesitado de tu ayuda tú has estado ahí, escuchándome, iluminando mis manos para inspirarme una gran obra de arte. Ahora el libro se ha terminado y sólo queda esperar a que mi agente literario haga el resto, pero no me gustaría que me abandonases. Tanto tiempo sintiendo tu presencia, sintiendo que tú me escuchabas, que me he acostumbrado a tenerte siempre cerca, a contar siempre con tu ayuda. Y hoy necesito de ti. Ayúdame a conquistar a Silvana. Sé que con tu apoyo puedo lograrlo. Así que ven hasta mí y penetra en mi corazón. Ilumíname. Yo en cambio te ofrezco esta cerveza que espero disfrutes a través de mi garganta.

Pepín se la tomó de un trago, dejando que la disfrutase su musa, y volvió decidido a por Silvana. Ahora no podía fallar.

Cuando entró al salón, los créditos de la película desfilaban por la pantalla, dándola por terminada, mientras que Silvana estaba visiblemente emocionada deseando que un marine vestido de blanco la rescatara. Pero Pepín iba a ofrecerle algo mejor: un gallardo caballero andante poseedor del inmenso poder de la poesía.

—Silvana —dijo decidido, estirando el cuello y seguro de sí mismo—, he de decirte algo importante.

Silvana se le quedó mirando, pero Pepín no se decidía; se le había atragantado la lengua y no sabía cómo restablecer aquel idilio amoroso que habían tenido antaño. Sin embargo, Pepín siguió confiado y seguro de sí mismo, pues su musa lo acompañaba y seguro que se guardaba algún as en la manga. Y así fue, porque de repente empezaron a sonar las sirenas en la calle.

—Algo pasa —dijo Silvana mientras se asomaba al balcón.

Dos manzanas más arriba de la avenida Almendros un comercio chino estaba empezando a arder. Pepín se asomó y pudo comprobar junto a su amiga que multitud de coches de la policía empezaban a llegar para socorrer a la gente mientras llegaban los bomberos.

Antes de que se dieran cuenta el exterior del comercio estaba plagado de luces ámbar girando intermitentemente en manada. La noche se había teñido del color de la cerveza. Pepín empezó a recordar aquella memorable noche en el centro comercial al amparo de las sirenas de la policía. Las luces anaranjadas giraban posándose sobre el delicado rostro de Silvana mientras sus ojos húmedos y curiosos brillaban intermitente. Pepín se quedó absorto mirando la belleza de la dama, dándole gracias a su musa por haberle preparado aquella escena conmemorativa. Se acercó todavía más a Silvana y con morritos de piñón le regaló un beso para restablecer la relación que los uniría a partir de aquel momento.

¡Plas!

—Pero ¿qué haces? —le preguntó Silvana mientras le soltaba un bofetón.

Pepín se llevó la mano a la mejilla, como un niño arrepentido.

—Yo... Yo...

—Somos compañeros de piso y amigos. Lo peor que podemos hacer es tener algo juntos.

Pepín seguía dolorido, pero conocía demasiado bien a Silvana como para dejarla escapar.

—Está bien —le dijo con una sonrisa pícar—. Ya no voy a tomar la iniciativa nunca más, pero te informo de que si, por algún casual te arrepientes, te estaré esperando en la cama, que tengo sueño.

Pepín dio la espalda a Silvana, simulando que bostezaba mientras se estiraba. Tanto estiró los brazos hacia arriba que la camiseta subió, mostrando la rejilla de aquel tanga dorado que cierta hechicera le había recomendado. Silvana no pudo evitar mirar hacia aquel punto reluciente y aquello fue su perdición. El fuego del morbo la azotó en sus nalgas de nuevo. Aquella mujer

estaba vacunada contra el inmenso poder de la poesía, pero no era inmune al influjo arrebatador de un buen tanga dorado, y Pepín lo sabía. Por su parte, Silvana se convirtió en pantera y se abalanzó sobre su presa.

## Dos años más tarde...

El libro de Pepín había necesitado dos años para estar por fin a la venta al público; dos años no exentos de disputas y de momentos difíciles en todos los sentidos en los que Pepín tuvo que arreglárselas como pudo para subsistir. Pero por fin había llegado el gran momento y el magno escritor quiso celebrarlo como mejor sabía, así que, tras abrir siete botellines de cerveza, abrió un octavo. Miró aquel octeto cervecil y se tragó una cerveza de golpe.

—¿No te he dicho mil veces que *no* bebas en el trabajo? —le increpó Antonio que tenía que andar detrás de su camarero para que no le agotase las existencias—. Ves rapidito y sirve esas siete cervezas a la mesa tres.

—¿Es que ni siquiera vas a dejarme celebrar el éxito de mi libro?

Antonio lo miró escéptico.

—No vendas la piel del oso antes de cazarlo.

—Si no tienes fe en mí, al menos podrías dejarme tomar una cerveza tranquilo mi último día.

—Si yo una cerveza te dejo, pero ya llevas cuatro —le contestó refunfuñando—, y si no te freno, sólo Dios sabe cuántas serán al final del día. Y quítate ese casco para estar aquí dentro.

Hacía mucho tiempo que Pepín no se ponía su casco rojo; desde que había empezado a trabajar como camarero, pero aquel era un día especial.

—Déjame. Me traerá suerte en un día como éste.

Pepín tomó la bandeja y paseó su casco entre los clientes, abriéndose paso como un auténtico profesional. Realmente se le daba bien ese trabajo, cosa que notaba en las abundantes propinas. Sin embargo, aquel iba a ser su último día como camarero. Serafín había ido a recoger el primer cheque que no era sino la recompensa económica de su novela; una novela que también había dado varios quebraderos de cabeza a su mánager literario.

El primer elemento de disputa había sido el título. Serafín se mostró indignado cuando lo escuchó.

—¿*El caballero de la pluma dorada*? —preguntó entre incrédulo e indignado—. Pero, ¿qué clase de título es ese?

Sin embargo, Pepín no se bajó del burro y aseguró una y otra vez que ése iba a ser el título, mientras que Serafín preguntaba al cielo por qué le tenían

que pasar estas cosas a él.

El siguiente elemento de disputa fue la portada, donde Serafín puso todo su arte en el campo de la publicidad y el máquetin. El resultado indignó profundamente al escritor. En ella una pluma de dorado metálico dentro de un frasco descansaba sobre un pergamino. Algunas manchas de tinta se deformaban para dibujar caprichosamente el título. Un dibujo muy bonito, según la opinión del artista, pero con un fallo garrafal. Encima del título ponía claramente: Pepín Cañas.

—¿Es que no te has dado cuenta que este libro lo he escrito para honrar la memoria de Padre? —le dijo enfadado como un canchero—. Mi nombre artístico es «José Cañas», en honor al difunto artista.

Serafín parecía pequeño ante el enfado del artista. Y no fue él la única persona que sufrió alguna bronca de tal calibre. Al agente se le ocurrió pedir un favor a un amigo suyo que era historiador. Repásale por encima el texto, por si tiene alguna errata histórica, le dijo.

Cuando el experto en historia empezó a leerlo, se echó las manos a la cabeza; sólo en las primeras páginas le había sacado más de diez incorrecciones. Pepín le escuchaba más y más enfadado a medida que el historiador hablaba, hasta que se desbordó su exacerbación. «¿Cómo se te ocurre poner un tupé en la Edad Media? —le preguntó estupefacto—. Quítalo de la historia pero ya mismo». Pepín cerró el portátil indignado. «Lo que te pasa es que no tienes ni idea de arte», le contestó muy enfadado el escritor antes de dejarlo plantado.

Y aún así, a pesar de tanta disputa, el libro salió a la venta. La editorial no es que fuese una de las más importantes, pero le habían publicado el libro. Y Pepín estaba segurísimo de su éxito y se mostraba extraordinariamente contento y optimista. Incluso la máquina tragaperras cantaba los premios con más dulzura aquel día como presagio de la grandeza del momento. Para empezar le compraría un buen regalo a Madre, se lo merecía, y luego otro a Silvana —quizá algún complemento para su tanga dorado, o algo así—. Luego enviaría a su Vespa al taller para realizarle un buen mantenimiento. Y finalmente se compraría un apartamento en primera línea de playa. O un chalet. Sí, mejor un buen chalet, muy lujoso y majestuoso, porque así podría encontrar la tranquilidad que todo escritor necesita para su trabajo. Quizá no tuviese suficiente dinero para pagarlo a tocateja, pero siempre podía escribir *El caballero de la pluma dorada II*, si es que su musa aceptaba a seguir a su lado. Recapacitó y se imaginó en su nuevo chalet, tomando un buen güisqui en



bata de seda y tanga de dieciocho quilates mientras Silvana le increpaba a la tenue luz de la chimenea. «Ahora no puedo. Estoy pensando en mi próximo éxito», le habría dicho a la hembra que lo requería sexualmente, más caliente que las llamas de la fogata. «Pues en tal caso, deja que al menos te masajee la cabeza mientras piensas, mi gran artista», le habría dicho ella. Pepín se habría quitado su casco rojo con incrustaciones de oro y piedras preciosas y le habría dado el capricho a Silvana. Sí, el futuro le sonreía al artista.

En esto que entró Serafín en el bar. Como siempre, llevaba su cara inexpresiva tras aquellos generosos mofletes carnosos que ocultaban cualquier rastro de humanidad. Se dirigió con sus pasitos cortos hasta el escritor y, tras secarse el sudor de la frente con la manga del traje, extrajo un cheque. El importe golpeó al artista en sus sueños, que se rompieron como el cántaro de la lechera en su versión más cervecera. Ya no habría tanga de dieciocho quilates, ni incrustaciones en su casco, ni chalet con chimenea...

—Dime que aquí hay un error —suplicó Pepín—. Dime que no me he matado a escribir durante todo este tiempo, día y noche, llueva o truene, para trescientos euros de nada.

—Trescientos euros menos el veinte por ciento en gastos de representación. En total son doscientos cuarenta euros.

—Pero ¿tú sabes la cantidad de horas que he dedicado al libro para que me vengas con doscientos cuarenta euros? Eso no me sale ni a veinte céntimos la hora.

Serafín se encogió de hombros.

—¿Me lo vas a decir a mí? Con los sesenta euros que me llevo no tengo ni para pagar las llamadas de teléfono que he tenido que hacer.

—¿Y a partir de ahora qué? ¿Habrá al menos más cheques?

Serafín le puso la mano en el hombro casi tan apenado como el artista.

—No creo. Al parecer el libro se ha vendido muy poco —Pepín tenía los ojos rojos y empezó a gimotear, cosa que tocó la fibra sensible de Serafín—. Venga, no es para ponerse así... Quién sabe, quizá con el boca a boca se reactiven las ventas. No hay que ser pesimista. Además, ¿qué es más importante para un escritor? ¿El dinero, o la satisfacción de saber que tu obra va a ser leída?

Pepín se secó las lágrimas y se dirigió a la barra del bar, a buscar al jefe.

—Antonio, ¿tienes todavía la carta de despido?

Afirmó, señalando un cajón con la mirada. Pepín lo abrió y rasgó

aquella carta donde firmaba el fin de su contrato. La rompió en mil trozos, asegurándose de que no podría leerse ya más.

—¿Te importa si me tomo media hora de descanso?

Tras unas palmadas de apoyo en la espalda, Pepín se quitó su casco rojo, el de la supuesta buena suerte, y se asomó a la calle; necesitaba aire fresco. La calle estaba llena de vidas anónimas que se movían apremiadas como un todo en aquel organismo de rascacielos y hormigón, y del que Pepín se sentía excluido. La gente que movía los engranajes de la ciudad ni siquiera lo miraban. Y Mientras la urbe vivía, crecía, evolucionaba..., él se había quedado estancado en su particular mundo. Incluso los chavales con mochila que jugueteaban por la calle inocentemente mientras volvían del colegio parecían mucho más útiles que él. Suspiró entregado al destino cuando un gato negro saltó de entre unos cartones, corriendo y maullando asustado. Los cartones se movían.

Al parecer un sin techo estaba despertando de su lecho. Se incorporó del suelo, apartando los cajones que lo protegían del frío, y cuál fue la sorpresa que se llevó Pepín cuando éste se quitó un gorro de lana que le cubría la cara. Su rostro le era muy familiar: aquel era el hombre misterioso, el que tanto había hecho volar la su imaginación.

Sus pelos estaban revueltos, al estilo mañanero, pero su traje era el que siempre llevaba. Muy señorial a pesar de que olía mal en las distancias cortas. Con los ojos todavía cerrados se dirigió hasta la fuente de la plaza, se lavó la cara y mojó su pelo para luego sacar un peine de su bolsillo. Por lo visto era la suciedad y no la gomina lo que le dejaba aquel pelo al estilo Mario Conde. Luego se dirigió a una papelería y rebuscó hasta que encontró un cigarrillo al que todavía le pudiese robar un par de caladas. La magia de aquel hombre, que se basaba en la eterna pregunta de qué sería, un conde o un escritor, se perdió en aquel instante. Pepín miró el importe del cheque y volvió a mirar a aquel indigente; ya no había duda: ahora tenía la total certeza de saber la respuesta a la gran pregunta: era un escritor.

Desolado, cabizbajo como si llevase el peso de mil cascos rojos, entró en el bar y abrió su portátil. ¿Para qué lo iba a querer a partir de ahora si ya no iba a volver a escribir?

Antonio le sirvió una cerveza.

—Esto es gentileza de la casa —le dijo dándole unas palmadas en la espalda—. Y ámate, que lo que hoy ves de color negro, quizá mañana lo veas de otra forma.

Pepín no tuvo más remedio que tragarse la cerveza de un trago. Abrió el correo electrónico y encontró un e-mail. Hacía tanto que nadie le escribía... El mensaje era de una desconocida.

«Estimado José Cañas —empezaba—. Permítame que me presente. Mi nombre es Mercedes y trabajo en una revista de moda en Barcelona. El motivo de esta correo no es comercial, simplemente quería decirle que he leído *El caballero de la pluma dorada* y, aprovechando mis contactos con el mundo editorial, he conseguido su dirección de correo para comentarle lo que me ha parecido. Espero que no le moleste la licencia que me he permitido.»

Pepín abrió los ojos de golpe y siguió leyendo. La carta era bastante extensa pero llegó hasta el final sin pestañear si quiera. Luego recapacitó y se indignó. «Me he reído mucho, de verdad, con el caballero José —aseguró la tal Mercedes—. ¡Un caballero con tupé en plena Edad Media! Casi me caigo de la risa cuando lo leí.» Pero... ¡cómo no iba a sentarle mal aquella afirmación! Pepín había escrito una biografía seria del interior de su persona, de lo más profundo de su alma, y el público se lo estaba tomando a cachondeo.

Volvió a leer la carta y se rascó la nariz. Siguió pensando. Al fin y al cabo, aquello no estaba tan mal. Por lo menos se ha tomado la molestia de escribir al artista.

Releyó de nuevo la carta, entornando los ojos e inclinando su cabeza hacia la izquierda, buscando una perspectiva más inclinada que le pudiese dar otra visión del texto, otra frase que le hubiese pasado desapercibida.

«Voy a recomendar a mis amigas su comedia.»

Esa era una frase positiva. Serafín le había dicho que quizá con el boca a boca se reactivasen las ventas.

Pepín levantó el brazo, señaló la jarra de cerveza vacía y Antonio se la cambió por otra llena. Se la metió de un trago, entornó los ojos, inclinó la cabeza esta vez hacia la derecha y, con la nueva perspectiva inclinada, volvió a buscar más frases esperanzadoras.

«He disfrutado mucho leyendo su comedia.»

Pepín sonrió efusivamente. Al fin y al cabo, y como había dicho Serafín, el verdadero éxito de la novela era que fuese leída y disfrutada por otras personas. Visto así, la novela había sido todo un éxito. Sin embargo, había un *pero*, y es que Pepín no se sentía el verdadero merecedor de ese éxito, pues habían sido las musas quien prácticamente lo habían hecho todo. Era tan fuerte su presencia cada vez que las invocaba, tan fuerte la sensación de que estaban ahí, escuchándole y guiándole, que Pepín sabía a ciencia cierta que habían

sido ellas quienes tenían todo el mérito, así que no le quedó otra que hacer un último brindis para concederles aquel éxito que al artista le hubiese gustado suyo.

Pidió otra jarra, la levantó ceremonioso con su mano y les dijo: «Esta cerveza es para vosotras, verdaderas creadoras de arte y merecedoras de todo por cuanto he trabajado». Cada vez que brindaba con ellas las sentía muy cerca, escuchándole atentamente, pero en aquel último brindis incluso pudo ver los ojos de la musa tras el cristal de la jarra, mirándole de tú a tú. Pepín pestañeó y la musa le devolvió un guiño. El escritor fijó la vista y lo comprendió todo: la musa tras el cristal, aquella que lo escuchaba y lo guiaba, no era sino su reflejo sobre la jarra. Y fue entonces cuando comprendió que sí alguien era merecedor de aquel éxito, aquel alguien no era otro que Pepín, el artísticamente conocido como José Cañas, poseedor del inmenso poder de la poesía y de la belleza de las artes en general.

Sacó su móvil y realizó la llamada más importante de su vida con una gran sonrisa que le impedía hablar con claridad.

—Madre, seguro que Padre, esté donde esté, debe sentirse muy orgulloso de mí. Siempre lo he sospeché, pero hoy puedo decirlo con certeza: la novela ha sido todo un éxito.

FIN

*Si algún atardecer visitáis Benidorm y encontráis  
aparcada una Vespa de color marfil con el  
número 23 en su costado, acariciad su lomo  
metálico, sentiréis el recuerdo de Vespertino  
vigilándoos desde su astro lejano.*

*Y si sobre ella cabalga un hombre de casco rojo,  
paradlo y decidle que es un artista, os dedicará  
una sonrisa y quizá os deleite con unos breves  
versos cargados con el inmenso poder de la  
poesía.*

## Epílogo: la recompensa carnal

*Estimado José Cañas,*

*No se puede ni imaginar el impacto que tuvieron en mí sus palabras. Cuando abro el correo electrónico y veo que usted, todo un escritor, un artista, me había contestado en persona, a mí, una sencilla y humilde lectora, casi muero de la emoción. Y no le digo lo que sentí cuando me dijo que el personaje del noble caballero José estaba basado en su persona. Sólo imaginar su semblante caballeresco provoca que se me desboque el corazón.*

*¿Cómo negarme a su propuesta? Por supuesto que me gustaría conocerle en persona. El trabajo en la editorial es frenético, pero voy a ver si ordeno mi agenda y saco unos días libres para organizar un encuentro.*

*Por cierto, en contestación a sus preguntas, le diré que soy de estatura media, constitución más bien flaca y pelo claro; y le diré que no, que no tengo novio. Quizá no le gusten las mujeres flacas, porque no estén en consonancia con sus regios y fornidos brazos caballerescos, pero en cambio yo le puedo ofrecer mi total admiración y devoción.*

*Atentamente,*

*Mercedes, su fan y lectora número uno.*

Pepín estaba totalmente emocionado. Aquella hembra era como le gustaban: de estatura media y flaquita. Realmente las prefería morenas, pero por contra aquella mujer lo trataba como si fuese un semidiós, y ciertamente que le gustaba. Aquello era un efecto colateral de su éxito que no había imaginado de antemano.

Pepín le contestó muy gustosamente.

*Estimada Mercedes,*

*Antes que nada, decirte que me tutees. Ya sé que mi posición de escritor de éxito puede hacer que me veas como un ente superior, una mente inalcanzable, pero nada más cierto de la realidad. Aunque no lo parezca, yo*

*soy una persona como otra cualquiera.*

*Si en el anterior correo te pregunté si tu corazón estaba libre, fue porque siento una buena corazonada. No creas que esto lo pregunto a la multitud de fans que me escriben cada día al correo, sólo lo he hecho contigo y por vez primera. No sé, siento algo en mi interior que me dice que tú y yo estamos predestinados. ¿No lo has pensado? Yo, escritor, tú, trabajando en una revista. Hasta los más pequeños detalles me hacen pensar que somos almas destinadas a compartir nuestro futuro.*

Pepín envió el correo sin ni siquiera firmarlo. Ansiaba una respuesta, esperando impacientemente a que Mercedes le abriese el corazón. Y así lo hizo:

*Estimado Pepín,*

*Casi pierdo el sentido cuando leo tu último correo. Tus palabras calan hondo en mí.*

*Y sí. Yo también lo pienso. He reservado un pequeño hotel para que este fin de semana podamos conocernos. Por alguna razón yo también presiento que estamos destinados el uno con el otro.*

Mercedes firmó la carta con la que daba rienda suelta a los instintos de su corazón cuando, justo antes de pulsar el botón de envío, comprendió que con la emoción había cometido un despiste. Un canguelo peligroso recorrió su cuerpo, pero suspiró aliviada de no haber enviado todavía la carta, pues su vida podía correr peligro si los terroristas sabían rastrear la red. Con la emoción del momento se había olvidado de que estaba viviendo una nueva vida que el CNI le había otorgado tras aquel horrendo incidente con un etarra. Seguro que todavía buscaban a la mujer que los había delatado. Borró la línea que ponía: «Eustaquia, la mujer que comparte tu corazonada» y firmó con su nuevo nombre. Y ahora sí, envió el e-mail para que la Providencia dispusiera sus destinos.